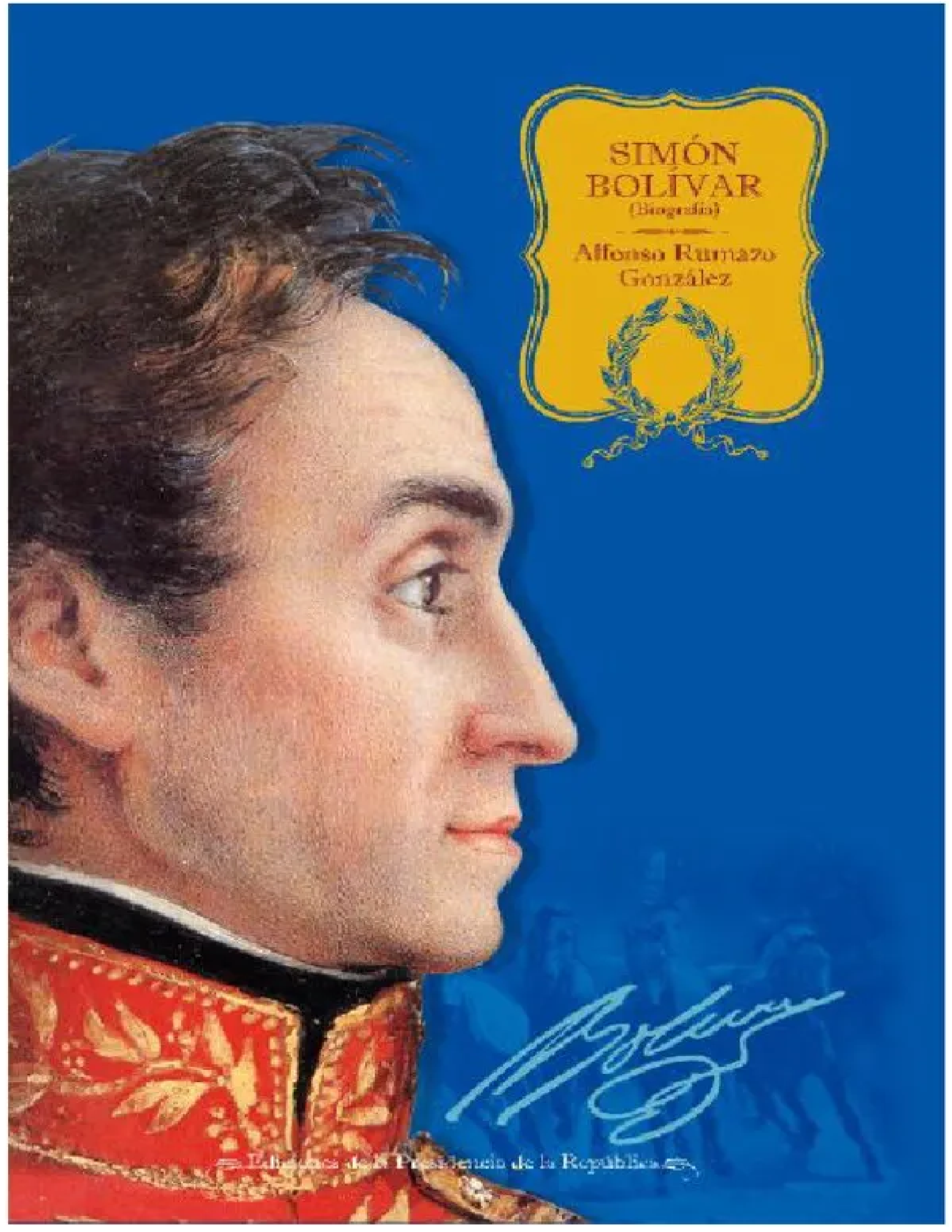

SIMÓN
BOLÍVAR
(Biografía)
Alfonso Rumazo
González
Ediciones de la Presidencia de la República

ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ

SIMÓN BOLÍVAR

(Biografía)



Ediciones de la Presidencia de la República 2006

Simón Bolívar (Biografía)
Ediciones de la Presidencia de la República
Caracas - Venezuela, 2006
Depósito Legal: lf53320069203923
ISBN: 980-03-0362-6

Portada: Lic. José Alejandro Guzmán y Etten Carvallo.
Foto de Portada: Miniatura de autor anónimo hecha en Francia, pintada sobre marfil, inspirada en el retrato pintado por François Desiré Roulín en 1828.
Diagramación: Lic. José Alejandro Guzmán S.
Corrección de Textos: Lupe Rumazo, Ing. Solange Alzamora Rumazo.

Dedico esta obra:

a Inés Cobo de Rumazo González;
a Lupe Rumazo;
al capitán Ignacio Rumazo, soldado de la libertad en 1812; hijo de Francisco Clemente Rumazo, de Santander (España); y
a Francisca Mogrovejo, esposa del capitán Rumazo; hija de Dionisio Alfonso Mogrovejo, de León, en Castilla la Vieja (España).

Preliminar
(de la primera edición)

Muchas biografías y centenares o miles de estudios se han publicado sobre Simón Bolívar; ya trascendentes en la riqueza de datos y en el acierto en las observaciones e interpretaciones, ya insuflados con el aliento de primorosa literatura.

Pero a la vez, Bolívar ha sido víctima permanente de un doble acosamiento. Unos, despejaron fanáticamente su vida de toda mancha y falta, deshumanizándolo y volviéndole infalible e impecable; rompieron así la autenticidad de una existencia donde la luz o las oscuridades, el relieve hermoso o la sima, la severidad recia o el sacudimiento de las pasiones forjaron aquella estupenda trayectoria, tan rica de contrastes. Otros, le han odiado, vilipendiado y calumniado en un intento inútil, estéril, por falsear esa personalidad de suyo ya tan alta y tan firmemente perennizada.

Con todo aquello a la vista, positivo y negativo, cabía, por lo mismo, ensayar una biografía que, puesta en lo histórico antes que en lo literario, tratara de restablecer la auténtica vida del Libertador y de su tiempo, sin acentuar cualidades ni defectos, ni atenuar glorias y yerros, comprendiéndolos con lealtad y presentándolos tales como fueron. No porque quizá no lo hubiesen intentado ya otros, sino porque los nuevos documentos, y las aclaraciones y rectificaciones, ha superabundado hasta ayer mismo.

El relato, aquí, ha sido puesto libremente en el cauce de los sucesos y en medio de los hombres, dando fuerza y vigor a la escena, para que se la palpe y sienta real. Nada está dicho, que no sea estrictamente verdadero; y nada se le ha encomendado a la imaginación, ya que aquellos tiempos sufrieron superabundancia, que no mengua, de sucesos.

Cinco publicaciones fundamentales, en medio de la ya gigantesca literatura bolivariana, orientan, aclaran, definen la personalidad y la obra de Bolívar. Son a modo de pilastras de granito para la peana de las estatuas del hombre extraordinario. Las Memorias *de su Primer Edecán, el irlandés Daniel Florencio O'Leary; el* Diario de Bucaramanga, *trascripción diaria de las palabras y actos del Libertador en parte del año 1828, obra del general francés Louis Pérou de Lacroix; las* Obras completas *de Simón Bolívar, compilación monumental de dos mil trescientas cartas del Libertador, más todos sus discursos y proclamas, obra de Vicente Lecuna; la* Crónica razonada de las guerras de Bolívar, *extraordinario estudio, en tres grandes*

volúmenes, de Vicente Lecuna, y la Historia de la Revolución de la República de Colombia*, de José Manuel Restrepo, publicada antes de que el Libertador muriese. A eso han de sumarse, en autoridad de palabra de los testigos presenciales y autores de no pocos hechos, las* Memorias *de los generales Posada Gutiérrez, Tomás Cipriano de Mosquera, José Hilario López; la* Autobiografía *del general José Antonio Páez, y la compilación de cartas y documentos de los generales Francisco de Paula Santander y Juan José Flores. Todo lo demás que se ha publicado –¡y es tánto, tánto!– complementa e ilustra, una vez descubiertas y analizadas aquellas magníficas bases.*

En toda la historia de América, ninguna vida asume mayor interés ni dramatismo más intenso que la del extraordinario hijo de Caracas. Apareció con un destino excepcional, de magna trascendencia, que fue cumplido con profunda originalidad en un impetuoso arranque prodigioso de sólo cuarenta y siete años.

EL AUTOR.

Primera Parte
UN HUÉRFANO RICO

I

En el primer cuarto del siglo XIX Napoleón es Europa; Bolívar, es América. Pero Napoleón se quedó inmóvil para siempre en la gloria del pasado; Bolívar, continúa vivo y actuante.

Mediano de estatura –un metro sesenta y siete centímetros–, tenía un cuerpo fino, elegante y nervioso, como una espada toledana. Fuerte y audaz, desde luego, no conoció el reposo, y los obstáculos tenían que apartarse, porque ponía en acción siempre todas sus fuerzas, arriesgando hasta la vida. Las fatigas y los placeres acentuaron su temple, dándole una superioridad de indiscutible dominio. Vivía en permanente tensión.

Los ojos negros, vivísimos, le brillaban con quemante intensidad; no lloraron nunca; por lo mismo, tenían una marca de profunda tristeza noble. De los labios grandes, despectivos, saltaba a torrentes la elocuencia que arrastraba multitudes. Ningún general de América pronunció más sublimes discursos y proclamas, ni nadie dictó jamás en el Nuevo Mundo, al par de cumplir obra titánica de otro orden, miles de cartas inmortales, en su mayoría iluminadas por la inspiración poética.

Los hondos surcos de su frente eran a manera de base de una nariz larga, recta, firme, que ponía autoridad soberana en el rostro. Las ternillas se inflamaban a menudo, a cada golpe de pasión, y sólo permanecían serenas a la hora del peligro o en el desarrollo de la batalla. Detalle curioso: lo que desconcertaba y seducía a las mujeres era la suave ondulación del cabello, negrísimo, y la finura de las manos y los pies.

Dentro de este gran carácter obraba un espíritu pródigo de virtudes; pocos hubieron de igualarle en abnegación, nadie en sacrificios; usaba la sabiduría del perdón con frecuencia; cuando le entregaban presentes de valía en sus grandes éxitos, daba el don a sus subalternos, atribuyéndoles la preeminencia de directos forjadores de la gloria. Aristócrata, rico y refinado, dormía en

campaña, si era preciso, sobre el duro suelo, y en los llanos se alimentó durante meses, como sus tropas, con sólo carne salada.

Tenía, sobre todo, la humildad infalible de rectificar con entereza sus errores, propios de su temperamento urgido por pasiones violentas.

Su vida se condensa y exhibe en este diálogo suyo con don Joaquín Mosquera:

–¿Qué piensa, usted, hacer ahora?

–¡Triunfar!

II

> Dejemos a los supersticiosos creer que la Providencia es la que me ha enviado o destinado para redimir a Colombia. Las circunstancias, mi genio, mi carácter, mis pasiones fueron los que me pusieron en el camino; mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación me lo han hecho seguir y me han mantenido en él.
>
> BOLÍVAR. *Diario de Bucaramanga*.

Aquel cuarto y último hijo del coronel Juan Vicente Bolívar y de María de la Concepción Palacios nace en hogar de noble alcurnia (el 24 de julio de 1783, en Caracas, Venezuela) y en medio de riquezas: miles y miles de pesos le aguardan en herencia; títulos, esclavos, poder. Hasta su tío, el adinerado canónigo Juan Félix Xerés de Aristeguieta Bolívar, le obsequia con un "vínculo" de ciento veinticinco mil pesos. Como índice de tan generoso ambiente, el caserón –en el centro de la ciudad– donde se produce el alumbramiento es cosa digna de reparo por el lujo, la anchura de los salones relucientes, la generosidad con que el sol se vuelca dentro por ventanas y puertas. El fino acabado de la mueblería y el derroche de tapices, cortinajes, espejos y alfombras, enmarcan el orgullo vanidoso de sus dueños, linajudos, terratenientes de latifundios y hasta autorizados, en gracia de aristocracia, para importar esclavos negros.

Hay tal cual puntillo débil en la encumbrada magnificencia inicial. El recién nacido es hijo de un hombre de ya cincuenta y seis años, enjuto, de facciones angulosas, tipo de los tuberculosos crónicos; varón que ha gozado extraordinariamente de la vida, padece ya el desgaste de sus potencias. La madre, a pesar de su juventud –veintitrés años–, se halla también ya predispuesta a la tisis, y se ve privada de ofrecer al niño la leche de sus senos; acude a auxiliarla una española amiga, hasta que dé a luz la juvenil esclava Hipólita, quien amamantará definitivamente al pequeño. La leche de una negra vigorosa –negra y esclava– salva al infante del raquitismo; pero no le libró, quizás, de la incubación de un morbo que, oculto por largo tiempo en estado letárgico, tomó virulencia apenas estuvo debilitado el organismo a causa de las vicisitudes de la guerra. Un mismo bacilo minó y destruyó la vida del padre, de la madre y del hijo postrero. Se salvaron, en cambio, de la dolencia, los tres hermanos mayores de Simón: María Antonia, que murió de sesenta y cinco años, luego de haber traído a la vida cuatro hijos; Juana, que llegó a los sesenta y ocho y tuvo dos hijos, y Juan Vicente, el penúltimo, muerto a los veintinueve en tragedia marítima, después de haber engendrado tres hijos ilegítimos: Fernando, Felicia y Juan.

Caracas es por entonces la sexta ciudad de América hispana, en número de moradores; sólo le aventajan México, Lima, Quito, Bogotá y Buenos Aires. Dos siglos y medio lleva de fundada, y se ambienta jubilosa entre las arrugas del Ávila al norte y su pintoresco río Guaire al sur. Hacen guardia a las estrechas calles anárquicas, en adusta doble fila y en terreno desigual, casas pintadas de blanco, bien defendidas con portones y con ventanas de reja. En los jardines, en los parques, en las macetas de los balcones arden perezosas sensualidades; respírase aroma sin urgencia y los ojos se clavan ardientes en la muralla andina del cerro, a cuya espalda, tras la mole, golpean las olas del Caribe. Población franca y bullanguera, donde el sol tuesta a medio día y donde la noche tibia lanza oleajes de placer; tierra tropical taconeada por elegantes mujeres de tentación; calles por donde van hombres despreocupados, vehementes en el propósito, habladores; templos –varios templos– a donde acuden las caraqueñas a rendir su llanto, sin ánimo de contrición verdadera. Ciudad que canta y ríe, que se enciende.

Pero ciudad insatisfecha, como las otras de América en esos tiempos, por lo que atañen a sus moradores criollos más encumbrados y más progresistas. La endurecida y punzante broza colonial detiene y paraliza su ímpetu. Los únicos, en efecto, con derecho a todo –amos absolutos– son los nacidos en España y dentro de familia de abolengo.

A los nacidos en las colonias, pero hijos de españoles o descendientes de ellos, sin mezcla, corresponde el segundo plano: el de los hidalgos; una suerte de nobleza sin privilegios, privada de por vida del sitial de honor y de los altos lugares de mando y posición. Forman un caciquismo vanidoso, de ordinario poseedor de grandes riquezas, numerosos esclavos y gran altivez. A este círculo encumbrado, pero subalterno, poderoso, pero criollo, pertenecen los Bolívar y los Palacios.[1]

Lo demás constituye el pueblo: mestizos, mulatos, negros e indios. El negro se desahoga en el sensualismo; el indio enciérrase en su tristeza.

Vida lenta y soñadora la de aquellos tiempos donde la paz se confunde con el hastío, y el bienestar con el simple carecer de

[1] El primer Bolívar llegado a Venezuela –de nombre Simón, como el niño que acaba de nacer–, arriba ciento noventa y cinco años atrás, con carácter de juez oficial de la Real Audiencia y contador, luego de haberse demorado treinta años en la isla de Santo Domingo. Nacido en Marquina (Vizcaya) y procedente del pueblecillo de Bolívar (nombre que significa "la pradera del molino" en lengua éuscara), trae a Caracas un hijo, llamado también Simón, cuya madre quizá fuera dominicana y de sangre española. A este hijo, Simón Bolívar Hernández, le sucede en la hilación genealógica directa Antonio Bolívar Rojas; a éste, Luis Bolívar Rebolledo, y a éste, Juan Bolívar Ponte, padre del niño genial. A aquella unión llama la historia "el nudo de la Marín", y tendrá sus consecuencias.
De todos estos Bolívar, el uno fundó a Villa de Cura, otros habían alcanzado títulos honrosos a fuerza de servicios al rey, aquél descubrió minas, éste amplió los latifundios. Empujosos, tozudos, aventureros e invencibles, hicieron de su vida un progreso constante y plantaron muy a lo hondo su cacicazgo inteligente.
La madre del niño trae origen limpio y muy distinguido: de Miranda de Ebro, en Castilla la Vieja. Mujer de mundo, refinada, inteligentísima, de gusto por la buena vida, emprendedora y tenaz, brilla excepcionalmente en el ámbito social. Los Palacios llevan fama de tan anchos en la potencialidad mental, que no pocos han dado hasta en la locura. De ellos fueron la empresa descabellada, el obcecado propósito, la desacompasada tensión de las pasiones y el gallardo señorío en las artes y en la poesía.

dolencias. Lo único veloz es el caballo; los productos se movilizan a lomo de animales o de indígenas, por rutas absueltas de seguridad y comodidades. Para los españoles y los criollos hidalgos no existe acontecimiento de monta diferente de las fiestas oficiales, las pompas religiosas, tal cual modestísima expresión teatral, las corridas de toros y el arribo del correo de ultramar, aparte de los constantes cumplidos sociales. Para los otros, sólo lo religioso y las diversiones colectivas en que se les permite participar, sin autorización de mezcolanza. Y todos, por ser coloniales, tienen que pagar estos numerosos impuestos: el quinto del rey; el tributo de indios –per cápita, en reconocimiento de la majestad del monarca–; el almojarifazgo; el de alcabala; el de Armada de Barlovento; el de avería (para la reparación de naves); el diezmo; la media anata (la mitad del sueldo oficial en el primer año de ejercicio del cargo), y el de estancos. Alcabaleros y encomenderos se encargan del cobro por cualesquiera medios.

Las enfermedades malogran ávidamente la vida, como la ignorancia las inteligencias. Existe en Caracas un sólo centro docente, la Universidad, donde una docena de profesores enseña, en las clases inferiores, escritura, lectura, latín y retórica, y en las superiores algo de filosofía, teología, derecho canónico y quizás un porqué de medicina; hacia fines del siglo dieciocho tenía apenas cuatrocientos alumnos, a todos los cuales "se les obligaba a defender la doctrina de Santo Tomás". Y no había llegado todavía la primera imprenta. La persecución a las publicaciones extranjeras prohibidas por el realismo era rígida y se la estimulaba a través de la confesión, de modo que las mujeres denunciasen a los transgresores. Por su parte la Inquisición condena con multas la menor sospecha de impiedad y en sus castigos se incluye la confiscación de bienes. El conde Luis Felipe de Segur le dice un día (año de 1783) en Caracas a uno de los frailes inquisidores:

–¿Cómo permitís que vuestras provincias, descubiertas desde hace largo tiempo, hayan quedado tan atrás de las colonias inglesas, en cuanto a la civilización?

–Usted mismo me ha respondido, replicó el fraile. Nuestras provincias nos producen suficientemente riquezas y permanecen sumisas; si fuésemos bastante locos para dejar que se acrecienten

esas riquezas y la población, pronto las colonias se nos escaparían y se harían independientes.

Agrega el conde en sus *Memorias*:

> Ya los criollos no llaman a los españoles sino forasteros, es decir, extranjeros. Esto basta sin duda para probar que la metrópoli y sus colonias no vivirán largo tiempo en buena inteligencia y maridaje.

Los pocos que llegan a sobresalir intelectualmente, o han sido enviados a educarse en Europa –como se hará con Simón Bolívar–, o han profundizado estudios por propia iniciativa, superando toda suerte de dificultades. En estos contados espíritus cala hondo, desde luego, el enciclopedismo francés.

Ya para entonces el general venezolano Francisco de Miranda inicia trabajos en Londres, tendientes a la independencia de las colonias hispánicas. En esos días Miranda recibe de Caracas firmada por el coronel Juan Vicente Bolívar, junto con Martín de Tovar y el marqués de Mijares, una carta demoledora, donde se lee:

> Ya informamos a Vmd. plenamente el lamentable estado de esta provincia toda, y la desesperación en que nos han puesto las tiránicas providencias de este intendente que no parece ha venido aquí sino para nuestro tormento, como un nuevo Lucifer [...] ultrajando a los americanos, no importa de qué estirpe o circunstancias, como si fuesen unos esclavos viles [...] Y así ya no nos queda más recurso que la repulsa de una insoportable e infame opresión [...] A la menor señal nos encontrará prontos para seguirle como nuestro caudillo hasta el fin y derramar la última gota de nuestra sangre en cosas honrosas y grandes.

El fermento revolucionario ya está, pues, incipiente en los días de la llegada al mundo de Simón Bolívar; fermento que, aun cuando no conservado con persistencia, se alza desde la propia casa del futuro Libertador y desde varios de los hogares de criollos nobles, subestimados sistemáticamente por los españoles. Como se alza,

desde mucho antes, en el Paraguay (revolución de 1720); en Quito (1764); en México (1773); en Chile (1781); en Nueva Granada (sublevación de los comuneros); en el Perú (Tupac Amaru).

Hay descontento en todos, nobles y plebeyos, por los abusos de las autoridades y por los impuestos excesivos, que ni siquiera se traducen en progreso local. Pero el espíritu revolucionario contra la corona está muy lejos de ser altanería general; sólo figura y palpita en unos cuantos aristócratas a quienes se les niegan las altas posiciones y sus consiguientes ventajas, y en pequeña porción popular, leal a esos contados insurgentes. El gran drama de la lucha libertaria consistirá en que al principio los menos lucharán contra los más, al par que contra el poderío realista, porque la herrumbre de tres siglos tiene tomadas de orín las conciencias y la antigua hechura moral persiste humildemente bajo la cota de los constituidos en autoridad por los reyes.

Gobierna en España Carlos III, uno de sus más inteligentes monarcas, a quien interesa el problema colonial americano y quien sabe, de sobra, que las sabias "Leyes de Indias" son poco menos que letra muerta. Estudia, al efecto, el gigantesco plan de reformas administrativas que le propone con extraordinaria sagacidad su ministro Aranda, a quien ha impresionado la independencia de les Estados Unidos, suceso en el cual advierte propagación de ejemplo hacia los dominios hispánicos. Pero el monarca, más seguro de su absolutismo que de la eficacia de las reformas propuestas, se deshace despóticamente del proyecto y del ministro, y se malogra así la única esperanza que le queda a la Corona de mantener por un tiempo más –sólo un tiempo– su soberanía en las colonias. De ahí en adelante, será el propio régimen hispano, con la suma de sus errores, el más grande y significativo cooperador en la independencia americana.

El coronel Juan Vicente Bolívar –"hombre de placeres y de negocios, galante y discreto, generoso y magnánimo y de ojos azules"– posee amén de la casa en la ciudad, una gran mansión campestre, no lejos del poblado, donde discurren los primeros meses del infante. Allí, en esa casona de amplísimos corredores, baja y bien ventilada, circuida de verdura y del inocente júbilo de la naturaleza –Cuadra de los Bolívar, la llaman– da el niño los primeros pasos y muestra el desacompasado ritmo de sus travesuras iguales a

las de todo niño normal. Delgado, nervioso, de intensos ojos inquietísimos y nariz afilada, se encoleriza con sobrada frecuencia, puesto que nadie le reprende; imposible alcanzar que se mantenga en quietud. Le afea un poco la excesiva distancia entre la nariz y los labios; aparece, así, de cara alargada. Sorprende el contraste con su hermano Juan Vicente, mayor con dos años, de ojos intensamente azules, rubio de cabellos, blanquísimo, pacífico, igual en estas exterioridades a la hermanita Juana. En cambio María Antonia, la mayor de todos, tiene gran parecido con Simón, excepto en la nariz que no es recta sino un tanto respingada.

Para entonces el pequeño cuenta ya con otra negra a su servicio: Matea, esclava mayor que él con doce años; tiene la obligación de cuidarle y atenderle, de jugar con él, de darle gusto en los caprichos. La otra esclava, Hipólita, continúa de nodriza, "y era muy presumida".

******

Aquella probada claridad hogareña de paz y bienandanza, empieza de pronto a impregnarse de tonos violetas, como si el estupendo molde de dicha se hubiese resquebrajado. Y es que el coronel, el gastado coronel ve acercársele el sepulcro; está para cumplir los sesenta años; los pulmones se niegan ya a trabajar. Nadie pudo detener el desenlace. Aquel 19 de enero de 1786 se quedó en silencio para siempre.

Simón ve pasar el suceso sin comprenderlo; ni siguiera lo retendrá en la memoria. ¿Cómo, si apenas ha llegado a los dos años y medio? Le será necesario orientarse sin la égida paterna, perdido largo tiempo en rutas sin norte. Hasta los veintisiete años –más de media vida– no sabrá exactamente qué quiere. Una vida más larga del padre hubiérale significado cuando menos un aprendizaje oportuno y temprano de las ciencias militares. Comienza así en esa existencia una serie de desarraigos que imprimirán en el espíritu cautela, libertad irrevocable, poderío en el dolor de soledad que es el más fecundo de todos los dolores.

Muy poco después nace una hija póstuma, María del Carmen, que no logra sobrevivir. Nueva tristeza y nuevo vano soliloquio de

la madre con las tumbas. La noble dama, en valeroso despliegue, hace frente al sufrimiento, al cuidado de sus hijos, a los múltiples deberes sociales, al manejo de los cuantiosos bienes, incluso un almacén de géneros importados. Resuelta y previsora, se compadece ahora con el peso de sus responsabilidades, lo mismo que antes con el desbordamiento de sus dichas. Cuenta, por suerte, con la ayuda de su padre, de su hermano Esteban, de los demás íntimos del hogar: los Palacios constituyen alentador núcleo familiar.

Monótono el ambiente venezolano de entonces. La Capitanía General con los arbitrarios propósitos oficiales; y los habitantes, en sus diferentes capas impermeables, mueven sus actividades dentro de costumbres simples: desayuno antes de la salida del sol; almuerzo a las nueve y media; merienda a las tres de la tarde y cena a las siete de la noche. Los blancos –una cuarta parte de la población de Caracas– detestan el trabajo mecánico: "un blanco español o descendiente de español –escribe Depons– se creería deshonrado si debiera subsistir con el sudor de su frente". En punto a moral, hay mucha licencia y simultáneamente muchas devociones; las campanas de los templos hablan del piadoso entendimiento con la virtud, y las acampanadas faldas femeninas señalan muchas veces la artificiosa ocultación del pecado.

Sólo cinco años tiene Simón cuando se desarrollan en Caracas las majestuosas pompas fúnebres por la muerte del rey Carlos III; y casi en seguida vienen los festejos por el ascenso al trono de Carlos IV. Los pueblos no lloran casi nunca por los soberanos muertos; sí por sus héroes y caudillos. La autoridad que preside las ceremonias es el abuelo materno de Simón, Feliciano Palacios, alférez real de la ciudad: a su voz se hacen las descargas de artillería o se lanzan pródigamente monedas para que las recoja la multitud. El niño, una vez trocado en Libertador, no olvidará el fausto de estas fiestas, y lo impondrá cada vez que entre triunfante a las ciudades que salve él de la férula realista.

Y a tiempo que se comentaban en Caracas los sucesos de España por el advenimiento del nuevo soberano –tan mediocre– y se despachaba nutridísima correspondencia de sometimiento, el mundo está convulsionándose con los magnos sucesos de la Revolución Francesa. Al grito de "Libertad" se clavan las bases

sobre las cuales Simón Bolívar habrá de plantar más tarde las soberbias reverberantes teas de la independencia. Sorprende cómo una vez más se cumple la ley histórica de que los fundamentos ideológicos de un movimiento y el nacer del genio que ha de aplicarlos aparezcan coetáneamente, en un mismo arranque de perennidad. Nunca el gran ideólogo original ha sido gran ejecutor, pero sí el ejecutor esencial ha de afirmarse en una ideología para rasgar las sombras del futuro y conquistarlas.

Hacia 1790 –Simón ha alcanzado los siete años– siente doña Concepción que algo extraño sucede en su organismo: amanece afiebrada sin motivo, acósale la tos, en su rostro pálido se han grabado profundas ojeras que dan al ojo brillo especial. Limitada a la eficacia de los remedios de entonces, reacciona sin embargo en unas cuantas semanas; y apenas aparece el signo de la mejoría, cumple con el consejo médico de tomar una temporada de campo. La vida en ese siglo es sólo ciudad y haciendas, a marcha lenta. Se aprovecha la ocasión, y un día parte de Caracas amplia cabalgata de cincuenta personas, en su mayoría señoras con sus hijos rumbo a la hacienda de San Mateo; detrás van las mulas cargadas de ropas, camas, utensilios. Los cuatro niños Bolívar toman allá contacto con la Naturaleza y palpan la maternidad de la tierra fecunda. El trópico ardiente suelta ahí, entre los cañaverales y los árboles, toda su pujanza. Los frutos son lámparas de colores en fondo verde y las ramas brazos vigorosos cuya mano lanza flores en garboso derroche. La magnolia, mujer en blanco, pasa con su estela de perfume; los grillos revientan de risa y los platanares llevan colgados del ojal gruesos lingotes de oro. El suelo se rompe por todas partes y brotan plantas, plantas, plantas, en incontrolado ímpetu de fecundidad, mientras se arrastran por entre la maleza cuerpos repugnantes de víboras. El sol azota con llamas la espalda negra de los esclavos; el relincho de los caballos y el ladrar de los perros se imprimen jubilosamente en el paisaje; y todo se mezcla en un coro grande, desacompasado, que excita, impulsa y luego enerva. El trópico es el supremo artífice de la sensualidad.

"Yo estoy ya buena, me parece que del todo gracias a Dios –le escribe la señora a su hermano Esteban–; ello es que un hábito me cuesta, para que no me queden resultas, pero muy gustosa lo

voy a tomar". Se engañaba la señora: la tuberculosis no se detiene, corroe como los ácidos lentamente, fatalmente.

Ya de regreso en Caracas, ocúpase doña Concepción en un asunto para ella muy significativo. Ha quedado pendiente, en forma de viejo acecho, el título nobiliario a que siempre aspiraron los Bolívar. Lo quiere, porque con él se alcanzan las preeminencias que no logra el dinero; y las preeminencias, en aquella sociedad colonial saturada de resabios palaciegos, constituyen soberano instrumento de dominio. La orgullosa y bella viuda del coronel quiere el honor del marquesado para sus hijos. Decide, en consecuencia, que viaje en seguida Esteban a España –sus otros hermanos: Carlos, Pedro y Francisco, carecen de la indispensable alma cortesana– y consiga del rey el título de marqués comprado hace más de medio siglo por uno de los anteriores Bolívar (Juan) en veintidós mil doblones a los frailes de San Benito, quienes lo habían tenido en venta según gracia otorgada por el monarca Felipe V. Se pagó entonces el dinero, mas no se obtuvo el título, que fue negado persistentemente "a causa del nudo de la Marín".

Parte Esteban, no sin dejar antes, como testimonio de las costumbres de esos tiempos, una negra encinta. Mozo gallardo, de veintitrés años, los ojos inmensos y la simpatía extraordinaria, habrá de entrar a la Corte con facilidad. Simón sufre; el hombre a quien quiere de veras en la familia es Esteban Palacios, su padrino de confirmación, al cual llamará más tarde "mi segundo padre". Pero este sufrimiento conlleva el atenuante de la esperanza: Esteban le ha prometido llamarle un día, más tarde, para educarlo, allá, en Europa, como se hace entonces con los hijos de familias aristocráticas y adineradas.

El destino ha preparado ya el segundo golpe rudo contra Simón y sus hermanos; a veces la lógica del destino maltrata, para encumbrar. La tisis ha deshecho rápidamente los pulmones de doña Concepción, a quien nadie puede aliviar de los terribles vómitos de sangre. Un día de julio de 1792 se presenta la agonía; entrega a su padre los cuatro hijos para quienes la orfandad va a ser total; le pide que le redacte el testamento y se queda muerta plácidamente, sin dolor. La soledad se impregna de perpetuidad, así, en el alma de Simón. Las riquezas de ahora, ni los gloriosos triunfos de mañana,

lograrán quitar de su rostro la marca del dolor, tan tempranamente llegado. El que es huérfano cuando niño, se siente huérfano siempre, y en sus sentimientos se afina la sensibilidad, de modo que sufre mucho más a lo hondo que los otros. Sólo el sacudimiento de la acción puede atenuar el matiz violeta de los corazones solitarios; quienes no actúan, fracasan.

Puesto al cuidado del abuelo, Feliciano Palacios Sojo, padre de varios hijos, viudo y ahora agobiado por la muerte de su hija preferida, halla Simón en el vigoroso sexagenario un espíritu noble. Hombre recio, mantiene la unidad en la familia; vigila su futuro. Moviliza cacao, leche, añil, ganados, azúcar, todos los productos de sus vastas propiedades y de las de sus nietos; maneja mayordomos y esclavos, indios y animales; por añadidura sostiene más de veinte expedientes de pleitos judiciales, sin dejar de lado las atenciones propias de su cargo de alférez real, los muchos compromisos sociales y diferentes negocios urbanos.

El nuevo ambiente familiar es demasiado impersonal: tres tíos maternos, solteros, poco hogareños; una tía, casada –María de Jesús–, que tiene un niño de pocos meses y que hará, con su hermana Josefa, de madre de los huérfanos Bolívar; dos tías más, solteras, cuyo matrimonio llegará pronto. En ese ambiente, Simón halla gran cariño, delicadísimos cuidados; mas en una dispersión de fuerzas e influencias tales, que vienen contraproducentes para la formación de la propia personalidad: exceso de mimos y exceso de presiones femeninas de buena voluntad, que son las peores para un varón.

En este mundillo, sobrecargado de sirvientes y esclavos, aparece sólo un corazón relativamente dichoso: el de María Antonia Bolívar, novia ya, a pesar de sus sólo quince años. Va a casarse tres meses más tarde con Pablo Clemente, de quien tendrá cuatro hijos; le sobrevivirá varios años a su hermano, el Libertador.

Primera preocupación del abuelo: liquidar el almacén de géneros de su hija muerta; luego, salvar para su nieto Juan Vicente Bolívar los hatos de Totumo y Limón y las minas de cobre de Cocorote, y para su nieto Simón el importante legado del clérigo Aristeguieta: varias casas en Caracas, la hacienda de cacao de San José, las de la Concepción y Santo Domingo, aparte de lo que el niño heredó de sus padres. Y salvar y conservar los bienes, igualmente opulentos, de María Antonia y Juana.

Segunda preocupación –la trascendente en la Historia, sin que el abuelo lo columbrase–: educar a Simón, con maestros en la casa, según costumbre de los adinerados. Ha pasado ya de los nueve años, ¡y no sabe aún ni leer ni escribir!

III

> Que vea por sus ojos y sienta por su corazón, y que ninguna autoridad le gobierne, a no ser la de su propia razón.
>
> J. J. ROUSSEAU. *Emilio.*

Hay en Caracas un mozo de veintiún años, inteligentísimo, excepcionalmente documentado en lecturas. Feliciano le contrata para amanuense en la administración de sus bienes; a la vez le encarga que enseñe a su nieto las primeras letras y gramática.

Se llama Simón Rodríguez. Muy pobre, pero bien parecido y orgulloso, de inalterables ideas propias, ha vivido ya muy intensamente. Por una disputa con su hermano, a la edad de catorce años tomó el apellido de la madre, en renunciamiento del paterno, que era Carreño.[2] Autodidacto persistente y ambicioso, idealista además y seguro de su destino intelectual, halló entre lo mucho que había estudiado ya un pensador que le sedujo y le tomó en su garra: Juan Jacobo Rousseau. ¿Por qué? Porque Rousseau, para quien tuviese talento en advertirlo, era el creador de una nueva fe político-social, y la juventud inteligente, animosa, se prende siempre de los innovadores de fuste. Volvióse russoniano fanático y, embebido en estas lecturas, halló que su vocación personal consistía en difundirlas, aplicarlas.

Toma así para ruta suya de por vida el *Emilio*, libro donde consta la nueva ciencia de educar a los hombres, e impregnado en ese ideal llega a Caracas unos dos años antes de la orfandad completa

[2] Simón Rodríguez fue niño expósito, según consta en el acta de su matrimonio en Caracas con María de los Santos Ronco. Parece que su padre, según Amunátegui, fue un clérigo de apellido Carreño. Cf. ÁLVAREZ, MERCEDES M. *Simón Rodríguez tal cual fue*. Caracas, 1966: 17 y 19.

del niño Simón Bolívar. Se ocupa en dar clases a domicilio. De modo que al entrar al empleo modestísimo de amanuense de Feliciano Palacios truécase desde el principio en maestro, pues ha advertido que su alumno Simón posee en sí, como esculpidas, las condiciones propicias ideadas por Rousseau para forjar una personalidad de relieve: riquezas, imaginación, orfandad, buena salud, gran linaje.

Gobierna sin esfuerzo en el discípulo, a quien encuentra con una tendencia predominante: prefiere escuchar a las personas mayores a jugar con los muchachos de su edad; las contradice, tiene agudeza en las respuestas. No se entiende del todo con un gran amigo de la casa, el licenciado Miguel José Sanz, sabio en legislación, austero, exigente. Un día, en el almuerzo, trata el niño de tomar parte en la conversación; el licenciado le dice secamente:

> –Cállese usted y no abra la boca.
> Simón, caprichosamente, deja de comer "por no abrir la boca".
> Otro día, en un paseo por el campo, el licenciado le insta:
> –Apúrese; usted no será nunca hombre a caballo.
> –No puedo serlo –responde altanero–; lo que me han dado es un burro.

Mayor con sólo doce años y hábil, Rodríguez no olvida que su papel oficial, a la vista de los demás, es el de amanuense, precaución que le permite introducir en el espíritu de su discípulo la totalidad del pensamiento revolucionario liberal y materialista, sin que nadie de ese hogar férreamente tradicionalista se diese por precavido. Aparece de maestro únicamente a modo de cosa accidental, sin trascendencia ni fijeza, y trata de cumplir a satisfacción las normas russonianas, sintetizadas en la paradoja de "no enseñar nada", a fin de precautelar el "estado natural" del niño. (Ese "no enseñar nada" se refiere a conocimientos). Actúa con ejemplar desprendimiento, sin fines lucrativos, sin reservarse nada de cuanto sabe, lo entrega todo, como hace quien realiza un ideal –también el conductor es actor–, y lo hace cotidianamente, dentro de la conversación, en las visitas al campo (parte del oficio de amanuense), en la casona o por las calles. El juvenil empleado habla

sin cesar, y Simón le escucha deslumbrado; he ahí la mitad de la enseñanza. La otra mitad son juegos que se vuelven ejercicios de la voluntad. Nada más simple ni más fecundo.

¿Cuál es la primera lección? Conducirle al discípulo a su "estado natural": antes que conocimientos, convicciones, antes que edificio y decoración, bases. "Emilio posee pocos conocimientos –escribe Rousseau–, pero aquellos que tiene son verdaderamente suyos".

Otra lección: "Emilio nada sabe a medias".

Consecuencia de las dos: "En el escaso número de cosas que sabe bien, la más importante es que sabe que hay muchas que ignora".

(A nadie, sino al poco advertido, sorprenderá que la primera carta escrita por el discípulo –carta de mozo de ya dieciséis años– carezca de ortografía. Pero no carece de médula, como se verá luego).

Tercera lección: "En lugar de permitir que se apoltrone en el aire viciado de una habitación, hay que llevarle todos los días en medio de un prado, a que corra, juegue y se caiga cien veces. Con eso aprenderá a levantarse y a sufrir los golpes que habrá de soportar más tarde; se hará intrépido en todo". Corridos los años, Simón Bolívar será más peligroso vencido que vencedor.

Los grandes ojos anchos del maestro –ojos de inmensa bondad y agobiante simpatía, aunque autoritarios– se agrandan de júbilo cada vez que advierten la exactitud con que van fijándose esos principios en su discípulo. Y siguen las lecciones, dadas muy al pie de la letra: "Lejos de evitar que Emilio se haga daño, sentiría mucho que no se lo hiciese nunca. Sufrir es lo primero que debe aprender y lo que más necesitará saber". El futuro Libertador se impregna de esta lección más que de ninguna. Unida a esta otra: "El niño, si es malo es porque se siente débil; dadle fuerza y será bueno".

Muy difícil encontrar en la historia de los grandes hombres un caso más elocuente que éste sobre la prepotencia de la educación. Aparte de lo que le diera la herencia o le proporcionara el ambiente en punto a formación, lo demás se lo debe, primero que a nadie a Simón Rodríguez. Hasta la edad puso su póvido concurso: entre

maestro y discípulo discurrió una firme amistad, dentro de la cual el menor seguía dócilmente, con alegría, con seguridad y fe, lo señalado por el mayor. Con más, que éste poseía ya la autoridad adicional de hombre casado.

Apenas si se habían puesto en arco tirante estas lecciones cuando se celebra el matrimonio de María Antonia. Simón Bolívar se queda así más solo, pues su hermana mayor era quien más le comprendía y más le mimaba. Ni siquiera hay fiesta de boda, a causa del reciente duelo, ni ceremonias rumbosas, ni nada que deje huellas de felicidad en todos.

Continúan las lecciones: "Si se equivoca no corrijáis sus errores; esperad, sin decir palabra, que se halle en estado de verlos y enmendarlos por sí mismo".

Otra, fundamental: "¿Para qué sirve esto? Esta será la palabra sagrada. No se trata de saberlo todo, sino de saber únicamente lo que es útil".

Está forjándose el hombre del mañana con vigor de roca. Y tan a pechos lo toma todo, que treinta años más tarde hará esta confesión definitiva a su maestro: "Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. He seguido el sendero que usted me señaló. Usted fue mi piloto. Usted habrá visto mi conducta, usted habrá visto mis pensamientos, mi alma pintada en el papel y no habrá dejado de decirse: ¡todo esto es mío!".

Simón Rodríguez forjó mediante el método russoniano un carácter, y a la vez infundió en el espíritu del niño, con fijeza profunda, el pensamiento de la Revolución francesa. Hizo de él un hombre y un sincero racionalista. "El hombre –dirá Bolívar en 1828– tiene un cuerpo material y un alma representada por el cerebro, igualmente material, y según el estado actual de la ciencia, no se considera a la inteligencia sino como una secreción del cerebro".

No ha pasado sino un año de clases y el destino aparece de nuevo para dar otro golpe. El abuelo Feliciano, agobiado de trabajo y de años, muere cuando era más necesario (1793). Simón, desposeído del hombre cuyo ejemplo quería seguir, sufre otro desarraigo en esta serie de duelos para su infantil sensibilidad. A pesar de las riquezas, los mimos familiares y los halagos, la vida le ha sido hostil en aquello que más se graba: los afectos íntimos. Ya

no tiene ni madre, ni padre, ni abuelo, ni tío predilecto, ni nadie que le pusiera del todo en el corazón, desde lo alto de la autoridad sensitiva, esa quietud serena y plácida que hacen amables los primeros años de la existencia. El dinero de poco le sirve: da poder, libertad y placeres sólo de la juventud hacia adelante. Los seres amados, caídos en la tumba, le han llevado a una soledad prematura, determinante, que de no haber sido por la educación tatuada por Rodríguez hubiérase tornado en pusilanimidad y vencimiento antes que en aquella fortaleza y temple que hoy admiran las generaciones.

Carlos Palacios, uno de los tíos, queda de tutor, y aparece en figura bien señalada. Como Simón, gracias al amanuense revolucionario, ya leía y escribía –y algo más, y mucho más–, son contratados los servicios del niño Andrés Bello, de trece años, para que enseñe "bellas letras" y geografía al principiante. Andrés da clases en varios hogares, sin dejar de seguir en un ejercicio de autoeducación que lo llevó a la grandeza. En realidad, viene a constituirse en un compañero de Simón, en un amigo bueno, no íntimo; se ocupa en la docencia de lo poco que sabe todavía, y lo hace por afición y por necesidad. Su paso por el alma de Bolívar sólo significa el encender de la llama de la preocupación intelectual; hermoso pasar sin quedarse, que incluso no alcanzó mayor cosa del alumno, en cuya inteligencia halló poderío –lo contará el propio Bello muchísimos años más tarde–, pero escasísima consagración al esfuerzo de estudiar. El niño Bolívar era un estudiante desaplicado, y voluntarioso, además.

Probablemente no dura sino tres años esta presencia de Andrés, carente de autoridad. ¿No habrá influido con viveza en ese lapso, también en Bello, el avanzadísimo pensamiento de Rodríguez? El futuro Andrés Bello, el grande, es en mucho un hijo del espíritu enciclopedista.

Al estudiante le espera un nuevo desarraigo: Juana, que acaba de cumplir quince años, se casa con Dionisio Palacios para acatar la voluntad de la familia. Esta boda se efectúa con lujo y pompa: misa solemne, fiesta en casa de la novia, y del novio, y de los parientes, hasta una duración de tres días, al cabo de los cuales la pareja entra al fin en posesión de su aislamiento.

Simón, ya sin sus dos hermanas y dentro de un círculo de tías y tíos, en quienes no le es posible hallar ese calor íntimo que

busca todo niño instintivamente, solicita entonces que se le envíe a España. Descubre una solución en alejarse. Tiene once años, dinero, imaginación vigorosa, potentísima inquietud. Le escriben a Madrid al tío Esteban sobre el particular; éste, enredado en urgencias palaciegas y en el propósito de conseguir para su hermano Carlos el alferazgo real de Caracas, se niega a recibirle.

Siguen, pues, las lecciones de Rodríguez: "Hay que tener espíritu universal, no por las luces, sino por la facultad de adquirirlas". Simón estudiará toda su vida.

Otra: "Me basta con que sepa hallar el para qué sirve de todo cuanto haga y el por qué de todo cuanto crea". ¿Por cuál razón? "Porque el hombre verdaderamente libre sólo quiere lo que puede y hace lo que le conviene".

Estos adoctrinamientos que van reforzándose y guardándose en el espíritu, no llegarán a descubrirse omnipotentes sino después de los años de tránsito del niño al hombre. Entonces se verá que Bolívar-carácter es una obra de Rousseau; la obra viviente más encumbrada del genial ginebrino.

******

¿Cómo es ya Simón? Guardadas las proporciones, igual a lo que será el hombre: "La actividad de espíritu y de cuerpo –cuenta el general Lacroix– mantiene al Libertador en continua agitación; quien lo viera y observara en ciertos momentos sin conocerlo, creería ver a un loco. En los paseos a pie, su gusto es a veces caminar muy aprisa y tratar de cansar a los que le acompañan; en otras ocasiones se pone a correr y a saltar. A caballo hace lo mismo. Sostiene con fuerza y tenacidad sus opiniones. Es ambidextro. Es muy observador y se viste siempre elegantemente", además, le gusta discutir, tiene memoria prodigiosa y la ira, profunda siempre, volcánica, nunca es en él duradera.

"¿Qué es vivir?", pregunta un día el discípulo. Rodríguez le responde con Rousseau: "Vivir es obrar, hacer uso de nuestros órganos, sentidos y facultades, de todas las partes de nosotros mismos, que nos dan el íntimo conocimiento de la existencia". La pregunta obedece a que Simón comienza a ponerse trascendental: se le aproxima la interesante crisis de la pubertad, detrás de la cual

le quedará un sensualismo firme e inquieto que habrá de durarle hasta el fin de sus días. Muchas mujeres pasarán por su vida; una sola dominará en él: Manuela Sáenz.

El Rey se ha portado generoso con la familia Palacios: Carlos recibe el nombramiento que ambicionaba; ya es alférez real de Caracas; el propio Esteban ha entrado de miembro de la Guardia Real, en el Madrid de Carlos IV, de María Luisa de Parma, esposa del rey, y de Manuel Godoy, favorito de la reina.

Como uno de los dos niños Bolívar ha de seguir la profesión del padre, o sea la carrera de las armas, se resuelve en familia, con feliz acierto, que se le lance a Simón hacia ella. Se le nutre de cursos completos de equitación, esgrima y danza –tiene sólo trece años–, y se abre para él, en la casa, una escuela de matemática, dirigida por el capuchino Francisco Andújar; asisten también los niños Fernando Toro, Tomás Montilla, Salvador García de Ortigosa, Cristóbal Rojas y otros. Jubiloso enjambre juvenil que se traba en amistad para toda la existencia.

Un suceso intrascendente, pero significativo, promueve largos comentarios en esos días: el pueblo de la pequeña población de Coro, a quinientos kilómetros al noroeste de Caracas, se subleva contra las autoridades, a pesar de ser realista hasta la médula; fracasa en el movimiento y queda ahogado en las represalias; la Inquisición se las entiende con los levantiscos y hace sentir el rigor de su poderío. El pueblo, miserable, sufre, se somete y retorna a la lealtad con la misma fe de antes. El episodio no trae otro interés que el de demostrar cuál era el verdadero fondo del alma venezolana.

Y sigue la danza alegre de los tíos de Simón: Esteban escribe que ha viajado a París, a divertirse; Carlos le recuerda al sobrino que el clérigo Aristeguieta al dejarle la cuantiosa herencia, puso la condición de que el heredero no podría ausentarse de Venezuela; actúa así en defensa de las fuertes ganancias propias de la tutoría que ejerce. Y las negras Hipólita, nodriza, y Matea, cuidadora, se desviven por satisfacer los deseos del estudiante.

Las dos carreras más brillantes de entonces son la militar y la eclesiástica (¡a Rodríguez quisieron hacerle eclesiástico!). Entra, pues, Simón como cadete del batallón de voluntarios blancos de los Valles de Aragua, en el que su padre había servido al rey con el grado de coronel (14 de enero de 1797).

Son los momentos en que en Francia se yergue ya con ímpetu creciente Napoleón, cuya marcha triunfal primera por Italia está para terminar. Sus manifiestos dicen: "Libertad, Igualdad, Fraternidad". El pueblo ve alzarse las nuevas deslumbrantes deidades y, sin prever el futuro despótico del corso, se embebe en ellas con recogimiento casi religioso.

Estas y otras noticias traen a La Guaira cuatro españoles que llegan fugitivos de España, donde fueron condenados a prisión perpetua por haber tomado parte en el motín de la plaza de San Blas, en el que se quiso derrocar al rey a nombre de los principios republicanos. Las autoridades venezolanas los encierran en las bóvedas de La Guaira; pero como la vigilancia en ellas no es severa, los cuatro despliegan en seguida actividad para inducir a los criollos a una revuelta decisiva. Dos de los prisioneros se fugan a la isla de Trinidad –Manuel Cortés Campomanes y Juan Bautista Picornell–, donde los ingleses, astutamente interesados ya en la sublevación de las colonias españolas, por razones comerciales, dan libertad de acción a los conspiradores. Los otros dos –Sebastián Andrés y José Lax– logran la conquista de varios venezolanos, entre ellos José María España, justicia mayor de Macuto, y el capitán Manuel Gual, de las milicias de Caracas, con las cuales se hallan de acuerdo tropas de La Guaira y algunas de la capital. No es con los civiles únicamente con quienes se busca realizar la revuelta republicana, sino con la tropa, es decir, con gente asalariada. Las autoridades descubren la conjura. Los dos jefes criollos, España y Gual, se fugan de Venezuela; mas el primero, al regresar de incógnito, es delatado y ahorcado en la plaza principal de Caracas a donde le llevan arrastrado de la cola de una mula. Su cabeza exhibida en una jaula de hierro a la entrada de La Guaira, y sus miembros, mostrados en alto en cuatro diferentes poblaciones, esparcen el terror al tiempo que las cárceles se llenan de presos, culpables o no. ¡Los que pretendan lanzarse contra el poder real ya saben a qué atenerse!

Entre los que huyen del país está Simón Rodríguez. He aquí un mensaje de Carlos Palacios a su hermano Esteban:

> [...] Ha sobrevenido la última calamidad, y es haberse descubierto casualmente, por un milagro de la divina Providencia, una insurrección que se tenía tramada en

> el puerto de La Guaira [...] Tres reos de Estado dejaron a cargo de cuatro locos el detestable proyecto, y lo que es peor, coaligados con esta canalla del mulatismo, llevando por principal sistema aquel detestable de la igualdad [...] Lo que te hago saber para que tú, como buen patriota, contribuyas por tu parte con esos señores e influyas los medios que puedan conducir para asegurar la propiedad de estos dominios al soberano, que consiste principalmente en mantener el cuerpo de nobles en sus fueros y derechos, como que vivimos metidos entre esta canalla, que se hace preciso tenerlos abatidos y aun a cada uno en su clase.

¡Eran la mentalidad y el ambiente circundante!

A Simón, atrapado en una ardua lucha moral, con la convicción de la libertad, por una parte, y la campaña hermética, despectiva, contra ella, por la otra, sólo le queda un camino: decidirse por sí solo, sin consejo de nadie. Sin siquiera la consulta a Rodríguez, que excarcelado "por falta de pruebas" –o por influencia de los Palacios–, resuelve viajar a Jamaica, a Estados Unidos y a la gloria de su Francia, de su Europa, donde sí es posible ya una porfiada ejecución de la libertad. Quédase Simón casi del todo solitario, desprendido del único hombre que tenía sobre él autoridad e influencia, entregado por el momento al mejor éxito de sus estudios militares, pero dispuesto, más que todo, a irse a Europa. Es lo que exige. La soledad le ha hecho libre, y los libres así, por solitarios, no se esclavizan jamás.

Rodríguez parte un día de julio de 1797; se despide sin lágrimas, no es un sentimental, odia el llanto, deja su esposa –muy pobre–, su ciudad natal. A ninguno volverá a ver nunca. A su discípulo le encontrará en París siete años más tarde y pondrá en ese espíritu lo que faltaba para la formación integral del grande hombre. Después de ese encuentro bien pudo el educador haberse muerto; había cumplido su principal misión. Vivió, sin embargo, hasta los ochenta y tres años, vagabundo, soñador, invencible y utópico para su tiempo.

Liquidado el intento revolucionario, se apresura el criollo capitán Gual, desde el exilio a escribir a Londres a don Francisco

de Miranda, pidiéndole que sin demora se traslade a América "a establecer la independencia".

Miranda es el venezolano más célebre de esos tiempos y el primero que tuvo una conciencia exacta de los destinos de una América hispana libre. Caraqueño, mayor que Simón Bolívar con treinta y tres años, de noble cuna y muy apuesto, ha hecho de su vida el más ardiente y constante apostolado en pro de la independencia americana. Ingresa a los veintiún años al ejército español en España, y se destaca predominantemente en Marruecos y en Cuba. Toma parte, luego, en la guerra libertaria de los Estados Unidos y alcanza el grado de teniente coronel en la acción de Pensacola, convirtiéndose en singular amigo de Washington y de sus generales. Ante ellos –según testimonio de John Adams, presidente norteamericano más tarde– "adquirió la reputación de hombre que había hecho estudios clásicos, que poseía conocimientos universales y era consumado en el arte de la guerra; pasaba por ser muy sagaz, de imaginación inquieta y de una curiosidad insaciable; su tema constante era la independencia de la América del Sur".

Va a Inglaterra; a Alemania, en calidad de invitado de Federico el Grande; a Austria, como huésped del emperador Francisco José. Pasa a Sajonia, Prusia, Italia, Grecia, Egipto, el Asia Menor y Rusia, donde se traba en devaneos fugaces con la emperatriz Catalina. Visita en seguida a Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda y Suiza, siempre en carácter de gran personaje, altivo, severo en la firmeza de la mirada y en la solidez de su nariz, bajo ancha frente que corona un cuerpo gallardísimo. Instálase en Londres, y abre negociaciones con el ministro Pitt en favor de la independencia americana, sin éxito (1790). Decepcionado, busca en Francia –en la Francia que ha tenido el año anterior su toma de la Bastilla– un desahogo a su gran espíritu. Llega y acepta sin titubeo la responsabilidad de defender a esa nación y sus nuevos principios políticos –que son ya los de los Estados Unidos, que serán los de toda la América, piensa él– en los campos de batalla contra los países europeos coaligados que aspiran a restaurar en París el trono de los Luises. En su primera ofensiva directa y real contra España (uno de los coaligados), lucha con bravura y suerte; el Gobierno

francés le rinde honores. Pero cae del Poder el partido de los girondinos, al que pertenece el famoso venezolano, y luego de una prisión de dieciocho meses, se le expulsa de la República. Entra nuevamente a Inglaterra; conferencia otra vez con Pitt sobre la libertad americana, sin éxito, y cuando se halla sumido en el vencimiento, recibe la carta de Gual, desde Trinidad, llamándole desesperadamente. Es la hora en que, urgido por la necesidad, se ve en el caso de dar lecciones de matemática para no perecer. ¿Cómo ir en auxilio de la fracasada revuelta en su patria?

IV

> El amor es algo ideal; el matrimonio, una cosa real. Y siempre que confundimos lo ideal con lo real somos castigados.
>
> GOETHE. *A Müller*. 1823.

Al cabo de año y medio de estudios militares, Simón obtiene el grado de subteniente de las tropas del rey, en Caracas, con estas calificaciones: "Valor, conocido; aplicación, sobresaliente; capacidad, buena; conducta, buena". Aplicado en forma sobresaliente, cosa que no consiguieron ni Bello ni Andújar, pero la capacidad militar, únicamente buena, ¡ni sobresaliente ni óptima! Simón Bolívar, a los quince años de edad, hállase muy lejos de su vocación y de su destino, ni siquiera se vislumbra ni lo uno ni lo otro. En Alejandro, en Napoleón, desde temprano surgió el hombre definitivo.

¿Qué queda ahora? Preparar el viaje a Europa. Importa ver a Madrid, la capital de una nación muy poderosa del Viejo Mundo; conocer de cerca la civilización milenaria; proceder al ensanche del conocimiento. ¡Rodríguez le habló tanto de Europa!

En enero de 1799 –es el último año del siglo XVIII– se embarca Simón en el navío *San Ildefonso*, en compañía del niño de trece años Esteban Escobar, quien va al Colegio Real de Segovia. Por primera vez el mar, la contemplación de una vastedad reconcentrada en rebosante grandeza de horizontes. No lleva el

recuerdo sino de pocos seres queridos –lo confiesa en una carta–: sus hermanos, su tío Pedro Palacios y su gran amigo Manuel Matos, de la edad del maestro Rodríguez, tan rebelde como éste, enemigo acérrimo del poder realista; rico, soltero, valeroso, Matos debió de influir mucho en el joven aristócrata.

El barco va a Veracruz con el objeto de recoger los tributos en oro y plata destinados a las arcas reales de Madrid; deberá de tomar estadía de dos o tres semanas hasta que desaparezca el bloqueo puesto por los ingleses a La Habana. Para aprovechar adecuadamente el tiempo –cosa prevista por los tíos en Caracas– viaja en seguida hacia la capital, donde llega a casa del oidor Guillermo de Aguirre. En este México virreinal halla una corte de condes, marqueses y caballeros que tratan de emular en magnificencia con la propia metrópoli. Es la corte más fastuosa de América y la que más exacciones comete. En ocho días, el huésped inexperto y asombrado, muy joven todavía para tomar contacto con esa sociedad empelucada –no ha cumplido dieciséis años–, apenas si palpa lo exterior e intrascendente, sin penetrar en los poderosos y sin el trueque de impresiones con la plebe. No le quedará huella de este viaje.

Antes de retornar a la navegación, escribe una carta a su tío Pedro –la primera carta que se conoce de Bolívar– en donde le cuenta varias minucias. Entre las frases sencillas del texto (parecen no escritas, sino habladas), carentes de ortografía, hay una reveladora: aquella que dice "me ocurren todas las especies a un golpe". Se denuncia el imaginativo, de concepción rapidísima. La rúbrica tiene ya, desde entonces, el rasgo característico de movimiento enérgico y nervioso hacia la izquierda.

El barco pasa por La Habana y arriba a Santoña, en España, al cabo de una peligrosa travesía de cuatro meses. "Llegó Simoncito, tan guapo –escribe Esteban Palacios–. Aunque no tiene instrucción ninguna, tiene disposición para adquirirla; gastó en su viaje no poco; llegó derrotado y ha sido preciso equiparlo nuevamente; le tengo un amor indecible". A lo que responde el tío Carlos: "El Simón ha gastado infinito en su viaje superfluamente, y así es necesario contenerlo, porque no tiene tanto caudal como se imagina él y aun tú mismo que no tienes conocimiento de ello". Y añade, con bajeza:

"Creo no habrás olvidado el asunto de la casa en que vivo, para que le tomes a Simón un papel firmado por si se variasen las cosas y también para en el caso que fallezca, para que me redima la dación de cuentas...".

Casi en seguida llega a Madrid el tío Pedro Palacios, y los tres se instalan en casa del neogranadino Manuel Mallo, nacido en Popayán y muy conocedor de las familias venezolanas. En ese momento, Manuel Mallo, que vive rumbosamente, es el favorito de la fea e impúdica reina María Luisa; un favorito desde diez meses atrás, en que cesaron caprichosamente las preferencias femeninas reales para Godoy, duque de Alcudia. Por esta circunstancia poco limpia, Esteban Palacios hállase constituido en personaje poderoso. "Don Manuel, Esteban, Pedro y Simón comen y cenan juntos todos los días"; para los cuatro hay holgura, destacada posición y los correspondientes criados.

Comienzan en seguida los estudios de Simón. "A este niño –escribe Pedro– le tiene Esteban muy aplicado y él sigue con gusto y exactitud el estudio de la lengua castellana; el escribir, en que está muy ventajoso; el baile; la Historia en buenos libros, y le tiene preparado el idioma francés y las matemáticas. Está sujetico y observa mediana conducta o por mejor decir buena".

Poco dura esta amable camaradería de los cuatro, porque la situación de Manuel Mallo, encumbrado por la reina al cargo de ministro del Tribunal de la Contaduría de Cuentas de Madrid, se torna compleja: le visitan mucho los necesitados de favores, los que le adulan, hombres y mujeres, y quizá hasta la propia reina (disfrazada, según datos bastante fundados). En tales condiciones la intimidad respetable del personaje no logra la suficiente discreción. Los tres huéspedes, por lo mismo, se pasan a vivir en una casa de la calle de los Jardines, hecho que coincide con la orden de España de que sus colonias cierren todo comercio con los países por medio de los cuales se aprovisiona Inglaterra. Y comienza así una crisis económica seria para estos tres criollos, que viven de las exportaciones de cacao, añil y otros productos. De ahí que las clases de matemática del estudiante duren sólo siete meses; las de baile y otras, cuatro, y la de la lengua francesa, quince días. Amén de que Simón, a pesar de que todo se paga por terceras partes, en forma

rigurosa, lleva en contra suya unos cuantos miles de reales gastados "particularmente". Junto a la casa de la calle de los Jardines hay una librería, y en la librería una otoñal vendedora. Simón anuncia ya sus inquietudes. Se hace confeccionar con experto sastre de cámara del rey un lujoso uniforme de subteniente; varias levitas de paño muy fino, un frac de gran corte y una capa riquísima. Además –y esto es lo verdaderamente significativo y trascendente– toma cierta amistad con la propia reina, es testigo involuntario de sus intimidades con Mallo, hasta juega con el príncipe heredero. Una tarde –lo narraba muchos años después el propio Bolívar– el príncipe jugaba al volante (pelota y raquetas) en presencia de la reina. En una jugada inhábil, el caraqueño da fuerte golpe al príncipe en la cabeza; éste, enojado trata de interrumpir el partido; la reina le reprende y le obliga a continuar "porque desde que había convidado a un caballero, se igualaba a él". Y comentaba el Libertador: "Quién le hubiera anunciado a Fernando VII que tal incidente era el presagio de que yo le debía arrancar la más preciada joya de su corona". (Fernando era un año menor que Bolívar. Con tales antecedentes, ¿era posible que algún día llegase el caraqueño a vitorear a Fernando VII? Imposible, y no lo hará jamás.

Un día, la buena estrella de Mallo se eclipsa bruscamente, pues la caprichosa reina lo abandona, para volver a los brazos de Godoy. Éste, orgulloso y vengativo, desata inmediatamente persecución oficial contra Mallo y sus amigos. Esteban Palacios es encerrado en la cárcel de Monserrat; Pedro Palacios se salva, refugiado en Cádiz, por ser persona de poca cuenta. Y Simón Bolívar, tan inexperto como soñador, quédase solo en el inmenso Madrid, sin parientes, forzado a orientarse por propio riesgo. Cuenta, desde luego, con el aprecio de muchos aristócratas criollos, sobre todo venezolanos, que viven en la metrópoli.

Uno de éstos, el marqués de Ustáriz, le invita a alojarse en su lujosísima mansión de la calle de Carretas, donde se cultivan armoniosamente el gran lujo, la moralidad de las costumbres y la refinadísima elegancia. Entre las familias Ustáriz y Bolívar hubo de lustro a lustro amistad estrecha, de manera que Simón va como a casa de parientes. Lleva la determinación de continuar estudios, ante todo.

El marqués, "ideólogo linajudo, imbuido en el liberalismo español del siglo XVIII, había bebido inspiraciones en las teorías de la Enciclopedia. En él se figuraba Bolívar ver a uno de los sabios de la antigüedad. Ustáriz no desaprobaba la idea de la emancipación de América, aunque presentaba las dificultades de la empresa con sólidos razonamientos". De manos de Rodríguez pasa así Simón, en su proceso educativo, a las de Ustáriz: de un liberal enciclopedista a otro liberal enciclopedista, de un revolucionario a un pensador. "Más se aprendía conversando con el marqués que en las obras de los sabios".

Recibe en seguida profesores de literatura, idiomas, historia y filosofía; lee intensamente, toma contacto con los clásicos, estudia inglés, francés e italiano; descubre y domina las profundas delicadezas de la vida social, verdaderamente refinada y culta, lejos ya de los amaneramientos criollos de Caracas, y se le clava en el espíritu para siempre la urgencia de conocimientos que le llevará a trocarse en autodidacta de eximia preeminencia.

Una de las familias que frecuentan la casa de Ustáriz es la de Bernardo Rodríguez del Toro, de calificado linaje, caraqueño residente en España desde muchos años atrás; de mediana fortuna (explota una propiedad agrícola en Bilbao) y viudo con varios hijos. María Teresa es el júbilo de ese hogar: una madrileña de dieciocho años, alta, delgada, muy elegante, con ojos arrebatados de bondad. No tiene el rostro deslumbrante; sí los méritos. Simón se enamora de ella, con esa vehemencia tan propia de su temperamento, y siente que el corazón de ella galopa también, arrastrado por el ciclón del amor. Tanto crece el incendio, que a las pocas semanas, muy a pesar del arraigo en los estudios, ya no piensa él sino en casarse, y escribe ingenuamente a su tío Pedro Palacios, a Cádiz:

> No ignora usted que poseo un mayorazgo bastante cuantioso, con la precisa condición que he de estar establecido en Caracas, y que a falta mía pase a mis hijos, y de no, a la casa de Aristeguieta, por lo que, atendiendo al aumento de mis bienes para mi familia, y por haberme apasionado de una señorita de las más bellas circunstancias, como es mi señora doña Teresa

> Toro, hija de un paisano y aun pariente, he determinado contraer alianza con dicha señorita para evitar la falta que puedo causar si fallezco sin sucesión, pues haciendo tan justa liga, querrá Dios darme algún hijo que sirva de apoyo a mis hermanos y de auxilio a mis tíos.

Por estas razones, que su forjador de diecisiete años apenas cumplidos considera irrefutables, espera autorización para casarse (Esteban Palacios continúa incomunicado en la prisión) y solicita a la vez que se pida la mano de la novia, de acuerdo con la tradición. En la carta aparece impositivo: "he determinado..."; preciso, sin circunloquios, pues sabe lo que quiere: "querrá Dios darme un hijo..."; hábil, además, puesto que desea "servir de auxilio a mis tíos". Ya se ve algo del verdadero Bolívar.

Se ahondan los amoríos; amplíanse los estudios; el tiempo corre. Se ha cumplido ya el primer año en casa del marqués, cuando un incidente callejero arrebata la dicha del momento y la aplaza. Al ir un día Simón en hermoso corcel por la Puerta de Toledo ignorante de que los sabuesos de Godoy acechaban, es detenido sorpresivamente y tratan de registrarle –¡a él, un oficial!–. Los rechaza en términos vehementes. Uno de los guardias descubre gemelos de diamantes en los puños de encaje, cosa prohibida por reciente decreto, y trata de prenderlo. Simón salta del caballo y lanza el reto absurdo, en que hubiese perecido de no haber intervenido varios transeúntes. Llega furioso a la mansión del marqués, narra la escena, destaca la significación del desate persecutorio del omnipotente favorito de la reina y pide que se le deje casarse inmediatamente, de modo de partir en seguida hacia Venezuela. Da dificultad calmarle; hay impedimentos serios para un matrimonio precipitado: faltan consentimiento del rey, aprobación del padre de la novia, atestación de soltería –trámite largo–, dinero disponible, etc. Le sugieren un prudente abandono de Madrid, de modo de evitar las celadas de Godoy. Es lo que aconseja el propio padre de María Teresa, quien aprueba el noviazgo de su hija, pero exige el respeto de un plazo. Parte así, decepcionado y triste pero no vencido, rumbo a Bilbao, a la propiedad de su futuro suegro.

A los cuatro meses de cautiverio semipolítico en esa ciudad, trata de casarse en Madrid por poder, sin conseguirlo. Irrevocable

en el propósito –como será siempre en todo–, halla un camino y a él se ciñe: ir en busca del embajador de España en Francia don José Nicolás de Azara, diplomático de grandes influencias en la corte, a fin de pedirle un pasaporte que le permita retornar a Madrid libre de persecuciones. Consigue vender doscientas fanegas de cacao y con ese dinero se pone en marcha; atraviesa la frontera, llega a Bayona, averigua por el embajador y sabe que se encuentra al otro extremo de Francia, en Amiens, donde España, Inglaterra y Holanda firman en esos días la paz con Napoleón, primer cónsul.

El embajador Azara no le concede el retorno directo a Madrid; mas le indica el procedimiento para lograrlo. Pasa Bolívar por París, muy a la ligera, en su primer contacto intrascendente con el fulgor napoleónico; quizá toma algo de los placeres que amasa, en plástica inspiración, esa juguetona y desaprensiva urbe. Vuelve a Bilbao, y allí, con las recomendaciones que trae, le expiden el salvoconducto. Se lanza, ávido de amor, a Madrid; llega de nuevo a casa del marqués de Ustáriz, y mientras se desarrollan los preparativos de la suntuosa boda, la primavera, desbordada, se enciende en flores, echada al firmamento en policromada efervescencia; es un gigantesco espumoso champagne derramado de todas las fuentes.

En mayo de 1802, la iglesia de San José recibe a los contrayentes, y luego de la pomposa fiesta, Simón y María Teresa se embarcan en La Coruña, rumbo a Venezuela. María Teresa no volverá jamás a su Madrid ni verá nunca de nuevo a su padre y hermanos. Hay por detrás una fatalidad, encargada de salvar a fuerza de dolor el destino del genio.

V

> No sé de hombre verdaderamente grande que no pudiera ser toda manera de hombre.
>
> CARLYLE. *Los héroes y el culto de los héroes.*

Reavívase la luna de miel con la llegada a Caracas, donde Simón y María Teresa son agasajados por su numerosísima parentela.

Al casarse con española, este Bolívar ha ascendido socialmente. Los días discurren de fiesta en fiesta; brillan, por sobre todas, las ofrecidas por el marqués del Toro, tío de María Teresa, personaje a quien Bolívar dejó definido así: "Prototipo de la franqueza, de la amenidad; noble en sus sentimientos, en su conducta; nadie más servicial, más generoso y mejor amigo; es el Epicuro caraqueño; su mesa es la de un gastrónomo". ¡A este marqués tan refinado se le encomendarán más tarde acciones militares!

Van luego los esposos a la hacienda San Mateo, donde continúan los festejos; los centenares de esclavos rinden homenaje a la pareja; la vida del campo comienza a desarrollarse para los dos en esa forma natural y estimulante propia de las zonas fecundas. "En años posteriores –cuenta O'Leary– gustaba el general recordar este período de su vida, que consideraba como el único verdaderamente feliz y tranquilo. Se levantaba temprano, vigilaba los trabajos de la hacienda, indicaba las mejoras que debían introducirse, hacía mucho ejercicio a pie y a caballo y dedicaba al estudio las horas calurosas del día y algunas de la noche".

En estos meses se tiene la impresión de que Bolívar hubiese llegado a una meta, y quien llega comienza a retroceder, se extingue. Por una parte, ha huido de esa alma la soledad intensa que le trajera la suerte desde niño; por otra, aparece el naufragio de ese espíritu. Lo mejor que puede venirle a este hacendado culto, menor de veinte años, son nombramientos provenientes de la Corona, de esa Corona corrupta que él conoció tan de cerca...

Pero el destino interviene de nuevo, tajante. María Teresa, atacada por el paludismo, muere en cortísimo plazo, cuando apenas iba a cumplir ocho meses de matrimonio. Y retorna al corazón de Bolívar, en ácida crudeza, la soledad, más grande ahora, más acumulada de amargura, puesto que la víctima ya puede medir la total magnitud de ese dolor. Desolado, se entrega por muchas semanas al aislamiento meditativo en medio de la serenidad campesina; parece ave de alas rotas.

Reacciona luego con energía; solicita de la Real Hacienda un préstamo de veinte mil pesos "para fomento de sus bienes", y se dispone a retornar a Europa ese mismo año; es hombre ejecutivo, que actúa siempre, siempre, en toda circunstancia; su luz salvadora

está en la acción. Le niegan, miopemente, el préstamo; se disgusta con su tío Carlos, que no le ha rendido cuentas del manejo de los bienes durante la ausencia en España; mas no retrocede; prepara el viaje.

De esa tortura profunda nace un juramento: "Quise mucho a mi mujer, y su muerte me hizo jurar no volver a casarme". Cumplirá esta promesa –que más que promesa es determinación inteligente–, como cumplió todas en su vida. "Si yo no hubiera enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo". Tampoco lo era para quedarse de por vida en calidad de simple jefe de hogar; le sobraban voluntad, imaginación e impulso.

¿A qué va a Europa? A olvidar, a apresurar la vendimia de los goces; a halagarse con risas, canciones y festines; a jugar y embriagarse, a derrochar salud y dinero, en una inflamación de desahogo incorporada desde los abismos de su pena hasta las plenitudes airosas de su juventud arrogante. Quiere mentir su felicidad, por reacción y deshacerse de un pasado alrededor del cual, en supuesta injusticia, giran ya muchas sombras de muertos. Es la rebeldía, caldeada por el derecho a vivir y a triunfar. Y sobre todo, es el terrible vértigo de la desorientación: no encuentra el para qué de su vida. Y salta la crisis, pero insubordinada, envuelta en fuego; persigue mucho porque no busca nada. La muerte, que da paz al que muere, tiene garfios de tortura para los que quedan; la muerte es el vértice de una contradicción. Va a Europa a sacudirse de la tristeza, en un ensayo desarticulado de forjar en la vida del gran mundo algo, algo.

Llega a Cádiz, donde se encuentra con sus tíos Esteban –ya libre– y Pedro, y donde toma conocimiento y amistad con numerosos criollos venezolanos y de otros puntos coloniales de América. Cádiz constituye el puerto mayor en el nexo de España con sus dominios de ultramar. Esas gentes, en contacto con el océano y con los hombres de todos los puntos de la tierra, poseen hervor tumultuoso de anhelos; advierten –ocupadas como se hallan en grandes actividades comerciales, de importación y exportación– lo que sería una América libre para tal suerte de empresas; en sus propios razonamientos hay una manera demoledora y crítica en contra de la

reyecía, pues les ha llegado, en brasa hirviente, el mensaje de una próxima revolución republicana. Piensan, pues, y proyectan de modo diferente del de la restante España; proyectan y actúan, dentro del más rígido secreto, en reuniones reservadas, cuyo hermetismo viene garantizado por juramentos. Cádiz es un centro vitalísimo de la masonería.

Entre el ir y venir de las nuevas emociones, Bolívar descubre por vez primera –quizá sin sopesarlo en justeza– una de sus mayores fuerzas: la ambición. Llevado por ella y valido de las ya ningunas limitaciones de su espíritu, entra sin recelo en la "Logia de Cádiz", filial de la Gran Logia Americana de Londres, donde encuentra que le hacen prestar este juramento, sobreañadido a los juramentos propios de la sociedad: "Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu patria sino aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos, y siendo el sistema republicano el más aceptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén a tus alcances a que los pueblos se decidan por él". Este juramento, prestado dentro de los ritos severos de la masonería debió de tatuarse en el corazón del iniciado como con estilete de llamas, pues fue leal a él toda su vida, aun en la hora en que le incitaron para que se coronase rey.

Luego de detenida visita a los tíos en Cádiz, va a Madrid, anheloso de cumplir con el deber de entregar a su suegro objetos pertenecientes a María Teresa y de referirle pormenorizadamente a la familia –y al marqués de Ustáriz y al amplio grupo de sudamericanos que fueron su pequeño mundo– la enfermedad y muerte de la dulcísima madrileña, victimada por el trópico. "Jamás he olvidado mi entrevista con don Bernardo cuando le llevé las reliquias de María Teresa; padre e hijo mezclaban sus lágrimas".

Madrid nada le ofrece. A poco de llegado, cuenta en una carta "de la vaga incertidumbre de que está poseído". Se hacen gestiones ante el rey "para que se le conceda un cargo en alguna de las legaciones de España en Europa", sin éxito. Pasan así semanas y semanas, en busca de un derrotero y dentro de un retraimiento social forzado, a causa del duelo. Días oscuros y tristes, a la hora en que hierve en el alma la llamarada de los veinte años.

Un suceso corta de raíz esa monotonía peligrosa: decreta el rey que todos los naturales de colonias abandonen la capital del reino,

en la que hay peligro de hambre. Bolívar, sin titubeos, sale inmediatamente rumbo a París. Abandona la urbe amargado y hondísimamente resentido contra la corte; piensa que idénticos sacrificios hubieran debido hacer los madrileños y los hijos de las colonias ante el peligro del hambre: todo era España.

París y la Francia de la República le abren los brazos poco a poco, de modo de tomarlo sabiamente en la sugestión de su red magnética. Su primera impresión –"sólo hace tres semanas que he llegado aquí y ya estoy aburrido"– se esfuma con suavidad. Recibe una noticia que en cierto modo precipita su personal desprendimiento: Manuel Mallo perece, víctima de una emboscada de Godoy: un día, en efecto, el poderoso ministro consideró que valía más alejarlo de la Península y le nombró para cargo de importancia en las Antillas; el pasajero no llegó a su destino, pues su cuerpo fue arrojado traidoramente a los peces, en alta mar.

Fernando Toro, su condiscípulo e íntimo amigo, le ha acompañado desde Madrid en esta suerte de destierro, y en París se encuentran ambos con numerosos jóvenes, con quienes entran en camaradería, especialmente Mariano Montilla, Vicente Rocafuerte y Carlos Montúfar, quiteño éste, que será fusilado por los españoles en la ciudad neogranadina de Buga ocho años más tarde.

Y aquí aparece la segunda mujer de importancia en la vida de Bolívar: Fanny du Villars, pariente suya muy lejana –"mi querida prima"–, a quien conociera fugazmente en Bilbao, cuando era él "modesto, estudioso y económico". Esta preciosa parisiense le invita a instalarse en su lujosa mansión, en el Boulevard del Temple, lo que acepta el caraqueño con júbilo. Fanny, de veinticinco años, blanquísima y de cabellos en rubio oscuro, tiene la frivolidad, el refinamiento y la gracia elegante de las más distinguidas y ricas parisienses. Casada con el conde Berthélém Regis Dervieux du Villars, casi sexagenario ya, goza de los privilegios de la nobleza francesa y vive en ambiente de mucho encumbramiento. En aquella casa espléndida moran: el niño Augusto, de ocho años, hijo del matrimonio; las dos hermanas de Fanny, Pepita y Rosalía, y un ambiguo señor Legarde, íntimo amigo del matrimonio. El padre de Fanny, aristócrata también, es el barón Denis Throbian, viudo de María Ana Massa Leuda y Aristeguieta (origen del parentesco).

El apuesto venezolano ingresa de este modo en lo granado de la sociedad tradicionalista y noble de París, venida a menos en esos momentos en punto a influencia y preponderancia a causa de la Revolución y por el encumbramiento de Bonaparte, quien se dispone ya a coronarse emperador. El París que viera Bolívar tan brevemente dos años atrás –"dijo que el día de su llegada a París había querido en el mismo momento recorrer toda la ciudad; que había tomado un coche público, en el que, por descuido, dejó su cartera, en que se hallaban sus libranzas y las cartas de crédito que llevaba, y que se admiró mucho de que veinticuatro horas después se le llamase para hacerle entrega de su cartera intacta" (¡el jefe de la policía era Fouché!)– es hoy el París entregado ebriamente al nuevo César, más orgulloso y potente que todos los reyes habidos en Francia. Las familias que, como la de Fanny, frecuentaban anteriormente la corte continúan reuniéndose en sus palacetes particulares y celebrando fastuosas fiestas, donde se habla mal de las ideas liberales, del Corso, de su origen italiano poco encumbrado; se incluyen la burla y el desprecio hacia el nuevo ocupante de las Tullerías y su corte de burgueses: Bernadotte, Murat, Lannes, Davout; se ríen de la cojera del gran chambelán, Talleyrand, y de las veleidades inescrupulosas de la emperatriz Josefina. El emperador, omnipotente y genial, se impone a todos; crea una nobleza, para enfrentarla a la otra.

Bolívar luce en aquella casa del conde Du Villars la plenitud soberbia de su juventud y de su inteligencia. Alegre, privilegiado, cultísimo y galante, "murmurador, perezoso y pródigo", alcanza cuanto desea. (Nadie piensa en su viudez). Su faz mate, sus ojos vivísimos, el éxito de sus patillas largas en un rostro alargado, la fluidez chispeante de la conversación, el gran lujo de sus chaquetas; el excepcional arte suyo en la danza y hasta la audacia misma de sus conceptos, no bien cimentados todavía, con mezcla de ingenuidad e incompletos, le dan sobrada aureola. Sobre todo, le aman y le desean las mujeres. Pero quien más le ama y quien más le desea es la propia Fanny, a quien le tienen sin cuidado las poco probables objeciones de su marido. De los ojos azules, inmensos, y de los bien cuidados brazos salta el imán de su seducción; el hermoso pecho, gallardamente descubierto hasta donde lo permite un porqué de

pudor, incita tanto como la delgadísima cintura o el misterio de las zapatillas, que apenas si se dejan ver bajo el rumboso traje de seda que roza las alfombras.

Préndese rápidamente la pasión entre esas dos juventudes, y devora, y quema. Pasión; no amor. La pasión da siempre lugar a otras pasiones, simultáneamente; casi que las exige. En Simón vienen a ser las coristas de la ópera, las bailarinas, el juego –¡juega mucho!– y los demás almíbares de la vida mundana elegante. Hay en el caraqueño una sensación de despertar a vuelo de campanas, y ya nada ni nadie detendrá esa estimuladora fuerza, que ha de sentirse más henchida y emprendedora, menos fragmentaria y veleidosa, mientras más corran los años hacia la culminación. París, lo parisiense, las parisienses, le han conquistado, abrasándole en el realismo de las experiencias todas. "Se electriza cada vez que habla de sus viajes a Europa". "Si no me acordara de que hay un París y de que debo verlo otra vez, sería capaz de no querer vivir". Madrid no pudo dejarle estos tatuajes.

Napoleón va a ser coronado en Notre Dame por el Papa. Los preparativos, fastuosos como nunca, tienden a deslumbrar. Bolívar oye, en el ambiente en que se halla, terribles expresiones mordaces contra el Corso. En el pueblo, las gentes aplauden al nuevo dios y se divierten; muy reducida minoría –la de los irreductiblemente libres– se muestra inconforme, pero calla. Entre estos últimos está, desde luego, Simón Rodríguez, que ha visitado ya a su discípulo en la residencia de Fanny, para darle este consejo: "Diviértete, reúnete con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo; en fin, es preciso distraerte". Rodríguez, que ahora se apellida Robinson, significa para Bolívar "el compañero de infancia, el confidente de los goces y penas, el mentor cuyos consuelos y consejos han tenido siempre tanto imperio".

Esta concurrencia simultánea de la coronación de Bonaparte; de la vida en casa de la hermosa Fanny, a donde acude tanto personaje; de la presencia de Rodríguez; del desbordamiento en los placeres, y otras circunstancias, va a hacer saltar la chispa que orientará la vida de Bolívar. Está para comenzar la crisis.

Segunda Parte
EL SALTO PRODIGIOSO

I

El hombre valeroso desprecia el porvenir.

NAPOLEÓN.

"Vi en París, en el último mes del año de 1804, la coronación de Napoleón. Aquel acto magnífico me entusiasmó; pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular, excitado por las glorias, por las heroicas hazañas de Napoleón, vitoreado en aquel momento por más de un millón de personas, me pareció ser, para el que recibía aquellas ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre". Así se manifestó, en arranque todopoderoso, la sed de gloria que se hallaba latente en el espíritu de Bolívar; ese 2 de diciembre de 1804 prendió una llama. "Aquellas ovaciones me parecieron el último grado de las aspiraciones humanas...".

Algo más: "La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica: lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona". Sigue presionante la sed de éxito gigante.

Más todavía, y con diáfana claridad: "Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que lo libertase". Bolívar descubrió así, dentro de una nebulosa subconciencia, su verdadera vocación, a la que no entrará de lleno sino seis años más tarde.

En seguida de las ceremonias en Notre Dame vino el despliegue de públicos festejos. Hecho que no toleraron ni Bolívar ni Simón Rodríguez; indignados, se metieron en la habitación del segundo, y hasta cerraron las ventanas. "Yo soy grande apreciador del héroe francés, hablo con entusiasmo de sus victorias, lo preconizo

como el primer capitán del mundo, como hombre de Estado, como filósofo y como sabio. Se hizo emperador, y desde aquel día lo miré como un tirano hipócrita, oprobio de la libertad y obstáculo al progreso de la civilización; su gloria misma me parecía el resplandor del infierno".

Hay un detalle de la coronación que impresiona al joven venezolano: el Corso, de espaldas al Papa Pío VII, toma por propias manos la corona y se la pone; luego coloca la de la emperatriz en la cabeza de Josefina. Nada de respeto, ni de genuflexiones, ni siquiera de protocolo ante el Pontífice. Lo contrario de cuanto viera en la corte de Madrid. Dados sus veintiún años y la orientación que recibiera de su maestro, contraria a las normas de su cristianísima familia, prefiere la desafiante actitud napoleónica; no tardará en imitarla, en pequeño.

En su alma se producen por entonces muy acentuadas reacciones. "Un día –es un relato de Fanny– dio una comida suntuosa; había convidado a los tribunos, senadores, generales y algunas dignidades de la iglesia. Olvidando, en medio de los vapores del vino de champaña, que era extranjero y que reunía en su mesa personajes de importancia, Bolívar se dejó llevar por su indignación contra el ídolo que se incensaba (Napoleón); su fuego no previó ningún peligro, y la conversación, salida bien pronto de los límites de la decencia, se convirtió en una disputa tumultuosa. Todo el mundo hablaba a la vez; pero sobre este ruido confuso de palabras se eleva la voz sonora de Bolívar, acusando al primer cónsul de haber traicionado la causa de la libertad, aspirando a la tiranía por la invasión de los derechos del pueblo y la organización del poder sacerdotal. Reprueba a los soldados su cooperación, a los oradores su apostasía; demuestra su desprecio al clero que, en la impotencia de captarse la confianza del pueblo, se sometía al tirano finalizando por poner en ridículo la nueva marcha de esta religión que se impone con la bayoneta calada".

El padre de Fanny, visiblemente alarmado con el incidente, se apresura a aconsejar a Bolívar que abandone París; eran posibles serias represalias.

> No tengo necesidad de deciros –le contesta Bolívar– cuán afligido estoy de haberos hecho testigo del

> escándalo que ocasionó ayer en mi casa la exaltación fanática de algunos clérigos, más intolerantes que sus antepasados y que hablan con tanta imprudencia como en España, donde el pueblo les dobla la rodilla y les besa la falda de la sotana [...] Yo no concibo que nadie sea partidario del primer cónsul, aunque vos, querido coronel, cuyo juicio es tan recto, le pongáis en las nubes. Yo admiro, como vos, sus talentos militares; pero, ¿cómo no veis que el único objeto de sus actos es apoderarse del poder? Este hombre se inclina al despotismo. Estad convencido; el reinado de Bonaparte será, dentro de poco tiempo, más duro que el de los tiranuelos a quienes ha destruido [...] Coronel, perdonad; yo no seguiré esta vez vuestro consejo; no abandonaré París hasta que no haya recibido la orden para ello. Deseo saber por mi propia experiencia si le es permitido a un extranjero en un país libre emitir su opinión respecto a los hombres que lo gobiernan y si le echan de él por haber hablado con franqueza.

Ninguna autoridad le pidió que saliese de Francia.

En esta carta, de jacobino exaltado, hay unas frases que denuncian una de las graves fallas del carácter de Bolívar: la precipitación. "Estoy lejos de tener la sangre fría de Rodríguez o la vuestra, coronel yo no puedo contenerme siempre". Esta incontinencia desaforada le pondrá más de una vez en situaciones desesperadas. Vale la pena subrayar: "Yo no puedo contenerme siempre". Y tal franqueza en denunciar su debilidad viene seguida de esta otra, respecto de su falta de derrotero: "Hoy no soy más que un rico, lo superfluo de la sociedad, el dorado de un libro, el brillante de un puño de la espada de Bonaparte, la toga del orador. No soy bueno más que para dar fiestas a los hombres que valen alguna cosa. Es una condición bien triste. ¡Ah!, coronel; si supieseis lo que sufro, seríais más indulgente".

Las intimidades pasionales de Simón y Fanny se desbordan; llegan hasta la ingenuidad de sembrar juntos plantas en el jardín de la casa, de modo que florezcan un día en símbolo de perennidad amorosa (linda pincelada romántica).

En medio de tantas exultaciones, que debilitan vertiginosamente el sistema nervioso de Bolívar aparece en los salones de Fanny un hombre extraordinario, que va a influir en el fogoso caraqueño. Es el barón Alejandro de Humboldt, que viene de visitar buena parte de América, en una correría científica de casi cinco años y que en Venezuela conoció a los Bolívar, Palacios y Aristeguietas. Con Aimé Bonpland, su compañero de viaje, acaba de publicar el itinerario de viaje en el *Journal de Physique*, y se ha convertido en el personaje más destacado de los salones parisienses; no tiene sino treinta y cinco años. Trae, amén de una admiración sincera por el Nuevo Mundo, una apreciación exacta de sus realidades; gracias a él y Bonpland, Europa comienza a informarse con certeza de lo que es y de lo que puede alcanzar el hemisferio occidental.

Es invierno. La concurrencia a los actos sociales y a los teatros se multiplica. Bolívar se ve con Humboldt con suma frecuencia y escucha del sabio, persistentemente, un evangelio de libertad.

Es hombre reposado el alemán, muy firme en sus afirmaciones, y toma en seguida ascendiente sobre el caraqueño; ascendiente que se condensa en este punto: hay que pensar en América, preocuparse por América, hacer algo por América. Ya no se trata de la teoría general de la libertad, sino de un punto de aplicación de la doctrina: América.

–Radiante destino, en verdad, el del Nuevo Mundo si sus pueblos se viesen libres de su yugo, ¡y qué empresa más sublime!– exclama Bolívar.

–Yo creo –responde Humboldt– que su país ya está maduro para la libertad, mas no veo al hombre que pueda realizarla.

–Las revoluciones producen a sus hombres –comenta Bonpland–, y la América no será una excepción.

Bolívar escucha, aprende, discute. Y a la vez se agota en diversiones: “Apenas tengo un ligero capricho, lo satisfago al instante y lo que yo creo un deseo, cuando lo poseo sólo es un objeto de disgusto”. Surge al fin una crisis nerviosa de proporciones; la postración es aparentemente seria: “Los médicos declaran que voy a morir; era lo que yo deseaba”. Rodríguez, vigilante, interviene al

punto y se lo lleva al "Hotel de los extranjeros". "Rodríguez vino a sentarse cerca de mí; me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida; me reconviene con dulzura y me hace conocer que es una locura el abandonarme y quererme morir en la mitad del camino. Me hizo comprender que existía en la vida de un hombre otra cosa que el amor, y que podía ser muy feliz dedicándome a las ciencias o entregándome a la ambición". El maestro le advierte, además, que le queda una fortuna considerable. Reacciona el enfermo poco a poco, pero sólo a medias, pues trae deprimido el espíritu en la propia raíz; no halla orientación u objetivo en su existencia; está ciego; la crisis le ha llegado muy tensa. Y cree encontrar una luz en aquello mismo que le trajera sombras: "Los continuos cambios, que son el fruto de la casualidad, ¿reanimarán acaso mi vida? Lo ignoro; pero si no sucede esto volveré a caer en el estado de consunción".

Rodríguez descubre entonces que se ha equivocado en su recomendación de diversiones; no lo dice, pero le propone, en cambio, a su discípulo –¡manes de Rousseau!– un viaje a pie hasta el corazón de Italia. Y los tres: Rodríguez, Bolívar y Fernando Toro abandonan París, rumbo a la frontera italiana, apenas se derrama en el espacio el hechizo de una nueva primavera. Ya en camino, comentan los últimos sucesos de España: el rey Carlos IV ha firmado ya su entrega incondicional a Bonaparte, quien alístase para dominar la Península; la escuadra francesa, unida a la española, hace preparativos para una acción naval en contra de Inglaterra en cuyo nombre se enfrenta a Napoleón el gran almirante Nelson. ¿Cuál habrá de ser el desenlace? ¿Qué le aguarda a América?

Pasan los viajeros por Lyon, atraviesan el Ródano, entran en la Saboya y no parece sino que siguieran los pasos del escritor ginebrino, que tan repetidas veces había ido por allí errabundo y soñador, siempre solo, a pie, sin dejarse arrancar ni de su timidez ni de sus ilusiones. En coche, en carreta, paso a paso, como pueden y como quieren, los tres aventureros arriban a Annecy y pasan por Chambery, en cuya plácida campiña Jean Jacques, no tocado todavía por el rayo del genio, solía entretenerse con las caricias de la señora Waren.

Siguen la ruta y entran en Turín. Las pródigas llanuras de la Lombardía todo lo truecan en júbilo y esperanza. En Milán se presenta

más de una sorpresa. Fanny du Villars está allí, en viaje de placer, acompañada de su esposo y del inseparable señor Legarde. ¿Encuentro ocasional? No. Fanny sigue vívidamente enamorada de Bolívar; pero éste ya no trata el asunto con fuego, sino con habilidad. "Deambulaban por las calles de Milán hablando de la situación política de Italia". En contraste: "Se enamoró locamente –cuenta Manzoni– de una amiga mía, que lo estimaba mucho, pero que no pudo quererlo con amor, bien porque no se lo inspirase o porque estuviera ya enamorada del que fue después su esposo. Bolívar se desesperó, pues le hacían una impresión muy viva todas las cosas de la vida: era entusiasta e impaciente. Tumbábase en un canapé, en el cuarto de otro amigo mío, que me lo contó, llevándose las manos a la cabeza, y con señales de grande agitación decía: esta mujer ha decidido de mi suerte".

Y cuando todo esto se desarrolla un poco vertiginosamente, entra en Milán Napoleón para coronarse, en la majestuosa catedral con la corona de hierro de los lombardos. "Habló el Libertador de lo que hizo en Italia; dijo que había asistido a una gran revista pasada por Napoleón al ejército italiano en la llanura de Montequiaro, cerca de Castiglione; que el trono del emperador se había colocado sobre una pequeña eminencia en medio de aquella gran llanura; que mientras desfilaba el ejército en columnas delante de Napoleón, que estaba sobre el trono, él y un amigo que le acompañaba (Simón Rodríguez) se habían colocado al pie de aquella eminencia, de donde podían con facilidad observar al emperador; que éste los miró varias veces con un pequeño anteojo de que se servía, y que entonces su compañero le dijo: quizá Napoleón, que nos observa, va a sospechar que somos espías; que aquella observación le dio algún cuidado y lo determinó a retirarse". "Yo –dijo S. E.– ponía toda mi atención en Napoleón, y sólo a él veía entre toda aquella multitud de hombres que había allí reunidos; mi curiosidad no podía saciarse, y aseguro que entonces estaba muy lejos de prever que un día sería yo también objeto de la atención o, si se quiere, de la curiosidad de todo un continente, y puede decirse también del mundo entero. ¡Qué Estado Mayor tan numeroso y tan brillante tenía Napoleón y qué sencillez en su vestido! Todos los suyos estaban cubiertos de oro y ricos bordados; y él solo llevaba sus charreteras, un sombrero sin galón y

una casaca sin ornamento alguno; esto me gustó, y aseguro que en estos países hubiera adoptado para mí aquel uso si no hubiese temido que dijesen que lo hacía por imitar a Napoleón, y a lo cual hubiesen agregado después que mi intención era imitarlo en todo". Milán, de este modo, acabó de convencer a Bolívar de la inigualable grandeza de la gloria. No le deslumbra el desfilar de sesenta mil hombres ni siquiera el frenético aplauso de las multitudes, como en París, sino la figura napoleónica, el hombre, el ser convertido en eje, centro y pináculo. Napoleón tiene en aquellos días treinta y seis años, casi la misma edad de Rodríguez. Simón Bolívar, a los treinta y seis años también será ya un gran hombre, objeto de la atención de todo un continente.

Impelidos por la ráfaga de la pasión aventurera, los tres prosiguen el viaje directamente a Venecia y palpan las aguas del Adriático. Se aproxima el verano. "Muy poco" les gusta la ciudad, de cuyo nombre nació el de Venezuela (pequeña Venecia), y continúan contentos, optimistas, por Ferrara, Lugano, Padua, hasta dar con Florencia. Aquí se quedan varias semanas para contemplar el impacto de luz de los Médicis en museos, palacios, bibliotecas y monumentos. Aquí lee Bolívar a Maquiavelo, en *El Príncipe*, y se forma de la obra "un concepto vulgar". El racional organizador de la ciencia política, el visionario de los auténticos hombres de Estado, no le satisface. Ni satisfacerle podía entonces; estaba demasiado joven. Más tarde, parecerá en muchos actos un personaje trabajado por el propio gran florentino.

En Roma, la primera visita de los peregrinos es al embajador español ante el Vaticano, don Antonio Vargas Laguna, quien les introduce en ambiente de significación, donde se congregan Guillermo de Humboldt, hermano del sabio; artistas de la categoría de Rauch y Thorwaldsen; el historiador Sismondi; mujeres de mundo y sabias, como madame Stael; poetas –Lamartine, Chateaubriand–, ministros, magistrados, casi todos unidos por el pensamiento revolucionario de la época.

Un día se produce un hecho sencillo, que ha entrado en la Historia con calidad de sublime. Los tres viajeros –15 de agosto de 1805, vale recordarlo– subieron al Monte Sacro, una de las siete colinas de Roma. Ya en lo alto, rescatados de lo efímero por

consideraciones trascendentes hicieron un juramento. "Allí nos arrodillamos los tres, y abrazándonos unos a otros juramos libertar a nuestra patria o morir en la demanda" (narración de Bolívar). Fue hacia la tarde, en hora de intenso calor. Este juramento fue cumplido; he ahí lo extraordinario. Fernando Toro destrozada la pierna por un cañón español seis años más tarde, en plena guerra ya, sólo regresó a Caracas para morir, sin siquiera haber contemplado el alcázar de la independencia. Rodríguez, sin saberlo, había cumplido ya lo que juraba con haber puesto lo que puso en la conciencia del Libertador. Ninguno de los tres tuvo esa tarde cabal captación de su arranque; el círculo de sus amistades en la ciudad no dio al suceso "otro significado que la expresión del arrebato juvenil producido por los recuerdos que evocaban aquellos sitios".

Días más tarde, el embajador Vargas Laguna obtiene audiencia del Papa –el mismo de la coronación de Bonaparte en París–, a quien quería conocer Bolívar. La escena termina en forma muy desagradable para el embajador. Ya en presencia del Pontífice se niega a arrodillarse y a besar la cruz que ve bordada en la sandalia.

–Dejad al joven indiano hacer lo que guste– exclama el Papa mordazmente.

Terminada la audiencia, Bolívar comenta:

–Muy poco debe estimar el Papa el signo de la religión cuando lo lleva en su sandalia, mientras los más orgullosos soberanos lo colocan sobre sus coronas.

Poco antes del invierno, Simón recibe invitación del sabio Humboldt, que se encuentra en Nápoles, para realizar una ascensión al Vesubio. Se reanudan, con esta ocasión, y gracias a la permanencia un tanto larga de Bolívar en la ciudad, las conversaciones iniciadas en París acerca del Nuevo Mundo. Después del juramento del Monte Sacro, toman ya un interés diferente, más desenvuelto hacia el futuro. A la vez se acentúa la verdadera opinión de Humboldt sobre su huésped, revelada por el propio sabio cincuenta años más tarde: "Lo traté mucho, después de mi regreso de América. Su conversación animada, su amor por la libertad de los pueblos, su imaginación brillante, me lo hicieron ver como un soñador". Humboldt no creyó en Bolívar sino cuando ya éste había llegado a la presidencia de

Colombia; incluso ridiculizaba ante Fanny du Villars los comienzos de la guerra de liberación. Humboldt explica:

> Lo que más me asombró fue la brillante carrera de Bolívar, a poco de habernos separado [...] La actividad, talento y gloria de este gran hombre me hicieron recordar sus raptos de entusiasmo, cuando juntos uníamos nuestros votos por la emancipación de la América española [...] Mi compañero Bonpland fue más sagaz que yo, pues desde muy al principio juzgó favorablemente a Bolívar y aun le estimulaba delante de mí. Recuerdo que una mañana me escribió diciéndome que Bolívar le había comunicado los proyectos que le animaban respecto de la independencia de Venezuela, y que no sería extraño que los llevara a remate, pues tenía de su joven amigo la opinión más favorable. Me pareció entonces que Bonpland también deliraba. El delirante no era él, sino yo, que muy tarde vine a comprender mi error respecto del grande hombre, cuyos hechos admiro, cuya amistad me fue honrosa, cuya gloria pertenece al mundo.

No solamente ascendieron al Vesubio en compañía del sabio Gay-Lussac, sino que hicieron muchas excursiones por los alrededores de Nápoles, a tiempo que vivían vida social intensa, en ambiente refinado.

Quizá aquí recibió Bolívar la noticia de la muerte de su tío Carlos Palacios, ocurrida en un pueblecillo venezolano. A esta circunstancia vino a sumarse alguna escasez de dinero. De modo que resuelve regresar a París cuanto antes, y en el retorno le acompañan Rodríguez y Toro.

En París se aloja en el mismo Hotel de los Extranjeros, de donde partiera un año atrás y pone inmediatamente un aviso en los periódicos para darles a los Dervieux du Villars la noticia de su llegada. "Bolívar había crecido cuatro pulgadas y adquirido fuerza y gracia; un hermoso bigote negro hacía más visible la blancura de sus dientes, dándole un aire marcial. La metamorfosis moral no era menos completa. Su espíritu, su corazón, sus gustos, su carácter,

todo había cambiado. Su incredulidad llegaba hasta el ateísmo". Y su espíritu continúa en desorientación:

> Fastidiado de las grandes ciudades que he visitado, vuelvo a París con la esperanza de hallar lo que no he encontrado en ninguna parte, un género de vida que me convenga; pero yo no soy un hombre como todos los demás y París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado [...] El presente no existe para mí, es un vacío completo donde no puede nacer un solo deseo que deje alguna huella grabada en mi memoria.[3]

Tal vez la intimidad con Fanny se reanuda, pero muy pasajeramente. "Yo iré a comer mañana con vos". Lo que le interesa ahora es dinero –que le presta su amigo Dehollain, de Cambray– para viajar cuanto antes a Venezuela. Si al presente se considera un desorientado, empieza, sin embargo, a creer en el futuro; veinte años más tarde escribirá el padre de Fanny a Bolívar: "Tu tenías sobrada razón al decirnos, ya para abandonar París, que nosotros oiríamos hablar de nuestro primo Simón Bolívar; tu profecía ha sido justificada magníficamente por el brillo de tu alta reputación y de la gloria inmensa que has adquirido".

Llegan a Francia en esos días noticias importantes de Venezuela, que los periódicos publican y comentan. El general Francisco de Miranda, al ver fracasados en Inglaterra sus proyectos relativos a la independencia de su patria, se ha trasladado a los Estados Unidos en busca de apoyo. El Presidente Jefferson se niega a un auxilio directo a los planes de Miranda, pero deja que se realicen ciertos preparativos aun a riesgo de las protestas oficiales, que no tarda en presentar España. Se alistan así un pequeño bergantín y dos transportes donde caben en total ciento ochenta norteamericanos aventureros, estimulados por las promesas del general. ¡Y se hacen a la vela, dispuestos a libertar a Venezuela! El glorioso militar, de cincuenta y seis años ya, da así una prueba de que su pericia, tan grande antes, ha caído en optimismo pueril. En la travesía piensa

[3] Cartas de Bolívar a Teresa Laysney, madre de Flora Tristán. Cf. FALCÓN BRICEÑO, MARCOS. *Teresa la confidente de Bolívar*. Caracas, 1955.

en una bandera libertadora, y la concibe tricolor –amarillo, azul y rojo– para simbolizar algo por él idealizado: "en el futuro, el inmenso azul separará por siempre a la América cubierta de oro de la sangrienta España".

Llegado al pequeño puerto de Ocumare –doscientos kilómetros al occidente de Caracas– se encuentra con que los españoles, advertidos oportunamente por su ministro en Washington, le desbaratan con la escuadra dos de los tres barquichuelos; el soñador logra salvarse en el buque restante, y se refugia en las costas de la isla de Trinidad. Los tripulantes que caen prisioneros son ahorcados, decapitados o encerrados en mazmorras.

En Trinidad se reorganiza la expedición –en ambiente de generosa o interesada tolerancia inglesa– y se efectúa un desembarco en el puertecillo de La Vela, a quinientos kilómetros al occidente de Caracas, sin resistencia de parte de los españoles. Miranda delira de entusiasmo; avanza rápidamente a la vecina población de Coro, y la encuentra desierta. Sin embargo, había calculado que sus compatriotas, a quienes no ha visto en treinta años, le recibirían triunfalmente. No se desconcierta del todo; trata de avanzar. De improviso, le asaltan y le combaten por todas partes, en forma despiadada. Son sus propios compatriotas, unidos a los españoles. Destrozado, herido de profundísima desilusión, se reembarca hacia Trinidad, disuelve sus tropas restantes y retorna a Inglaterra.

Informado de estos sucesos, Bolívar comenta con su amigo Dehollain:

> Todas las noticias recibidas sobre la expedición de Miranda son un poco tristes, porque se asegura que él tiene el proyecto de sublevar el país, lo cual puede causar muchos males a los habitantes de la colonia. A pesar de todo esto, quisiera estar yo allá, porque mi presencia en mi país podría evitarme muchas contrariedades; pero la suerte quiere que me encuentre yo tan lejos de mi patria y sin los menores recursos.

Otra noticia extraordinaria: la escuadra inglesa, a las órdenes de sir Home Popham, se apodera de la ciudad de Buenos Aires, en el río de la Plata, y toma posesión de ella en nombre de Jorge III. La

maniobra había sido aconsejada por Miranda, a quien escribe Popham:

> Aquí estamos en posesión de Buenos Aires, el mejor país del mundo, y por lo que veo de la disposición de sus habitantes, no dudo de que, si los ministros accedieran a las propuestas de usted y le mandaran aquí, su situación sería tan buena en este lado como en el otro; trate de venir.

Miranda le contesta, en forma severa:

> Jamás he creído que se pudiera establecer nada sólido en ese país, ni mucho menos sostenerse por largo tiempo entre los habitantes, sin declarar su independencia absoluta.

No resisten, en efecto, los ingleses; el general Liniers los expulsa en breve lucha. Miranda tenía razón. En Miranda se podía creer, y Bolívar creerá en él ciegamente dentro de poco. El gobernador de Venezuela, Guevara, ha puesto el precio de 30.000 pesos a la cabeza del célebre general, y su nombre ha sido condenado por la Inquisición de Cartagena como "traidor al rey y a Dios".

Preocupado con estos sucesos, Bolívar se despide de París, de sus amigos, de Fanny. "¿Recuerda usted –le escribirá ésta en 1826– mis lágrimas, mis súplicas para impedirle marcharse? Su voluntad resistió a todos mis ruegos. Ya el amor a la gloria se había apoderado de todo su ser. Con orgullo recuerdo sus confidencias respecto a sus proyectos para el porvenir, la sublimidad de sus pensamientos y su exaltación por la libertad. Yo valía algo en aquel tiempo, puesto que usted me encontró digna de guardar un secreto. Su resolución de alejarse de mí me hirió profundamente". Por todo recuerdo le deja un anillo "que me trae a la memoria –dice ella– el recuerdo gratísimo de una amistad que usted me aseguró sólo se extinguiría con el postrer suspiro". Palabras y hechos puramente románticos. Bolívar no volverá a pensar en Fanny ni la verá más nunca. A las mujeres las amaba y las olvidaba, con no poca crueldad.

Rodríguez se marcha para Alemania; retornará a América veinte años más tarde. Bolívar, dentro de este fatal despedirnos

todos los días de mucho que no volveremos a ver o vivir jamás, se aleja de París para siempre.

II

> Toda sociedad a que permaneces vinculado te roba una porción de tu ser.
>
> RODÓ. *Motivos de Proteo.*

Navega directamente a los Estados Unidos y se queda allí cinco meses, entregado a una vida de turismo, sin relieve, dispuesta a absorber novedades y nada más, a pesar de que habla poco inglés. Toma, de entonces para siempre, una mayor admiración por Jorge Washington (muerto hacía siete años), a quien llamará "el Néstor de la libertad". Visita Nueva York, Boston, Filadelfia, Washington y se embarca en Charleston hacia Venezuela a donde llega en 1807, y se consagra por espacio de un año a la agricultura y a tales cuales diversiones. Rico, sensual, generoso, "de un orgullo insoportable y ambición sin término", trata de vivir placenteramente. Y como no tiene contra qué luchar, se enzarza en un pleito largo y vehemente con Nicolás Briceño por linderos en su hacienda de Santa Gertrudis.

De su familia, encuentra a su hermana Juana con un segundo vástago, Benigna Cornelia; a María Antonia, con sus cuatro hijos bastantes crecidos, el último ha alcanzado ya los diez años; a Juan Vicente, soltero, subyugado por una señora Tinoco en quien dejará hijos. Y para sí mismo halla el ascenso en el ejército real, al grado de teniente, por simple antigüedad. La correspondiente certificación reza: "valor, se supone; aplicación, se supone; capacidad, bastante". Es que cuenta con la amistad del Gobierno, a tal punto que los ideales de que venía henchido, fijados en el Juramento del Monte Sacro, parecen opacarse en estos días. Entra en una flexibilidad de espíritu que rompe las aptitudes y le sitúa poco a poco en el rimero de las gentes de su clase, desprovisto de empujoso relieve. La tensión del arco se relaja. Bolívar, el verdadero Bolívar, cae en inconsciente paréntesis. Le ha ahogado el medio. La monotonía impera en Caracas. Por muerte del gobernador Guevara se posesiona el sucesor, coronel

Casas. Y lo único singular es que en una de las veladas de literatura Andrés Bello lee una traducción de *Zulima*, de Voltaire, traducción a la cual pone serios reparos Simón Bolívar.

Pero a mediados del año siguiente, 1808, se produce algo de gran categoría, que trascendentaliza la pequeñez de los sucesos comunes. Llega a la ciudad el periódico *Times*, de Londres, con esta noticia: "El rey de España, Carlos IV, y su hijo Fernando han abdicado vergonzosamente en Bayona, ante Napoleón". Nada ha sido capaz de impedir la catástrofe, y España toda, con sus colonias, está a disposición del Corso, quien, agradecido, señala miles de libras anuales de renta al hijo y al padre desposeídos y hasta al ex ministro Godoy. El nuevo monarca de España se llama José Bonaparte, hermano de Napoleón.

Nadie pudo advertirlo entonces, pero con este suceso gigante, estrictamente europeo y producto de la arbitrariedad de un ambicioso, empezó a cambiar radicalmente el destino de la América hispana. Es lo que le debe América a Napoleón. En aquel instante sonó una doble campanada de independencia: una, en España misma, para expulsar a Bonaparte, y otra, en América, para expulsar al régimen español. Los hispanos derrotarán a Napoleón, pero serán derrotados en América por los hombres de sus colonias: He aquí la epopeya de la libertad en sus dos fases: la faz peninsular, por su independencia, y la faz americana, por la suya propia. Las dos guerras santas y sangrientas, de donde surge para España la restauración de la monarquía y para América la eliminación definitiva de la misma. Sin la invasión napoleónica a España hubiérase pospuesto la independencia de las colonias quizá por algún tiempo.

Las noticias del *Times* son tomadas por el Consejo de Gobierno de Caracas como falsas y encaminadas a sublevar a los americanos contra la monarquía y contra Bonaparte a la vez. Pero diez días más tarde aparece en La Guaira la corbeta francesa *Le Serpent*, que conduce al teniente Pablo de Lemanon y a su segundo Courtay, quienes se presentan al capitán general Casas con este saludo impositivo:

> Doy a V. E. mis felicitaciones y las recibo por el advenimiento al trono de las Españas y de las Indias de su majestad José Bonaparte, hermano del

> emperador de los franceses. Estos pliegos impondrán a V. E. de todas las circunstancias de tan importante acontecimiento.

Corre la nueva por la ciudad, y a la tarde circula ya imponente tumulto popular, que presiden y dirigen tres militares: el alférez Diego Melo, el capitán Ignacio Juárez y el capitán retirado Manuel Matos, entrañable amigo de Bolívar. Toda esa multitud grita "Viva Fernando VII y mueran Napoleón y los franceses". Vitorear a Fernando VII equivalía a desconocer a su padre, Carlos IV; había así un sedimento sedicioso, mezcla de sometimiento y de inconformidad. El pendón real es agitado por las calles y en la ceguera colectiva del momento ni siquiera se advierte o toma en cuenta para nada el pliego del propio Fernando VII, que ordenaba a todos sus súbditos obediencia a Bonaparte! El capitán general, enérgicamente presionado y muy contra su voluntad, autoriza la proclamación de Fernando, y así queda todo en quietud, mas no en paz. Los dos emisarios franceses huyen esa misma noche, y trece días más tarde son deportados a La Guaira los jefes de la manifestación: Matos, Juárez y Melo.

Simón Bolívar, que se encuentra en la ciudad esa tarde del motín, ni siquiera se molesta en moverse de su casa, donde dicta tranquilamente a su abogado memoriales sobre los pleitos que sostiene. No le interesa el suceso. Conoció tan de cerca las miserias palaciegas de Madrid, que no podía vitorear a Fernando.

Sin embargo, a la hora misma en que se le deportaba a su amigo Matos, le llega la visita del hijo del capitán general, quien le notifica cortésmente de que "le mortificaría verle mezclado en esa especie de conspiración contra la autoridad". Bolívar le replica:

–Estoy desesperado por salir de esos gorrones que me incomodan (sus muchos amigos no íntimos); yo a nadie llamo y estoy inocente de cualquier calumnia.

Promete como prueba, partir en seguida hacia sus haciendas como en realidad lo hace. ¿De qué se le acusaba?

> Es también de los que resultan comprometidos en su modo de pensar. Por otra parte, tanto Simón como su hermano Juan Vicente han recibido con frecuencia

> amigos en la Cuadra Bolívar, y a tales reuniones se les ha dado el nombre de Congreso criollo, del que figuran como vocales el marqués de Toro, los Sojos, los hermanos Montilla, el doctor Tejera, el licenciado Salias.

Era la verdad; en aquella hermosa quinta a orillas del Guaire, llamada Cuadra Bolívar, se planeaban secretamente, so capa de diversiones, los primeros movimientos separatistas en contra de la corona. Era cosa reciente, pero real.

Ante el asalto napoleónico se forman en toda España Juntas de gobierno, que se consideran a sí mismas depositarias de la soberanía nacional, en valerosa actitud de resistencia. La de Sevilla, que es la que llega a subsistir, toma contacto en seguida con las colonias americanas. A Caracas llega su comisionado oficial, José Meléndez Bruna, quien logra que se reconozca oficialmente la autoridad suprema de dicha Junta; es la que representa al rey. Mas todo cuanto significa distinción y cultura en la ciudad opina de otra manera; cree de mayor entidad y acierto la creación de una Junta de gobierno venezolana, propia, autónoma, que salve la autoridad del rey, sin contar con Sevilla, puesto que se desconoce el resultado de la guerra peninsular contra Napoleón y, sobre todo, porque tanto derecho tienen para constituirse en Junta en tal emergencia los de la península como los de las colonias. El gobernador, por toda respuesta a la solicitud que se le envía con tales opiniones, ordena la prisión de los firmantes. Tres días más tarde indulta a los presos, pero queda latente ya el intento de ruptura; Bolívar se negó a firmar el pliego "por no haberse extendido como él quería". Y para evitarse nuevas complicaciones retorna a la vida del campo.

Con gran habilidad, la Junta de gobierno de Sevilla comunica que por decreto suyo (enero de 1809) las colonias americanas han dejado de considerarse colonias para pasar a la categoría de partes integrantes del reino. Lo que no hicieron los reyes realiza esta Junta. Su determinación, sin embargo, no es tomada como acto de justicia, sino como obra de desesperación ante los problemas gravísimos de la península, de modo que no produce efecto, llega demasiado tarde. El encargado de poner en ejecución este nuevo criterio oficial español es el gobernador Vicente de Emparan, quien viene en

reemplazo de Casas. Hombre de ideas liberales, "franco y noblemente sencillo, a la manera vasca", como dijera de él Humboldt, preocupado además con las investigaciones científicas, alegre, amante de las escogidas voluptuosidades, traba en seguida amistad con Bolívar; se crea auténticas simpatías sociales. Además –y es esto lo que hace capitular transitoriamente a Bolívar–, llega con Fernando Toro, el condiscípulo predilecto, el compañero del viaje a pie a Italia, a quien se ha designado jefe de las fuerzas armadas. ¡Al fin, un criollo en cargo de tanta categoría! La pequeña colonia respira de contento. Se reanudan, pues, las fiestas amables rebosantes de amor, ya en una mansión, ya en otra; en ocasiones se habla "con demasiada libertad política", cosa que el nuevo gobernante tolera; otras veces las reuniones toman la actividad fecunda de lo literario. Y para congraciarse mejor con aquella aristocracia criolla, concede a Bolívar el título de justicia mayor del Valle de Yare.

Miranda, vigilante siempre, advierte desde Londres que la España continental, súbdita de Napoleón, carece de poder para dominar una insurrección en las colonias; que las Juntas españolas de gobierno son más que todo autoridades ocupadas en sostener la sublevación contra Bonaparte dentro de la propia península; que el Corso, atento a los gravísimos problemas que avizora o crea en Europa –éxitos de los ingleses, futura campaña sobre Rusia– no puede pensar en América ni para sojuzgarla ni para impedir que se liberte; que los propios monarcas, indignos, degenerados (Fernando VII se ocupa en Valençay en festejar con grandes banquetes los triunfos napoleónicos), carecen de prestigio para ser respetados y defendidos. Conoce, por añadidura, las múltiples circunstancias de carácter internacional aprovechables, como el propósito de ayuda de los ingleses a la insurrección americana, por razones de comercio.

El enfoque de Miranda es de gran precisión. Aunque con una falla: no toma en cuenta que tres siglos de coloniaje han creado una conciencia favorable a España y que las tropas al servicio de España en América, mixtas siempre –españoles y criollos– participan de esa conciencia y se hallan dispuestas a defender la monarquía. Seguro Miranda de lo que hace, escribe, incitándoles a la revolución integral, a Rodríguez Peña, Zapiola, Necochea, Moreno y otros, en Buenos Aires; a O'Higgins, Villegas Mackenna y Enríquez, en Chile;

a Riva Agüero, López Aldana, Monteagudo, Unanue, en Lima; a Juan Pío Montúfar, en Quito; al marqués del Toro, en Caracas; a Hidalgo y Morelos, en México, y a muchos otros. En la mayoría de los casos el vehículo seguro y eficaz es la masonería.

Colateralmente, varios jesuitas propician también la vasta conspiración, por resentimiento; la monarquía española rompió el equilibrio de esa comunidad al expulsarla, en el reinado de Carlos III, de España y sus dominios. "Nuestra historia (la americana) de tres siglos acá –escribe por esos días el jesuita Viscardo– se podría reducir a cuatro palabras: ingratitud, injusticia, servidumbre y desolación. El valor con que las colonias inglesas de la América han combatido por la libertad, de que ahora gozan gloriosamente, cubre de vergüenza nuestra indolencia".

Por añadidura, los criollos Espejo –"uno de los más valientes agitadores americanos"–, Nariño (traduce y difunde los Derechos del Hombre) y Mariano Moreno se han ocupado ya en engendrar, con otros, conciencia de carácter libertario, y con ellos actúan figuras segundas, eficaces, múltiples. Muchos frailes, validos de su inmunidad y privilegios, cooperan con la introducción de libros donde constan las bases de la Revolución francesa. ¡También a los religiosos y clérigos se les tenía divididos en españoles y criollos!

Esta secreta efervescencia hacia la insurrección prende en los criollos poderosos, que ambicionan mayor poder; en las clases dominantes. El pueblo –salvo contadísimas excepciones locales– hállase ausente del anhelo; considera, por anticipado, que le da lo mismo un amo que otro; no capta lo profundo de los nuevos principios liberales, que igualan en derechos a los hombres. Las masas entrarán voluntariamente en la guerra de redención más tarde, cuando las arrastre el ciclón bélico; sólo entonces se encenderán con el estímulo de los grandes jefes; sólo entonces alumbrará para ellos la esperanza, y sólo entonces muchos, muchísimos, caminarán a la batalla –drama terrible– no llevados ya a la fuerza. En varios lugares de América se alcanzará la independencia, a pesar de la mayoría de los americanos en tales regiones. La liberación va a desarrollarse, así, dentro de términos lógicos y de términos contradictorios. Por eso será tan ardua y cruenta. ¡Al final contará seiscientas mil víctimas!

Opera Miranda en Londres con actividad magnífica. Oficialmente se prepara una expedición de ocho mil hombres que "intentará la toma de Venezuela"; se la pone bajo el mando de sir Arthur Wellesley. Mas interviene el Fatum y rompe la ruta de los sucesos. Esos hombres destinados a Venezuela reciben orden del Gobierno inglés de marchar a España para ayudar a los asturianos y gallegos insurreccionados contra José Bonaparte. El ministro Canning tiene mayor interés en el derrocamiento de Bonaparte que en cualesquiera independencias de zonas incipientes, poco menos que ignoradas, insignificantes. A Miranda no le queda otra actitud que la de exacerbarse ante el duque de Wellington y gritar. "Lo que me desespera es que jamás se ha presentado una oportunidad como ésta que se desperdicia".

A los cuatro meses de la abdicación de Bayona y dos antes de que se formase la "Junta Central Gubernativa" de Aranjuez, mantenedora y defensora de los monarcas Borbones en España y colonias, Miranda les habla a todos los cabildos de América en mensaje urgente:

> Suplico a ustedes muy de veras que reuniéndose en un cuerpo municipal representativo, tomen a su cargo el gobierno de esa provincia y que, enviando a esta capital [Londres] personas autorizadas y capaces de manejar asuntos de tanta entidad, veamos con este Gobierno lo que convenga hacerse para la seguridad y suerte futura del Nuevo Mundo.

La recomendación de Miranda es escuchada. Créanse Juntas de gobierno en múltiples ciudades de América, casi todas leales a Fernando VII al principio, y luego trocadas en Gobiernos absolutamente independizados de España. La presencia de tales Juntas, que España se negó herméticamente a reconocer, significó la guerra en casi todo el continente americano sometido a coloniaje. Por otra parte, la fruta estaba madura. Tres hechos de significación mundial lanzaron a América a su liberación: la independencia de los Estados Unidos –el ejemplo–; las doctrinas liberales de la Revolución francesa, según las cuales el Poder venía del pueblo y no de Dios, el Poder no era omnímodo, sino dividido en tres ramas

responsables, y todos los hombres eran iguales ante la ley –la doctrina–; y la invasión napoleónica a la península ibérica –la ocasión–. Aunados ejemplo, doctrina y ocasión, nadie podría impedir ni el desate ni el desenlace.[4]

La Junta de Caracas se instala el 19 de abril de 1810. Pocos días antes habían llegado a la ciudad dos comisionados del Consejo de Regencia de España, con el encargo de obtener la lealtad de los venezolanos a dicho Consejo o Superjunta peninsular. Los comisionados hallaron eco en la autoridad, o sea en el capitán general Emparan; mas no en los criollos. Y la crisis se produjo. Constituida la Junta venezolana –fernandista, como casi todas–, Emparan salió para su patria.

Apenas conocida la noticia en Cádiz, se exaspera el vanidoso Consejo y "declara en estado de riguroso bloqueo la provincia de Caracas, mandando que ningún buque nacional ni extranjero pueda arribar a sus puertos". Elogia, a la vez, la actitud de las provincias venezolanas de Maracaibo y Coro, que no han querido sumarse al "desacato", y precipita así, tontamente, los acontecimientos.

Simón Bolívar no actuó en estos sucesos porque se hallaba ausente de Caracas. De estar en la capital tampoco hubiese intervenido. Su tesis era irrevocable: independencia total, y la Junta de gobierno que acababa de constituirse era por Fernando VII. Por esos mismos días Fernando VII solicitaba a Napoleón la "honra insigne" de que se le otorgase la banda de la Orden creada en España por el jefe de la dinastía bonapartista.

Como el Consejo de Regencia de Cádiz ha decretado el bloqueo de Caracas y como hay dos provincias declaradas leales a aquel Consejo peninsular, la Junta de Caracas se prepara para la guerra. Va a ser una lucha intestina, fratricida, de mera revuelta interior. La de la independencia se iniciará más tarde. Comienza para los venezolanos, lo mismo que para los neogranadinos, al Occidente, una especie de "patria boba", en que van a matarse los unos a los otros, ambos al grito de "¡Viva Fernando VII!". Juan

[4] El orden cronológico de creación de Juntas de gobierno en América es el siguiente: Montevideo, México, Charcas (actual Chuquisaca, en Bolivia), La Paz (Junta Tuitiva), Quito, Caracas, Buenos Aires, Bogotá, Santiago (en Chile), Asunción (Paraguay), Guatemala y Santo Domingo. Cuba tardará mucho en libertarse.

Vicente Bolívar y Tomás Orea son enviados oficialmente a los Estados Unidos para que consigan armas. No volverán jamás; perecerán en un naufragio. Otros dos: Mariano Montilla y Francisco Salias parten a entenderse con los ingleses en las Antillas; conferencian con el almirante Cochrane, residente en Barbados, quien les ofrece en seguida la corbeta *Wellington* para que viajen en ella a Londres quienes hayan de conferenciar con el Gobierno británico. Son designados para el efecto Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello. El primero va como jefe de la misión diplomática y en calidad de "coronel graduado de milicias y diputado principal de Caracas"; el segundo, como "comisario ordenador graduado y segundo diputado"; el tercero, "comisario de guerra honorario y oficial de la Secretaría de Estado". Así, sorpresivamente y en virtud de las circunstancias, Bolívar se convierte en diplomático y en coronel; consigue, desde luego, este doble honor gracias a las gestiones de sus parientes y al hecho de que es él quien costea íntegramente la misión, en momentos en que el erario público carece en absoluto de recursos. Este viaje le significa una sola cosa fundamental, que la busca con audacia: conocer en persona a Miranda, el visionario, el precursor; entrevistarse con él. De eso saldrá algo trascendente.

En el viaje se hace acompañar –gran señor sibarita– de dos esclavos negros, José y Juan Pablo. Es todavía un hombre con necesidades. Acaba de cumplir veintisiete años.

III

> Los bienhechores de la humanidad no nacen cuando empiezan a ver la luz sino cuando comienzan a alumbrar ellos.
>
> SIMÓN RODRÍGUEZ. *El Libertador del Mediodía de América.*

El general Francisco de Miranda vive en Londres a todo lujo, gracias a una alta pensión del Gobierno británico. Corpulento, bien parecido, gallardo, de movimientos pausados y firmes, impone

autoridad sin esfuerzo. A la vez inspira una extraordinaria confianza, porque sus ojos grandes, su franca y noble sonrisa, su voz elocuente, acercan y subyugan. Hay un precioso contraste entre sus cejas negras, ligeramente arqueadas, y sus cabellos, ya casi totalmente blancos. Es hombre de sesenta años, con energías intactas. Siempre tiene a su disposición una o dos amantes, y bien escogidas.

Más que efusivo, francamente cálido es el saludo entre este célebre caraqueño y Simón Bolívar. Con muchos sudamericanos de valía ha hablado Miranda, siempre sobre su obsesión de la independencia. Esta vez no sólo se trata de un mozo extraordinariamente inteligente y sincerísimamente libre, sino de un emisario de Venezuela, de su patria. Trae misión oficial de un Gobierno que, tímidamente, da los primeros pasos en contra de la monarquía; por tanto, se merece muy deferente atención. La escena tiende a la intensidad; Miranda no cesa de preguntar, de informarse, de inquirir; exige los más minuciosos detalles; es su propio anhelo, su propia obra, quien habla por boca de Bolívar, cuya palabra tiene ya la magia del desbordamiento. Hablan y hablan interminablemente, con cálido embeleso; la madurez frente a la juventud, prendidas en una misma idea, dan la impresión de una mancomunidad de propósitos de padre e hijo; éste cree ciegamente en aquél; "el libertador será Miranda", piensa, y lo dice, y lo proclama; aquél se exalta, como si palpara ya el cumplimiento de sus máximos anhelos de toda la vida; siente que la personalidad de su juvenil compatriota, el coronel, subyuga también; pero para ponerse en acción de libertador halla muchos inconvenientes: sus sesenta años, las comodidades y boato a que se ha acostumbrado, su ausencia de la patria tanto tiempo y, sobre todo, el profundo resentimiento que guarda de su aventura libertaria con voluntarios norteamericanos, hace menos de un lustro; la herida está fresca. En fin, ya verá...

Lo que importa por el momento es preparar el encuentro de los delegados venezolanos y el canciller británico, marqués de Wellesley, hombre hábil, frío, muy calculador, que conoce a fondo el problema hispano, pues estuvo de embajador en Madrid hasta hacía muy poco. Sabe con exactitud que las colonias españolas, en su inmensa mayoría, le han negado obediencia a la Junta Central de Gobierno, que es la que actúa en defensa y en representación de la

monarquía; que han constituido sus propias Juntas, con el mismo propósito de defender al rey, prisionero de Napoleón. Todo eso hay, de modo que queda un solo camino para impresionar a Wellesley en favor de Venezuela. Y Miranda y Bolívar acuerdan secretamente tomar ese camino, audaz y hasta peligroso. Los compañeros de misión, López Méndez y Bello, fernandistas, ignoran lo que se prepara.

Son recibidos los delegados, privadamente, en Aspley House, y no en los salones de la Cancillería; apenas si representan a una provincia de España, y provincia de ultramar, zona colonial. El acto se desarrolla dentro de riguroso protocolo. Las cartas credenciales son presentadas, y luego, Bolívar –en elegante francés (que el canciller habla con la corrección que es de estilo y de exigencia en la aristocracia británica)– explica el objeto de la misión. Pero sorpresivamente, abandona los términos fijados por el Gobierno de Caracas, y lanza los de él, de Simón Bolívar. Se echa, así, exabrupto, en una violentísima diatriba contra el régimen colonial español; habla de sus métodos de esclavizamiento, del escándalo de sus incapacidades administrativas, de la inconsistencia de su predominio. El verbo se le hace carne de rebeldía; restallan los epítetos como látigos quemantes; hiere sin hesitaciones y despeja la fulguración de su espíritu con volumen de torrente. Subraya, en consecuencia, el propósito de una independencia total y definitiva de parte de Venezuela, para lo cual solicita oficialmente la ayuda del Gobierno británico. ¡Ni el propio Miranda hubiese clamado con tanta elocuencia! López Méndez y Bello miran a su compañero desconcertados; tratarían de excusarse, no es posible en aquellos momentos. Bolívar se ha excedido en imprudencia y no ha respetado para nada las instrucciones que debe cumplir, las cuales se condensan en esta frase de los pliegos: "conservación de los derechos de nuestro amado soberano". Bolívar se ha erguido contra el "amado soberano", en propósito de eliminarlo políticamente en Venezuela, con el apoyo de Inglaterra. El golpe tiene una energía extraordinaria.

No se inmuta el marqués. Replica cortésmente que las palabras del embajador se hallan en abierta contradicción con los pliegos credenciales, donde se hallaba especificado el objeto de la misión y además la característica de la misma. No había

entendimiento entre lo que pensaba la Junta de Caracas y lo que opinaba su emisario, Bolívar. En tales condiciones, carecía de consistencia la misión. Para atenuar hábilmente la tirantez del momento, el canciller sugiere que los comisionados le representen por escrito sus puntos de vista, en una próxima entrevista.

¿Ha fracasado la misión a causa del exabrupto de su impulsivo jefe? No. La misión había fracasado desde antes de llegada. La opinión del Gobierno británico respecto de las colonias españolas había sido expresada muy concretamente hacía pocos días al general Layard, gobernador inglés de Curazao:

> No habéis estado acertado en haber no sólo reconocido al Gobierno de Caracas, sino además aprobado sus actos. Mientras la nación española persevere en su resistencia a la invasión francesa y una esperanza razonable de éxito quede posible, su majestad tiene el deber de desanimar toda iniciativa que pueda tener por resultado provocar una separación entre las provincias españolas y la madre patria. Tampoco puede su majestad sostener una parte de la monarquía española contra otra desde el momento que reconocen igualmente al mismo soberano y se oponen a la usurpación.

La sentencia británica ha sido dada; la misión venezolana no tiene suelo firme en que sustentarse.

Ya de regreso al Morin's Hotel, donde se alojan, los compañeros le piden explicaciones a Bolívar sobre su desconcertante actitud antidiplomática.

–Yo no había leído las instrucciones que se me dieron, responde despectivamente.

En la Cancillería de Londres ha quedado escrito ese día algo nuevo, a lo que no se da por el momento otro interés que el episódico: el pensamiento de Simón Bolívar, un compatriota de Miranda; joven presuntuoso, que se negaba a reconocer la autoridad de Fernando VII y de las Juntas que actuaban en la península y en las colonias para defenderlo. El suceso trasciende a los salones, a cierto público, a la prensa. Parece necesaria una explicación. Permite, en

consecuencia, el coronel que el periódico *El Español* interrogue a la comisión sobre los propósitos de la Junta de Caracas. La declaración de respuestas expresa que el nuevo Gobierno venezolano se había fundado "en la imposibilidad de soportar a unas autoridades que se habían hecho sospechosas y odiosas por sus repetidos atentados contra las leyes", al paso que "los sentimientos de fidelidad al soberano y de adhesión a la metrópoli" no habían sufrido mengua.

Mal podía quedarse cruzado de brazos el embajador español en Londres, almirante Apodaca; denuncia a su Gobierno que los venezolanos han sido recibidos oficialmente por el canciller británico y presiona para que se le declare a Venezuela en rebeldía. Así se hace y se decreta además el bloqueo de todas las costas venezolanas, en acto de ineptitud política de magnitud. Invadida, maniatada, desangrada, pero heroica, España cree que las colonias han de obedecerle ciegamente; dicta disposiciones radicales; se niega a reconocer que las Juntas americanas son tan defensoras del rey como la de Cádiz. Reta, en la impotencia, y precipita así la desmembración del reino. Caracas reacciona con ira ante el bloqueo español y rompe el equilibrio inicial. Por decreto "se concede a favor de la nación británica la rebaja de una cuarta parte de los derechos que se cobran a los extranjeros en sus importaciones y exportaciones", y la natural angustia se vuelca en un espíritu de lucha. Bolívar comienza a tener razón.

El memorándum sugerido en la primera entrevista le es entregado a Wellesley pocos días más tarde; en él se concretan, sobre todo, los ofrecimientos: "Conservar las relaciones comerciales y las de amistad, comercio y buena correspondencia con los súbditos de S. M. británica, que gozarán de nuestro comercio como una de las naciones más favorecidas". Esto ya le interesa al Foreign Office. Por lo mismo, "los embajadores de América del Sur", como les llamaba la prensa, son invitados a una recepción oficial de Cancillería, a la que asisten también, desde luego, entre muchos, los de la embajada española. La diplomacia británica hila finamente. Mas, lo del bloqueo y una queja formal presentada por Apodaca a la Cancillería inglesa por el trato que se les daba a los "diplomáticos" de una provincia de España ponen al marqués en el caso de ofrecer, con astuta oportunidad, un barco para que retornen a Caracas los

comisionados. Estos prescinden por el momento, del gentil ofrecimiento oficial; todavía hay algo que hacer en Londres. Bolívar necesita tomar mayor contacto con los ingleses, conocerlos en su intimidad, estudiar sus características, su producción intelectual y bélica, sus mujeres. No entra, sin embargo, en ninguna aventura o amorío con ninguna londinense. Sólo una vez, en casa de mujeres públicas, "una doncella se puso furiosa, alborotando toda la casa; él, por calmarla, le dio unos billetes de Banco, que ella los tiró a la chimenea; al fin, salió él huyendo de la casa, todo abochornado. Como él no hablaba inglés y ella no sabía una palabra de castellano, ella se imaginó o fingió que era él algún griego pederasta, y por eso empezó el escándalo".

Miranda se encarga de guiarlo: le lleva –con mortificante prescindencia de López Méndez y de Bello– a salones de tanta alcurnia como el del duque de Gloucester, sobrino del rey, o le exhibe, en su lujoso coche, en Bond-Street o Hyde-Park; invítale también a fiestas, donde se codea con marqueses y condes. Busca, sin éxito, que el Gobierno británico ceda al peso de bien cimentadas influencias y ayude a Venezuela, a través de Bolívar. El calor del verano inclina la curva del vuelo de los espíritus hacia el gozo.

En esta hora intensa, llega a Londres la noticia de la destitución de las autoridades españolas de Buenos Aires junto con el anuncio de que el incendio libertario comienza a propagarse a casi todas las colonias. El Gobierno inglés se aventura a una propuesta: que se haga en Venezuela un plebiscito, a fin de averiguar si la mayoría quiere o no separarse de España, y para que fije la clase de Gobierno que desea. Bolívar se indigna, y responde que ya Venezuela sabe a qué atenerse desde la hora en que fue impuesto el bloqueo de sus costas; pide, por tanto, que la Gran Bretaña actúe directamente para que desaparezca esa afrenta. Wellesley termina por exigir que la Junta de Caracas se someta a la de Cádiz; es su condición previa para influir en el sentido de que sea levantado el bloqueo; aduce como razón que se halla de por medio Bonaparte. Bolívar contesta con enfática negativa y se dispone a partir.

Sólo le falta esto, vital: lograr que Miranda se determine a viajar a Venezuela, a fin de que encabece la revolución. Téjese la discusión con la viva urdimbre de los hechos sustanciales. Miranda

alega que le está prohibida la entrada a su patria y que su cabeza fue puesta a precio; ninguna de las dos ofensas ha sido borrada por el nuevo Gobierno. No sólo no ha sido borrada, sino que entre las instrucciones a los comisionados está la de "considerar a Miranda rebelde contra Fernando VII" y sólo se le tomará en cuenta, sin menosprecio, "si su actual situación pudiera contribuir de algún modo, que sea decente, al éxito de la Comisión". El coronel-embajador le replica vehemente que él se adelantará para organizar la triunfal recepción al general.

–No dispongo de dinero, excepto la pensión de que gozo aquí, que la perdería en caso de viajar.

–Le conseguiré mil libras en seguida. Ese dinero "pagará la Junta".

Y se las consigue. (La Junta no las canceló jamás; las pagaron los herederos de Bolívar, siete años después de la muerte de éste).

El coronel se impone; ya no hay subterfugio. Miranda irá a conducir la guerra en Venezuela. Es lo que se alcanza en conclusión. Deja, pues, a sus dos compañeros de misión en Londres "para que continúen las negociaciones"; toma, como en prenda, el archivo del general –que es lo que éste ama verdaderamente– y se embarca rumbo a Caracas. Miranda parte en otro buque tres semanas más tarde. Sólo setenta días ha durado la acción de los venezolanos en Londres; setenta días que cambiaron la ruta de los acontecimientos en una parte de América, puesto que el encuentro de Bolívar y Miranda significa, ante todo, la manifestación por vez primera de la voluntad de Bolívar de actuar en la independencia en forma decisiva. Sólo que, como la experiencia de éste no se hallaba lograda todavía, la justeza de sus apreciaciones no parece del todo nítida: cae en el ingenuo error de creer que Miranda es el hombre irreemplazable para la responsabilidad de jefe de la lucha armada. Falsa apreciación. Miranda tiene gravísimas resistencias en su patria; muchas mentes pacatas le consideran réprobo, por girondino; ni siquiera se acuerda claramente de su país, de donde salió hace más de treinta años. Miranda es general sólo de tropas bien disciplinadas, bien armadas, bien alimentadas. Fracasará, por lo mismo, y sucumbirá antes que nadie.

Ya en alta mar, cruzados los brazos y de pie en la proa del velero, Bolívar avizora el futuro, pero sin nitidez. Aún ignora su verdadero destino personal. No se siente todavía sino cooperador.

IV

> Quiere el trágico destino de los precursores que mueran en el umbral, sin divisar la tierra prometida.
>
> STEFAN ZWEIG. *Magallanes*.

Antes de presentar el informe de su misión, Bolívar se entera de lo acaecido en su patria durante su ausencia: cuatro provincias han negado reconocimiento a la Junta de Caracas y han admitido la autoridad de Cádiz, en España. Por este fraccionamiento ha comenzado ya la guerra civil, fratricida; ambos bandos gritan "¡Viva el rey!". En la capital se ha organizado un ejército para combatir a los partidarios de la autoridad gaditana. Parece una de las tantas luchas intestinas de los días de la colonia, en diferentes puntos de América: españoles contra españoles, y criollos juntos a esos españoles de uno y otro sector. El ejército de la capital está integrado por tres o cuatro mil mestizos y mulatos mal vestidos, en su mayoría descalzos, provistos de armas en sólo un diez por ciento, carentes de ideales, de disciplina, de fe. Van a partir a la guerra por aventura, por sometimiento o porque les pagan. Detrás de esa mesnada seguirán sus mujeres o amantes –las "juanas"– para preparar comida y cargar mantas de dormir; hacen de intendencia del ejército; ¡todo un milagro tropical! A la cabeza, con el pomposo título de general, está el marqués del Toro, arrogante, en uniforme vistoso, feliz en el acto de deslumbrar a ese apiñamiento de gentes. Marchan esas "tropas" a someter a la población occidental de Coro, a quinientos kilómetros de distancia. Y avanzan cien, doscientos, cuatrocientos kilómetros, a pie, siguiendo en lo posible las costas, bajo lluvias torrenciales o soles sofocantes; cantan a ratos, gritan, maldicen, callan; los ojos llamean de rabia. Sólo una parte es realmente militar; la parte ínfima. Cuando ya no pueden más de cansancio, se presentan al enemigo, fresco y desafiante. La derrota del general-marqués no tarda en producirse. Hay que retroceder ahora, ¡y está tan lejos la capital! Es lo único que se les ocurre: ¡retroceder!

Esto pasa sólo seis días antes del arribo de Bolívar. Y algo más: en Caracas, en varias poblaciones, hasta en los caminos

habíanse presentado focos de insurrección contra la Junta, algunos de los cuales fueron estrangulados con sangre. El Gobierno caraqueño, débil e inepto, era un auténtico "Gobierno de los ideólogos". Surgieron, recrudecidas, las pasioncillas regionales; se desataron los odios; el caos comenzaba a ensancharse. ¿Qué podía hacer Bolívar en tal ambiente? A los dos días de llegado presenta el informe de su misión en Londres. ¡Qué informe! De cinco líneas: "Tengo el honor de acompañar a V. S. la adjunta copia de la orden circular dirigida por el ministro colonial de la Gran Bretaña a los jefes de las Antillas inglesas, a consecuencia de las proposiciones acordadas el 14 de agosto último entre nosotros y el M. marqués de Wellesley; y espero se sirva V. S. someterla a la alta consideración de S. A. para los fines que estime convenientes". Es todo, y en forma despectiva. Lo que interesa es preparar el arribo de Miranda, que cuenta con muy pocos amigos en el seno de la Junta de gobierno, por republicano peligroso, hombre descreído, masón y condenado por los monarquistas; le juzgan como a extraño, sin raigambre en Venezuela. La "orden circular" a que se refiere en su informe expresa que el Gobierno británico no propicia ninguna secesión dentro de los dominios españoles.

Bolívar, nervioso y obsesionado, habla con el Gobierno, con sus parientes, con los miembros de la "Sociedad Patriótica", fundada en su ausencia con fines agrícolas; a todos les anuncia la buena nueva de la próxima llegada del gran general; lo exalta y encumbra a sus ojos; presiona con ardor, parece un iluminado que echase fuego de convencimiento en los espíritus. Es arduo el esfuerzo; todos o casi todos son en el fondo realistas, y en Miranda ven a un enemigo del rey y de la religión. El impulso decisivo, llevado adelante en sólo cinco días, logra algún éxito; al sexto día del retorno de Bolívar a Caracas, Miranda arriba a La Guaira y es recibido jubilosamente por un grupo de jóvenes entusiastas; parece una roca de granito, majestuosa. Junto a Bolívar hace un contraste extraordinario, pues no se parecen en nada; hasta son contrarios, como lo son el hombre pausado y el hombre de azogue, fulminante. Viste el viajero uniforme de general de Francia: levita azul adornada con hojas de oro, blanquísimo pantalón muy ceñido a las piernas, botas altas con espolines de oro y en la cabeza un sombrero de dos picos con dos

plumas; lleva la clásica trenza de los girondinos; del cinto pende un sable corvo reluciente y de una de las orejas la argolla de la revolución. Apenas desembarcado, ponen en sus manos un pliego de la Junta de gobierno: en mensaje subido de intenciones, paternal, aconsejador, se le señala la conducta que ha de seguir y se le autoriza a avanzar hacia la capital. La cabalgata parte jubilosa, trepa la cordillera, desciende al valle, y mientras jadea su brioso caballo, observa el general que desde el momento mismo de pisar tierra de su patria se le ha tratado oficialmente con marcada reticencia; desconfianza, al fijarle procedimientos a él, que ensayó antes que nadie una expedición libertaria; a él, que se pasó años en la prédica de la independencia; a él, cuyo nombre pronuncia con respeto el propio Napoleón. Siente su orgullo gravemente herido. Ya pueden hacerse malos augurios, con evidente fundamento; no era eso lo que él esperaba.

Bolívar alójale en su casa y le rodea de toda suerte de consideraciones; logra que le den de alta en el Estado Mayor, señalándole renta; obtiene que el Cabildo ordene la incineración de los sumarios que se habían levantado contra él. Y el general, en necesaria reivindicación de su pasado, escribe a esta entidad: "El principal motivo de júbilo para mí es el de ver restablecida la memoria de mis compañeros en 1806". Exige así que se reconozca oficialmente que su expedición a Coro fue patriótica. Es lo primero, exigir. Pero toda exigencia crea resistencia y dificultades. Piensan en hacerle diputado al próximo primer Congreso. ¿Quiénes piensan en eso? Los de la "Junta Patriótica", integrada por mozos inexpertos, y centro de acción de Bolívar; quizá nadie más. La consigna oficial parece ser mantenerle al personaje semi aislado para observarlo. Sólo al cabo de grandes esfuerzos se logra la elección, y para que represente en la magna Asamblea al pequeñísimo pueblo de Pao. ¿Donde está Pao? ¡En algún escondrijo! Segunda humillación. Su tierra no le comprende ni le toma en magnitud.

Pasan los días y los días, colmados de tedio; ninguna ráfaga calienta el ambiente de esa vida apática. En Miranda comienzan a urgir las horas tristes. Hasta que se abre de improviso la reacción; mas no contra quienes no le comprenden y abajan, que hubiera sido lo razonable, sino contra Bolívar, por haberle convencido del viaje

y por haberle pintado, quizá en momentos de suprema exaltación fantástica, tan comunes en el futuro Libertador, una situación que no existía en la realidad. Le acusa de haberle engañado hasta más allá de los límites de lo creíble y de haberle lanzado al desprestigio, a la infelicidad. ¿De qué vale un pasado enaltecedor si no se es feliz con él? Todo puede transfigurarse en cuanto a sentimientos y al espíritu; hacerlo con las realidades, hasta ponerlas imaginativamente en el punto contrario, acusaba espejismo y falacia que por el momento no estaba dispuesto a tolerar el consejero de las tropas de Washington. Bolívar se defiende, explica, muestra las dificultades propias de un período de crisis, en que nadie se atreve del todo a romper lo secular, descubre la razón de tanto prejuicio: de cuantos allí mandan, casi todos llevan una mentalidad comarcana, diminuta, espesa; destaca lo encumbrado y glorioso de la empresa por realizar, digna de constituir el remate empenachado en una vida plena de ideales y de merecimientos. Miranda medita, se calma; espera unos días. Está a la vista algo importante: la instalación del Congreso. Hay expectativa en la capital; las gentes van de un lado para otro y se congregan en la plaza para ver desfilar a los primeros diputados de la historia de Venezuela. Los treinta personajes –no está el quórum completo– entran en corporación a la iglesia catedral, donde juran solemnemente, uno por uno, puesta la mano sobre la Biblia, "constituirse en reunión conservadora de los derechos de la confederación americana de Venezuela y del señor don Fernando". Las campanas del templo, echadas a vuelo, no saben si anuncian una novedad o una ambigüedad; los propios diputados lo ignoran, hasta el punto que, iniciadas las sesiones en la abandonada capilla del Seminario, de lo que se ocupan es de nimiedades: la Asamblea tomará el título de Majestad; el triunvirato que remplazará a la Junta de gobierno se denominará Alteza –los triunviros son Cristóbal Mendoza, Juan Escalona y Baltazar Padrón–, etc. Sólo más tarde se crean Consejo de Estado, Corte Suprema y otras entidades, al par que se redacta, por medio de una comisión, el proyecto de ley fundamental. Hay un hecho grave, que sorprende e intranquiliza: en el Congreso están representadas siete provincias; nada más que siete; las otras renovaron fidelidad de la Junta de Cádiz en España, de modo que el abismo de la guerra civil se mantiene amenazador,

a pesar de que casi todos defienden al rey Fernando. No todos, porque la Junta Patriótica se ha trocado ya en centro revolucionario que no admite otra ruta que la de la independencia total, y va tomando volumen y fuerza la entidad con tan incontenible impulso, que para los festejos aniversarios de la constitución de la Junta –19 de abril– ya se habla públicamente de los dos Congresos de Venezuela: el de los diputados que dormitan y el de los patriotas en rebeldía franca contra España. El alma de estos últimos es Bolívar, cuya pasión avasalladora rebosa de su alma en un maravilloso ímpetu de acción destructora del pensamiento colonial. Son reuniones donde se conversa, se discute, se planea, se critica, se insulta, se hace saltar el torrente de la rebeldía. Unos cuantos vecinos, pertenecientes al pueblo, acuden con frecuencia a escuchar lo que allí se dice, y va formándose, poco a poco, un núcleo compacto que actuará a su hora con impresionante vigor.

Miranda tiene ya cuatro meses en Caracas y aún no sale del asombro al verse tan injustamente postergado: en nada ha tenido que actuar todavía; su incorporación al Congreso, según las disposiciones vigentes, no se producirá sino dos meses más tarde. El hervor subterráneo de su conciencia ha venido aumentando y aumentando paulatinamente con reacción de ira; hasta que un día estalla por segunda vez, ya incontenible; se pelea con Bolívar y deja su casa –la gran casa acogedora– para trasladarse a otra que arrienda. De este modo absurdo comienza a opacarse la estrella de Miranda; se extinguirá con rapidez. Y de este modo también empieza a cumplirse uno de los sinos de Bolívar: la eliminación de todo hombre que pudiera enfrentársele, en igualdad de altura; cuando pasen catorce años, será ya la cumbre máxima y solitaria de América.

Escándalo sin precedentes significa la entrada de Miranda a la Asamblea Legislativa, pues lleva a ella todo el acervo de su pensamiento personal, que es el de la revolución en Francia. No un pensamiento extremista, como aquel que se expresa con frecuencia en las sesiones de la Sociedad Patriótica, donde predomina un jacobinismo virulento, sino el propio de los girondinos –radicalismo de peso–, a cuyo grupo había pertenecido Miranda en París. El escándalo salta cuando con fúlgida elocuencia hace el elogio de los "derechos del hombre", en los cuales se cifra el contraste entre la

vida colonial y la vida republicana; los "derechos del hombre" señalan la sepultura de la política medieval y el nacimiento de la política liberal. Uno a uno son explicados, defendidos e iluminados por el verbo convincente del gran tribuno; y los congresistas, impelidos por el huracán de la argumentación, no tienen sino que admitirlos para que sean incorporados en la Constitución que se prepara. Por vez primera los "ideólogos" de Caracas empiezan a comprender que el nombre del rey –figura medieval, como entidad política– se esfuma infaliblemente. Igual o mayor es la exaltación el día en que se discute la tolerancia religiosa. Casi todos son católicos en la América hispana. Admitir la tolerancia en materia religiosa se considera ofensa a Dios. Sin embargo, la tesis es ampliamente tratada, queda en semilla en los espíritus la teoría de la tolerancia, sin la cual es imposible entrar de lleno en los postulados de los "derechos del hombre", los que al fin, son aprobados por los congresistas. Bolívar, desde la sala de la Junta Patriótica rompe toda timidez y vaguedad; su grupo es impetuoso y firme. Los acontecimientos se precipitan. Una noche, ante la seria acusación reiterada y torpe de que había actuantes dos Congresos, exclama, arrollador:

> No es que haya dos Congresos. Es que se discute en el Congreso nacional lo que debiera estar decidido. ¿Y qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviéramos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son efecto de las antiguas cadenas. ¡Qué los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma, ¿no bastan? La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de los intereses revolucionarios. ¡Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sudamericana; vacilar es perdernos!

Nadie había hablado antes así en Caracas. Al otro día –el 5 de julio de 1811– el Congreso aprueba la independencia de Venezuela.

Un aliento romántico preside estas embriagueces. Suprímense impuestos, se habla de liberación de los esclavos, se improvisan cargos y oficinas; hasta se ordena el fusilamiento de dieciséis cabecillas de una insurrección, en acto extremista injustificable. Y para que nada faltase a la escena, se fija el día 14 de julio, fecha aniversaria de la Revolución francesa, para los festejos oficiales, durante los cuales Miranda revive emocionado los días de sus antiguos grandes fervores.

No tarda en estallar la reacción contra la república: Cumaná, al oriente, y Valencia, al Occidente, álzanse en armas en defensa del rey, y se reanuda la lucha. Pero esta vez el Gobierno capitalino puede invocar ya, jurídicamente, el nombre de un Estado, cuya soberanía será defendida; la lucha empieza a cambiar de significación. El marqués del Toro hace su segunda salida militar, contra Valencia esta vez, y sufre su segunda derrota. Mal comienzo para la naciente República. En las dos "campañas" del marqués ha habido centenares de víctimas, y aparece en muchos ánimos el desaliento. Urge acudir a alguien, y ese único alguien es Miranda. ¿Aceptará? Sí, acepta; de mal grado, quizá, pero no le queda otro rumbo; quiere, además, desahogar sus rencores en hechos gloriosos. Exige, eso sí, que Bolívar no conste en el ejército, por "joven peligroso". Bolívar apela ante el Consejo de Guerra, Miranda cede. Primer triunfo de Bolívar sobre Miranda. La posición de los dos hombres se desplaza; la pugna toma dramatismo.

Miranda abre operaciones con éxito: en pocos días Valencia se rinde, luego de un sitio en el cual Fernando Toro, el amigo íntimo de Bolívar, queda con una pierna destrozada. Miranda, el astuto Miranda, ordena a Bolívar llevar al Gobierno el parte de la victoria; en ella hace esta fría recomendación del joven coronel: "Manifiesto que Bolívar, así como sus compañeros, se han distinguido en las diversas funciones que han tenido en estos patrióticos trabajos". Y por medio de esta recomendación, le deja sin empleo en el ejército hasta nueva oportunidad. No sólo eso: con increíble fatuidad o ingenuidad le expresa al Gobierno: "Cuantas gentes y pueblos encontré en enemistad contra Caracas se hallan subyugados y pacificados". Era una especie de *veni, vidi, vici*, a tiempo que en Oriente aparecen expediciones realistas de fanático coraje y en

Occidente surge desafiante, experto en crueldades, el capitán canario Domingo Monteverde, a quien el destino le reserva grandes éxitos en contra de los patriotas. El Congreso que estudia ya la Carta Constitutiva Federal de Venezuela, llama de nuevo a Miranda a su curul de legislador, alejándole del ejército o porque cree que todo está pacificado o porqué sospecha de la ingenuidad del general. El desenvolvimiento natural y eficaz hacia el futuro se paraliza así, quedándose con la invalidez de la palabra escrita, a la hora en que no había salvación sino en el actuar con las armas en la mano.

Con sobrada frecuencia aparece en la historia la conjuración de los elementos de la naturaleza en contra de la parte débil de uno de los dos grupos en lucha. Es el día de Jueves Santo –día sagrado–, y las gentes van de un templo a otro, en la tradicional costumbre española de la visita a los altares, adornados con excepcional pompa; nadie hay que no lleve lo mejor de su ropería, y las damas de elevada alcurnia hácense transportar en literas sostenidas por indios o esclavos negros. Los mestizos, en pobre pero muy limpio traje blanco, se reúnen en corrillo en las esquinas para ver pasar a las mujeres lujosas o se entran a las tabernas a beber aguardiente. La mañana ha transcurrido sin alteraciones, en el corazón hay plegarias y en los rostros júbilo. De pronto, a la tarde, la tierra comienza a temblar con extremada violencia; se derrumban los edificios, truena en el subsuelo, las gentes corren, gritan, se desesperan; unos han sucumbido ya; otros, medio sepultados, piden auxilio; los más, de rodillas, imploran clemencia al cielo. Fue cosa de un minuto; ya todo ha pasado; en el ambiente se mezclan los ayes con el polvo amarillo que sale de los muros destrozados. Y en ese momento terrible, unos cuantos frailes exclaman a gritos: "Castigo del cielo, castigo de Dios, por haber traicionado al rey, por la República, por la libertad, por el Gobierno descreído". Bolívar, que, rompiéndose las manos, remueve palos y tierra para salvar a los atrapados vivos junto al templo de San Jacinto, oye una de esas prédicas y salta como fiera desafiante; desplaza al fraile y grita, en nombre de la República: "Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca".

En Caracas, Barquisimeto, La Guaira, San Felipe y Mérida perecen veinte mil personas, entre las cuales caen los reclutas

patriotas de Caracas y de Barquisimeto casi íntegros. Como las poblaciones que se han declarado a favor del rey hállanse lejos de la zona de la tragedia, la prédica sacerdotal monarquista se enciende y multiplica con el estribillo de "castigo de Dios", trocando fácilmente lo natural en sobrenatural; ni siquiera la desocupación que hacen de Caracas los sobrevivientes, víctimas del pánico y del dolor, les aplaca. El Gobierno republicano, lo mismo que el Congreso, instalados provisionalmente en Valencia, se dirigen al arzobispo Narciso Coll en demanda de una pastoral que obligue a callar a los aterrorizadores levitas, cuya palabra iba a llevar a la muchedumbre al crimen. El prelado responde: "Es la ira de Dios la que se ha levantado contra todos y cada uno de nosotros, y pide penitencia para alcanzar el perdón de tanto pecado, tanto error de la filosofía del libertinaje, tanto concubinato, tantos caudales mal habidos". (¡Era lo que su señoría opinaba de su grey!).

Los fanáticos sermones sacerdotales son heraldos de la guerra que, a favor del terremoto, marcha arrolladora en contra de los libres de Venezuela. Cae Valencia en poder de los realistas; su jefe, Monteverde, inicia la marcha hacia el Oriente, es decir, hacia Caracas, que está a ciento sesenta kilómetros. Dada la distancia, parece todavía posible detenerlo; mas, ¿con quién en el comando? Le proponen al marqués del Toro –el mismo de la antigua primera derrota–; a él, y no a Miranda. El marqués no acepta tamaña responsabilidad, puesto que ahora el jefe de las tropas habrá de constituirse en dictador, con poderes omnímodos, que es lo que han resuelto el ejecutivo y el legislativo para salvar la República. ¿A quién acudir? De nuevo a Miranda. Esta vez en sus manos está íntegra la suerte de su patria; ha llegado al fin la hora de que sus prédicas libertarias de años y años se tradujeran en acción; éste va a ser el capítulo más importante de su vida. Empieza por obrar con determinación y utiliza todos los elementos disponibles. Sale en campaña con cinco mil hombres, medio adiestrados, medio armados, medio desnutridos, y al propio Bolívar le encomienda la plaza de Puerto Cabello, a cincuenta kilómetros al norte de Valencia; no es una posición de relieve, sino clave, de responsabilidad; Bolívar acepta el puesto por disciplina.

Y desde la hora en que se producen los primeros choques sangrientos, sucede algo imprevisto, desconcertante: los hombres del

campo patriota, bien se fugan para no pelear, bien se pasan al bando contrario en el desarrollo mismo de la lucha. Carecen de convicciones, entusiasmo y fe; no poseen todavía el ideal de patria para amarlo y para odiar a los contrarios a ella; traicionan sin remordimiento, por fuerza de la costumbre de servir al rey. Además los cuerpos realistas, integrados están, asimismo, por pueblo venezolano; apenas si la oficialidad principal ha venido de España, de modo que lo único que mantener podía la cohesión de las tropas era la autoridad de los jefes. Miranda no había llegado a ese grado de suma autoridad real; y al ver que se le desmoralizan en parte los batallones, pierde la certeza del triunfo y adopta una táctica defensiva suicida, muy a pesar de que sus efectivos son mayores que los de los realistas. El enemigo avanza arrollador y cruel: en uno de los pueblos –en Calabozo– pasa a cuchillo a todos sus defensores, sin perdón para nadie.

Resta una esperanza: la plaza de Puerto Cabello, encomendada a Bolívar. Si éste ha logrado mantenerse firme y cuenta con fuerzas suficientes, los realistas quedarán tomados entre dos fuegos. Puerto Cabello, junto al mar, fortificado con construcciones inexpugnables, significa mucho en esta guerra. Pero la traición también se impone allí: el teniente Francisco Fernández Vinoni –el traidor– hace fuego con sus hombres desde el castillo de San Felipe, hasta rendir la plaza; tropas y oficiales se pasan al campo del traidor; hasta se intenta capturar en el Cabildo y asesinar a Bolívar, a quien se le fuerza así a retirarse con los cuarenta leales que le restan. El parte del S.O.S. no dio resultado:

> Mi general, si V. E. no ataca inmediatamente al enemigo por retaguardia esta plaza es perdida. Un oficial, indigno del nombre de venezolano, se ha apoderado del castillo y está haciendo un fuego terrible sobre la ciudad.

El otro parte, el de la derrota, aclara dos puntos significativos:

> Después de trece noches de insomnio y de cuidados gravísimos, me hallo en una especie de enajenamiento

> mortal [...] Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiere quedado, con ese habría combatido al enemigo; si me abandonaron, no fue por mi culpa, nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvasen la patria [...] Espero se sirva usted decirme qué destino toman los oficiales que han venido conmigo.

Bolívar ha sufrido la primera derrota de su vida, ¡y en qué circunstancias! Ha agotado los recursos para impedirla; su vigor personal es invencible pero ha habido una falla grave: la traición, sobre todo la traición de la tropa. No lo olvidará. ¡Un año más tarde pondrá correctivo drástico a tan grave anomalía!

Miranda considera que ya todo ha fracasado; no dispone ni de leales, ni de dinero, ni de armas aunque sí de fuerzas todavía caudalosas frente al enemigo, que él no acierta a verlas en lo que significan. La tragedia avanza implacable. Hasta que un día todo se derrumba estrepitosamente: Miranda firma un tratado de capitulación. La República ha durado quince meses; Caracas vuelve a poder de los hombres del rey; el general parte a La Guaira, a fin de embarcarse rumbo a la Nueva Granada.

Quedan dos rutas para los oficiales refugiados en La Guaira con Miranda: huir al exterior –casi imposible, porque el general ha ordenado que nadie puede embarcarse sino él– o prender a Miranda, reorganizar el ejército y caer sobre Monteverde, desprevenido en la capital. Los de fibra de héroes optan siempre por lo heroico. Bolívar, Montilla, Chatillón, Carabaño, Mires, resuelven apresar a su jefe, que duerme tranquilamente en la residencia de Manuel María de las Casas, capitán del puerto, y que apenas amanezca proyecta embarcarse. Son las tres de la mañana; el pequeño puerto descansa apaciblemente; las olas dan su chasquido monótono contra la costa. En la naturaleza nada sucede nunca ante los dramas de los hombres. Como Casas forma parte de la conjuración, entran los oficiales al dormitorio del general y lo despiertan.

–¿No es muy temprano todavía? –pregunta.

Nadie le responde. Las caras de todos se muestran graves, enérgicas, desafiantes, hay quien tiene la mano sobre la pistola.

–¡Ah –exclama–: motín, motín! Esta gente no sabe sino hacer bochinche.

Y se viste reposadamente, con la nobleza del hombre valeroso, seguro de sí mismo. No olvida ningún detalle minucioso en el arte de mostrarse elegante siempre. En sus grandes ojos firmes hay un interrogante; su nariz tiene las ternillas ligeramente infladas; al gesto despectivo de los labios responde una arruga profunda en la frente.

–Estoy listo, señores –dice al fin, y marcha hacia el castillo de San Carlos, donde queda prisionero.

Y mientras tratan de organizar las fuerzas para la reacción contra Monteverde –apenas si han pasado dos horas de actividades febriles– interviene el Fatum y trunca todo. Llega, en efecto una orden de Monteverde, en cuya virtud queda clausurado el puerto, bajo amenaza de anular ipso facto los términos de la capitulación. ¿Qué hará Casas, capitán del puerto? Lo que ya tantos otros antes: traicionar a los patriotas y obedecer al jefe español. “Mis compañeros de armas –por añadidura– no se atrevieron a acompañarme a castigar a aquel traidor o vender caramente nuestras vidas”, escribía más tarde Bolívar. Todos quedan atrapados; todos, hasta Miranda, a quien nadie pensó jamás entregar a los españoles. Sólo queda una salvación posible: fugarse, a riesgo de la vida. Bolívar y Ribas logran salir hacia Caracas, a pie, escondiéndose siempre y caminando por entre las breñas del Ávila; llegan al otro día, agonizantes de cansancio y, sobre todo, rota el alma de desesperación. Otros oficiales toman una canoa y se lanzan a la mar, sin rumbo. Y los demás, sometidos quedan a la furia del vencedor, quien los asesina brutalmente, sin respetar ni las apariencias del tratado de rendición.

En tanto que a Miranda le ponen grilletes,[5] Bolívar se refugia, disfrazado, en casa del marqués de Casa León y gestiona pasaporte,

[5] Días después le condujeron a Miranda al castillo de San Felipe, en Puerto Cabello, de donde le trasladaron al año siguiente a Puerto Rico. Dieciocho meses retuviéronle allí, hasta que fue encerrado en La Carraca de Cádiz, en España, para que se muriese. No se dejó vencer fácilmente este grande hombre: escribía, protestaba, movía influencias, buscaba medios para fugarse, auxiliábase con la fidelidad extraordinaria de su sirviente, José Morán, que se entregó preso también y no le abandonó un solo instante. Los españoles se ensañaron con Miranda, complementando lo hórrido de la prisión con cadenas, hambre y desnudez; rompieron esa vida cruelmente,

a fin de salir al exterior; Ribas busca otro tanto. Sirve de intermediario Francisco Iturbe, caballero español, en cuya compañía preséntase un día al despacho de Monteverde:

–Aquí está el comandante de Puerto Cabello, Simón Bolívar –dice Iturbe–, y por él he ofrecido mi garantía; si a él le toca alguna pena, yo la sufro; mi vida está por la suya.

–Está bien –contesta Monteverde; y añade, dirigiéndose al secretario, Bernardo Muro–: Se concede pasaporte al señor Bolívar en recompensa del servicio que ha hecho al rey con la prisión de Miranda.

–Miranda fue apresado –replica ardientemente Bolívar– para castigar a un traidor a su patria, no para servir al rey.

Monteverde manifiesta profundo desagrado; Iturbe trata de salvar la situación: alega amistad, recuerda promesas, habla del significado de su garantía, pero sin éxito. Interviene entonces el secretario, que conoce bien a su jefe, y le dice con toda naturalidad:

–No haga usted caso de este calavera; déle usted el pasaporte, ¡y que se vaya!

El pasaporte se expide. Sin embargo, hay un resquicio de remordimiento en Monteverde, quien dice al secretario, apenas se han quedado solos:

–Escriba usted al ministro de Guerra lo siguiente: "No hallándome con tropas suficientes y respetables, tuve que disimular y dar pasaporte a tres o cuatro, con dolor mío y a pesar de todos mis temores".

Poco antes de embarcarse el coronel Bolívar, Josefa María Tinoco, valerosa mujer que fuera amante de Juan Vicente Bolívar, muerto dos años ha, envíale esta carta impresionante:

---

entregándola a la carcoma. Hasta que el 14 de julio de 1816, día conmemorativo de la toma de la Bastilla, llegó la mano generosa de la muerte y cerró suavemente los párpados del prisionero. El fidelísimo Morán escribió: "En esta fecha, a la una y cinco minutos de la mañana, entregó su espíritu al Creador mi amado don Francisco. No se me ha permitido por los frailes le haga exequias ninguna, de manera que en los términos que expiró, con colchón, sábanas y demás ropas de cama lo agarraron y se lo llevaron para enterrarlo; en seguida vinieron y se llevaron cuanto era suyo para quemarlo".

> Entre los muchos males que atribuían mi corazón, cuento por el mayor el de ser madre, sí, madre desgraciada de unas criaturas que el único apoyo que les queda bajo el cielo va a desaparecer de este país, y acaso para siempre, sin otra culpa de parte de ellos que el haber sido el miserable resultado de una pasión [...] Ellos por mi voz te ruegan hagas por verte conmigo para que tratemos sobre su futura suerte en que no tomará parte la mía, porque la providencia cuidará de mi débil salud para con ella por medio del trabajo proporcionarme una honrada aunque oscura subsistencia.

Bolívar amaba a sus sobrinos bastardos tanto como a propios hijos. Y respondió:

> Mi primer cuidado ha sido disponer que los bienes de Juan Vicente les toquen a tus hijos; que se te dé una pensión de cincuenta pesos mensuales, hasta que estos bienes den producto, y después el todo. Estoy de prisa y quizás no podré verte: pues el honor y mi patria me llaman a su socorro.

Por estas últimas palabras sabemos ya a qué va Bolívar al destierro: ¡le llaman la patria y el honor!

Él y su primo Ribas se embarcan en una goleta, rumbo a Curazao.

Tercera Parte
GUERRA A MUERTE

I

> Bolívar hizo la guerra puede decirse que solo y sin Estado Mayor, a lo Don Quijote. La humanidad que le seguía –humanidad y no mero ejército– era su Sancho.
>
> UNAMUNO.

> Con infinitas incomodidades y penas he logrado llegar aquí (Curazao) ocho días ha. Mala navegación, peor a bordo y detestable recepción. Digo que mi recepción fue detestable porque todavía no había llegado cuando ya estaba mi equipaje embargado por dos causas muy raras: la primera, porque mis efectos y trastos estaban en la misma casa en que estaban los de Miranda; y la segunda porque el barco *Celoso* contrajo deudas en Puerto Cabello, que ahora he de pagar yo, porque yo era comandante de la plaza cuando las contrajo. Aunque mi situación es tan triste como la pinto, no obstante conservo algunos amigos que me obsequian con urbanidad y con franqueza.

Esta crisis deprimente dura casi dos meses, hasta que un comerciante préstale la suma de mil pesos –*bona fide* porque las propiedades de Bolívar han sido embargadas por Monteverde– y con ellos parte rumbo a Cartagena, en la Nueva Granada; van con él unos pocos compatriotas. Todos llevan el propósito de continuar en la lucha contra el régimen monárquico. Bolívar es el único que viaja con algo más: unos papeles que ha escrito en Curazao, unos papeles que quedarán en la historia.

En Cartagena de Indias, puerto que mira a distancia el gran brazo continental que es Panamá (en cuya muñeca se hizo la sangría del Canal interoceánico un siglo más tarde), hallan los viajeros un contraste sorprendente: en lo físico encarna toda la vida colonial,

con las murallas de piedra que la circundan, con los dos castillos inexpugnables que la protegen; y en lo político, es la única que se ha declarado libre de España, mientras las demás del inmenso territorio neogranadino, fieles a Fernando VII, luchan enconadamente divididas en dos bandos: las federalistas y las centralistas. Es una guerra civil más compleja que la venezolana; doce o más Juntas de Gobierno se disputan el poder público, y sólo Cartagena ha sabido comprender el hondo sentido de la hora, al romper con el régimen monárquico. Pero como Cartagena no puede subsistir aislada, mantiénese en contacto y amistad con el sector federalista cuyo gobierno reside en la ciudad de Tunja, en el interior, al norte de Bogotá.

El coronel Bolívar conoce exactamente esta situación. Y sabe, además, que la Nueva Granada hállase rodeada de enemigos realistas: Venezuela, al oriente, está toda en poder de Monteverde; al occidente y oriente de Cartagena, acechan los españoles en Panamá y Santa Marta; el Sur (lo que es ahora el Ecuador) ha caído nuevamente en poder de los monárquicos, que amenazan con irrumpir sobre Popayán. Y más al Sur, el virrey de Lima, en el Perú, se siente tan poderoso, que en cualquier momento puede lanzar sus tropas sobre Chile y el Río de la Plata, donde las Juntas de Gobierno, aunque no sometidas a Cádiz, continúan de fernandistas. Al Norte, las valerosas insurrecciones de México han sido ahogadas en sangre. Por añadidura, la constitución liberal dictada por las Cortes en Cádiz en ese año no ha correspondido exactamente a lo que esperaban los americanos, pero ha satisfecho a la mayoría de los criollos liberales, los cuales no piensan ya en independencia. A tiempo que el régimen del invasor Napoleón en España se desmorona, y hay por lo mismo el peligro de que la Península se resuelva a enviar grandes contingentes militares que restablezcan y mantengan la esclavitud colonial. Panorama oscuro, de entraña en extremo amenazadora.

A los veinte días de llegados, él y sus compañeros escriben al Congreso de Tunja –como fugitivos extranjeros– en demanda de protección; pero no para ellos, varones que traen el atributo de invencibles y fieros, sino para Venezuela. "Caracas, cuna de la independencia colombiana, debe merecer su redención, como otra Jerusalén, a nuevas cruzadas de fieles republicanos; y estos

republicanos no pueden ser otros que los que, tocando tan inmediatamente los tormentos que sufren las víctimas de Venezuela, se penetrarán del sublime entusiasmo de ser los libertadores de sus hermanos cautivos". La petición es increíble, absurda. ¿Cómo los neogranadinos han de marchar a la liberación de Venezuela, si no se entienden siquiera entre sí; si se hallan en pleno régimen de discordia; si se sienten cercados de amenazas? Lo único que cabe, puesto que desean luchar, es darles a estos venezolanos ocupación en el ejército, comandado por el francés Pedro Labatut, también procedente de Venezuela desde hacía poco. El coronel Bolívar recibe el comando de la plaza de Barranca, un pueblecillo miserable, de casas de guadua, habitado en gran parte por negros; a unos cien kilómetros de Cartagena, tiene la única importancia militar de hallarse a orillas del río Magdalena, por donde llegan los víveres del interior. ¡Su guarnición no llega sino a setenta hombres!

Antes de partir a su destino, saca de su equipaje el tesoro que ha traído de Curazao; lo mira y limpia en su primor, lo levanta a la arquitectura de la inspiración, y lo lanza. Es una *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada*. Ocho páginas impresas, que circulan de mano en mano, leídas con avidez. Desconcierta el estilo: antiacadémico, conciso, que opina sin circunloquios y con dialéctica irrefutable; nadie había hablado antes así. ¿Qué clase de hombre es este coronel de veintinueve años, de cuya historia militar sólo se sabe que perdió la plaza cuya defensa se le había encomendado? ¿Es un ideólogo, un iluso, antes que un hombre de guerra? ¿A qué discursos sobre Venezuela, que está derrotada, y sobre el país neogranadino que no conoce? Las hojas van de mano en mano y, debajo de la admiración, se oculta maliciosamente el veneno de la burla. El propio comandante Labatut sonríe. Sin embargo, es la primera vez que este venezolano lanza una idea auténticamente original: libertar a Venezuela con hombres y recursos neogranadinos, para impedir que los realistas, desde Venezuela, se apoderen de toda la Nueva Granada.

> Libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela y redimir a ésta de la que padece [...] A este efecto presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada, la reconquista de

> Caracas [...] Es un principio del arte que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinosa para el que la sostiene, pues lo debilita sin esperanza de indemnizarlo; y que las hostilidades en el territorio enemigo siempre son provechosas, por el bien que resulta del mal del contrario.

¿Quién es en verdad el que habla? Deben saberlo con precisión los neogranadinos: "Yo soy un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus minas físicas y políticas; que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia".

¿Por qué fracasó la libertad en Venezuela? "Tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados". Sobre todo "el papel moneda remató el descontento de los estólidos pueblos internos que llamaron al comandante de las tropas españolas para que viniese a liberarlos de una moneda que veían con más horror que la servidumbre". Además, "el espíritu de partido decidía en todo y por consiguiente nos desorganizó más de lo que las circunstancias hicieron; nuestra división y no las armas españolas, nos tornó a la esclavitud".

Nadie toma en cuenta, para nada, este memorable mensaje. Nadie, excepto los humildes y esforzados varones de la guarnición de Barranca, a quienes arrebata el proyecto genial de su nuevo comandante. Son sólo setenta hombres, a los que se suman ciento treinta en tres días. No hay armas ni uniformes para más; ni tiempo que perder. Compra o confisca todas las canoas de los pescadores de este pueblecillo ribereño del gran río Magdalena, turbio, soñoliento; y parte con sus hombres aguas arriba, lentamente; todos reman por turno, mientras el jefe tararea canciones francesas, bajo un calor asfixiante; los lagartos y las tortugas de las orillas inquiétanse al paso de los aventureros y en las selvas bajas, cenagosas de los lados se ve un salpicado blanco de garza. Pasado el medio día, divísase a distancia, hacia el lado izquierdo de los viajeros, el puertecillo de Tenerife. Detienen todos la marcha y sólo una canoa se adelanta para presentar un enérgico ultimátum a las tropas del Rey que ocupan aquella plaza. Sorprendidas éstas, no intentan resistencia y abandonan el pueblo inmediatamente, toman por tierra

el camino que conduce hacia el norte, donde dominan los realistas de Santa Marta. Las gentes de las casas de madera y guadua se esconden temerosas mientras el coronel venezolano y sus hombres neogranadinos, en su mayoría reclutas, desfilan por la calle principal hacia el único cuartel sobre un pequeño promontorio. Al día siguiente son convocados los miembros del cabildo y los vecinos principales, y ante ellos, en el modestísimo templo, Bolívar pronuncia un discurso vehemente, en el que hace la apología de la república, de la libertad, de la igualdad. Poco le entienden esas mentes sencillas; pero entusiasmados juran todos, sobre los evangelios, la constitución republicana de Cartagena. En seguida, desátase la alegría general: esa noche es navidad, la navidad de 1812 inolvidable para el caraqueño que con tanta fortuna iniciaba su campaña.

En forma parecida se apodera de otros dos pueblos ribereños, remando siempre aguas arriba, hacia el interior del país. Se le han sumado unos cuantos voluntarios. Y así llega a la villa de Mompós, independizada como Cartagena; allí saborea el coronel por vez primera el embriagante licor del triunfo, pues le reciben con grandes aclamaciones, bajo arcos con flores improvisados en las calles; el corregidor pronuncia el discurso de bienvenida y le ofrece hombres, armas, víveres y algunos de los pequeños barcos de río con que cuenta. Dos días bastan para disponerlo todo y partir, de nuevo aguas arriba, en busca de los contingentes realistas que en número de 400, casi todos españoles, están encastillados más adelante, en el pueblo de El Banco. Como Bolívar tiene más fuerzas que los monarquistas, pues ya sus hombres han llegado al número de quinientos, huyen aquéllos hacia el oriente por una laguna en la que tenían listos numerosos barcos; los de la aventura los persiguen por tierra a marchas forzadas, hasta que se cruzan de disparos en el puerto lacustre terminal. Los realistas se entregan.

Prosiguen, aguas arriba, y libertan otros dos pueblos. Abandonan entonces las embarcaciones y toman por tierra hacia el Oriente; trepan, vehementes, el lomo de la cordillera y caen sobre la pequeña ciudad de Ocaña donde no encuentran resistencia. En sólo quince días ha sido limpiado de enemigos el gran río navegable y se ha puesto la proa hacia Cúcuta, que es la ciudad neogranadina de entrada a Venezuela.

Informado el comandante Labatut en Cartagena de estos sucesos, acusa a Bolívar de insubordinación, por haber procedido sin las debidas autorizaciones. Labatut tenía razón; pero en época de guerra lo único que cuenta es el éxito, y el coronel caraqueño recibe justificación y aplauso de parte del propio Presidente de Cartagena, Rodríguez Torices. Dispónese, pues, a seguir. Esta vez tiene que habérselas con un enemigo que cuenta con casi el triple de soldados, la aventura asume crecimiento, como en crecimiento va también la fama de este batallón sin nombre, al que se le atribuyen ya episodios milagrosos.

En esa misma fecha se produce al otro extremo, en el límite oriental de Venezuela, el comienzo de otra aventura libertaria: unos cuantos venezolanos, refugiados en una isla, deciden abrir operaciones militares sobre la costa este, donde desembarcan. Es otra empresa admirable, de sólo cuarenta y cinco hombres, capitaneados por tres jóvenes valerosos –el mayor tiene treinta años– que luego se convertirán en rivales entre sí y en émulos de Bolívar: Mariño, Piar y Bermúdez. El comandante español de esa zona tiene ya tomada una determinación al respecto: "No dejar con vida a ninguno de estos infames criollos que fomentan estas disensiones. Ninguno de los que caigan en mis manos se escapará". Aparecen así, simultáneamente, dos puntas de lanza que tratarán de llegar a Caracas, ambas de inspiración genial, iguales en categoría. De ahí emanará un desconocimiento de autoridad durante cinco años, contra Bolívar, causado por Mariño.

Cuando Bolívar da a sus compañeros la orden de marcha, se producen sublevaciones y deserciones: unos se quejan de que no se les ha pagado; otros se niegan a combatir. Parten, al fin, para un recorrido de 240 kilómetros; sólo unos pocos caballos se han conseguido para el jefe, para su pariente José Félix Ribas, para unos cuantos más; el resto avanza a pie. Hay que ascender a los Andes por rutas fragorosas; el frío acosa a los hijos de las tierras cálidas; lo que existe no son caminos, sino senderos resbaladizos, donde un paso en falso significa rodar al abismo; además, llueve torrencialmente, de modo que el sacrificio se vuelve en todos pertinaz impulso para forzar al destino. Del otro lado del inmenso lomo aguardan unas tropas amigas, comandadas por el brigadier

cartagenero Manuel del Castillo, segundo jefe del ejército neogranadino; su misión es impedir que los españoles penetren a la Nueva Granada desde Venezuela. Juntos todos, derrotan a los realistas en las afueras de Cúcuta, en sangrienta batalla de cuatro horas. Continúa la buena estrella de Bolívar, que, entusiasmado, les dice a sus tropas:

> En menos de dos meses habéis terminado dos campañas y comenzado una tercera que empieza aquí y debe concluir en el país que me dio la vida. La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión. Corred a colmaros de gloria, adquiriéndoos el sublime renombre de libertadores de Venezuela.

Y aquí, por vez primera, salta el doble problema que con el tiempo irá acrecentándose hasta tornarse obstáculo insalvable: por una parte, lo neogranadino frente a lo venezolano, o sea una pugna de nacionalidades; por otra, lo localista frente a lo continental. El brigadier Castillo, neogranadino, se declara pronto en oposición al coronel Bolívar, venezolano; para el primero la guerra debe desarrollarse dentro del territorio de su país, sus ideales acaban en las fronteras; para el otro la lucha tiene un sentido de cooperación entre los Estados. El uno cree en los sistemas militares tradicionales; el segundo funda su éxito en la rapidez antes que en la seguridad. El cartagenero, cuyo nombramiento procede del Gobierno de la Unión, se siente superior; ha actuado más en las campañas, es mayor en edad; el caraqueño, un voluntario cuyo grado de coronel se ha reconocido en la Nueva Granada, muy joven todavía –no ha llegado a los treinta años–, tiene en su historia militar sólo la cadena última de éxitos y la anterior derrota en Puerto Cabello. Castillo habla de "los hombres de cabezas delirantes, autores principales de la ruina de Venezuela"; Bolívar responde: "Si dejamos reforzar al enemigo, bien difícil será que las tropas de la Unión puedan batirlo; mi opinión es que en este mes de marzo debemos marchar sobre Venezuela, cuya reconquista es por ahora fácil, y después será imposible". En el uno, el impulso vehemente, con mucho de imprevisión en cuanto a la solidez del posible buen suceso; en el otro, la conciencia segura

de que en la proyectada empresa había demasiado de aventurado –el tiempo le dará la razón– y el limitadísimo criterio de que la lucha debía ser meramente local.

Al fondo de esta pugna que detiene la marcha por dos meses y medio en Cúcuta existen dos factores imponderables que nadie puede captar con exactitud en aquellos días: Bolívar cree, equivocadamente, que las derrotas que va a infligir sin duda a los realistas, fundadas en sorpresa y audacia, significarán un levantamiento vigoroso de los patriotas venezolanos para secundar su empresa. Y por otra parte, su subconsciente opera respecto de Castillo en la misma forma en que obró con el general Miranda, eliminándolo. Son dos realidades que corresponden exclusivamente al temperamento autoritario y vehemente del joven coronel, y no a las circunstancias.

Al advertir que no sólo está detenido en su plan de campaña, sino que las fuerzas españolas se han fortalecido en la costa norte, en Santa Marta, cerca de Cartagena; que empiezan a concentrarse a poca distancia de la propia Cúcuta, y que avanzan los del Sur, procedentes de Quito, se desespera. Es el único que ve los acontecimientos en forma panorámica. Expresa al Gobierno de la Unión neogranadina sus temores e inconformidad; manda emisarios ante el Gobierno independiente de Cundinamarca; argumenta, insiste, presiona, dispónese a renunciar la jefatura.

En la presidencia de la Unión está un grande hombre: Camilo Torres, quien sí cree en Bolívar; define, por lo mismo, la pugna de Cúcuta en forma categórica: concédele el grado de general y el de ciudadano neogranadino al futuro Libertador, y le envía pertrechos. Nariño, Presidente de Cundinamarca, también le remite armas y unos cuantos voluntarios. El brigadier Castillo renuncia. Bolívar ha triunfado, pero esta vez no con las armas, sino con la habilidad política; ha descubierto en sí una nueva fuerza.

A la hora de partir con sus quinientos hombres y unos pocos cañones surge un episodio sorpresivo. El batallón que debía marchar a la retaguardia se niega a obedecer; su comandante mayor Francisco de Paula Santander –futuro vicepresidente de Colombia (mozo de veintiún años en aquel mayo de 1813)–, alega que recibió de Castillo la orden de quedarse en la Nueva Granada.

–Si usted insiste en que no marche su cuerpo lo fusilo– grítale Bolívar.

–¡Viva Bolívar! –prorrumpe el batallón.

Y los soldados siguieron hacia Venezuela. Y Santander quedóse en Cúcuta.

Así comenzó la resistencia de Santander frente a Bolívar, historia que culminará dramáticamente quince años más tarde.

A manera de apertoria heroica, el Presidente Camilo Torres ha entregado al nuevo general este mensaje para los venezolanos:

> Es tiempo de tomar venganza de esas fieras desencadenadas sobre vosotros, que saquean vuestras casas y asesinan a vuestros conciudadanos. Corred a las armas, venezolanos, sacudid esas cadenas vergonzosas, volved al esplendor que habíais adquirido, a la eminente política a que os habíais elevado y de que sólo un accidente de la naturaleza, de que se valieron vuestros opresores, os pudo hacer bajar.

Cuando emprenden la marcha, piensa Bolívar: "Desde Cartagena he recorrido ya más de setecientos kilómetros; me faltan mil doscientos para llegar a Caracas, ¡y me esperan en la ruta diez mil soldados enemigos!". Lo piensa desde lo alto de su caballo, puestos los ojos en el horizonte sin término. Desde ese día, y por espacio de dieciséis años, será el hombre a caballo.

Ocho largas jornadas, fatigantes, a cuarenta kilómetros por día, y no asoman ni el enemigo ni la primera ciudad, sólo pueblecillos miserables, asentados en fecundos valles, abren los ojos para ver pasar esto que les parece un gran ejército; nunca han visto juntos tantos hombres cargados de fusiles. La vanguardia va a caballo y se abre en la marcha en diferentes direcciones, de modo de descubrir a tiempo posibles ataques. Los indios y los mestizos de la ruta tienen que entregar, por la razón o la fuerza, lo que tengan de comer y prestar sus casuchas para la noche; en esas pobres gentes no hay otra reacción que el temor. ¿Qué saben ellas de libertad? Los pies de cuantos marchan a pie están hinchados; parece que fueran a reventar; se les ha hecho ir demasiado aprisa, como si se quisiera ganar horas, minutos. Sólo uno que otro oficial, o los más listos de

la tropa por la noche han podido holgarse con alguna hembra. Al noveno día aparece Mérida, pequeña ciudad, donde los habitantes fueron desde el principio partidarios de la República y que habían arrojado por propia iniciativa, hacía sólo un mes, a la guarnición realista de esa plaza. La llegada de "los libertadores" fue triunfal.

Bolívar comienza a dar pruebas de su sentido administrativo: pone en todos los cargos a personas republicanas, se ocupa con los problemas económicos. Y para enfervorizar a las multitudes con su elocuencia, que será en lo sucesivo su arma personal suprema, reúne al Cabildo en sesión solemne y explica los objetivos de la campaña. Enfervorizados, alístanse quinientos voluntarios, con lo que el batallón sin nombre llega ya a mil unidades. Pero a la vez dos batallones tratan de desertar: el que había comandado Santander y otro, y sólo una mano enérgica logra restablecer la disciplina. ¿No fueron las deserciones y la facilidad con que los criollos se pasaban de un campo a otro las causas predominantes en el fracaso de Miranda? Este punto trae muy preocupado al general, en cuya cabeza da vueltas ya un proyecto que pondrá valla al mal radicalmente. El valiente toma siempre medidas radicales, sin embarazo, porque es su característica desafiar el futuro. Anuncia su decisión:

> Los verdugos que se titulan nuestros enemigos [...], casi en presencia de nosotros han hecho una espantosa carnicería en Barinas [Bolívar va hacia Barinas] de nuestros prisioneros de guerra y de nuestros pacíficos compatriotas de aquella capital. Mas esas víctimas serán vengadas, estos verdugos serán exterminados. Nuestra vindicta será igual a la ferocidad española. Nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte.

Y es que los merideños han informado ya al general, punto por punto, acerca de la violenta política de Monteverde en la Venezuela sojuzgada; política que se sintetiza, al pie de la letra en la "Orden" publicada por él tres meses atrás, en Caracas, y respaldada con la firma del secretario de guerra del Consejo de Regencia de España: "De acuerdo con las Leyes de Indias, en vigencia, que condenan a muerte a cuantos se pronuncien contra la autoridad del rey, serán pasados a cuchillo cuantos se resistan en lo

venidero con las armas, y serán juzgados como reos y condenados de acuerdo con las Leyes de Indias los promotores de nuevas rebeliones". En suma, Monteverde y sus hombres, extendidos por toda Venezuela, han comenzado a poner en práctica la "Orden" trágica en un territorio que estaba constituido ya como República soberana e independiente.

En presencia de las dos puntas de lanza abiertas, al Oriente por Mariño, y al Occidente, por Bolívar, Monteverde ha resuelto atacar a la de Oriente, con poca fortuna. Además, los habitantes de la isla Margarita se han sublevado y proclamado la libertad, con Arismendi como jefe. De modo que el general español, acosado por los rebeldes, ha perdido la serenidad con que hubiera podido imponerse fácilmente, pues la mayoría de los habitantes seguía leal al rey, y se ha lanzado al vértigo de derramar sangre de patriotas, en atroz acto fanático, que no hace diferencias ni de edades ni de sexos; siembra pánico en poblados y campos, como si toda sangre derramada no clamase siempre venganza en la historia de los hombres.

Con estos informes, ordena Bolívar a Girardot que marche con la mitad del ejército en una dirección; a Maza, Ricaurte y Yépez, en otra, y él mismo, con su guardia y su naciente Estado Mayor, sale también; todos han de encontrarse en la próxima ciudad, Trujillo. Su secretario, Pedro Briceño Méndez, ha escrito cartas que contienen esta desafiante frase, muy de Bolívar: "La respuesta la espero en Trujillo". La cita se cumple, luego de atravesados de nuevo los Andes, a cuatro mil metros sobre el mar, y una vez desalojados de sus posiciones, en combate, varios contingentes de realistas, que se desbandan. No hay todavía verdaderas batallas. La ciudad de Trujillo, destinada a hacerse célebre, entra al número de las libertadas.

Son las tres de la mañana. En el modesto salón de la casa ocupada por Bolívar y sus oficiales ha terminado ya la discusión de varias horas; todos están nerviosos, fatigados; el general no permite que se fume en su presencia. El secretario Briceño recibe la orden:

–¡Escriba usted!

Y la Proclama trágica es dictada, palabra tras palabra, en medio de un silencio profundo de los presentes. La ciudad toda duerme; la naturaleza duerme. Dicta Bolívar, con firmeza, paseándose de un extremo a otro:

> Venezolanos: Un ejército de hermanos, enviado por el soberano Congreso de la Nueva Granada, ha venido a libertaros, y ya lo tenéis en medio de vosotros, después de haber expulsado a los opresores de las provincias de Mérida y Trujillo [...] Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la causa justa por los medios más activos y eficaces será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria, y por consiguiente, será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército con sus armas o sin ellas; a los que presten sus auxilios a los buenos ciudadanos que se están esforzando por sacudir el yugo de la tiranía.

Hay una pausa expectante en la sala. Los españoles, militares o civiles, si no sirven a la República en adelante, serán fusilados... Bolívar continúa:

> Y vosotros, americanos, que el error o la perfidia os ha extraviado de las sendas de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan [...] Esta amnistía se extiende hasta a los mismos traidores que más recientemente hayan cometido actos de felonía [...] El solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia.

Nueva pausa. Los habitantes de Venezuela han quedado divididos desde ese momento –y no sólo los de Venezuela, sino los del resto del continente– en españoles y americanos. Los americanos no se subdividen; los españoles, si: los que sigan con el rey –que serán exterminados– y los que se decidan por la República, a quienes se les respetará en vida y bienes. En pocas palabras, ha quedado definido el concepto de patria, al que se le quiere dar un sello de sangre.

Bolívar termina, con voz imperiosa y fuerte:

> Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de

> la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.

Por primera vez se les aglutina a todos bajo un solo epíteto: ¡americanos!

La decisión está tomada: los dos bandos serán irreconciliables; mediará entre ellos un abismo de cadáveres. Y como los españoles realistas son quienes han puesto en vigencia el bárbaro sistema, ya saben a qué atenerse los que deserten y traicionen: serán fusilados en el bando contrario irremisiblemente. Por añadidura, los indiferentes sobran. A esta guerra de exterminio, que durará siete años, conoce la Historia con el nombre de "guerra a muerte". Era el 15 de junio de 1813, a las tres de la mañana. Bolívar firmó la página, y dijo secamente:

–Buenas noches, señores.

Una semana después, el mayor general Urdaneta informaba a los soldados del ejército sin nombre –el ejército libertador–:

> Las tropas de bandidos que infestaban la provincia de Trujillo han desaparecido. Las unas se han arrojado precipitadamente al lago Maracaibo y las otras han sido exterminadas por vuestro valor. Carache, el infame pueblo de Carache, ha sido castigado y libertado a la vez, sus habitantes rebeldes han muerto o son vuestros prisioneros, y los otros que se han acogido bajo vuestra protección gozan ya del abrigo de las leyes republicanas [...] Nuevos trofeos nos esperan en los campos de Barinas y de Caracas.

Los españoles tomados prisioneros en Carache acababan de ser fusilados por su vencedor, Girardot. La "guerra a muerte"... Y en esos mismos días, los patriotas de Caracas huían al campo, por la llegada de Monteverde, quien toma medidas para detener a Bolívar, mueve tropas, ordena ataques, todo lentamente, a la manera antigua; ignora los éxitos de la velocidad, que es la fuerza de su enemigo. No concede, desde luego, mayor importancia a esos mil aventureros que vienen de Occidente; él, Monteverde, tiene tropas diez veces superiores en número y equipadas. Los aventureros no disponen de

más territorio que la ruta angosta que han ocupado; su patria es el ejército, no el pueblo todavía.

En la marcha hacia la ciudad de Barinas, Ribas alcanza para los republicanos importante victoria; hay otras acciones menores; y como uno de los ríos estuviese inmensamente crecido, el propio Bolívar se lanza a nado, acompañado de unos cuantos jinetes, y consigue río arriba varios bongos, en que pasa la infantería. Llueve torrencialmente. La ciudad es evacuada a la media noche por los mil cien realistas que la guardan; no esperaban el ataque. Al huir hacia el Sur, son perseguidos enérgicamente y deshechos. En las sabanas inundadas, cuatrocientos realistas, agobiados de fatiga y de hambre, se entregan prisioneros.

A Monteverde, que ha salido ya de Caracas al encuentro de Bolívar, se le ocurre entonces una idea, cuyas consecuencias no puede calcular. Son los llanos de Venezuela inmensas sabanas de muchos miles de kilómetros cuadrados, donde crecen y se multiplican grandes manadas de ganado y de caballos salvajes. Casi no hay bosques; en los meses de lluvias se inundan en mucha parte, y en los de sequía, quemada por el sol, muere la hierba en dilatadas extensiones. Miles de mestizos y de indios moran en los monótonos llanos, bien arracimados en pequeños pueblos de casas hechas con palos, bien acogidos a tal cual hacienda que ha logrado organizarse.

Gentes valerosas, no temen la vida ni la muerte; heroicos son en esa su esforzadísima y triste manera de ganarse el sustento a fuerza de brío, matando reses furiosas, cabalgando en potros indómitos, alimentándose de carne hasta sin sal y confiándose al amor efímero, casi siempre brutal, por asalto; a veces parecen fieras, y a veces, mártires. Imperturbables ante las descargas de fuego del sol en los llanos, el azote de la lluvia en el rostro, la amenaza de las serpientes, los tigres y los caimanes, el lodo y lo impetuoso de las corrientes, no tienen otra bandera real que algún mayordomo, el más valiente de todos. Rezan a veces, maldicen con frecuencia; cuando despachan un enemigo a la tumba experimentan sinceramente un sentimiento de alivio. Saben, sin embargo, versos de amor; tañen la guitarra, cantan, silban interminablemente en los largos viajes, en una especie de apego delicado a la melodía. Aman a las mujeres sin someterse jamás a ellas; aman sus caballos y perros;

aman su libertad desorbitada. Su arma omnipotente es la lanza, de tres varas de largo, para atravesar con ella al tigre y al toro, si acometen. Usan por toda montura la cobija con que han de cubrirse por la noche. Así es el llano en aquellos tiempos. Parten al rodeo de los ganados antes que amanezca, y caminan luego en todas direcciones, sobre una tierra donde nadie ha puesto la cinta de un camino. Por la noche, antes de dormir, cuentan cuentos fantásticos, mientras a algunos –a muchos– sacude cruelmente la fiebre del paludismo. El largo lazo, bien engrasado, y el aguardiente hacen parte de estas gentes, para quienes toda la vida se compendia en la palabra esfuerzo. Los llanos son la esencia de lo venezolano.

La idea de Monteverde es ésta: que se armen los hombres del llano, que se subleven, que se apresten a atacar a los republicanos, allí donde los encuentren. El premio será el saqueo y la impunidad. No sólo eso: la Hacienda pública socorrerá a estas tropas nómadas con todos los dineros que fueren posibles.

Por el momento, la medida no alcanza consecuencias, esa acción toma tiempo. Pero una vez desatadas esas semi hordas nadie podrá contenerlas en largo tiempo; matarán, incendiarán poblados enteros; los sobrevivientes de éstos vagarán de un punto a otro, en dramático peregrinaje detrás de los ejércitos regulares para no perecer; el crimen no tendrá límite. Y así, cuando a los llaneros se enfrenten los llaneros o cuando los de otras tierras traten de combatir allí, será en los llanos de Venezuela donde se desarrolle la guerra más sanguinaria y cruel de toda la historia americana. Para el llanero no existe otra limitación que la resistencia de su caballo y la orden que recibe del caudillo que él mismo se impone.

Se dan dos batallas de importancia; caen tres ciudades más; Monteverde se refugia, desconcertado, en un puerto, y Bolívar llega a las puertas de Caracas. Ha recorrido los últimos seiscientos kilómetros en treinta días y ha derrotado por el momento a los diez mil realistas que se le oponían. El día 7 de agosto –fecha en que seis años más tarde alcanzará una de sus más luminosas victorias– entra en su ciudad natal, de donde han huido desde tres días antes, más de siete mil españoles y canarios, que a pie o a caballo –hombres, mujeres, niños, ancianos– van a La Guaira en busca de barcos para salir al exilio. Dos mil logran refugiarse en Curazao. La noche del 6,

ya sin autoridades la ciudad, las turbas saquean almacenes, disparan, asesinan, al grito de ¡Viva la libertad!

Si Bolívar hubiera podido llorar de júbilo, lo habría hecho esa mañana en que entró a Caracas en su caballo. Su voto en Cartagena, siete meses atrás, se había cumplido. Partió con doscientos voluntarios y llegó con mil quinientos. "Cubrían las calles por donde debía pasar montes de flores y de ramas de laurel y de olivo. Las aclamaciones de millares de personas se mezclaban al estruendo de la artillería, a los repiques de las campanas. Se abrieron las prisiones y las infortunadas víctimas de la libertad, con sus rostros pálidos y demacrados, parecían espectros que habían dejado las tumbas". Las gentes gritaban "¡Viva el libertador de la patria! ¡Viva la Nueva Granada!". Y un grupo de preciosas caraqueñas, vestidas de blanco, le colmaron las manos de flores en el momento en que el general de treinta años desmontó en la puerta de la casa donde llegó (que no fue la de sus padres, que ya había sido vendida). Allí le aguardaban sus dos hermanas, sus tíos y sobrinos; quizá también las negras Hipólita y Matea. Había vuelto al cabo de un año; salió vencido, fugitivo; hoy es un héroe deslumbrante. En la frente se le han ahondado las arrugas, y trae la piel del rostro, antes blanca, requemada por el sol. Su hermana María Antonia, severa, reticente, se niega a las expansiones: ahora que ha palpado los sacrificios es más monarquista que nunca. De la guarnición española de la ciudad no queda ni el recuerdo; eran más de mil y se disolvieron.

¿En dónde había aprendido Bolívar a hacer la guerra? ¿De dónde tuvo la inspiración de la "guerra a muerte"? ¿Cómo fue posible una campaña de dos mil kilómetros de recorrido sin una sola derrota?

> Interin se organiza un Gobierno legal y permanente, me hallo ejerciendo la autoridad suprema, que depondré en manos de una asamblea de notables de esta capital.

II

> El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo.
>
> BOLÍVAR.

¿Ha quedado libertada Venezuela con la "campaña admirable"? No. Esa irrupción brillante fue a manera de ruta de fuego que partiera de Cartagena y terminara en Caracas; el enemigo había huido para no quemarse, pero se disponía a rehacerse. La hazaña de Bolívar tuvo dos puntos débiles: la marcha rápida, sin dejar defendida la retaguardia –no le era posible, por falta de contingentes–, y la creencia de que los venezolanos corresponderían al gigantesco acto heroico; no correspondieron. Tres lustros más tarde lo explicará el propio Bolívar:

> S. E. nos dijo que su principal objeto era apoderarse de la capital de Venezuela antes que los enemigos conociesen la debilidad de sus medios de defensa; que en posesión de Caracas pensaba entonces poder aumentar su ejército y oponer fuertes divisiones a los enemigos que durante su marcha se hubieran rehecho en los varios puntos laterales a que se habían retirado; que para esto contaba con un patriotismo y entusiasmo que no había encontrado en Venezuela; con un espíritu nacional que no pudo formar; que el amor a la independencia y a la libertad no se habían generalizado todavía, y que finalmente, el poder español y el respeto y el miedo que les inspiraba, y los esfuerzos del fanatismo arrastraban todavía a los pueblos y los tenían más inclinados a seguir bajo el yugo peninsular que a romperlo.

Aquella tarde la casa de Bolívar estuvo materialmente invadida: "Cuando mi espíritu se haya tranquilizado –dicta a la mañana siguiente– de las agitaciones que experimenta, ya por las

muchas atenciones que me distraen, ya por la multitud de ciudadanos que vienen a congratularse conmigo...", etc. Y entre las damas que van en ánimo de desbordarse en admiración ante el héroe, aparece Josefina Machado acompañada de su madre. La mujer busca al héroe, y el héroe auténtico pone siempre el fanal de su gloria a los pies de la mujer. Josefina trae cuerpo sensual, ojos oscuros, tez mate, cabellera negra, labios incitantes; inteligente y audaz, habilísima en la intriga, pertenece al tipo de las mujeres que aman apasionadamente y que no perdonan ofensas; el triunfo suyo está en el cuerpo, y ese cuerpo de veinte años de Josefina quizá se hallaba todavía intacto. Bolívar, el impulsivo, hecha el zarpazo, y comienza así ese incendio que habrá de durar largo, en medio de desconcertantes peripecias.

Nunca el amor ni la pasión sensual fueron punto capitalísimo en la vida de Bolívar. Hombre ardiente, libertado de pudores, tuvo siempre a su lado mujeres como compañía normal, y no desechó las aventuras que le ofrecía la suerte, aun con sacrificio de la lealtad para con quien era su amante fija.

El brío de Bolívar, asoleado ahora por el amor, se derrocha en actividad fantástica. Ante todo, quiere ponerse en contacto con el exterior; la victoria se perderá sin la ayuda externa: envía un mensaje a López Méndez y Andrés Bello, que continúan en Londres, para que informen al Gobierno británico de todo lo acaecido y soliciten intensificación del comercio inglés con Venezuela. Asimismo escribe al gobernador de Curazao en igual sentido. Y precisa en seguida los problemas locales. En término principalísimo, urge dominar al clero: "Ilustrísimo señor arzobispo: necesito tener a la vista una razón circunstanciada del número de curas y de los coadjutores o ecónomos". A continuación:

> Intime V. S. Ilma., bajo las penas del resorte de su autoridad, a todos los párrocos, predicadores y confesores de la arquidiócesis expliquen semanalmente los justos principios de la emancipación americana y persuadan la obligación de abrazarla y defenderla al precio de los intereses y de la vida [...] El confesionario es el que principalmente debe ocupar las reformas.

A la vista estaban todavía las ruinas de la ciudad, por el terremoto del año anterior, y en la memoria de todos constaba la

furia desatada por el clero realista en contra de los republicanos, con la terrible frase "castigo de Dios".

El arzobispo acata la orden; expide la circular; mas muy pocos le obedecen. En la hoja no hay ni nervio ni conminación.

Otra preocupación suya inmediata: tratar de llegar a algún acuerdo con Monteverde, por lo menos en cuanto al canje de prisioneros. Son casi cuatro mil realistas y unos ciento veinte republicanos. El jefe español responde desafiante: "No daré oídos a ninguna proposición que no sea dirigida a poner estas provincias de mi mando bajo la dominación en que deben legítimamente existir". Monteverde, con sobra de razones, se siente poderoso, y reta.

Hay algo más, de suma importancia: entenderse con Mariño, el general patriota que abrió la campaña al oriente del país. Manda urgentemente un comisionado, quien encuentra que la ciudad de Cumaná, puerto a seiscientos kilómetros al este de Caracas, ha sido libertada. Junto a Mariño ha comenzado a desempeñarse brillantemente el joven cumanés Antonio José de Sucre. Santiago Mariño, orgulloso y valeroso, gallardo, audaz y tenacísimo, se considera igual a Bolívar. Lleva doble sangre: española e irlandesa; se educó en la isla inglesa de Trinidad.

Luego viene lo pequeño y complejo. Bolívar se entiende con todo, en luminoso alarde de multiplicidad. Faltan hombres, y armas, y municiones, y vituallas, y el general se entrega desaforadamente a producirlo todo: caza hombres para dos batallones y tres escuadrones, y los entrega al entrenamiento; abre talleres de maestranza para fabricar lanzas, aperos, zapatos, alpargatas, pólvora, galletas; las señoras adecuan locales de costura para uniformes; nómbrase un comandante de acémilas –caballos y mulas constituyen el secreto del éxito–; se dotan los hospitales. No hay dinero suficiente; la guerra ha desorganizado las recaudaciones; consérvanse los mismos impuestos y el mismo mecanismo administrativo; se modifican las tarifas de aduana, dentro de un régimen de amplitud y preferencias el diezmo –la décima parte de los productos agrícolas– se cobra rígidamente, lo mismo que la renta del tabaco; se exigen contribuciones excepcionales en dinero y hasta en joyas. "Señor Ramón Prim: entregará usted inmediatamente al

C. secretario de Hacienda, Antonio Muñoz Tébar la cantidad de mil pesos". (La letra C. significa ciudadano; los funcionarios reciben el mismo trato que se daba en Francia en los días de la Revolución: ciudadanos). Ante la escasez de numerario, pónese a funcionar la Casa de Moneda, y se decreta pena de muerte para los defraudadores del fisco. Las rentas especiales proceden de multas, confiscaciones y secuestros a los realistas, en lo que se procede con energía.

A base de las fuerzas disponibles, manda de urgencia guarniciones defensivas a diferentes poblaciones: Urdaneta, a Valencia; Montilla, a Calabozo; Palacios, a Guanare; Campo Elías, al Tuy; García de Sesa, a Occidente, en forma móvil. Venezuela es un vastísimo territorio, donde dormitan unas cuantas poblaciones, a grandes distancias unas de otras; apenas si parecen puntillos policromos en tapetes verdes o grises sin término: ¡novecientos mil habitantes en un millón de kilómetros cuadrados!

Y en medio de tan complejas actividades, Bolívar cuida también lo íntimo: "Al gobernador de Barinas: Cuanto usted haga en favor de doña Inés Mancebo de Miyares corresponde a la gratitud que un corazón como el mío sabe guardar a la que me alimentó como madre. Fue ella la que en mis primeros meses me arrulló en su seno". La señora de Miyares es española.

Diez días han pasado desde la entrada triunfal, ya el ambiente ha cambiado desde el punto de vista de la acción. El general inspira entusiasmo y confianza; convencen su pertinacia, su acierto, su infatigabilidad. Parece que hubiera en él varios hombres.

Pero frente al exultante vigor constructivo de los patriotas, empieza a erguirse la reacción de los monárquicos, cuyas cifras crecen mágicamente. Estallan movimientos realistas en muchas partes. Es el reflujo en la marea producida por la "campaña admirable". Habrá que detenerlo o ha de hundirse todo el valeroso esfuerzo en sangre y en derrota. Se traslada Bolívar urgentemente a la ciudad de Valencia, a ciento setenta kilómetros al oeste de Caracas, para establecer allí su cuartel general; el caballo en que va, seguido de unos cuantos oficiales, parece que ni diera con los cascos en el suelo, desigual y polvoroso; ya no llueve y el sol derrama fuego. A tiempo que galopa, piensa en el plan de campaña, a pesar de que tan cortos días no le han dado tiempo ni para adiestrar bien las tropas, ni para arreglar armas, ni para echar fe en las almas.

Realiza consejo de oficiales y toma una determinación fundamental: atacar a Monteverde, que está encerrado al norte de Valencia, a sólo cincuenta kilómetros de distancia. Acosado y destruida la cabeza –piensa–, el cuerpo de la reacción quedará sin orden ni concierto. El hombre para esta lucha es Girardot, el glorioso jefe neogranadino que más que ninguno se destacará en la "campaña admirable". Así comienza el sitio de Puerto Cabello, de ese mismo Puerto Cabello en donde sufriera Bolívar la primera derrota de su vida militar. Mas no se confía ni de Girardot ni de Urdaneta, que va con Girardot; como el golpe debe ser decisivo, marcha en persona.

Graves noticias llegan de España: Bonaparte ha sido expulsado de Madrid; Wellington y los ingleses han infligido derrota decisiva a los franceses en Vitoria; la península se halla a punto de libertarse de los invasores, lo cual significa el retorno del rey, es decir, el fortalecimiento de la monarquía, tanto en España como en América. Los realistas, envalentónanse con las noticias, se agrupan mejor. Bolívar, así, por causa de los sucesos peninsulares, pierde terreno, precisamente a la hora en que más necesita ganarlo. Nadie o casi nadie trata de meditar en que la España vencedora de Napoleón ha quedado herida de destrucción y miseria; no podrá, por tanto, actuar contra los independientes de América sino luego de recuperada. Se padecía el espejismo de los sucesos; no se veía su real contenido.

Comenzado el semisitio de Puerto Cabello (del lado del mar los españoles se mueven libremente), Monteverde ordena fusilar prisioneros a la vista de los sitiadores; éstos ponen a prisioneros españoles de blanco de lo fuegos contrarios; se insiste en el canje de presos, sin resultado; se intentan asaltos, sin éxito. Puerto Cabello continúa de mala sombra de Bolívar. Sombra que se torna negro absoluto a los veinte días de sitio, porque una fuerza española de mil doscientos hombres, enviada de Cádiz cuatro meses atrás, arriba al puerto en una goleta de guerra y seis transportes. Inútil continuar el sitio; Bolívar vuelve a Valencia y prepara sus tropas –la mayoría reclutas– para una batalla campal; es el recurso que queda: el riesgo total. La batalla se da en Bárbula, casi en seguida otra, en las Trincheras, sitios entre Valencia y el puerto. Triunfa Bolívar, pero con el sacrificio del valeroso Girardot; la derrota de los "godos"

incluye una grave herida de Monteverde, valeroso también, calculador además y sanguinario. Mas Puerto Cabello continúa en poder de los españoles; las dos batallas no han sido decisivas; no han probado sino que las aguerridas tropas llegadas directamente de la península no son invencibles.

El imaginativo, el poeta que hay en Bolívar, se alza vigoroso el momento en que Girardot cae en Bárbula herido de un balazo en la frente; el corazón del héroe será llevado en ceremonia fastuosa a Caracas y se le depositará en un mausoleo en la catedral; habrá un mes de duelo; los restos irán a Antioquia, región natal del héroe, en la Nueva Granada; la familia Girardot disfrutará de los sueldos de que gozaba este grande de la libertad. Y mientras el cortejo fúnebre pasa majestuoso por las calles de Caracas, presidido por el propio Bolívar, allá, en su lecho de herido (un balazo en la quijada), Monteverde recuerda que un año atrás, en el momento en que se le concedía pasaporte, el jefe de la revolución estuvo en sus manos.

Terminado el ceremonial fúnebre, reúnese el Ayuntamiento en la iglesia de San Francisco, con todas las autoridades y se procede a proclamar a Bolívar "capitán general de los ejércitos de Venezuela, vivo y efectivo, y con el sobrenombre de Libertador". "Es –dice el gobernador Mendoza, en la imponente proclamación– un don que le consagra la patria a un hijo tan benemérito".

El pueblo, testigo de los dos elocuentísimos actos, comienza a creer en la revolución.

Cuando el Libertador recibe el pliego consagratorio, responde con austeridad romana: "VV. SS. me aclaman capitán general de los ejércitos y libertador de Venezuela: título más glorioso y satisfactorio para mí que el cetro de todos los imperios de la tierra; pero VV. SS. deben considerar que el Congreso de la Nueva Granada, el mariscal de campo José Félix Ribas, el coronel Atanasio Girardot, el brigadier Rafael Urdaneta, el comandante D'Elhuyar, el comandante Elías y los demás oficiales y tropas son verdaderamente estos ilustres libertadores. Ellos, señores, y no yo merecen las recompensas".

III

Sólo el hombre fuerte es bueno; el débil es siempre malo.

NAPOLEÓN.

Monteverde desaparece para siempre del escenario de esta guerra; retorna a España; le reemplaza provisionalmente el general Salomón.

Pero Monteverde había dado la orden trágica: "¡Que se subleven los Llanos!".

A doscientos cincuenta kilómetros al sur de Caracas está la población de Calabozo, pequeña, primitiva, de casas de madera o barro a orillas del Guárico. Allí tiene su centro de operaciones un jefe español que ha atendido la orden de sublevación de los Llanos, interpretándola en sentido bárbaro. Se llama José Tomás Boves. Asturiano, de mediana estatura, fuerte, rubio y de ojos azules terriblemente fríos, tiene la misma edad que Bolívar, treinta años. Ex pirata, ex contrabandista de cueros, exhibe el grado de comandante, dado por Monteverde; odia a los criollos blancos partidarios de la República y es, por ende, caudillo de mestizos y mulatos, a quienes adula con el reparto de los bienes de los blancos que asesina y con la libertad de saqueo de las indefensas poblaciones que asalta. Boves entiende así sus servicios al rey de la misma manera como muchos de sus compatriotas, tres siglos antes, servían a los monarcas católicos y a su religión matando indios y robándoles sus tesoros y sus mujeres. Eliminado Monteverde, Boves entra en escena, en el gran drama de la independencia venezolana, con el papel de jefe de la "legión infernal". Los inmensos llanos donde desata sus hazañas llámanse los Llanos del Guárico.

¿Cómo marchaba la otra expedición libertadora, la de Oriente, comandada por Mariño? Con éxito brillante. De Cumaná, la primera ciudad redimida por este grupo valeroso, había avanzado hacia Occidente rumbo a Caracas, por la costa, hasta la ciudad de Barcelona, que también había sido tomada. Entre los dos grupos de patriotas ya no median sino quinientos kilómetros de distancia.

¿Por qué no se unen? Juntos los dos, podrían hacer frente con eficacia al levantamiento realista que crece en todas partes. Por doquiera aparecen guerrillas hostiles; en Occidente, los contingentes que marchan hacia el centro son bien organizados y poderosos; muy pronto se producirán ataques en gran escala. En ese mes de noviembre, ya prácticamente todo el territorio venezolano, del gran río Orinoco hasta el mar, es una inmensa zona alzada en guerra (del Orinoco hacia el Sur, Venezuela está deshabitada). Boves lancea a los blancos que caen en sus manos, Mariño fusila en Cumaná a más de cien españoles, a muchos en Barcelona, a otros en la isla Margarita; no hay piedad, sino odio; la República se está construyendo sobre cadáveres.

Emisarios van, emisarios vienen, de Caracas a Barcelona, de Barcelona a Caracas; viajan a escondidas, por el mar, en pequeñísimas embarcaciones veleras, que tienen que ocultarse de los barcos españoles que merodean incesantemente por esas aguas. A la urgente invitación de Bolívar, Mariño responde: que haya dos Gobiernos; ¡él –Mariño– dominará en Oriente!

Ante aquella respuesta, Bolívar reacciona, elevándose hacia lo grande y lanza este concepto genial: "Apenas Venezuela, unida con la Nueva Granada, podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida". Por vez primera, en documento trascendente, expone su proyecto de Colombia, que no será realidad sino seis años más tarde.

Por el lado de Occidente marcha una columna realista poderosa, el Libertador se dirige inmediatamente a ese sector. Es un caminar larguísimo, fatigante, de trescientos ochenta kilómetros desde Caracas. Lo duro en esta guerra son las distancias, que agobian y menguan la fortaleza de las tropas; ni siquiera hay alojamiento adecuado en el camino para la noche, y los soldados llevan en el morral alimentos y mantas, y en la boca maldiciones; se va más o menos como se puede con un mucho de audacia y un mucho de aventura. Junto a Bolívar marcha el general Urdaneta, y se traba la batalla en Barquisimeto, entre más de mil hombres de cada lado. Las fuerzas patriotas son algo mayores; sin embargo, Bolívar sufre la primera derrota de su brillante carrera. Pudo haber triunfado; pero se dejó dominar por dos de sus defectos personales de entonces:

una excesiva confianza y una incontenible vehemencia. Creyó que por tener más tropas el éxito se hallaba asegurado, sin percatarse de que le hacía falta caballería, la cual estaba en camino hacia él; una simple demora de un día le habría salvado; no esperó, sin embargo, y perdió. Aquella noche debió de haber sido horrible para el general; por vez primera palpaba lo duro de la lucha, que apenas si iba en los comienzos; hubo de huir con los sobrevivientes, atravesar un río y acogerse al amparo de las tinieblas. Al hacer el recuento con Urdaneta de lo que le quedaba, halló que entre muertos, heridos y prisioneros había perdido un ochenta por ciento de sus contingentes.

Hasta este día no se había manifestado una de las características fundamentales del Libertador: "era más peligroso vencido que vencedor". Le llegó el instante de mostrarla: detiene al enemigo, con tropas improvisadas, en las inmediaciones de su cuartel general en Valencia, con el concurso de reclutas que ha hecho venir de otras poblaciones, y ordena que todos los hombres disponibles de Caracas y demás pueblos, aun por sobre el gravísimo peligro de dejar amplias regiones desguarnecidas, se congreguen a marchas forzadas cien kilómetros al sur de Valencia, en el pueblo de San Carlos. Va a operar con una audacia insospechada. Sus propios compañeros están desconcertados, aunque resueltos.

> El enemigo ha aumentado considerablemente sus fuerzas con nuestro armamento, cobardemente abandonado. Vendrá toda la gente que no siendo ni estando al servicio militar tenga disposición para ello, sea de la clase o condición que fuere.

Lo ordena el hombre que es en sí la República; no hay otro Gobierno que él, ni otra ley, ni otra esperanza. Bolívar es el general y es el Jefe del Estado.

En la derrota de Barquisimeto, los hombres que quedaron recibieron un bautizo: *El batallón sin nombre*; para conquistarse uno en el futuro habrán de lograrlo con heroísmo; un batallón sin nombre es un batallón paria. El general sabe dar golpes mágicos. Y los da, porque el delirio de odio del español en América contra la insurrección no tiene límites; más que de servir a su rey, trata de

salvar un estado de cosas imperante que considera provechoso y que quiere no perder. Lucha, por lo mismo, con furia y desesperación.

> En la provincia de Barinas fue, desgraciadamente, aprehendido el coronel Antonio Nicolás Briceño [le cuenta Bolívar al gobernador inglés de Curazao] con otros oficiales de honor, que el bárbaro y cobarde Tízcar hizo pasar por las armas hasta el número de dieciséis. Iguales espectáculos se repetían al mismo tiempo en Calabozo, Espino, Cumaná y otras provincias [...] El degüello general, ejecutado rigurosamente en la pacífica villa de Aragua por el más brutal de los mortales, el detestable Suazola, es uno de aquellos delirios o frenesíes sanguinarios que sólo una o dos veces han degradado a la humanidad. Hombres y mujeres, ancianos y niños, desorejados, desollados vivos y luego arrojados a lagos venenosos [...] En San Juan de los Morros, pueblo sencillo y agricultor, aun se ven los cadáveres suspensos de los árboles.

El lema realista es "no dar cuartel ni a los santos, si se presentan en traje de insurgentes".

Del lado de los patriotas también hay bárbaros. Ese coronel Briceño, asesinado en Barinas por Tízcar, es el mismo que en San Cristóbal de Táchira hizo cortar la cabeza a dos infelices; una de las cabezas la envió a Bolívar, acompañada de una carta escrita con la sangre de la víctima. El Libertador, "al recibir la carta del español asesinado, fuera de sí, a medio afeitar, salió protestando a gritos contra el odioso crimen". Y le dictó en seguida a su secretario, con destino a Briceño:

–Advierto a usted que en lo adelante, de ningún modo podrá pasar por las armas ni ejecutar otra sentencia grave contra ningún individuo sin pasarme antes el proceso que ha de formársele para su sentencia, con arreglo a las leyes.

Otro bárbaro: Vicente Campo Elías, español al servicio de los republicanos. En Calabozo, centro de actividades de Boves, hizo pasar a cuchillo a la cuarta parte de la población "para castigarla por no haberse sublevado contra Boves". El Libertador comienza

desde entonces a sentir el peso de la inferioridad de muchos de sus subalternos.

De Occidente vienen hacia Bolívar las tropas españolas, al mando de Yáñez, que ha logrado hacer también su concentración de hombres de muchos puntos. Van a chocar las dos concentraciones. Yáñez, previamente, se ha apoderado de varios pueblos, y uno de ellos –Barinas– ha sido evacuado totalmente por sus habitantes, republicanos, temerosos de la muerte a manos del cruel español; una emigración de miles de personas, a pie, sin víveres, amparados por unos cuantos soldados patriotas; gente modesta, agricultores en su mayor parte, forzados a una marcha de más de cien kilómetros hasta otro pueblo –Guanare–. Todo comienza a desarticularse: el cultivo de los campos, el comercio, la intimidad misma de los hogares, porque españoles y patriotas realizan ya el reclutamiento forzoso. Los jóvenes que puedan ser apresados son enrolados en los ejércitos contra su voluntad; mezclados entre los veteranos, acaban por obedecer y acostumbrarse. Así se reemplazan los muertos, los heridos, los enfermos, los prófugos. El drama brutal toma proporciones. A muchos, a quienes convenció la esperanza de una suerte mejor con el cambio de régimen, ahora les brota a los labios sólo la maldición; maldicen porque han muerto sus parientes; maldicen por las contribuciones forzosas y los saqueos; maldicen por el reclutamiento obligatorio; maldicen por las confiscaciones, destierros, éxodos, matanzas. Llegan a bendecir, por lo mismo, la vida anterior, plácida y de limitado sacrificio. Muy pocos comprenden que la libertad, al cabo de tres siglos de dominio despótico, sólo puede lograrse con la constancia en lo heroico. La causa de la independencia pierde terreno, en la misma proporción en que crecen y se robustecen las fuerzas contrarias. ¡Cuánta energía se requiere para que la empresa no se hunda en la vergüenza y en la nada!

Faltan medios de información para las movilizaciones militares; no hay armas suficientes en el campo patriota; no se saben exactamente los movimientos del enemigo, la población civil no coopera casi en nada, como no sea por temor. Sin embargo, Bolívar va hacia la batalla con este ánimo terminante y profético: “Dentro de ocho días debo estar de vuelta de San Carlos, después de haber

batido las fuerzas enemigas". En San Carlos se concentran como cinco mil soldados republicanos; las pocas calles del poblado y las sencillas casas parecen desbordadas, se han convertido en un pequeño hervidero, de donde ha desaparecido la alegría; todos aguardan el choque inminente, que es peligro de muerte, peligro de algo peor: de heridas graves, que nadie puede curar, pues no hay cirujanos, ni se ha descubierto la anestesia, ni se aplican desinfectantes, y peligro de lo mayor: de una derrota. Si fracasaren los patriotas, ya se encargarán los españoles de pasar a cuchillo a los vencidos y de incendiar el poblado y de violar a las mujeres. El ambiente trágico hace que los modestos agricultores no salgan a sus faenas; los soldados preparan sus fusiles de chispa, y los lanceros, cuyos caballos pacen muy cerca, limpian las lanzas. Las mujeres ocúpanse en preparar la comida para tanta gente, en remendarles la ropa o en dejarse enamorar; lo que ha prohibido terminantemente el jefe es el aguardiente, no el amor; sabe que el hombre que quiere aparecer héroe ante una mujer truécase en el más valeroso de los soldados. Muy temprano tocan a silencio por la noche, la partida será antes del amanecer; duermen los soldados en el cuartel, en casas particulares, hacinados o no, en camas o en el suelo, donde es posible. Hace calor. El ladrido de los perros corta la serenidad nocturna; para estos animales nerviosos resulta extraño el paso de las rondas y la solícita vigilancia de los centinelas. Muchas mujeres no duermen esa noche; lloran, porque irán al combate el hijo, el esposo, el novio, el amante, el hermano. La guerra se hace entre lágrimas. Estas mujeres innominadas que lloran, cocinan, remiendan, curan, van muchas veces detrás de sus hombres y con frecuencia con un niño en brazos y otro de la mano; son las silenciosas heroínas de la lucha. Hacen su sacrificio, como casi siempre en la mujer, envueltas en la nobleza del silencio; pelean a su modo, ¡y con qué valentía!

Al toque de corneta pónense todos en pie; en cada casa encienden velas, prenden el fogón con leña, se esparce el humo por las habitaciones. Las tropas se desayunan y parten; hay que caminar largo, cuarenta o cincuenta kilómetros; sábese que el enemigo se halla cerca. Ese "enemigo" vive de la misma manera, lucha en idéntica forma; también ama, espera, se sacrifica, y sus mujeres

lloran. No hay otra diferencia entre los dos bandos que el ideal que sostienen, que los jefes que los dirigen, que la justicia o injusticia de la causa que defienden. En ambos animan el espíritu de aventura, la audacia, la crueldad muchas veces, el odio y la venganza; en suma, la consigna de “guerra a muerte” acucia republicanos y monárquicos, hasta el fanatismo. Es una guerra de valientes contra valientes, y el ejército realista compuesto está, en su inmensa mayoría, de criollos, de venezolanos.

Hacia la tarde, Bolívar, jinete en su caballo blanco, acompañado de los jefes que constituyen su Estado Mayor, ordena el alto, una legua antes del caserío de Araure; los realistas están detrás del poblado, en una loma; es el informe de las patrullas de exploración. Prenden fogatas para asar carne de ganado, y los cinco mil hombres duermen en el suelo a la luz de las estrellas mientras la redoblada guardia va y viene en diferentes direcciones para evitar sorpresas. Una casucha de campesino sirve de alojamiento al general y cuatro o cinco de los jefes; todos ellos discuten, antes de echarse en hamacas, el plan de la batalla que ha de librarse al otro día infaliblemente. Los espías y los campesinos de la región han dado un dato mortificante: los realistas tienen caballería mayor que los patriotas; la caballería es el arma decisiva. Bolívar, como siempre en vísperas de la lucha, duerme profundamente con desconcertante serenidad; a media noche se renueva la guardia. Quizá antes de levantarse, piensa el general: ¿Qué hará el *batallón sin nombre*? ¿Qué haría él, en caso de una derrota? Casi nunca se preocupó por los planes posteriores a una victoria. Su responsabilidad es la de un jefe del ejército, pero sobre todo, la del Jefe del Estado; su derrota sería la derrota del propio Gobierno único del momento.

Va a amanecer, y se ordena la marcha. Los jinetes, en su mayoría llaneros, hállanse vehementes, la infantería sufre nerviosismo; hay mucho recluta, no acostumbrado a los combates; algunos no han podido siquiera descansar porque se les ha desarreglado el intestino. Los jefes inferiores van de un lugar a otro, para vigilar, animar, entusiasmar; dan una sola consigna: vencer, para no morir sacrificados en caso de derrota; matar, vencer, matar, vencer, matar, vencer, son las palabras que golpean en los oídos y que se entran en la conciencia, donde se quedan gritando, ¡gritando

impositivamente! El pequeño drama de ese día ha comenzado a desarrollarse.

Parten, antes que nadie, un batallón y dos escuadrones –quinientos hombres– que, sin entrar al pueblo, van a descubrir la situación exacta del enemigo. El resto de las tropas aguarda órdenes en el poblado. Entre estas tropas y las de vanguardia se alza una loma, que los españoles habían abandonado por la noche para situarse en zona más propicia para la batalla; ellos también saben que ha llegado la hora de matar, de vencer, de matar, de vencer.

De pronto, óyense desde el pueblo, a la distancia, unos disparos que aumentan, que se multiplican. La excitación general nada descubre: la loma se interpone y no deja ver hechos. Llegan las patrullas de vigilancia a galope, informan a Bolívar que la vanguardia ha sido sorprendida por el enemigo y ha entrado en combate. El general, salta sobre su caballo, medita un instante y ordena:

–Urdaneta, parta usted inmediatamente con la segunda división y sostenga a la vanguardia, pero sin comprometerse.

Sale la segunda división en volandas, trata de auxiliar; llega tarde para empeñarse en la lucha. Esa vanguardia ha sido arrollada rápidamente; sólo su jefe y unos cuantos jinetes arriban al pueblo poco menos que desesperados; ¡son los únicos que se han salvado! El general reprende enérgicamente al jefe derrotado, que tenía la orden expresa de no poner en peligro a sus hombres, sino de explorar e informar y manda formar a todo el ejército en su presencia, para hablarle y convencerle. Tanto hizo Bolívar con la elocuencia como con la espada; sabía transfigurar a quien le escuchaba. Las tropas oyeron de sus labios palabras de fuego que las inflamaron hasta la ira: había que vengar a la vanguardia que acababa de ser sacrificada por el enemigo; el grito de los compañeros moribundos exigía retaliación; la crueldad de los realistas, la hostilidad de las guerrillas enemigas, diseminadas en todas direcciones, imponían la victoria, nada más que la victoria; era el hecho presionante, en momentos en que toda Venezuela y el mundo se disponían a aplaudir a los triunfadores.

¡Viva Bolívar! ¡Viva Venezuela! ¡Viva la libertad!, gritó el ejército, electrizado por la vehemente arenga. Y partió al trágico

encuentro. Comandaban al enemigo, superior en fuerzas, los generales españoles Ceballos y Yáñez.

La infantería realista, en dos cuerpos, forma una ancha línea que dispara constantemente; al centro hay piezas de artillería. Los patriotas avanzan, también en dos cuerpos, y no disparan hasta no recibir la orden; es un desafío a la muerte, impávido. No les es posible retroceder, ya que el general Bolívar le ha ordenado a la caballería, que está detrás, alancear al que se derrote. Caen varios, caen muchos, y el bloque compacto prosigue, hasta que está a tiro de pistola de los contrarios; sólo entonces recibe orden de disparar, y lo hace enérgicamente, con la velocidad que es posible con aquellos rifles de carga lenta y de fuego a chispa. El enemigo empieza a ceder terreno. Corre entonces por el centro el *batallón sin nombre*, lanza en mano y ataca vigorosamente mientras la infantería, que se ha acercado ya demasiado, carga a la bayoneta. El choque, brutal, siega vidas rápidamente. Un griterío confuso ensordece; los caballos relinchan; los jefes gritan órdenes; los moribundos se desesperan; los que se cruzan de parte a parte, uno contra el otro, se insultan con las palabras más monstruosas; los caballos saltan sobre los muertos, los heridos, los caídos; la sangre se filtra silenciosamente a través de la superficie seca del suelo y por el bosque del río de la derecha se fuga el bullicio que golpea débilmente las mejillas de las hojas. Las humildes gentes de Araure, arrodilladas en sus casuchas, rezan; ni siquiera tienen conciencia clara de lo que piden a la Divinidad; no ven que el sol da sobre las puntas de las bayonetas y de las lanzas un reflejo brillante, hermoso, ni perciben que el piafar de los caballos hace de masa coral de esa sinfonía bárbara que es la batalla.

Ceballos, el español, al ver que cede su infantería, ordena a Yáñez que cargue con la caballería por el flanco derecho, en una maniobra envolvente sorpresiva. Bolívar, que observa todo desde el pie de la colina del pueblo, manda a la caballería de Barinas que detenga a Yáñez. El choque es de lanzas y espadas, caballos y pechos, sobre el lomo de los brutos o en el suelo; tanto da atravesar al jinete o al animal, que de ambos modos se destruye; en el suelo revientan los estómagos de los caídos con cada casco de cada caballo; los cráneos se vuelven trizas; hay brazos que se agarran a la pata

que los va a aplastar. Hace un calor de infierno y el sudor se confunde con la sangre en los rostros.

De pronto, ve Bolívar que en esa mezcolanza de hombres y de animales su caballería de Barinas empieza a retroceder; el instante es decisivo, y hay que tomar una resolución heroica, puesto que está empeñada toda la infantería y sólo restan disponibles hombres a caballo. Aprieta las espuelas a los ijares de su caballo y al trote pasa revista a los dragones y lanceros que le quedan; advierte que ha llegado el momento culminante y les ordena seguirle. Desenvaina su espada y se lanza con todos al galope, a la carga contra el flanco de la caballería enemiga. Los hombres, al ver a su propio jefe en la lucha como uno de ellos, llegan al frenesí y arrollan al enemigo, cuyas fuerzas restantes escuchan los toques de corneta que les ordenan replegarse y retirarse. Bolívar ha triunfado; la batalla ha durado seis tremendas horas. Es la una de la tarde; más de dos mil han quedado muertos o heridos, de lado y lado; la mayor parte son realistas. Los monárquicos sobrevivientes huyen en todas direcciones.

No haya sosiego. Bolívar es implacable en el triunfo. Sin dar tiempo ni al descanso ni al júbilo, ni al almuerzo, ordena a sus hombres perseguir al enemigo, y él mismo, en persona se pone a la cabeza. Los derrotados, a caballo o a pie, corren desesperados. Los triunfadores los alcanzan y les apresan o les matan; algunos se trepan a los árboles para salvarse; allí les dan caza, como a pájaros. Sólo a las once de la noche cesa el acosamiento, cuando ya no queda nada que perseguir. Ceballos ha logrado escaparse hacia el Sur, y hacia el Norte, Yáñez, con veinte hombres cada uno, gracias a la calidad de sus caballos. Es todo lo que queda del más poderoso ejército realista de ese momento en Venezuela. A las once de la noche se concentran los soldados patriotas, según la orden que se les ha dado, en el pueblecillo de la Virgen de la Aparición de la Corteza, donde están acorralados unos seiscientos fugitivos, que son fusilados inmediatamente en gran parte. Está vengada la vanguardia que cayera en la emboscada de la mañana. ¡La "guerra a muerte"!

Todos duermen profundamente esa noche, agobiados de emociones y de fatiga; todos, excepto los heridos y los que lloran al compañero, al hermano, al pariente. Bolívar no duerme; ocúpase

en preparar órdenes, en pasar revista en persona a los heridos, en hacer que los moradores del pueblo den lo que tengan a las tropas. Los pájaros y bestias nocturnos hacen entretanto, a lo lejos, su festín. Y apenas inunda de oro el sol aquellos campos, salta el Libertador sobre su caballo, forma a las fatigadas tropas, y habla así al *batallón sin nombre*:

> Soldados: vuestro valor ha ganado ayer, en el campo de batalla, un nombre para vuestro cuerpo, y aun en medio del fuego, cuando os vi triunfar, le proclamé el batallón *Vencedor de Araure*.

A su comandante le entrega en seguida una de las banderas ganadas en la lucha, mientras los hombres de la escena lloran de emoción. Sobre esos rostros barbados, sucios, medio feroces todavía, ruedan las lágrimas como joyas brillantes.

Allá, lejos, en el pueblo de Barinas, los realistas, espoleados por el pánico dejan abandonados, libres, más de cien prisioneros que debían ser fusilados aquel día. Entre ellos está un llanero vigoroso, audaz, dominador, que se llama José Antonio Páez; apenas si ha cumplido los veintitrés años y ya lleva fama entre los demás. De él se ocupará mucho la Historia.

Más allá, en la capital, repican las campanas en celebración del triunfo, y las gentes se arremolinan en las calles, inquiriendo detalles, prendida la alegría en sus ojos impacientes. También de los ojos de Josefina Machado salta la luz del llanto jubiloso.

Pero Bolívar no va a Caracas, sino a Valencia, desde donde llama a voces casi desesperadas a Mariño y sus tropas, inmovilizadas en el oriente del país. Para la gran batalla que acaba de darse se han retirado las guarniciones de muchos puntos poblados, y así resulta en extremo peligrosa una reacción realista en varios lugares a la vez. El arribo de los hombres de Oriente daría el golpe de gracia. Lo ve Bolívar con tanta claridad, que resuelve desprenderse de todo, hasta de la autoridad que en derecho le corresponde, a cambio de definir la situación:

> Yo reitero mis protestaciones, que me serán sagradas, de no conservar autoridad ninguna. Por premio de

> los sacrificios de V. E. y de las victorias con que han sido coronados, desearía que fuese V. E. el Presidente de Venezuela.

¡No cabe mayor generosidad! Mariño acudirá cuando ya sea tarde. Se ocupa en disputas con Arismendi respecto del mando en la isla Margarita.

Queda otro recurso, que no podía escaparse a la fecunda imaginación del general en jefe: lanzar una proclama de perdón a los venezolanos realistas; es fuerza atraerlos para debilitar al enemigo. Sobre todo, urge conseguir que los hombres acuciados por el temor vuelvan a sus hogares y a su trabajo habitual.

> Mis sentimientos de humanidad no han podido contemplar sin compasión el estado deplorable a que os habéis reducido, vosotros, americanos, demasiado fáciles en alistaros bajo las banderas de los asesinos de vuestros conciudadanos. Yo os empeño mi palabra de honor de olvidar todos vuestros pasados delitos si en el término de un mes os restituís a vuestros hogares. Si alguno de vosotros resiste aún esta vía para entrar en el orden, es menester que sea un monstruo indigno de toda generosidad y debe ser abandonado a la venganza de las leyes.

En ese vasto conglomerado de analfabetos que es Venezuela entonces, no produce ningún efecto la proclama; destruye, en cambio, toda esperanza el recelo que se ha apoderado de todos esos espíritus, en los que no hay recuerdo ni tradición de guerra. Acude entonces Bolívar, una vez más, al arzobispo Coll y Prat, con la exigencia de que en persona visite los pueblos para devolverles alguna tranquilidad. Obedece el prelado; mas su palabra cae en el vacío. El hombre primitivo es sometible en todo, menos en sus instintos. He aquí la descripción que hace el obispo de lo que sus ojos han visto:

> El hurto, el saqueo, la rapiña, los homicidios y asesinatos, los incendios y devastaciones; el padre

> armado contra el hijo, la nuera en riña con la suegra, y cada uno buscando a su hermano para matarlo; los feligreses, emigrados; los párrocos, fugitivos; los cadáveres, tendidos en los caminos públicos, esos montones de huesos que cubren los campos de batalla y tanta sangre derramada en el continente americano; todo, todo está en mi corazón.

Sin embargo, apenas si la guerra estaba en sus comienzos. Parecía un reinado de la anarquía; y en ese ambiente y con ese pueblo había que forjar la libertad. ¡Cuántas veces, a la hora en que el día envejece y la barba negra de los montes y edificios se prolonga hasta el infinito, no debió de pensar el heroico jefe de la empresa que habían sido mejores para él la niñez, la juventud, en medio del refinamiento y de la riqueza! Todavía era posible retroceder; pero retroceder es huir, y sólo huyen los pequeños. Ya que todo periclitaba, no cabía volver los ojos a la dicha que murió. A aquellas felicidades que desaparecieron había que sustituirlas con otras: las del esfuerzo, de la tenacidad, de la invencibilidad, sin permitir la más mínima flaqueza. Había que llenar un destino, a cualquier precio; era lo que le gritaba su voz interior, con un grito semejante al del corneta que da la clarinada de ataque en la batalla.

Restablece el sitio de Puerto Cabello –su gran obstáculo permanente– y, mientras sus tenientes acosan a Boves, o persiguen a los forajidos, o reclutan hombres a la fuerza, parte a Caracas con el propósito de rendir cuentas de su gobierno al pueblo. De paso, logra el canje de algunos prisioneros, aunque a la vez recibe noticias de nuevos actos sanguinarios de Boves y sus lanceros. Cuando entra en su ciudad natal, aclamado por la victoria de Araure, y cuando miles de corazones femeninos quisieran declararle amor intenso, quizá mayor que el de Josefina, muy pocos pueden advertir que al fondo del alma del triunfador ya no existe la alegría. Sólo él sabe la auténtica angustiosa verdad del momento. El nombre de Boves le martillea las sienes. Boves es el único que puede derrotarle. No la anarquía, no la miseria, no el miedo de las gentes; ¡Boves, Boves!

IV

Hace mucho que no aspiro ya a la felicidad; aspiro a mi obra.

NIETZSCHE. *Así hablaba Zaratustra*, cuarta parte.

¿Cómo es el alma de Boves? "Un día –refiere O'Leary– le presentan en su marcha un anciano enfermo y descarnado, único habitante del pueblo, de donde habían huido los demás al saber su llegada. Después de algunas preguntas, a las que el anciano respondió con dulzura y veracidad, le mandó decapitar. Al instante salió entre sus filas un joven que frisaba en los quince años, y postrándose de rodillas ante el caballo del bárbaro:

–Os ruego, señor, por la Santísima Virgen, que perdonéis a este hombre, que es mi padre; salvadle y seré vuestro esclavo.

–Bien –dijo el monstruo, sonriendo, al oír las súplicas fervientes del joven–; para salvar su vida dejarás que te corten la nariz y orejas sin un quejido.

–Sí, sí –respondió el infeliz–; os doy mi vida, pero salvad la de mi padre.

El muchacho sufrió con admirable serenidad la horrible prueba. Visto lo cual, Boves mandó que lo matasen junto con el padre, por ser demasiado valiente y por temer que se convirtiera también en insurgente".

Comienza 1814. La modulación de los bulliciosos saludos del Año Nuevo en Caracas se truecan al día siguiente –2 de enero– en una vasta salmodia patriótica, que, a las nueve de la mañana, retumba de arco a arco de la iglesia de San Francisco. Los funcionarios públicos, los padres de familia y cuanta gente allí cabía se han congregado para escuchar la palabra del Jefe del Estado y Libertador, que quiere rendir informe de sus actuaciones en los últimos cinco meses. El secreto fondo es que lo complejo de la situación requiere un voto de confianza, unánime en lo posible, categórico de todos modos.

Se hace profundo silencio. El Presidente habla con vehemencia, en voz firme, un tanto aguda:

> Yo no os he dado la libertad. Vosotros la debéis a mis compañeros de armas. Contemplad sus nobles heridas, que aun vierten sangre, y llamad a vuestra memoria los que han perecido en los combates. Yo he tenido la gloria de dirigir su virtud militar [...] Para salvaros de la anarquía y destruir los enemigos que intentaron sostener el partido de la opresión fue que admití y conservé el Poder soberano [...] Juzgad con imparcialidad si he dirigido los elementos de Poder a mi propia elevación o si he hecho el sacrificio de mi vida, de mis sentimientos, de todos mis instantes por constituiros en nación [...]

El orador se muestra sabio, elocuente; domina la escena con extraordinaria finura.

En seguida del preámbulo, tres secretarios de Estado leen ante la Asamblea sus informes; habla también el gobernador político de Caracas. La hora es intensa. El Libertador interviene nuevamente:

> No he podido oír sin rubor, sin confusión, llamarme héroe y tributarme tantas alabanzas. Exponer mi vida por la patria es un deber que han llenado vuestros hermanos en el campo de batalla… Yo no he venido a oprimiros con mis armas vencedoras; he venido a traeros el imperio de las leyes; he venido con el designio de conservaros vuestros sagrados derechos. No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo ni el mando que obtengo puede convenir jamás, sino temporariamente, a la República. Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria. No es el árbitro de las leyes ni del Gobierno es el defensor de su libertad [...] Huid del país donde uno sólo ejerza todos los poderes: es un país de esclavos [...] La voluntad general del pueblo será para mí siempre la suprema ley; que ella será mi guía en el curso de mi conducta, como el objeto de mis conatos será vuestra gloria y vuestra libertad.

La bien regida escena, en que ha estallado en los oídos la voz de un republicano vigoroso, y en que expresaron sus

pensamientos varios de los asistentes, alcanza el fin perseguido. Los ánimos un tanto fatigados, salen del templo con la certeza de que se puede fiar en verdad en la sabiduría, el desinterés y el ímpetu de Bolívar. Hay ambiente de confianza y espíritu de esforzada cooperación, que fue lo que se buscó con esa Asamblea. Porque las noticias llegadas de todas partes indican que los realistas reagrúpanse aceleradamente en diferentes puntos, de modo de obligarle al ejército venezolano a luchar en varios frentes a la vez. No sólo eso; las victorias y derrotas de uno y otro bando han exacerbado extraordinariamente los ánimos; rigen odio y pasiones violentísimas; en algunos sitios ya la opinión personal puede costar la vida. Bolívar cuenta, para la prosecución de la lucha, con unos diez mil hombres, la mitad reclutas; no logra acrecer los contingentes por carencia de armas. Los otros, en contraste, gozan de simpatías en muchas partes; en uno y otro punto surgen caudillos al servicio del rey. Y así, a poco correr de los días las fogatas de lucha se alzan en muchos lugares a tiempo; nacen, se agigantan, apáganse, y el campo de batalla, semidestruido, incendiadas las casas en todo o en parte, queda en poder del uno o del otro. Poblaciones hay que cambian de mano con rapidez; otras vuélvense trinchera. Barinas, una capital de los llanos, sufre el impulso de los realistas y se rinde; en el pueblecillo de Ospino en cambio, cae herido de muerte Yáñez, el de la batalla de Araure; el vecindario, enfurecido, descuartiza el cadáver y cuelga de un árbol sus miembros. A tiempo que llega a la costa venezolana, procedente de Puerto Rico, un nuevo capitán general español: Cagigal, cuya presencia y nombradía envalentonan aún más a los fieles a la monarquía. Cagigal es hábil: al acercarse a Puerto Cabello, envía canoas llenas de víveres "con destino al pueblo y a la guarnición", y anuncia que están para llegar refuerzos de España –no arribarán sino un año más tarde–. A Cagigal se le une el otro jefe realista de la batalla de Araure, Ceballos, y los dos marchan hacia Valencia, con el propósito de ablandar o eliminar el sitio parcial de Puerto Cabello. Salta el júbilo en esas tropas "godas", y en los jefes, porque la derrota total de los franceses napoleónicos en la Península puede romper la desvaída política oficial hispánica hacia América, elevando en número y calidad los contingentes militares antirrepublicanos.

Bolívar y sus hombres atienden a todos los puntos de ataque a la vez, con celeridad, brío e ingente sacrificio. En la propia capital realízase la construcción de las murallas que encierran las veinticinco manzanas principales, y en lo alto de las fortificaciones se clavan, en símbolo de fe, las banderas del general Miranda: amarillo, azul y rojo, en tres franjas. Y para soportar los gastos de la guerra, se exporta en cuanto barco es posible todo el cacao que se alcanza por la razón o la fuerza. El reclutamiento de hombres para llenar las bajas se practica en acción fría, brutal, en la misma forma en que proceden los monárquicos.

El Libertador y jefe supremo no olvida los sucesos del exterior. Mientras se combate, o se recluta, o se construyen fortificaciones, se vence, o se es derrotado, escribe al hijo del canciller británico Wellesley para informarle de los sucesos, felicitarle por la victoria de Wellington sobre Napoleón –"tanto más celebro estas victorias, cuya memoria durará junto con el mundo, cuanto que las creo favorables a la independencia de la América"– y para subrayar enfáticamente:

> Sucedió en Venezuela lo que yo siempre anuncié: que si la Inglaterra no se declaraba por nuestra causa, la guerra civil debía encenderse entre nosotros y sólo la pública declaración de la Gran Bretaña conseguiría apagarla.

Era necesario subrayar lo certero de la previsión. Gran Bretaña se encogió de hombros ante este y otros mensajes; parecíale tan insignificante Venezuela, tan de poco peso toda la América hispana. ¡Es muy difícil que un pueblo grande llegue a sospechar siquiera el crecimiento y grandeza del pueblo pequeño!

También se dirige a Camilo Torres, en la Nueva Granada, con urgencia, puesto que crece la amenaza exterior y la lucha por la libertad puede terminar en desastre:

> España, evacuada ya por los franceses, afianzará más sólidamente su independencia y volverá sus miras hacia la América. Es menester prevenir aceleradamente este golpe. Hay una medida que urge adoptar en el instante,

> y es poner a Inglaterra en nuestros intereses. Si ella abraza nuestro partido como Señora de los Mares, burlará los esfuerzos de España.

Precisamente en estas palabras de Bolívar comienza la tragedia de Camilo Torres; la profecía se cumplirá al pie de la letra: Inglaterra no abrazará la causa de los independientes americanos, España enviará tropas al año siguiente para eliminarlos y Camilo Torres perecerá en el cadalso.

Ante esa doble angustia, de satánica complejidad, en que por una parte se lucha en varios frentes y por otra se teme la amenaza exterior –se combatía a la vez en Guanare, Ospino, San Carlos, Sarare, San Felipe, Carora, Siquisiqui, Barquisimeto, Montalbán, Urama, Morón, etc.–, álzase el espectro de una derrota en extremo peligrosa: la del general patriota Campo Elías en la quiebra de La Puerta. En el límite de Los Llanos, hacia el Norte, rumbo a Caracas, hay una garganta cordillerana, denominada gráficamente La Puerta. Boves, el terrible Boves, se ha movilizado con sus llaneros y quiere penetrar a los valles de Aragua, al pie de la capital del país; empeña el combate en La Puerta, triunfa y se trueca en la peor de las amenazas. Al retirarse Campo Elías vencido, halla que los poblados a su retaguardia han sido todos evacuados por los moradores, a causa del pánico. Conjuntamente con Boves entra al sur de Caracas otro jefe realista: Rosete; pasa a cuchillo a trescientas personas, inclusas las refugiadas en el templo de Ocumare, y sigue; pero las fuerzas patriotas le atacan y detienen. De paso, uno de sus hombres viola a una niña de ocho años, en presencia de la madre, y deja agonizante el cuerpecillo en medio del camino. (Informe oficial).

Llama de nuevo, urgentemente, Bolívar al general Mariño y sus hombres; un ataque conjunto desde el Oriente y desde Caracas detendrá, destrozará quizás a Boves. Mariño, sin embargo, se mueve con lentitud. La pesadilla de Boves se agiganta una noche en que el Libertador no logra conciliar el sueño; si no consigue cooperación, auxilios, ¿habrá de lanzarse contra el feroz rey de los Llanos, para jugarse una carta decisiva? Ahí de la imaginación; Bolívar es hombre de sorprendentes recursos. Al amanecer dicta a su secretario una proclama:

> El 7 de diciembre expedí un indulto en favor de los incautos que tomaron las armas contra el sistema de independencia, y para su presentación prefijé un mes de término; mas ahora no sólo extiendo el referido indulto general a americanos, españoles y canarios, sino también hago ilimitado el dicho perdón para que en todos tiempos puedan presentarse los que hayan sido, o sean, o se crean delincuentes.

¿Acto ingenuo del general, que sabía bien que la guerra a muerte había avanzado demasiado como para detenerla, y que conocía de sobra que tantos prodigios de valor y tenacidad los había de una parte y otra? No; no era acto ingenuo. Era que así se les abría la única puerta posible de salvación a los centenares de prisioneros españoles de La Guaira y de Caracas, a quienes no se podía expulsar del país, puesto que no había clemencia para con los prisioneros republicanos. Pero ningún español o canario cedió con la proclama; ceder no es español. Bolívar se sitúa en Valencia, que es el lugar adecuado para concentrar fuerzas imperiosamente: "Armáos en el instante; que un ladrón –Boves– no puede desolar ni deshonrar impunemente". Ribas, por la vía del convencimiento o por la fuerza logra reunir ochocientos hombres en la capital, reclutas todos, "entre los doce y los sesenta años de edad", y sale heroicamente en busca de las tropas realistas, con las cuales combate y las aplasta en La Victoria. Mas, ha sido una gran batalla sólo episódica que, desde luego, produce un efecto moral valioso cuando Ribas desfila triunfalmente por las calles de Caracas, puesta ya a salvo. El grueso del ejército realista aguarda a mitad del camino entre la capital y Valencia; urge atacarlo, y para hacerlo hay que disponer del máximum de fuerzas, y contra este máximum existe un gravísimo inconveniente: ¡los prisioneros españoles! Tienen que ser vigilados con mucha tropa, puesto que son centenares, dispuestos siempre a evadirse, y cuentan con el apoyo de los españoles y realistas que en la propia capital y en todo el territorio conspiran a su favor constantemente. Presiona la angustia. Las guerrillas monárquicas llegan ya a los extramuros de Caracas. La hora dura, forzada, exige soluciones radicales; parece concebida por los hados,

dentro de un designio lúgubre. Prácticamente, la República no cuenta sino con los territorios, escasos y cambiantes ocupados por sus tropas; es una República imaginaria, mítica, un simple jirón arrancado al destino. Ese jirón se desespera, grita.

En tal alta crisis, salta el decreto fatal: ¡que sean pasados por las armas todos los prisioneros españoles de La Guaira y Caracas! Sábelo el arzobispo Coll y Prat e implora clemencia. Bolívar le responde:

> Vea V. S. Ilma. la dura necesidad en que nos ponen nuestros crueles enemigos. En el anterior sitio de Puerto Cabello expusieron a ser víctimas inevitables de nuestros fuegos a nuestros prisioneros. La misma abominación repitieron ahora. ¿Qué utilidad hemos sacado hasta ahora de conservar a sus prisioneros y aun de dar la libertad a una gran parte de ellos? Se ha conseguido que ayer en el Tinaquillo hayan entrado y asesinado veinticinco hombres que lo guarnecían, sin perdonar uno solo. El enemigo, viéndonos inexorables, a lo menos sabrá que pagará irremisiblemente sus atrocidades y no tendrá la impunidad que lo aliente. Sacrificios pequeños ahora, evitarán mayores en lo sucesivo.

La conmoción en el ánimo de quienes han llegado a saberlo por anticipado es profundísima; nunca sucedió nada más horrible en aquella colonia soñolienta donde las gentes vivían de plácida labor agrícola. ¿Hasta dónde iría el drama de la guerra? Todos los ánimos temblaban: unos, de odio; otros, de horror; el bravío huracán sacudía los paisajes y los espíritus.

Un día antes de las ejecuciones, se congrega en el templo de San Francisco, de Caracas, una asamblea de autoridades civiles eclesiásticas y militares, y numerosos ciudadanos, para determinar que la plata labrada de los templos se tome en préstamo –sesenta y nueve arrobas– para fines bélicos. Era lo único que quedaba de riqueza aprovechable, pues ya nadie siembra en los campos ni nadie espera cosechar; los españoles, soberanos del océano, entorpecen gravemente el comercio; los soldados no reciben su salario, carecen

de vestido. Sólo se encuentra para el sustento ganado y más ganado, por cuya posesión habrá más tarde guerrillas tan enconadas y sangrientas como por la propia lucha entre los dos bandos irreconciliables.

Y el día mismo en que se inicia la decapitación de los prisioneros, el ejército libertador, en uno de esos estupendos contrastes trágicos del destino, saborea una victoria alcanzada lejos de los lugares donde una tras de otra, ruedan al polvo las cabezas de trescientos españoles en la capital y quinientos dieciocho en La Guaira. Se juntan así la muerte de los hombres y la vida de las esperanzas, manchadas ambas en sangre.

Cunde por todos los ámbitos la noticia de las ejecuciones; vociferan, insultan, tiemblan las gentes y fulminan las más atroces imprecaciones contra Bolívar. Es que fueron decapitados también los prisioneros en el hospital. Los patriotas hierven ahora de fanatismo, porque saben que su jefe no trepida ante una determinación trágica necesaria; los otros, monárquicos o no, se ensañan contra el hombre que así obra con el vencido, y crece, crece peligrosamente la ola de la oposición; aumentan los voluntarios al servicio del rey, determinados a ahogar la revuelta, y hasta llegan armas y municiones desde Puerto Rico para los llaneros realistas. El fatal ajusticiamiento ensombrece los horizontes para los republicanos. El general Urdaneta, que opera en Occidente, vese atacado por cuatro puntos a la vez, y da la orden a la población civil de esos pueblos de que marchen con el ejército, de un punto a otro, en un éxodo permanente, terrible, de hambre y extenuación, con la amenaza satánica de ataques sorpresivos en todas las horas. El precio de la libertad siempre fue máximo precio.

Había habido otros combates, en varios puntos, por esos días de febrero de 1814; éxitos sólo parciales; una vez más se había fracasado en el ataque a Puerto Cabello. No cabía ya sino ir directamente contra la cabeza de los realistas, para derribarla. Las guerras de entonces, lentas, de tenaz valentía y de arrogancia, eran así; en cada encuentro de importancia se producía algo decisivo; una sola batalla redimía o esclavizaba a toda un nación. Había que buscar ese punto decisivo. Sale, pues, Bolívar de la ciudad de Valencia con tres mil hombres, como si se dirigiera a Caracas; a

mitad del camino hállase su hermosa hacienda San Mateo, productora de caña. Allí discurrió parte de su niñez; allá fue la última vez con su madre; en ella transcurrieron los pocos meses de amor a su esposa, María Teresa Rodríguez; esos campos tan pegados al corazón del héroe van a presenciar la batalla culminante contra Boves, que dispone de siete mil quinientos llaneros. A Bolívar se le unen en la hacienda dos mil peones, suyos o de los hatos vecinos; tendrán que combatir con lo que encuentren; no hay armas. El vasto terreno cultivado, en hermosa planicie, tiene en lo alto una casa grande; al pie de ella, a cierta distancia, el trapiche. Allí va a grabarse uno de esos chispazos indelebles de la Historia. La propiedad termina, hacia el Sur, en la corriente del río Aragua, y hacia el Occidente, en el pueblecillo de San Mateo, de un centenar de casas modestísimas. Unos le dicen al Libertador "mi general"; otros, "mi patrón, mi amo". Está en su casa, va a combatir desde su heredad, en precioso símbolo de sus vastos planes, que son luchar por la patria y por América, su casa mayor, su heredad grande. Los mil negros esclavos, ya alistados, sienten saña; las negras esclavas lloran, en una inconsciencia tímida fatalista; la que no gime es la orgullosa Matea aya de Bolívar, en cuyo espíritu rudo femenino se yergue la vanidad de haber cuidado con sus brazos a quien ha alcanzado ya tanta celebridad; se siente en cierto modo una madre del héroe. El pueblecillo truécase en cuartel de las tropas; la casa de la hacienda aloja a los jefes superiores; al "mirador" envían las municiones; mientras, por el camino hacia la capital y por el Occidente llegan postas a caballo con el correo militar: que aquí ha habido una derrota, que allá necesitan refuerzos, que muy lejos hubo un éxito, que a dónde se mandan los heridos, que con qué se paga a los reclutas, que se produjo un acuchillamiento general, que el cura predica contra los patriotas, que las comunicaciones van a quedar cortadas, que por el mar se movilizan los españoles, que aumentan las deserciones, que no hay con qué alimentarse, que a dónde se ha de dirigir tal y cual destacamento, que llueve torrencialmente, que no llueve, que no hay pólvora, qué faltan caballos, que las noticias de Europa son amenazantes, que las hembras fueron tomadas a la fuerza por los triunfadores y violadas, que el pueblo tal quedó vacío de gentes, que las constantes marchas a pie tienen desollados los pies de las

tropas, que qué hacen en todos los casos, que qué resuelven, que por dónde se salvan. El Libertador ha de responder a todo y de todo. Ni una breve sombra de duda o desmayo se advierte en su rostro austero; la palabra es firme; órdenes, órdenes, órdenes, sin cesar, como si actuase en el reducido recinto de un salón. A los postas les recibe siempre de una misma manera:

–Informe usted todo lo que ha visto y sabe.

Al secretario:

–Anote lo que oye y escriba lo que se ha de contestar.

Al ayudante:

–Que coma y descanse este hombre, porque debe salir con la respuesta dentro de cinco horas.

A los oficiales:

–El plan de la acción contra los "godos" hoy, es el siguiente: Boves, que se encuentra al frente, a la otra orilla del río, tratará de forzar el paso hoy mismo, esta misma tarde. Usted, Montilla, operará así; usted, Manrique, defenderá este sector; ustedes, Ayala y Gogorza, mantendrán esta posición; usted, Ibarra, usted, Cedeño; usted, Padrón, con sus lanceros; usted, Clemente, con los seis obuses y los dos cañones... Yo mantendré el centro y vigilaré todos los sectores con la caballería, y usted, Campo Elías... El capitán Ricaurte, en el mirador, me responderá por el parque... ¡Ah!, y que la tropa coma lo que tenga, a la hora que pueda. O triunfamos, o morimos; no hay término medio. ¡A sus puestos!

Ábrense los fuegos al amanecer; atraviesan los realistas el río, y el combate, sangriento, cuerpo contra cuerpo, en una trabazón interminable de lanzas, balas, bayonetas, gritos, toques de corneta y blasfemias, termina al cabo de diez horas y media. Boves y Morales, su segundo, han sido rechazados. Entre las lozanas y verdes matas de caña, yacen más de mil trescientos; unos, inmóviles, con el rictus de la muerte en la cara; otros, desangrándose por las heridas, gritan su desgracia. Ni los anestésicos, ni los desinfectantes, ni los coagulantes han sido descubiertos todavía por la ciencia; no hay, además, médicos en el ejército. Estar herido resulta peor que haber muerto. A Boves le alcanzó una bala en el muslo; llévanle a curarse en un pueblo cercano. Diez horas y media de pelear incesantemente, bajo sol

hirviente, sin comer, sin beber, y nada decisivo como ambicionaba el general en jefe. Habrá que esperar.

Llega un posta en volandas: Caracas hállase en peligro; el español Rosete avanza hacia ella. El Libertador ordena:

–Montilla, a las dos de la tarde se pondrá usted en marcha a la capital con trescientos fusileros y cien lanceros. Esos hombres serán reemplazados aquí con la valentía de los demás.

A la población de La Victoria, a ocho kilómetros de distancia, han sido transportados los heridos; allí hay médico, algo de medicinas. El general va a visitarlos, exponiéndose al fuego enemigo; infórmase personalmente del tratamiento que reciben en curaciones y alimentos. Hermético, triste, da la impresión de indomable.

A los veinticinco días luego de muchos ataques y contraataques de mayor o menor significación, se da la segunda batalla. Boves, ya mejorado, dirige en persona la ofensiva, émulos mídense frente a frente, en espléndida integridad de poderío, más moral que de suma de hombres y de armas; mientras la luz solar hace de cada hoja de los árboles una medalla brillante para los valientes. Esa misma luz hirviente denuncia que los republicanos están poco menos que rodeados por el enemigo, de modo que la lucha se encarniza a la vez en todos los frentes; nadie retrocede, nadie avanza; el griterío confúndese con el relinchar de los caballos, el ay desesperado de los moribundos y el choque seco de las lanzas. Jadeantes, casi enloquecidos, todos buscan salvar su vida matando; imposible sentir ni fatiga ni sed; de las gargantas resecas saltan blasfemias, y de los ojos, el odio reconcentrado. Boves acosa sobre el centro; Morales, hacia un flanco; la escasa artillería patriota barre cuerpos, en rachas rítmicas fatales. El Libertador que parece hombre de mil ojos, da desde el centro órdenes y órdenes a subalternos, que corren a pie, a caballo, gateando. Hay un momento de peligro gravísimo: una columna realista audaz, incontenible, ábrese paso por la retaguardia de los patriotas y avanza en volandas hacia el mirador, donde está el parque; si éste se pierde, sobrevendrá la derrota. Gritan los republicanos, con una maldición unánime; los otros, saltan en pirueta, a nombre del rey; es como si se interrumpiese por un instante el batallar. Ya llegan los de Morales al arsenal; fuerzan

las puertas; penetran al asalto. Y en ese mismo instante ensordece los ámbitos una tremenda explosión: el mirador, los hombres, la humilde tierra compacta del piso, todo vuela por los aires y va a caer sobre las cabezas de los combatientes. El capitán neogranadino Antonio Ricaurte, antes que entregarse vencido resolvió aplicar una tea a la pólvora. Eso ha sido todo. Una escena más de sublimidad para la Historia.[6]

Esta segunda batalla cesa al cabo de nueve horas. Bolívar ha triunfado, mas no con éxito concluyente, las mil ochocientas bajas del enemigo han dejado en pie las tres cuartas partes de sus fuerzas. Tal vez en el ánimo de Boves, aquella memorable noche del 25 de marzo (1814), produjose la certeza de que ya era muy difícil aplastar a los republicanos; frío, calculador y valiente, conocía con exactitud la manera de ser de los hombres; por eso los despreciaba y trataba de dominarlos; por eso era cruel. En cambio en el espíritu de Bolívar acentuóse firmemente la confianza en la heroicidad de sus fuerzas, y la confianza, a la vez, en su propio genio militar. ¿No era la primera vez que dirigía una acción dentro de un campo atrincherado? Mientras los heridos patriotas son conducidos a Caracas por los negros de la hacienda San Mateo, para ser atendidos en las casas particulares, Boves y los suyos corren hacia Occidente, llevándose consigo las tropas que ponían sitio a Valencia. En esta ciudad la angustia había alcanzado ya los términos de la desesperación, pues no quedaban en pie sino dos hechos concretos: un contingente de sólo trescientos cuarenta defensores y una orden drástica del Libertador: "Defenderéis a Valencia, ciudadano general Urdaneta, hasta morir".

[6] La negra Matea narró así el suceso al general Alberto Urdaneta:

–Estuve en la pelea de San Mateo con el niño Ricaurte.

–¿En dónde estuvo usted en San Mateo?

–En el trapiche. Cuando los españoles bajaban el cerro, el niño Ricaurte mandó salir a la gente y fue a la cocina, le pidió un tizón de candela a la niña Petrona y nos mandó salir para el solar.

–¿Usted vio qué hizo Ricaurte?

–Subió al mirador, donde estaba la pólvora. Cuando corríamos para el pueblo, estalló el mirador, y a nosotros nos metieron en la iglesia.

¿Por qué corría Boves? Porque acababa de producirse el suceso trascendente, tan aguardado por Bolívar: llegaban, al fin, las huestes de Oriente, comandadas por Mariño. Arribaban tarde, pero iban al fin a juntarse las dos fuerzas de la revolución. De paso, antes del encuentro memorable, acababa Mariño de dar una batida ejemplar a Boves, con quien había tropezado en el camino. Al mismo tiempo, acosando la retaguardia, el Libertador destrozaba los restos del ejército realista. Renacía entre los republicanos la fe en el éxito final; ya no era esperanza, sino fe, aunque una y otra nacen siempre de un propósito.

Breve, casi patética, la entrevista de los dos generales. Mariño, arrogante, imperativo, trata de impresionar a Bolívar. Mira fijamente, con sus grandes ojos claros y rasgados, que contrastan con los del caraqueño, negros y profundos; la nariz, firme, rectilínea, audaz, es mucho más corta que la del Libertador; su rostro triangular de pómulos salientes, se presta menos al imperio que el del otro, quizá demasiado alargado. En lo que se advierte una diferencia radical entre los dos es en la fe. Cree Mariño ante todo en su persona; Bolívar, además de eso, cree en la doctrina liberal, lo más avanzado de entonces en las enseñanzas de la Historia, en el fenómeno continental. Por el momento, ninguno de los dos dominó al otro en el instante del encuentro. Habrá que esperar. Las tropas que llegan con el margariteño son aguerridas, pero vienen semidesnudas, desprovistas de municiones, carentes de caballería, arriban en mulas de carga o a pie. Se abrazan con sus camaradas, que también sufren gran pobreza; pero no se sienten inferiores sino iguales, con igualdad de rivalidad; he ahí el problema. Ellos y sus jefes mantendrán este espíritu por largo tiempo, en lo cual habrá ventajas, a la hora de los reveses, y graves contratiempos, en el momento de aunar esfuerzos. De todos modos, para los occidentales Mariño constituye novedad; le admiran; quieren verlo actuante.

Bolívar pone la ocasión: encomiéndale la próxima batalla y entrega para sus hombres más de dos mil caballos, tomados a Boves. También Bolívar confía en Mariño; pone en sus manos todo el ejército, excepto una fracción destinada a Puerto Cabello con la cual parte el Libertador. Puerto Cabello continúa obsesionándole terriblemente; es lo que se alza rebelde, inquebrantable, ante su

audacia. Sin embargo, "hay que rendirlo" –está sitiado– para disponer de una salida al mar debidamente fortificada. La Guaira no bastaba.

Muy peligrosa la carta que se juega Bolívar al entregarle a Mariño tanto poder militar.

Quien se desprende de autoridad, la pone en crisis, y en la guerra sólo la indiscutida autoridad salva.

Mariño, valeroso, petulante, marcha a la cabeza de las tropas en busca del enemigo, rumbo al Sur. No escucha consejos de nadie ni siquiera de Urdaneta, que tan en detalle conoce esas regiones, y se traba en batalla con el general realista Ceballos en la sabana de Aroa, con tan fatales consecuencias, que se ve forzado a huir, con parte de su caballería, en seria derrota. Así, en unas cuantas horas, quedaron poco menos que destruidos el éxito de la unión de las dos fuerzas revolucionarias y el de la fuga de las huestes de Boves. Se rompen las alas del impulso; rebajan en extremo el prestigio del jefe de Oriente; a tiempo que los monárquicos, envalentonados con tan halagadora perspectiva, fortalécense y hasta reciben anuncio de auxilios directos de España. El descontento de los republicanos, civiles y militares, se generaliza, a tal punto que Bolívar vese obligado por tercera vez a abandonar el asalto que preparaba contra Puerto Cabello y vuela a Valencia para tratar de detener el desastre y para exigirle a Mariño la orden de marcha inmediata de los contingentes que aun quedaban en Oriente sin incorporarse al grueso del ejército. En las facciones del Libertador van acentuándose poco a poco con hondura de surcos, las grandes arrugas horizontales de la frente. Se encoleriza con facilidad. Esta derrota de Aroa se la achacarán a él, por haber confiado la jefatura a otro. Hay que sentirse de roca para seguir adelante. Por el momento, lo que cabe es apresurarse, para impedir que el enemigo tome la ofensiva.

Vuela, pues, a Caracas y habla a sus compatriotas con franqueza, porque la verdad hiere, pero salva a veces. "La guerra se hace más cruel, y están disipadas las esperanzas de pronta victoria. Terribles días estamos atravesando; la sangre corre a torrentes; han desaparecido tres siglos de cultura, de ilustración y de industria; por todas partes aparecen ruinas de la naturaleza o de la guerra. Parece que todos los males se han desencadenado sobre nuestros desgraciados pueblos". Luego, lanza la frase que habrá de repetir

tantas y tantas veces: "¡Un nuevo esfuerzo, venezolanos!". En realidad, este hombre gritará en toda su vida, hasta el último instante, eso mismo: "¡un nuevo esfuerzo, un nuevo esfuerzo!". Y el primero en hacerlo será siempre él. Caracas, "su adorada Caracas, a quien en calidad de hijo debo dar mi vida y mi alma misma", le entrega mil quinientos hombres más: empleados públicos, agricultores, profesionales, estudiantes y hasta esclavos; coopera con él para el funcionamiento de fábricas de lanzas, de galletas, de monturas, de pólvora, de ropas. Hasta las señoras se ocupan con recoger donaciones voluntarias de todo género para el ejército. No hay dinero; no se paga casi a nadie; los ingresos aduaneros llegan al mínimo rendimiento; pero existe un señuelo que convence a los esforzados: la gloria, porque "la gloria es mil veces preferible a la felicidad".

Boves, entretanto, galopa y avanza con sus llaneros, va en busca de un lugar estratégico para una gran batalla; Boves, el hombre pesadilla para los republicanos; sobre todo, el hombre-obsesión para Bolívar. Ni siquiera las dulces caricias de Josefina Machado quitan de la cabeza del general esta preocupación. Y ayudan a acentuarla las reconvenciones de María Antonia Bolívar. Para ella, luchar contra España ha sido una maldición.

En medio de tanta angustia, aparece un consuelo: dos comisionados de la lejana Cartagena entregan al Libertador un pliego, en que se le declara hijo benemérito de aquel Estado y donde se le informa, además, que esa heroica porción de la Nueva Granada había aceptado la unión con Venezuela. A Bolívar le prueba consoladoramente el honor, necesita de él para el afianzamiento de su autoridad, cuenta con él, como con los demás que aguarda, para la forja plena de su nombre; mas lo que verdaderamente le exalta es la aceptación de la unión de una tierra neogranadina con su tierra venezolana; ahí, en ese desposorio magnífico entrevé la verdadera grandeza de su patria, la patria grande con que sueña, a la que busca ya llamar Colombia.

Una de esas tempestuosas noches de mayo se pasea nerviosamente por el salón. Según su costumbre, tiene las dos solapas de la chaqueta oprimidas por las manos; casi no habla, ni con sus oficiales, ni con el secretario; medita. Todos guardan silencio,

algunos se fastidian, otros sienten impaciencia. De pronto, se detiene y expresa secamente su determinación: partida al día siguiente, rumbo a Valencia, para preparar un choque que destruya las consecuencias morales de la derrota de Aroa y permita lanzar todo el impulso agresivo sobre Puerto Cabello. No interesa lo que opinen los demás; la orden está dada. Tampoco importa la ausencia de moral de las tropas, que protestan de todo: de la falta de pago, del rancho deficiente. Muchos prefieren la deserción; otros cuchichean, amargados, contra los jefes. En Valencia, donde imperan el hambre y la miseria, los civiles muestran clara hostilidad a la revolución y los agricultores circunvecinos se niegan a entregar los pocos productos que les quedan.

La orden se cumple con estrictez. Doscientos hombres de los de Mariño, que son los más quejosos, desertan; se les alcanza, póneseles en fila, y uno de cada cinco, sin averiguar nombres, cae fusilado, en presencia de los cinco mil de que se compone el ejército. La lección, dura y ejemplarizante, pone temple en los ánimos. Durante toda esa noche, Bolívar y los demás jefes se pasan a caballo, en guardia, dispuestos a dominar insurrecciones; llueve mucho, y en Valencia y en las almas hay dolor, casi desesperación, las lluvias del trópico caen a manera de azote, latigueantes. Apenas han almorzado, parten todos en busca del enemigo que no localizan sino al otro día, en la ancha planicie de Carabobo; está comandado por el propio gobernante de Venezuela en nombre del rey: por Cagigal. La batalla, dura, encarnizada, en la que el estímulo del valor y del heroísmo brilla en ambos bandos por igual, termina con el triunfo de las armas libertadoras. Bolívar puede dormir esa noche, al cabo de cuarenta horas de haberse mantenido a caballo; cree que el golpe ha sido decisivo.

No lo es. Al momento de celebrarse en Caracas la victoria, llega, como una bomba –¡tenía que ser en ese preciso momento!–, la noticia de la caída de Napoleón. En consecuencia, Fernando VII volverá al trono –quizá ya está en él, pues la noticia ha tardado más de un mes–; retornará su autoritarismo y enviará tropas a ultramar para destruir la revolución. Es lo que piensan todos, inteligentes y obtusos, beligerantes y pacifistas, mujeres y hombres, republicanos y monárquicos. Y mientras el espíritu de éstos se exalta hasta la

soberbia, y crecen, por lo mismo, sus contingentes militares en proporción amenazante; aquéllos, los republicanos, desfallecen y se sumergen en amagos de vencimiento. Las señoras discuten el problema en las calles de Caracas y se dan de paraguazos, en una excitación nerviosa exacerbada. Los soldados republicanos, clavado como llevan en la conciencia el peligro de la llegada de los refuerzos del exterior para Cagigal, para Boves, para Calzada, para todos los "godos", pierden el brío y caen en el desánimo. Boves ha hecho correr en los llanos del Guárico –los llanos de su dominio– estas palabras radicales: "¡Ay del que no se presente a la llamada del rey; pagarán él y su familia". Se respira tremenda inquietud; nadie quiere prestarse a servir al Gobierno; hasta las enfermedades se ensañan en la capital, donde mueren por día hasta quince niños.

Y el nudo toma desenlace rápidamente. Los tres mil hombres de Boves, desafiantes, envalentonados, chocan con los tres mil hombres pusilánimes del Libertador, en La Puerta, y en menos de cuatro horas Bolívar queda destrozado. Entre muertos, heridos y dispersos pierde más de dos mil soldados, y entre las víctimas está su propio ministro Muñoz Tébar. Ni siquiera ha sido una batalla de envergadura; sin embargo, ella, como acaece con frecuencia en sucesos al parecer pequeños, decide todo. "La pérdida de aquella acción –lo contará años más tarde el propio Bolívar– fue causa de la pérdida de la República de Venezuela". "Aseguró S. E. que ninguna de sus campañas había sido tan penosa, tan peligrosa y tan sangrienta como aquella de 1814, que, ganada una acción, tenía que ir en seguida al encuentro de otras columnas enemigas que se presentaban en otros puntos; que los ejércitos españoles en Venezuela eran entonces como la hidra de la fábula siempre renacientes". "En ninguna de mis campañas he recogido más laureles que en la del año 14; laureles inútiles, a la verdad. Todo se perdió, menos el honor".

Al otro día, mientras los llaneros de Boves se entregaban a los delirios del éxito, Bolívar va paso a paso, a lomo de mula, rumbo a Caracas. Detrás marcha el ordenanza a pie, llevando de la brida el caballo del general; más atrás, dos o tres generales subalternos, dos edecanes, el capellán y parte de la tropa. El silencio de todos se pierde absorbido por la reverberación en las grandes planicies. El

único que no calla, aunque no habla, es el cerebro del Libertador, donde la fragua de las posibles soluciones hierve vertiginosamente. Cuando finaliza el drama, comienza siempre lo duro de la tragedia silente, porque todo dolor engendra muchos dolores.

Lejos de este escenario, en Villa de Cura, Boves tiene un invitado especial al almuerzo: el coronel Jalón, que cayó prisionero la víspera. Le atiende con exquisita gentileza, quizás hasta brinda en honor suyo. Y terminado el rústico banquete, manda que lo decapiten en su presencia. Boves gusta de estos placeres truculentos. Además, hállase muy feliz: prevé que el número de sus fuerzas de guerra va a duplicarse, como efecto de la victoria y como resultado natural de las noticias de España. Con esta convicción, que se trueca en realidad a corto plazo, parte rumbo a Puerto Cabello para aprovisionarse de municiones. La suerte le sonríe. El acosador de esa plaza, general republicano D'Elhuyar, se repliega hacia el Este.

V

> Yo siento que la energía de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros.
>
> BOLÍVAR. Carta a Pedro Briceño.

Ya en Caracas, impone la ley marcial.

> Todos los ciudadanos se presentarán antes de tres horas cumplidas después de esta publicación, con sus armas y todas las bestias y monturas que posean, en la plaza Mayor donde se les dará destino.

Durante todo el día continúan llegando los refugiados, los heridos, los hambrientos y los maldicientes. El general Montilla no entra sino con las joyas que ha podido recoger de las iglesias, al paso. Las gentes no caben ni en las casas, ni en los templos, ni siquiera entre las ruinas del terremoto. Sólo el clima tibio se tiende sobre los que duermen a la intemperie, a modo de manto cariñoso.

A la mañana siguiente, ábrese en el convento franciscano una Asamblea Popular, destinada por Bolívar, más que todo, al libre desahogo de las opiniones y las quejas, para que las gentes se compenetren de la gravedad del momento y se unan, forzadas por el peligro. Él sabe, por anticipado, lo que ha de hacerse; siempre antevió muchos sucesos. "La suerte de la guerra es impenetrable para los hombres". Las deliberaciones duran varios días en las Juntas de guerra y de árbitros, creadas al efecto. Al general Maza, temible por su dureza, se le constituye en gobernador de la ciudad, y se organiza al fin un ejército de algo más de mil hombres con los cuales no es posible defender la capital. ¡Demasiado pocos! ¡Ya no había más! Los acontecimientos se mueven en vértigo, forzados por una mano ciega e implacable: el general D'Elhuyar arriba al puerto norteño de Caracas, La Guaira, como llegaría una esperanza; creíase que se podía aguardar algo de él y de sus hombres; pero la mayor parte de sus soldados está enferma. Boves, que sabe exactamente cuál es su posición, avanza resueltamente sobre la capital; a doce kilómetros de ella lucha y vuelve a triunfar. Y así acumuladas una sobre otra todas las desgracias para los patriotas, suena en la historia de Venezuela una de las horas inmortales en su vida. Reúnese un Cabildo abierto, ante el cual resigna el Libertador el mando de lo que quedaba de República; conserva para sí únicamente la autoridad militar. Durante tres días todo quien se lanzaba a sí propio de candidato a la presidencia y todo quien era rechazado por el cónclave; en las calles cada cual se sentía mandón y resolvía en voz alta los problemas graves del momento; las señoras presionaban sobre los maridos. En suma, ábrese gigantesco remolino de pasiones, hasta que el populacho trata de lanzarse al saqueo y la barbarie, roto ya todo equilibrio.

Surge entonces de nuevo Bolívar; toma a dos de los amotinados y los fusila; preséntase inmediatamente ante ese Cabildo ebrio de desorientación, donde aclámanle de nuevo Jefe del Estado. Recuperada así la autoridad, rige enérgicamente el timonazo: como no es posible detener a Boves, tampoco se puede pactar con él una rendición.

> De la derrota se saca el partido de la reacción, y de la capitulación no se saca otra cosa que entregar hasta los dispersos y perder hasta el derecho de defenderse.

Dos años antes, en parecidas circunstancias, el general Miranda se había rendido; hoy, en horas mucho más difíciles, Bolívar, con firmeza irrevocable, opta por el éxodo en masa. Todos los patriotas de Caracas habrán de salir, rumbo a Oriente. Es la invitación a todo un pueblo hacia lo heroico. El pueblo de Caracas acepta lo heroico. Y la mañana del 7 de julio de ese año, bajo una lluvia hostil, pertinaz, se inicia el éxodo de veinte mil personas, rumbo a Barcelona, que queda a unos quinientos kilómetros de distancia. A pie, a caballo, en carretas, cada uno lleva lo que puede, para alimentarse o para abrigarse. En grandes trechos hay que caminar por zonas fangosas. Las señoras se muestran tan valientes como los hombres, y sólo el llanto de los niños o la vencida voz de los ancianos y enfermos da contra las piedras de los peñascos un chasquido hiriente. No se sabe ni dónde se ha de dormir ni qué se ha de comer. Los mil doscientos soldados realizan prodigios para ayudar a los más necesitados; ponen a las damas a la grupa de los caballos para atravesar los torrentes; en los pueblecillos miserables del camino apenas si hay algo para aplacar el hambre o guarecerse de la lluvia o del azote del sol. Hubo quienes perecieron de enfermedad, de cansancio, ahogados en los ríos, durante esos veintitrés mortales días de huir, huir y huir!

La otra parte de los moradores de Caracas, partidaria del rey, quedóse en la ciudad. A ninguno se le forzó a integrar el éxodo, excepto a María Antonia Bolívar, realista siempre, a quien una escolta le puso a bordo de los pocos barcos que había en la Guaira y la remitió a Curazao, por orden del Libertador, su hermano. Con ella viajaron Juana Bolívar y muchas señoras, algunas de las cuales llegaron hasta la isla de San Thomas. Fueron las más afortunadas, pero no las menos infelices, porque en el destierro hubieron de vivir vida muy dura, ganándose el pan en menesteres a que no estaban acostumbradas. Entre esas señoras que fueron a San Thomas estaba el amor de Bolívar, Josefina, a quien acompañaba su madre y su tía. Ni siquiera la presencia del objeto de sus emociones le servía al

Libertador de bálsamo en esa marcha triste y valerosa, donde el terror y el esfuerzo se juntaron para forjar una hora de grandeza. ¡Qué poca suerte tuvo siempre Josefina en sus ternuras! Los sucesos le tendrán lejos con excesiva tenacidad hostil; hasta le calumniará uno de los generales, achacándole una derrota. Y sin embargo, ¡amó tanto!

¿Y Mariño? Ocúpase, en Barcelona, en crear nuevas fuerzas, en lo que coopera muy eficazmente uno de sus más bravos compañeros, el general Piar, a quien la soberbia le llevará más tarde al cadalso. Antes que los emigrados, llega a Barcelona el cargamento de plata labrada de los templos, único haber en metálico de la agónica revolución. Barcelona, ciudad chica, se vuelve así un cuartel general, un punto de apoyo para proseguir la lucha y un centro de congestión, donde los veinte mil del éxodo no saben dónde alojarse, de qué nutrirse, dónde hallar remedio para las dolencias consecuentes al largo peregrinaje. A Bolívar corresponde atender y solucionar todo; a él, contra cuyo rostro se lanzan reproches, hasta con veneno de rencor. La angustia avanza, y de ella se aprovecha absurdamente el ejército oriental para recuperar predominio sobre el de Occidente. Bolívar viene a ser ahora, junto con sus hombres, una especie de huésped, nada más que huésped, de los feudos de Mariño, Piar y Bermúdez. La unidad revolucionaria traquetea.

Boves prefiere no perseguir a los emigrantes. Desarrolla planes más ambiciosos: con la libre posesión de Puerto Cabello, organiza su "gobierno" mediante el sistema de dividir a Venezuela. A Cagigal, que es el representante del rey, le concede el gobierno y dominio de las regiones occidentales y él se queda con el resto, centro y oriente. El último éxito le ha envalentonado hasta el punto de exacerbar sus crueldades. Ahora hace matar con ferocidad ya neroniana. En Puerto Cabello invita a bailes oficiales a las señoras de los patriotas prisioneros, y mientras las damas columbran alguna esperanza de salvación para las víctimas, éstas son asesinadas; los disparos de fusilamiento o los gritos son ahogados con la música. En Caracas hay un poco de más pudor: se degüella a los republicanos por la noche; la sangre así, a la luz de los faroles con velas toma un color oscuro, casi de tinta, que impresiona menos a Cagigal, cuya presencia en tales escenas resulta estimulante.

Combate en Oriente a nombre del rey y como segundo jefe el general Morales, no menos audaz y duro que Boves, vigoroso en la acción y experimentado militar. Por lo mismo, es inminente un encuentro de categoría entre las fuerzas suyas y las concentradas en Barcelona. ¿Qué va a suceder: una prolongación de la agonía, un triunfo, una batalla carente de factores determinantes? Lo que fuere. A sólo quince días de lapso entre el arribo y la hora de la lucha, orientales y occidentales patriotas y orientales realistas chocan trágicamente en las afueras de la población de Villa de Aragua, a más de cien kilómetros al sur de Barcelona. No había amanecido cuando se cruzaron los primeros disparos.

Quizás nunca fue más brutal la acometida ni más enérgica la resistencia. Desplegándose en amplias hileras, que parecían de bandadas, los hombres se arrojaban a la muerte con rebelde audacia, y los cuerpos iban cayendo como si les segase una gigantesca segur. A las seis horas de ese rojo forcejeo, en que la vida y la agonía se mezclaban, viscosamente, con torvas interjecciones y alaridos, ya había sobre el polvo cuatro mil ochocientos cadáveres. La derrota de los patriotas fue agobiante hasta la desesperación; apenas si quedaban en pie algo más de un millar. Las banderas negras de las tropas de Morales volaban victoriosas sobre los muertos, como alas de buitres. En el poblado, "hasta el templo quedó en sangre".

Quien comandó la acción fue Mariño; el plan de batalla y su ejecución –ambos contrarios a lo expuesto categóricamente por Bolívar– fueron del general Bermúdez, compañero de Mariño. El Libertador hubo de limitarse a ocupar el sitio de lucha que se le había señalado, del que se retiró en orden, hasta donde era posible, cuando se le agotaron las municiones. Pudo salvar así unos quinientos soldados, con los que llegó a Barcelona, mientras Bermúdez huía con un puñado de compañeros rumbo a la población de Maturín.

Aquí, en Villa de Aragua; aquí, en Barcelona, Bolívar llegó a la sima de sus desventuras. A pesar de sus glorias, de su tenacidad y sacrificio, carecía ya de autoridad. Pero como no la tenían ni Mariño, ni Bermúdez, ni nadie, después de tan gigantesco desastre, desátanse sorpresivamente las ambiciones y tratan de imponerse los subalternos a quienes, aparentemente, les había llegado la hora de

considerarse redentores. Todo, vana ambición. ¡Si no había sobre quién mandar; si lo único que quedaba en pie, desorbitada y gigante, era la presión de los realistas, orgullosos hoy de su último grande éxito!

¿Qué hacer? Reanudar el éxodo hacia Oriente; el éxodo en masa, de nuevo, rumbo a la población más cercana, Cumaná, que se halla a cerca de cien kilómetros y a la orilla del mar. Es una solución de mayores sacrificios que la tomada en Caracas mes y medio antes; los emigrados, en número de miles, no han tenido tiempo de reponerse, y a ellos ha de sumarse ahora la propia gente de Barcelona, que también debe huir. Ni siquiera las señoras tienen ya zapatos para la marcha. Sólo pocos centenares de personas pudieron ser enviadas por mar, y en las tropas, reducidas a menos de setecientos hombres, alienta subterráneo espíritu de insurrección. No llueve; las brisas del mar acarician el sudoroso cabello de los viajeros silentes, cuya larga, interminable caravana, parecía, vista desde las olas, una trémula serpiente gigantesca que apenas si lograba moverse en su pesadez agónica. Bolívar, nervioso y hermético, lleva el ceño muy contraído y su cabello es el que más se fatiga, porque va de un punto a otro en busca de niños, que viajan de trecho en trecho en los propios brazos del general. Si hubiese podido desesperarse alguna vez, aquí se habría desesperado el Libertador, porque el arribo a Cumaná no era solución sino peligro mayor; las pobres casas no alcanzaban, en poblado tan pequeño, para los miles de fugitivos. A poco de llegados, estalla la rebelión. Mariño, que todavía conserva algo de mando –muy poco– proclama la ley marcial para defender el orden, y el éxodo se renueva, terriblemente persistente y duro, hacia el Este. Los que caben son llevados por mar hacia el puerto extremo de Güiria; los otros, casi todos, van a pie, de nuevo, en busca de otras poblaciones, a grandes distancias de Cumaná. En ese vértigo de huir, para salvar cuando menos la vida, las familias se desintegraron: los hijos no sabían a dónde habían ido sus padres. Al general Ribas, se le encomiendan las tropas para que las traslade lejos, muy lejos, allá donde ya el territorio venezolano se hunde en el mar, circunstancia que vuelve a Ribas vanidoso e ingrato. A fin de salvar el parque y la plata labrada de las iglesias –veinticuatro cajones–, Mariño ordena embarcar todo eso en una nave del pirata Bianchi, cuyos servicios habían utilizado ya en otras ocasiones los patriotas. Bianchi, italiano, tiene alma de traidor. Mientras Bolívar, Mariño y otros oficiales tomaban modestísimos almuerzos puesta su

última esperanza en la isla Margarita, a donde querían dirigirse para mantener la resistencia, ordena el pirata izar las velas de sus barcos, en ánimo de partir. Los dos generales, al verlo corren a bordo, en compañía de subalternos, para someter al pirata. Este, desafiante, leva anclas y parte con todos hacia Margarita, ya está en su poder lo más valioso: dos generales, oficiales y soldados, plata labrada, parque. Sólo le faltan los certificados de propiedad de los barcos y de los tesoros para poder tocar en puertos del Caribe, y tales certificados puede obtenerlos de sus dos prisioneros de categoría. El golpe ha sido de maquiavélico cálculo.

> Logramos conducir a Margarita [narrará Bolívar más tarde] a este infame pirata para hacernos justicia y aprovechar los únicos restos de nuestra expirante existencia. La fatalidad, entonces anexa a Venezuela, quiso que se hallase el general Piar en Margarita [...] El general Mariño y yo, jefes de la República [triste confesión: "él y yo", los dos [...]; pero, ¡ya sabrá sacudirse más tarde!], no pudimos desembarcar porque el faccioso Piar se había apoderado de la fuerza y nos obligó a ponernos a merced de un pirata.

El hilo va adelgazándose. Bianchi, entonces, fija sus condiciones: navegará hacia algún puerto continental venezolano con lo que lleva gentes y efectos, a cambio de una tercera parte de la plata labrada y dos goletas. Lo uno y lo otro le es concedido, porque hay todavía una esperanza de por medio: la de desembarcar y seguir en la lucha. No existe ni existirá quien venza la tenacidad de los libertadores.

Y mientras van por alta mar, sobre la ruda estameña del oleaje, que les hace tambalear, otra traición mayor, torva y diminuta de alma, se cumple en tierra venezolana. El general Ribas –que iba diariamente a la casa de Bolívar en los días iniciales de la agitación revolucionaria de 1810– reúne un "Congreso" en el pueblecillo de Carúpano, a cien kilómetros al oriente de Cumaná, aprovechándose de que a él se le había confiado el mando de las tropas republicanas que quedaban; acusa en nombre propio y en el del general Piar, con quien está de acuerdo, a Bolívar y Mariño de traidores por haber abandonado el territorio y los expulsa de Venezuela. La determinación publícase por bando en todos

los lugares posibles, y –claro está– entre Ribas y Piar divídense el dominio de su patria: Ribas se constituye en jefe supremo de occidente, y Piar, de Oriente. En la vanidosa ofuscación, ni siquiera pensaron en que casi todo encontrábase sojuzgado por Boves, Cagigal y Morales.

Bolívar y Mariño, al desembarcar con sus compañeros en el puerto más próximo a la isla Margarita, de donde venían, encuéntranse con el bando fatal y con una población hostil. Sin embargo, su autoridad personal es respetada todavía y hacen llamar a Ribas para entregarle lo que quedaba. La escena se desarrolla vertiginosa en Carúpano. Llega Ribas con un escuadrón y, sin escuchar explicaciones, pone presos a todos cuantos han desembarcado. Bolívar cae así, en esta hora negra, en su máximo abatimiento: uno de sus subalternos le sume en una cárcel. ¿Cuánto va a durar la desgracia? Poco, muy poco. "Parece que el demonio dirige las cosas de mi vida". Subyuga, sin demora, con ese su imperio irrebatible, al oficial que le custodia; liberta a Mariño y cuarenta y dos compañeros, y todos, pistola en mano, ábrense paso hacia el mar, donde hay aún dos barcos de la República, que no fueron entregados al pirata. Antes de abandonar la tierra, Bolívar, recuperada momentáneamente su autoridad, deja a los moradores de Carúpano escrito un manifiesto que comienza: "Simón Bolívar, libertador de Venezuela y general en jefe de sus ejércitos". Allí hace esta síntesis: "Vuestros hermanos, y no los españoles, han desgarrado vuestro seno". Allí explica:

> La destrucción de un Gobierno cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos; la subversión de principios establecidos; la mutación de costumbres; el trastorno de la opinión, y el establecimiento, en fin, de la libertad de un país de esclavos es una obra tan imposible de ejecutar súbitamente, que está fuera del alcance de todo poder humano.

Allí, una vez más, cree en el Fatum:

> Estos perjuicios deben apreciarse con equidad y buscar su origen en las causas primitivas de todos los infortunios: la fragilidad de nuestra especie y el imperio de la suerte en todos los acontecimientos. ¡El hombre es el débil juguete de la fortuna!

Allí imprime este firmísimo juramento que va precisamente contra las veleidades absurdas de la suerte:

> Yo os juro que, libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir. Dios concede la victoria a la constancia.

Bolívar, en el abismo de la desgracia, lanza su grito de rebelde irreducible y parte con sus compañeros rumbo a Cartagena, a donde arriba a mediados de septiembre de este año trágico. Llega por segunda vez a esa ciudad neogranadina en las mismas condiciones que dos años antes: derrotado y paupérrimo. No envainaré jamás la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada.

Su patria, semidevastada, ha perdido ya por la guerra una quinta parte de la población.[7]

---

[7] Expulsados Bolívar y Mariño, los patriotas, comandados por Ribas, Piar y Bermúdez, logran resistir durante cinco meses, entre éxitos y derrotas, en brava lucha contra Boves y Morales. La sangre continúa derramándose con terrible prodigalidad; en sólo una batalla, Morales pierde más de tres mil hombres; en los caseríos de Santa Ana y San Joaquín son pasados a cuchillo más de mil no beligerantes, sin que sean tomadas en cuenta ni siquiera las súplicas del fraile realista Llamozas. Y al par que los horrores se multiplican, ahóndase constantemente la absurda división entre los jefes republicanos; de actuar unidos, habrían cambiado el ir de los sucesos; en contraste, Boves y Morales parecen uno solo.

Pero a esta hora –la hora del éxito realista en Oriente–, el aletazo despótico del destino da su golpe fatal: en medio de la batalla del 5 de diciembre, en el sitio llamado Urica, Boves entra a la lucha y perece. Al saberlo, Bolívar expresa, en Nueva Granada: "La muerte de Boves es un gran mal para los españoles, porque difícilmente se encontrarán reunidas en otro las cualidades de aquel jefe; pero mayor es el mal que nos ha sucedido con la pérdida de los nuestros y con la falta del ejército que divertía al enemigo por el Oriente". Ese mismo destino cruel hace que los soldados de Morales descubran al general Ribas, que se hallaba fugitivo; lo ajustician, y mandan su cabeza frita en aceite para que sea exhibida en Caracas, en jaula de hierro, ¡por dos años! Morales proclámase sucesor de Boves, aunque Cagigal logra casi en seguida hacer valer su autoridad. Llegado a Maturín, donde estaban la mayoría de los refugiados de Caracas, Barcelona y Cumaná, ordena Morales el exterminio de los hombres y sus familias; caen por cientos a la tumba. Dos meses más tarde no quedaban sino pequeños focos de resistencia en la isla Margarita y en el extremo oriental del territorio, en el villorrio de Güiria. Prácticamente, todo había terminado. Sólo que Bolívar...

VI

En el entusiasmo es donde se encuentra la plenitud de la vida.

VERHAEREN.

Fernando VII prepara con prisa, energía y amplios efectivos, la "expedición militar punitiva" contra las colonias americanas insurreccionadas, de las cuales sólo dos quedan sin someter: el Río de la Plata y la Nueva Granada. Las demás han caído, una tras otra, vencidas en cien batallas. En Venezuela, la rebelión agoniza. Y, en inconsciente exacerbación de males, los rioplatenses y los neogranadinos, fraccionados en federalistas y centralistas, se debilitan en intestina lucha política; así, al arribo de la expedición "punitiva" monárquica, se presentarán incapaces para la resistencia vigorosa.

Es lo que halla Bolívar a su arribo a Cartagena: división, debilidad, dos gobiernos republicanos en pugna; una "patria boba" en plena marcha.

Prodúcese entonces en su carrera militar un paréntesis de seis meses, durante el cual, por fuerza de las circunstancias, no va a servir a sus grandes ideales libertarios, sino a uno de los dos bandos neogranadinos, en contra del otro. Utilízanle a ese fin, de guerra fratricida, aprovechándose de que no tiene otra esperanza que la de sacar partido de ese propio paréntesis, para reemprender la marcha quijotesca hacia Venezuela. Hará lo que le encomienden; pero le entregarán tropas, y con ellas tomará rumbo hacia oriente.

Así proyecta; así sueña, ignorante de que el desate de los conflictos sólo corresponde a lo arbitrario de la suerte. Al asirse a la única esperanza que ve, obra con débil impulso, detenido como está en sus grandes emociones por el impacto que hizo en él, derrocándolo, la ambición de sus compañeros. No le expulsaron de su patria los españoles, a pesar de haberle vencido, sino sus propios hermanos, que iban de brazo con él en busca de la libertad.

Herido en lo más sensible de su corazón, no quiere ya sino volar a Tunja, donde está el Gobierno de Nueva Granada, con cuyo apoyo partió hace dos años, en la Campaña Admirable, rumbo a

Caracas. Anhela rendir cuentas de sus actuaciones. Muestra síntomas de angustia en su espíritu: no ataca; trata de defenderse; le oprime el doble dolor de la derrota y de la hostilidad de sus propios conterráneos. Se desconcierta al hallar que en Cartagena el hombre fuerte es el coronel Castillo, aquel mismo que quiso en Cúcuta, dos años atrás, oponerse a su marcha sobre Venezuela. Les reciben, por tanto, a él y compañeros de exilio fríamente; concédenles hospitalidad como de favor; los vigilan, subestiman, cercenándoles la esperanza.

Parte, así, en seguida el grupo de proscritos hacia Tunja. En el camino, el ambiente muéstrase contrario al de Cartagena: atenciones, festejos, muchas facilidades de todo género se les brinda con entusiasmo y gallardía. Y quien más se exalta en los homenajes es el pueblo, porque a Bolívar se le considera ya parte integrante del pueblo. Las tristezas suyas en tales momentos son las mismas del pueblo: tristezas de vencidos. ¿Acaso el pueblo no es un vencido permanente? Sólo el dolor o el amor hermanan a los hombres. En Mompós un señor Ribón puso su fortuna íntegra a las órdenes de los viajeros. Gran jinete, el Libertador tuvo en esta ocasión los más hermosos caballos. Al menos de este lado, del de la Nueva Granada, no había ingratitudes, por ahora. Más allá, en Ocaña, recibe un mensaje sorpresivo; no todo se ha perdido en Venezuela: el general Urdaneta que con sus oficiales y tropa había recibido orden, hacía cinco meses, de buscar ganados en occidente con destino a los aprovisionamientos en Valencia, al saber el desastre de la batalla de La Puerta y el éxodo de los caraqueños hacia oriente, con sabiduría de gran jefe había buscado la ruta hacia la Nueva Granada, de modo de no verse envuelto en la derrota general, y acababa de llegar a la ciudad fronteriza de Cúcuta. Alguien quedaba, pues, en pie, y un alguien valeroso, leal, ennoblecido con la inspiración de lo heroico. Entra inmediatamente a hervir la imaginación del Libertador con esa fecunda fuerza que le compelerá toda la vida. Planea, calcula, forja nuevas realidades, halla otra orientación. Y escribe casi febrilmente:

> Mi querido Urdaneta, usted ha salvado las esperanzas de la República. Envío a usted a mi edecán para que le

> informe cuáles han sido los acontecimientos que me han traído a la Nueva Granada. Yo partiré de aquí pasado mañana. Espero que usted haga todo lo que esté de su parte por conciliar el espíritu de las tropas y jefes granadinos con los venezolanos [...] Tenga usted la bondad de procurar que el general Rovira y el coronel Santander se persuadan de la pureza de mis intenciones y del alto aprecio que hago de sus talentos y virtudes, sin que yo pretenda, de modo alguno, aspirar a privarlos de ninguna de las atribuciones que les correspondan.

Así, con un solo timonazo, alista a Urdaneta y se pone en amistad con Santander, eliminando hábilmente el vidrioso incidente que tuviera con él hacía tiempo. Santander, inteligente, muy dúctil y muy desprendido entonces, comprende la actitud del general y se abre a la cooperación.

En Pamplona, camino hacia Tunja, se abrazan Bolívar y Urdaneta. Escena de patética sencillez: las tropas de Urdaneta rompen la disciplina, rodean al Libertador y le levantan en hombros. El general agradece el férvido entusiasmo, pero vuelve inmediatamente por los fueros militares: “Habéis henchido de gozo mi corazón –les dice–; mas vuestro jefe lamenta, como yo, el exceso a que os condujo vuestro amor. Si me amáis, probádmelo continuando fieles a la disciplina”. El hombre de la guerra se sobrepone al hombre sentimental en acto que se repetirá mil veces en lo sucesivo. La guerra no da tiempo ni para reír ni para llorar.

Jefe, tropas y emociones, todo junto entra a la ciudad de Tunja, y el Libertador preséntase al Congreso con la desconcertante petición de que se le juzgue su conducta. El presidente de la entidad, Camilo Torres, con una grandeza magnífica, la juzga en estas palabras severas: “General, vuestra patria no ha perecido mientras exista vuestra espada; con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre”. Torres, asesinado por los españoles dos años más tarde, no pudo ver el cumplimiento de su profecía.

A pesar del elogio, quizás nunca como ahora Bolívar hubo de sentirse un auténtico "militar desgraciado". En efecto, no le encomiendan ya una empresa militar magna, de lucha contra los realistas, sino una campaña de simple pugna entre neogranadinos. La Nueva Granada hállase dividida en dos facciones: la de los federalistas, ante los cuales acaba de presentarse el Libertador, y la de los unitarios o centralistas, gobernados por el precursor Antonio Nariño desde la ciudad de Bogotá. En aquel fraccionamiento ha venido la Nueva Granada desde hace cuatro años, torpemente ajena al peligro monárquico del cual quiso sacudirse. Y a esa misma hora –noviembre de 1814– son acosados ya los neogranadinos por los españoles, que atacan en el Norte y en el Sur, lo mismo que en otros sectores. Bolívar recibe el cargo ingrato de quitarles a los centralistas su ciudad capital. Ataca, en efecto, y logra éxito con facilidad. La víspera de su entrada en Bogotá se le excomulga, y al otro día, por verlo victorioso, se le levanta la excomunión. Por añadidura se le da el grado de capitán general. Y así comienza el año de 1815.

Cumplida la pobre misión, ¿qué queda? Acosar de nuevo hacia la lucha por la independencia, o sea dejar de ser "un militar desgraciado". Escribe, con la urgencia del caso: "Deseo que se me autorice de un modo amplio en lo relativo a la guerra, porque estoy determinado a tomar a Santa Marta, Maracaibo, Coro y volver por Cúcuta a libertar el sur hasta Lima, si es posible". Aquí suena así por vez primera en la vida del Libertador ese gran grito; ya no piensa únicamente en la Nueva Granada y en Venezuela, sino que quiere llegar al corazón mismo del Perú. Los sucesos posteriores tratarán de detenerle en el vigoroso arranque, sin lograrlo. Ha adquirido ya su carácter titánica consistencia.

El nuevo objetivo es Cartagena, donde –como se ha dicho– hace de amo el general Castillo, enemigo del Libertador. Este general se predispone contra Bolívar; éste se queja:

> Ni V. E. ni yo contábamos, excelentísimo presidente de la Comisión del Congreso, con que existía en Cartagena un tal Castillo, para quien nada hay sagrado, y cuya ambición e incapacidad le representan como

> crímenes el mérito y la virtud. Castillo acaba de publicar allí un libelo contra mi moral y mis principios; contra cuanto podría honrarme a los ojos de mis conciudadanos. Y el envidioso hasta el valor me niega.

Bolívar va, pues, medio condenado al desastre en su expedición hacia Cartagena, de donde debía seguir a Venezuela; no había otra ruta más llana.

Viaja, sin embargo. El ejército se embarca en grandes toscas balsas, que deben seguir el Magdalena, río abajo. Asfixia el calor; circundan y hieren nubes de mosquitos, mientras cabriolan en las orillas los lagartos y las iguanas. Sólo las palmeras hacen de precioso gallardete militar en ese ámbito verde y gris, donde la jungla muestra su fecundidad alimentada en podredumbre y lodo maloliente. Se precipitan las aguas del inmenso caudal con una posesión de vértigo, hasta el punto que varias balsas se deshacen y algunos de los expedicionarios mueren devorados por los cocodrilos. Cantan las tropas en ese vagabundaje y buscan en la risotada un desahogo a su viril desafío. Viajan juntos venezolanos y neogranadinos, en una fusión estrecha, en que el jefe participa con la modestia de uno cualquiera de los soldados. En la ruta atacan los españoles desde la orilla; no hay pánico, sino el júbilo de un episodio pintoresco en la marcha. Quien se espanta y huye es la débil blanca garza de los pantanos.

El convoy se detiene en Mompós, donde recibe Bolívar un aviso del gobernador de Cartagena de no avanzar. Más aún: el propio gobernador protesta ante el Gobierno Central por la autoridad que se le ha conferido al general caraqueño: "Darle el mando es poner la República a discreción de un prófugo, capaz de sacrificar mil vidas y dejar inerme la plaza, expuestas las fronteras y enlutados los pueblos para arrancar, como otra vez lo hizo, cuantos hombres, armas y dinero le pidió su proyecto favorito de volver a Venezuela". Hombre hábil, el Libertador contesta que se halla dispuesto a reconciliarse con Castillo y se somete a una especie de mediación, que fracasa. En la propia Cartagena las gentes, divididas, dan la impresión de predisponerse a una especie de lucha intestina. Los numerosos venezolanos allí aislados sufren vejaciones y prisión, y

en tanto que el clero se muestra antibolivariano iracundo, los liberales y los comerciantes sitúanse desafiantes en el campo contrario.

No se detiene Bolívar en Mompós; desprecia las "recomendaciones" de Castillo; avanza y se sitúa a seis leguas de Cartagena, donde conoce la vil acusación contra él de que intentaba constituirse en el dictador de la Nueva Granada. "Me degradaría si contestara las imputaciones que me hacen estos traidores de la patria", responde. Envía parlamentarios que son rechazados o recibidos a balazos.

Decide entonces, en acto erróneo inspirado en orgullo militar y político, poner sitio a la ciudad. ¡Ese general Castillo...! Si hubiese actuado Bolívar serenamente, quizá habría tomado desde Mompós una ruta intermedia entre Cartagena y Santa Marta, que le habría orientado hacia Venezuela. No lo hizo; se cegó de pasión, y perdió mes y medio en inútil asedio.

Sabía el Libertador que triunfaría de Castillo; seguramente hubiese tomado la ciudad. Pero acababa de producirse el grave golpe fatal: las tropas "punitivas" enviadas por el rey Fernando habían llegado ya a la isla Margarita. Tomado, así, entre dos fuegos, a Bolívar abríansele ahora sólo las puertas del ostracismo. El fracaso, de vastas sombras, adquiría luz negra para sus ojos y sentía que se le destrozaban las raíces de sus más caros anhelos. La expatriación iba a romper el encanto de su última esperanza; ¡qué pálida lumbre en ese atardecer!

El día 8 de mayo, vencido, lanza una proclama a sus tropas para despedirse de ellas, anunciándoles que se retira derrotado:

> ¡Granadinos y venezolanos! De vosotros, que habéis sido mis compañeros en tantas vicisitudes y combates, de vosotros me aparto para ir a vivir en la inacción y a no morir por la patria. Juzgad de mi dolor y decidid si hago un sacrificio de mi corazón, de mi fortuna y de mi gloria renunciando al honor de guiaros a la victoria. La salvación del ejército me ha impuesto esta ley, no he vacilado. ¡Adiós!

Quizá con un poco de persistencia habría llegado a someter a Cartagena. Pero, ¿para qué el efímero éxito si las tropas hispanas están a las puertas? En un bergantín inglés, y con la compañía de unos pocos compatriotas, se echa a las soledades del océano, donde lo infinito del espacio se parece mucho a lo infinito de su tristeza. Nada lleva, porque nada tiene, y en el horizonte no descubre sino la intensa amenaza de un futuro hostil. Llena el alma de broncos sones, desembarca a los cinco días en Kingston, capital de Jamaica, sin saber a qué va. Parece gigante sin brazos.

Pablo Morillo es el nombre del general enviado por el Rey para dominar a los patriotas. Morillo, que luchó contra Napoleón; Morillo, que mereció distinciones de guerreros como Wellington; Morillo, indomable, fuerte, experimentadísimo y astuto; Morillo, que llega a las tierras americanas con diez mil quinientos soldados aguerridos en cuarenta y dos barcos. Boves, Monteverde, Cagigal y Morales son figuras pequeñas en presencia del personaje, a quien han dado el nombramiento de "capitán general de las provincias de Venezuela y general en jefe del ejército expedicionario", con el encargo de someter "aquellos territorios o países donde la efervescencia revolucionaria fuese más fuerte". Su llegada es victoriosa. Tomada la isla de Margarita –de donde los republicanos huyen hacia Haití–, avanza hasta Santa Marta, en la Nueva Granada, a tiempo que otros españoles atacan en otra zona del oriente neogranadino. Morillo es mayor que Bolívar con sólo cinco años. Alto, vigoroso, de grandes ojos tristes, de boca sensual y de nariz firmísima, sabe bien lo que le aguarda en punto a lucha. Conoce la "guerra a muerte", o sea el peligro de extinción de sus diez mil quinientos hombres, cuyas madres, esposas, hermanas y novias han quedado en la patria lejana ahogadas en dolor y angustia. ¿Cuántos volverán? ¡Muy contados! Son hombres valientes, que sirven a su Monarca con desprendimiento y fidelidad tan ejemplares, como ejemplares, fieles y desprendidos son los propios patriotas. Esta obsesión de la "guerra a muerte" les vuelve agresivos sanguinarios. Aparentemente no estuvieron destinados a Venezuela ni a la Nueva Granada. Se les dijo que iban hacia el Río de la Plata, y se les engañó de este modo precisamente porque en la propia España sabíase que los patriotas de estas regiones tropicales luchaban con ferocidad, sin perdón, en la mayoría de los casos.

El ex Presidente de Venezuela se aloja en modesta pensión, con tres de sus compañeros de destierro, y paga las primeras semanas con la venta de algunos objetos de plata que llevara consigo. El rico aristócrata que exhibía lujo en los salones de París sufre hoy la ruina. Su único haber real consiste en lo que forje su espíritu y medita. Ve de lejos el conflicto; se detiene a analizarlo: "Si el general Morillo obra con acierto y celeridad, la restauración del gobierno español en América del Sur parece infalible. No debemos alucinarnos; la opinión de la América no está aún bien fijada, y aunque los seres que piensan son todos, todos, independientes, la masa general ignora todavía sus derechos y desconoce sus intereses". ¿Se equivocaba?

Para no desesperarse, busca amigos, entre los cuales hay uno de excepción, el comerciante Maxwell Hyslop, sin cuyos auxilios económicos posteriores, aunque pequeños, no hubiese podido subsistir.

En el propósito de abrir brecha hacia el futuro, trata de tomar contacto con las autoridades británicas de la isla, sin resultados positivos. Argumenta en el sentido de mostrar las ventajas para Inglaterra en el comercio con una América libre, suelta el vuelo de su imaginación y sugiere que los británicos podrían abrir canales en Panamá y Nicaragua. A nada se le da oídos. Considera entonces que hay que crear la vía de la amistad y confía a un nuevo amigo, el capitán Luis Brión, sus intimidades: "Estoy procurando obtener socorros de este Gobierno que me serán prestados mañana u otro día. Mientras tanto estoy viviendo en la incertidumbre y en la miseria. Como usted sabe, las manías aristocráticas son terribles". Brión es un valeroso capitán de navío que vive de negocios de corsario; se encuentra en aquellos días en la vecina isla de Haití. Amplía Bolívar su antena y piensa en lo que se ha publicado respecto de Napoleón Bonaparte, de quien se dice que tiene el propósito de establecerse en América. Se exalta y exclama:

> Si Napoleón es recibido por la América del Norte, ésta será combatida por toda la Europa. Si es la América del Sur, desgraciados de nosotros para siempre.

Surge de pronto una amable distracción pasional con el nombre de Julia Cobier. Mujer trigueña, que lleva cumplidos ya los treinta años y nacida en hogar modesto de la vecina isla de Santo Domingo, tiene en su vida una historia cargada de aventuras. En ella encuentra Bolívar un entretenimiento sensual, y los nexos no pasan de entrevistas que no dejaron huella en el caraqueño, a pesar de que las circunstancias propias del ostracismo prestábanse para un ejercicio sentimental asiduo.

En medio de la correspondencia, la conversación con amigos y compatriotas –"estaba alojado con el general Pedro Briceño Méndez y mis edecanes Rafael A. Páez y Ramón Chipia, mi negro Andrés y mi negro Piito"– y lo que se sabe y murmura, aparecen, con su faz hostil, noticias tristes que llegan de Cartagena y pueblos vecinos. En uno de éstos, de nombre Malambo, uno de los tenientes de Morillo encerró en una casa a los últimos setenta y tres patriotas de la resistencia y prendió fuego al edificio. Los cartageneros han comenzado a sufrir un bloqueo enérgico.

Escribe entonces Bolívar una de sus páginas asombrosas, donde señala, genialmente iluminado, el futuro de América para los próximos cien años, a tiempo que no dispone de cien pesos para pagar la pensión. Es una amplia carta de "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla". (Henry Cullen), el 6 de septiembre de ese año. En un luminoso grito de esperanza y fe, pronostica que todas las naciones americanas serán libres. Y lo dice precisamente cuando no quedan en esos momentos con relativa independencia sino el Río de la Plata y la Nueva Granada. Añade que si en esos instantes fracasare la empresa libertaria, retornará la guerra al cabo de pocos lustros. Lo que le duele de veras es la actitud persistente de simples e inmóviles espectadores de los "hermanos del Norte". Condensa así su trazo de América:

> Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares y nuevo en casi todas las artes y ciencias. No somos indios ni europeos sino una especie media; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado.

¿Cómo analiza la vida continental de la colonia?

> La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido por siglos puramente pasiva; los americanos no ocupan otro lugar en la sociedad que el de ciegos propios para el trabajo y, cuando más, el de simples consumidores. Jamás éramos virreyes, ni gobernadores sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos, pocas veces; militares, sólo en calidad de subalternos; no éramos, en fin, ni magistrados ni financistas, y casi ni aun comerciantes.

Pero la guerra ha producido el contraste y el salto:

> Los americanos han subido de repente, y sin los conocimientos previos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de un Estado organizado con regularidad.

El drama de América es así doble: por un lado, la guerra, y por otro, la necesidad de improvisarlo todo. Bolívar, fiel seguidor de las doctrinas de la Enciclopedia, propicia los sistemas de organización liberal y cree acertado que la América se divida en "quince a diecisiete Estados independientes entre sí", base sobre la cual describe, como si lo viese, el futuro: "México intentará –dice– establecer una república representativa, que puede caer en una monarquía o en una preponderancia militar. Los Estados, desde Panamá hasta Guatemala, formarán una asociación y sus canales acortarán las distancias del mundo". La Nueva Granada se unirá con Venezuela en una nación que habrá de llamarse Colombia, como tributo de gratitud "al creador de nuestro hemisferio"; pero como es posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un Gobierno central, formará por sí sola "un Estado que podrá ser muy dichoso por sus grandes recursos de todo género". En Buenos Aires, a causa de sus divisiones, "llevarán la primacía los militares y su constitución degenerará en una oligarquía". Chile gozará de las bendiciones de una verdadera República. "El Perú encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal:

oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo". Y por lo que hace a Panamá, "qué bello sería que fuese para nosotros el istmo lo que el de Corinto para los griegos. Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las Repúblicas para tratar y discutir los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo". En la mente de Bolívar había nacido ya el Americanismo. Todavía más, el Libertador en esta carta profética prevé que en los países americanos habrá permanentemente dos partidos políticos fundamentales: los conservadores y los reformadores. Él, personalmente, pertenece a los segundos, y su independencia de criterio, le lleva incluso a considerar ya el fenómeno religioso como una poderosa fuerza política: "Felizmente los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa virgen de Guadalupe por reina de los patriotas".

Pero no exhibe sólo espíritu misionario esa Carta, sino que contiene una revelación capital, explicatoria del gran drama de la independencia americana: "América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió, por efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona y por la inicua guerra que la regencia nos declaró". La prédica luminosa, de extraordinaria tenacidad, del precursor Miranda, había llegado a los espíritus hasta grabar en ellos la convicción; pero no habíase dado otro paso hacia adelante que el del idealismo. Nada consistente, nada realista, habiendo como había una gigantesca empresa que cumplir. Así, todo resultaba sorpresivamente improvisado, tanto en la guerra como en lo político y lo administrativo. Oficiales y tropas, simulacros de gobiernos, ensayos de republicanismo, todo surgía como de la nada, por fuerza de la necesidad. E íbase, de fracaso en fracaso o de acierto en acierto, por la doble dura pendiente de cumplir aquello que se había jurado cumplir. El propio Bolívar tuvo que aprender a hacer la guerra, en el campo de batalla, asesorándose de los libros y de su genio. Mucho más tarde, o sea al cabo de un lustro de experiencia administrativa, contemplará con desaliento que el vicepresidente de la república de Colombia no poseía aún ni sabiduría ni acierto. Cuando hable, en Angostura, de los grandes principios republicanos,

casi no le entenderán; y cuando se les deje solos, en Cúcuta o en Ocaña, para el cumplimiento de la sagrada tarea de legislar, destruirán la estupenda creación de Colombia, o forjarán, por impericia de aprendices y audacia de demagogos, la dictadura para la nación.

La Carta, además, sitúa al Libertador en altísimo plano de sabiduría, en conocimiento de la historia americana, en la versación del derecho y la sociología. Ni ahora, ni antes de él desde Jefferson, ni más adelante, hasta el final de su vida, hubo nadie en la guerra que alcance tan encumbrada altura mental. Discierne sobre la historia como si se hubiese pasado en aquellos estudios largos años; analiza los sistemas políticos y administrativos con penetración suficientemente honda como para llegar a la exacta conclusión de aquello que necesita el mundo hispanoamericano: gobierno republicano, pero paternal. Y, sobre todo, asociación, unión, forjando un armonioso conjunto que pueda presentarse con honor a influir en los destinos universales.

En contraste con la luminosidad de previsiones tan exactamente confirmadas luego, acosa la pobreza: "Yo no tengo un duro. No me lisonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de usted: sin él la desesperación me forzará a terminar mis días de un modo violento... Estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie, pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa". No será ésta la única ocasión en que piense en el suicidio.

Días más tarde la queja se agudiza, grita: "He salido de la casa donde vivía porque las locuras de la mujer que me servía me habían hecho perder la paciencia. Esta maldita mujer me cobra ahora más de cien pesos de gastos extraordinarios que verdaderamente son injustos; pero como ella es tan maldiciente, tan perversa y tan habladora, no quiero, no quiero, que me vaya a ejecutar delante de un juez por tan poco y me exponga por sus insolencias y ultrajes a una violencia con ella". En aquellos precisos momentos la mártir Cartagena, al cabo de tres meses y medio de sitio, se rendía al general español Morillo.

La crisis personal, dura, íntima, de Bolívar toma ímpetu de drama:

Supe que la dueña de la posada en que estaba alojado con el general Pedro Briceño Méndez y mis edecanes Rafael A. Pérez y Ramón Chipia había tratado mal y aun insultado a este último, faltándole así a la consideración debida, lo que me hizo no sólo reconvenirla fuertemente, sino que determiné mudar de alojamiento. Efectivamente, salí con mi negro Andrés con el objeto de buscar otra casa, sin haber participado a nadie mi proyecto; hallé lo que buscaba [¿la casa de Julia Cobier?] y me resolví a dormir en ella aquella misma noche, encargando a mi negro de llevarme allí una hamaca limpia, mis pistolas y mi espada; el negro cumplió mis órdenes sin hablar con nadie, aunque no se lo había encargado, porque era muy reservado y callado. Asegurado mi nuevo alojamiento, tomé un coche y fui a comer a una casa de campo de un negociante que me había convidado. Eran las doce de la noche cuando me retiré y fui directamente a mi nueva posada. El señor Amestoy, antiguo proveedor de mi ejército, debía salir de Kingston para los Cayos al siguiente día en una comisión de que lo había encargado, y vino aquella misma noche a mi antigua posada para verme y recibir mis últimas instrucciones; no hallándome, aguardó, pensando que llegaría de un momento a otro. Mi edecán Páez se retiró un poco tarde para acostarse, pero quiso antes beber agua y halló la tinaja vacía; entonces despertó a mi negro Piito, y éste tomó dicha tinaja para ir a llenarla; mientras tanto, el sueño se apoderaba de Amestoy, que, como he dicho, me aguardaba, y él se acostó en mi hamaca, que estaba colgada, pues la que Andrés había llevado a mi nuevo alojamiento la había sacado de los baúles. El negrito Pío o Piito, pues así lo llamábamos, regresó con el agua, vio mi hamaca ocupada, creyó que el que estaba dentro era yo, se acercó y dio dos puñaladas al infeliz Amestoy, que quedó muerto. Al recibir la primera dio un grito, moribundo, que despertó al negro Andrés, quien al mismo instante salió para la calle y corrió para mi nuevo alojamiento, que sólo él conocía; me estaba

> refiriendo lo ocurrido cuando entró Pío, que había seguido a Andrés. La turbación de Pío me hizo entrar en sospechas; le hice dos o tres preguntas y quedé convencido de que él era el asesino, sin saber todavía quién era la víctima. Tomé al momento una de mis pistolas y dije entonces a Andrés que amarrase a Pío. Al. día siguiente, confesó su crimen y declaró haber sido inducido por un español [fue el propio general Morillo] para quitarme la vida. Aquel negrito tenía diecinueve años; desde la edad de diez a once estaba conmigo y yo tenía absoluta confianza en él. Su delito le valió la muerte, que recibió sobre el cadalso.

Y si no hubiese fallado el golpe, ¿qué habría sido de América?

Habrá más tarde nuevos intentos de asesinato al Libertador. Pero las almas vigorosas no conceden importancia a la muerte; siguen adelante. La muerte carece de entidad para todos. El Libertador, gracias a algún préstamo final del comerciante Hyslop, y luego de fracasado un proyecto de viaje a Cartagena, embárcase rumbo a Oriente, hacia la isla vecina de Haití, donde gobierna el general Alejandro Pétion, un gallardísimo defensor de todo empeño libertario. Desembarca en el puerto de Los Cayos y se dirige inmediatamente a la capital para entrevistarse con el Presidente. Es que ya acosa en su imaginación un nuevo plan de guerra. A este hombre no le derrotan los reveses. "Tengo esperanzas probables de realizar una expedición sobre la Costa Firme (Venezuela) y creo que no tardaré mucho en ejecutarla". Cuenta con el apoyo de Pétion y del corsario Luis Brión, en cuya amistad ha puesto ya firmísima confianza: "En este momento acabo de hacerle una visita al Señor Presidente; yo espero mucho de su amor por la libertad y la justicia".

Entran y salen en el puerto de Los Cayos las goletas que van y vienen en acción corsaria. Es la interesante y audaz vida del mar en aquellos tiempos. De pronto aquel día aparece un convoy de trece barcos, siete de ellos armados con cañones. Su presencia excita la curiosidad general y los sencillos moradores de aquella costa acuden a investigar el suceso. Ya son arriadas las velas; ya se sueltan las anclas; ya se da la señal de desembarque. Y comienzan a descender por las escaleras cientos y cientos de personas de todas

las edades –mujeres y hombres– en cuyo rostro aparece demacrada la angustia. Han llorado mucho; apenas si traen lo indispensable para cubrirse. Todas –unas dos mil– ignoran cuál va a ser su suerte. Vienen en huida desde Cartagena de donde pudieron escapar casi milagrosamente a tiempo que la ciudad se rendía a Morillo. Mucho les costó burlar el fuego de los cañones de las torres almenadas y defenderse más tarde de las furias del mar. Los que no pudieron huir, yacen en las mazmorras o en la tumba.

El general Bolívar y los venezolanos que le acompañaban reciben a los fugitivos con esa ardiente solidaridad propia de la desgracia y tratan de alojarlos en una y otra casa del puerto. Los habitantes de Los Cayos derraman humanitarismo; pero, ¿cómo van a vivir esas gentes, de qué; con qué han de curarse? Toma sobre sí las soluciones el propio Bolívar, a pesar de que ni él mismo dispone de nada para subsistencia. Y, más determinado que antes, apresura su próxima empresa expedicionaria.

Dispone de la generosidad del Presidente Pétion, con quien conferencia todo ese mes de enero, mientras los barcos en que han arribado los fugitivos se vuelven en alta mar también corsarios para alimentar a esa pobre gente neogranadina y venezolana. Cuenta, además, con Brión a quien nombra pomposamente "comandante de la expedición". Y cuando alcanza el apoyo concreto, decisivo, del Presidente haitiano, escucha estático cómo éste, en un rasgo de nobleza que ha recogido la Historia, impone una noble condición: cuando triunfen los patriotas en la empresa que van a acometer, habrá de decretarse la libertad de los esclavos. No exige nada más este gran espíritu, en el cual puede más la fuerza del idealismo que el volumen de la dádiva espléndida. Los barcos, las armas, los víveres, todo se pagará con una sola moneda: la libertad de los negros.[8]

Sólo falta un requisito para el inicio de la marcha: que se le confirme a Bolívar, de parte de todos cuantos van a entrar en la expedición, el título de jefe supremo. Convocada la asamblea en casa de una entusiasta mujer –Juana Bouvil–, recibe el nombramiento. Entre los presentes constan nombres inmortalizados

[8] Pétion, al propiciar la guerra de independencia, defendía muy inteligentemente la libertad de Haití, cuya soberanía peligraba al estar cercada de zonas coloniales.

por sus hechos antiguos y futuros: Mariño, Piar, Bermúdez, Soublette, etcétera. Hubo votos en contra –el de Bermúdez, el de Montilla y dos más–, pero la autoridad de la mayoría se impuso. En seguida, con afiebrada actividad, ordena ascensos, forja medio imaginativamente batallones, desbarata intrigas y hasta descubre a tiempo un secreto plan de asesinato de su persona. El hombre que conspira se llama Aury, aspirante a la jefatura suprema; pasados los años, intentará ponerse al servicio del Gobierno de Colombia, apoyado por Santander. Dato curioso y muy elocuente: la expedición cuenta no sólo con las armas y el dinero necesarios, sino con una imprenta. ¡Bolívar conoce el poder de la imprenta!

Al fin, va a comenzar la aventura, en cuyo éxito cree ese grupo de doscientos cuarenta ilusos. ¡Doscientos cuarenta van a reconquistar a Venezuela! Exactamente la víspera, y cuando se había invertido ya el último de los cien mil pesos prestados por Brión, surge el absurdo obstáculo: el general Montilla reta a duelo al Libertador. ¿Qué va a suceder? Nada. Bolívar no se toma el trabajo de conceder importancia al episodio; excluye al audaz de la expedición, lo mismo que a Bermúdez, y ordena levar anclas.

Las endebles siete goletas salen de puerto con su cargamento de soñadores, de los cuales sólo ochenta son soldados, los demás figuran como oficiales. Es una hazaña de cabezas casi sin cuerpo. Como la noticia del viaje circulará en el exterior, el jefe supremo, previsivo, escribe cartas en las que inventa que la expedición viaja con catorce barcos, más de dos mil hombres y armas y municiones para una lucha de diez años. Antes de hacerse a alta mar, las goletas se concentran en el fondeadero de La Beata, donde aguarda Josefina Machado. Ha venido con muchas señoras, procedentes de la vecina isla de San Thomas, donde ya les era imposible subsistir.

En el camino, mientras las olas dan rebotes contra las quillas, se acerca un barco corsario con una grata noticia: los patriotas de la isla Margarita, con el valeroso Arismendi por jefe, se han sublevado y han recuperado el dominio de territorio tan importante. ¡Adelante; rumbo a Margarita!

Bolívar y Brión ponen en práctica una sabia estrategia: al acercarse a tierra, pasan de largo, como si no les interesara detenerse allá. Los barcos españoles miran asombrados el suceso y creen que

el enemigo huye. No huye, sino que retrocede sorpresivamente y triunfa. Al desembarcar, Bolívar –que acaba de dar el primer combate naval de su vida– abraza a Arismendi con sincero gran abrazo de venezolano y confiere a Brión el grado de almirante. Entrega mil fusiles y convoca una Asamblea popular en el interior de una iglesia, donde se le confirma el título de jefe supremo. Exclama entonces: "Españoles que habitáis en Venezuela, la guerra a muerte cesará si vosotros la cesáis; si no, tomaremos una justa represalia y seréis exterminados". La loca aventura, de tan pocos hombres contra los catorce mil que tienen los realistas en Venezuela, se trueca desde este momento en un descabellado desafío.

Dejan encastillados a los españoles, que se han retirado a un rincón de la isla, y salen rumbo a la costa venezolana, donde fondean en el puerto pequeñito de Carúpano, al sudeste de Margarita. Se les recibe a cañonazos. Nada les detiene a los valerosos locos, que se apoderan del pueblo. Pero se encuentran allí con una sorpresa: la población está casi vacía, porque sus moradores, realistas, han huido por el temor. Destaca entonces el jefe supremo varias comisiones al interior con el objeto de atrapar hombres y engrosar el diminuto ejército, y en cortísimos días las tropas suben ya a mil individuos, que reciben disciplina militar inmediatamente. ¿Está produciéndose algo parecido a un milagro?

VII

> La tragedia comienza realmente en el instante en que el héroe reconoce lo trágico de su situación.
>
> STEFAN ZWEIG. *Magallanes*.

Llueve con una persistencia que desespera. Los torrentes turbulentos cierran el paso a la acción de las guerrillas, y las tropas españolas acampadas cerca, no se deciden a avanzar. Es un nerviosismo mutuo que nada define y que tiene a las señoras, en los barcos o en tierra, en un estado de zozobra que llega a la tirantez. Todos trabajan, sin embargo, empacando provisiones, fabricando

zapatos para la tropa y aperos de montar. Las flecheras se aventuran, costeando, hacia oriente, y atrapan unas cuantas embarcaciones menores. Hay indecisión, misterio, expectativa.

Y es que, a espaldas de Bolívar, un coronel inglés –como aquél otro de apellido Wilson, en el año 18– conspira secretamente para eliminar al Libertador de la Jefatura, poniéndole en su lugar al almirante Brión. Wilson había conspirado a favor de Páez. Ahora, como entonces, descúbrese la miserable intriga y el coronel traidor, Ducoudray Holstein, es expulsado de Venezuela en un barco. Ya en el exterior, operará como Wilson: calumniando, insultando.

Puesta así, subterráneamente, en peligro la autoridad de Bolívar, considera éste indispensable una asamblea popular que, reunida en grande alarde y fervor, confirma la Jefatura Suprema del Libertador. Era necesario. Bolívar se verá rodeado de deslealtad hasta la muerte.

El plan inmediato consiste en marchar hacia el interior del territorio; pero ni llegan los refuerzos que se aguardaban procedentes de Margarita ni se consigue el número suficiente de bestias para conducir víveres y parque. Ante el gravísimo peligro de la inercia, peor que cualesquiera derrotas, manda cambiar el escenario de guerra. Se embarcan por lo mismo y navegan hacia Occidente hasta muy lejos, hasta más allá de las zonas aledañas a Caracas, en empresa arriesgadísima, que el propio Bolívar califica así: "Si soy desgraciado en ella, no perderé más que la vida, porque siempre es grande emprender lo heroico. Voy a desembarcar a la costa de Ocumare a la cabeza de mil hombres y antes de ocho días tomaré la capital". Arriban allá, en efecto; se lanzan a tierra apenas ha perforado el sol las sombras del amanecer y plantan en la arena ceremoniosamente la bandera de la libertad. Mas, como en Carúpano, se les recibe a cañonazos. El pueblo cede, sin embargo, y como ha de evitarse la concentración del enemigo, marcha el coronel Soublette al interior con más de quinientos hombres. Las señoras aguardan, con angustia, en los barcos, y sólo muy pocos descienden a tierra; entre éstos, la voluntariosa Josefina.

Morillo, general de gran experiencia y previsivo, apenas supo que había partido de Haití la expedición revolucionaria, ordenó a su subalterno Morales en Venezuela que adecuase tropas y se

dispusiese a atacar. A la hora en que es tomada Ocumare por Bolívar, ya Morales hállase a sólo cuarenta kilómetros de distancia, en la ciudad de Valencia. Soublette intercepta una carta en la que se habla de un ejército de tres mil hombres a las órdenes de Morales; cree en eso, cae en el ardid y se sitúa a la defensiva. Bolívar le reprende enérgicamente en este mensaje:

> El movimiento retrógrado de V. S. nos ha hecho daño y sólo puede repararse esta pérdida con operaciones muy audaces y aceleradas. Lo que parezca a V. S. temerario es lo mejor, pues la temeridad en el día es prudencia.

Bolívar opera, como siempre, con una intuición extraordinaria; no se entrega en brazos de falsos datos y adivina en aquel instante que el enemigo aparenta omnipotencia precisamente porque siéntese débil. Pero Soublette, convencido de que Morales podía aniquilarlo –y éste no tenía sino cuatrocientos soldados– persiste en la actitud defensiva. Y comienza a jugar así una carta arbitraria.

Al cabo de cuatro días, en los cuales el jefe supremo se ha quedado en Ocumare, no entretenido con su novia, según dijo más tarde Soublette para disculpar su falla militar, sino ocupado en vigilar el parque y manejar las numerosísimas comisiones que actuaban en diferentes direcciones para la consecución de reclutas, bestias y víveres, de todo lo cual pendía el futuro en forma vital, decide Bolívar marchar en busca de Soublette para el urgente y vigoroso acto rectificatorio. Ya es tarde. Morales aprovechó excelentemente el tiempo que se le dio y pudo reforzarse con contingentes numerosos. De modo que cuando se produce el choque el Libertador es derrotado, pagando caro así su doble error de haberse confiado de un jefe valeroso, pero sin suficiente audacia, y de haber esperado cuatro días para actuar, cuando debió intervenir ante el primer indicio de flaqueza. Anzoátegui, que hubiera podido cambiar la suerte de las armas patriotas en aquella acción, no llegó a tiempo.

A la luz de míseros candiles, en una pobre casa de Ocumare, los oficiales derrotados tratan de descubrir una solución al tremendo problema. Si llegare Morales, el omnipotente, los echará a todos al

mar o les acuchillará. No hay sino reembarcarse, según unos; otros consideran posible seguir la lucha en tierra. Bolívar, obsesionado, parece ausente de la escena. Al amanecer todavía están divididas las opiniones. Entonces el destino da su pequeño golpe: comienzan a oírse a distancia los disparos de los españoles que se acercan. Urge embarcar todo apresuradamente: armas, municiones, hombres, señoras; las armas van a dos buques mercantes –casi todos lo eran, con la excepción de uno, que pertenecía al Estado– y la tropa sube a donde puede. El Libertador se queda en tierra hasta el final. Pero ya los realistas están demasiado cerca; constituyen serio peligro. En vista de eso, se expande la confusión y los barcos levan anclas, sin preocuparse para nada de los hombres que aun están en tierra, entre ellos Bolívar. Hay algo demoníaco en aquel minuto. "Fui engañado por un edecán del general Mariño –narraba más tarde el propio Libertador– y por los marinos extranjeros, que cometieron el acto más infame del mundo dejándome entre mis enemigos en una playa desierta". Quizás operaba en el abandono un propósito siniestro. El episodio va a culminar a los ojos de oficiales y soldados, que contemplan la escena desde el amplio palco de los barcos, donde lloran desesperadamente los ojos de Josefina. Bolívar decide suicidarse. "Iba a darme un pistoletazo cuando Mr. Videau volvió del mar en un bote y me tomó para salvarme". ¡Nunca le traicionaron todos!

La expedición hace ahora de lanzadera; vuelven hacia Oriente desesperanzados. El jefe va herido en la mitad del alma con aquella herida corrosiva que le produjo la ingratitud; los demás se acogen a la veleidad de la suerte. De nada les sirve encontrarse en alta mar con el almirante Brión, si no pueden desembarcar en ningún sitio. Entran a fondo en el Caribe, hacia el Norte; tratan de descansar en una isla, de la que se les echa a las veinticuatro horas. Avanzan hasta San Thomas; allí se quedan las mujeres; para ellas ha muerto otra vez la esperanza del regreso a la tierra propia, y vuelve el hambre y retorna la necesidad de ganarse la vida en más de un menester deprimente; aquellas mujeres hermosas, distinguidas, cultas, de la Caracas de los orgullosos mantuanos... Otra despedida de Josefina. ¿Volverán a verse?

Al fin los barcos arriban al puertecillo de Güiria, en el extremo oriental de Venezuela, donde Bolívar es recibido fríamente –demasiado

fríamente– por los generales Mariño y Bermúdez (éste ha viajado secretamente en uno de los propios barcos de proa de la expedición fugitiva). Aspiran juntos al predominio y quieren forzar la realidad con la ocasión que se les presenta. El día 22 de agosto –día triste–, a poco de haber zarpado Brión hacia los Estados Unidos en busca de armas, dinero y reconocimiento oficial de la independencia venezolana, estalla sorpresivamente un motín. Mariño, Bermúdez, otros oficiales, la tropa, las gentes del pueblo y hasta los desarrapados gritan por todas partes: "¡Abajo Bolívar!". Crecen los gritos hasta lo estentóreo, como si quisiesen aniquilar al Libertador bajo una descarga de voces histéricas. El general, puestas las manos en los bolsillos de su casaca y fruncido el ceño rígidamente, sale a pasos firmes, lentos, hacia el barco que le aguarda. Su intensa mirada triste salta de su cuerpo menudo a las arenas del camino, en las cuales va clavada. La plebe, ante la impavidez del jefe, se exalta, ruge, trata de abalanzarse sobre él. Hierve entonces éste en ira; parece un dios cargado de rayos; desenvaina su espada y sigue caminando a paso seguro. Los que le atacan prevén que van a morir y retroceden. Bermúdez, al ver que se salvaba el general, desenvaina también su espada, decidido a herir de muerte al Libertador. Mariño se interpone; sabe que el Libertador mata de la primera estocada. Y así, dramáticamente, es expulsado Bolívar de su patria una vez más y, ¡por sus propios compatriotas! La loca, la quijotesca empresa termina en la soledad, en el dolor hondísimo, para el valeroso expedicionario, que retorna duramente conmovido a su antiguo refugio de Haití.

En los tres dificilísimos meses que va a permanecer en la isla en todo piensa, menos en saberse derrotado. Se entrega, casi con rabia, a preparar una nueva expedición. Está casi solo, carece hasta de lo indispensable, ni tiene el estímulo de sus antiguos camaradas.

Un día le llegan dos comisionados que, a nombre de los revolucionarios que comandan Monagas y Arismendi, traen el encargo de invitarle a partir inmediatamente hacia su patria para

una continuación exitosa de la guerra.[9] Apresura, vehemente los preparativos, apoyado de nuevo, con el mismo antiguo desinterés, por el Presidente Pétion. Esta vez segunda son pocos los que le acompañan, pero sabe que son muchos los que le esperan. Su ausencia, forzada, no ha roto el vínculo, y el imperio de su genialidad guerrera se ha hecho indispensable.

Ya en viaje, con los nuevos barcos, pasa por San Thomas, donde están sus parientes, sus amigas, su amor; les anuncia la buena nueva de un pronto retorno de todos a la patria, y sigue hacia la isla de Margarita, que divisa tres días antes de que finalice aquel caótico año de 1816.

Firme y hábil, actúa en seguida con precisión. Desde el puerto se dirige al general Mariño, su émulo en estas palabras: "Mi querido compañero y amigo...". Invítale a obrar en acuerdo: "Yo no me puedo persuadir que usted sea capaz de degradarse al infame rango del traidor Castillo; él fue disidente; no debe usted serlo jamás". Luego, una voz de generosidad: "No crea usted que yo deseo mandarlo; por el contrario, debe usted persuadirse que yo deseo someterme a un centro de autoridad que nos dirija a todos con la más severa rectitud". La carta añade un término perentorio: "Parto mañana a defender a Barcelona". En realidad la invitación a obrar en acuerdo tiene más bien visos de orden.

---

[9] Mientras él actúa, los revolucionarios de su patria amplían la lucha y la desatan en varios puntos. Mariño, Piar y Bermúdez logran éxitos en la zona oriental. Al occidente, Urdaneta, Páez, Serviez y Santander infligen derrotas a los realistas en varias acciones; Arismendi mantiene vigorosamente la libertad en Margarita. Y se presenta un episodio que habrá de tener consecuencias a través de generaciones. Los de Occidente, en efecto, empiezan a ver destacadísima la figura del general Páez, bravo llanero, a quien obedecen fanáticamente sus soldados. Un día, este voluntarioso jefe resuelve que haya en sus dominios un Gobierno, y reúne a militares y civiles en el pueblecillo de Arauca, para que se proceda al nombramiento de quien deba tomar la autoridad suprema. Los civiles designan a Santander; los soldados desconocen ese nombramiento y se deciden por Páez. En consecuencia, Páez queda de jefe, y nace así una subterránea irreconciliable enemistad entre los dos personajes; enemistad que les durará toda la vida y que se extenderá por largo tiempo a los propios países de donde son oriundos: Venezuela y Nueva Granada. Lo trascendente suele tomar con frecuencia arranque decisivo en hechos al parecer minúsculos. Páez tiene entonces veinticinco años, y Santander, veintitrés.

En tres fracciones antagónicas halla divididos a los patriotas: Piar se moviliza con numerosas tropas, a las cuales ha dado la orden de desobedecer a Mariño y Bermúdez; la tercera fracción que incluye muy numerosos neogranadinos, obedece en Occidente al general Páez. A todos invita a concentrarse para desarrollar un plan armónico de ofensiva general. Ya irán contestándole. Poco menos que nada existe para arrancarle al futuro una victoria ni nada anuncia la subordinación de los acontecimientos al esfuerzo en perspectiva. A pesar de eso, envía a todos, con la invitación, este desconcertante saludo de año nuevo: "Ustedes volarán conmigo hasta el rico Perú; nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano". Sólo un iluso –o un genio– podía hablar de esa manera.

El primero en responder es el general Mariño; lo hace con recriminaciones y quejas, le escuecen dentro la vanidad y la petulancia; continúa en el propósito de considerarse el eje de las circunstancias. No reconoce autoridad en Bolívar, un general derrotado...

Sintiéndose sólo, y al calcular que los otros jefes contestarán al cabo de muchos días, debido a las grandes distancias a que se hallan, resuelve Bolívar lo peor: jugarse a la suerte una salida en falso. Finge una marcha militar hacia Caracas bordeando la costa. Lo advierten los españoles, atácanle y le derrotan. Cae así en un error de gravísimas consecuencias, porque el enemigo, que ha medido fuerzas, emprenderá el ataque a Barcelona inmediatamente. El pánico reaviva la esperanza en todos, y todos cooperan febrilmente en la obra de fortificar la ciudad. Parten las órdenes desde el convento de los franciscanos, convertido en centro del atrincheramiento, y cada casa, cada calle, se trueca en deleznable barricada, donde la mano constructora no es mano de firmeza, sino de desesperación. Los mil quinientos soldados no bastan para la lucha. El coronel Soublette parte en volandas en busca de Mariño para entregarle el mensaje más triste de toda la historia militar de Bolívar: se someterá a la autoridad de Mariño a cambio de auxilios. Mariño acepta. El Libertador ya no consta ni como ex presidente de una Venezuela republicana que se niega a derrotarse, ni como jefe supremo aclamado en tres últimas y sucesivas asambleas

populares. No se siente herido sin embargo. Quien lleva en sí la conciencia de una fuerza que no depende de los demás carece de la conciencia de la humillación. Y en el momento en que llega el nuevo jefe, Bolívar acógele generosamente, con los brazos abiertos, y exclama: "Vengo a recibir al libertador del Libertador". Mariño se conmueve profundamente; abre también paso a la generosidad, y, apretando reciamente la mano de Bolívar, le declara una amistad "para siempre". Pero se hace cargo del mando supremo. Hasta la tropa captó el significado verdadero de la equivocada jefatura y se produjeron serias deserciones, precisamente en la hora crítica.

Órdenes van y vienen; las tropas se fatigan de un punto a otro; el pueblo se concentra, gime, grita. Mariño va de desacierto en desacierto; decide aguardar a los atacantes, situándose en una defensiva suicida, hecho que comenta con rabia el Libertador con el general Urdaneta, cuyo arribo no es aprovechado convenientemente.

Llega un mensaje de Páez: no le es posible acudir a la proyectada concentración en Barcelona, pues tiene aviso de que el general español Morillo avanza ya sobre Venezuela, luego de haber dominado totalmente la Nueva Granada y de haber fusilado allá a todo neogranadino de valía.

También Piar, cuyos hombres hacen la guerra a orillas del Orinoco, al sur del país, se niega a la concentración. Pero enciende una luz espléndida en su mensaje: que deje el Libertador las costas del mar; que convierta al Orinoco en mar y lance desde allí la embestida, de Sur a Norte. Por esa luz, sorpresiva y fulgente, advierte Bolívar que la salvación está en otro punto. Y, negándose a seguir de testigo de los errores de Mariño, resistiéndose, además a continuar sometido a la paciencia, que no es su mejor virtud, una mañana, con sólo quince oficiales por compañeros, abandona la semisitiada ciudad y se lanza al llano, rumbo al Sur. Van en busca de las aguas benignas del gran río; caminan doscientos kilómetros; dan con las aguas, las atraviesan; no encuentran a nadie; vuelven a pasar, tornan a caminar. Hasta que una noche de abril la selva presencia el abrazarse cálido de los fatigados hombres con los hombres expectantes de Piar.

Aquella noche no se duerme. En un ambiente de gran pobreza y sumidos en un calor asfixiante planean acciones. No les cerca sino la selva, junto a las aguas, donde las arañas y los murciélagos trazan

su discreta curva alevosa bajo el dombo de árboles centenarios. Las voces de los hombres se mezclan con el grito de pájaros nocturnos y el croar de ranas sensuales, cínicas. El cerebro del varón que señala los caminos de la Historia no requiere marco ni ambiente para crear.

Allá, en Barcelona, los realistas se tomaron la ciudad y pasaron por las armas a cuanto patriota encontraron, en uno de sus más horribles festines de odio. Los jefes, que no pudieron huir, fueron enviados a Caracas, donde se les ahorca. Y dentro del convento, donde se había preparado el atrincheramiento mayor, se desata lo macabro en una concertada mezcla de saña y de bajeza: "La sangre cayó hasta en los altares. Ni las mujeres, ni los ancianos, ni los niños hallaron piedad. Hízose del templo casa de lascivia y servían los cadáveres para escarnio, siendo teatro de torpezas las insensibles formas". Perecieron más de mil. Era el desenlace natural y brutal que Bolívar no estuvo dispuesto a soportar.

Coincidente con la noticia de la caída de Barcelona, se presenta al Libertador el coronel Santander, que llega acompañado del coronel Manrique. Vienen desde el Apure, desilusionados, pero fuertes. Santander fue derrotado en el mando de los llaneros por el general Páez. Buscan, muy inteligentemente, la égida de Bolívar. Este tenía respecto de Santander dos antecedentes de importancia: tratábase de un oficial que en tan cortos años –veinticuatro– ya había mostrado la soberanía de un talento superior, hermanado con el fuego de la valentía. Decidido, constante, muy ambicioso y astuto, enseñaba un alma poco común. Pero a la vez recordaba el Libertador la escena de Ocaña, cuando este coronel se negó a marchar con los contingentes de la "campaña admirable"; negativa que le significó un ultimátum de obediencia o muerte. De modo que, sopesada la doblez faz, acepta Bolívar los servicios de Santander, dándole un cargo en su Estado Mayor; quiere servirse de él y a la vez vigilarlo; no le confía mando directo, y no se lo dará sino dos años más tarde, cuando ya se haya borrado la última huella de recelo.

El plan estratégico acordado divide el ejército en dos alas; sale la una hacia Occidente, con las fuerzas mejores, al mando del general Piar. El movimiento espectacular, desafiante, le corresponde a Bolívar, que va en dirección contraria, como si tratase de atacar el puerto fortificado de Angostura, a orillas del Orinoco y en la margen

opuesta (la derecha). Cree el general La Torre, español, que lo importante de la acción va del lado de Bolívar; opera en ese sentido, y muerde el anzuelo. Piar lo destroza y toma cruel venganza por la matanza de patriotas en Barcelona: fusila a todos los prisioneros españoles; perdona la vida únicamente a los presos criollos por medida de habilidad, no por humanitarismo.

Bolívar, luego de amenazar a Angostura, sin atacarla, se dirige hacia el Norte por los inmensos llanos inhospitalarios, en la dura obra de recoger a los fugitivos procedentes del desastre de Barcelona; con ellos integrará un ejército suficientemente vigoroso como para ofensivas de categoría. Lo logra, en larguísimas marchas realizadas en diferentes direcciones, operando a modo de pastor cuya grey se hubiese disgregado con el golpe de un gran alud. Cuando entra, de regreso, al campamento de Juncal, donde aguardan los vítores de los triunfadores sobre La Torre, llega acompañado de centenares de soldados y con los oficiales Arismendi, Soublette, Valdés y hasta Bermúdez, que ha sido perdonado magnánimamente. Todos, en solemne unidad de acto, con la naturaleza hirviente por testigo, confirman al Libertador su rango de jefe máximo y se confían a la sabiduría de su audacia. Ha sido superada en parte la larga y peligrosa etapa de las aspiraciones personalistas, de obsesionado caudillismo, en que quedaba flaco y vano el interés de la patria. De ahí hasta la muerte, quien se atreva a desconocer a Bolívar sufrirá muy amargas consecuencias. En el alma de este hombre se ha agigantado la autoridad a tal punto, que se ha vuelto ya inconcusa; no llegará a tiránica, porque le faltará lo que sobraba a Napoleón: el desprecio a la ley y el menosprecio de la vida de los demás. En el corso podía advertirse que a mayor autoridad correspondía mayor arbitrariedad; en el caraqueño, a mayor autoridad, mayor responsabilidad.

Pero autoridad mayor no significa control de todo. En esos momentos el ambiente es oscurísimo y sólo caben operaciones de tanteo para descubrir puntos débiles. Sin embargo, Bolívar tiene ya su obsesión: tomar el puerto fortificado de Angostura y limpiar el río Orinoco de barcos españoles. Entonces, sólo entonces, habrá una verdadera base de acción desde un punto de apoyo inexpugnable. Para ese día, cuyo advenimiento hay que apresurar, el río oscuro se habrá tornado mar y los barcos de Brión arribarán cargados de armas.

¿Cuándo será posible cumplir tan valiosa etapa? Caracas se ha puesto muy lejos; mas no tanto como para no ir hasta ella. Comienzan así a repicar persistentemente en la imaginación del general tres nombres obsesionantes; Angostura, Caracas, Londres. Londres traduce su mente por la palabra armas. Hay una estupenda armonía y una inesperada unidad en esas tres únicas palabras, mágicas por ahora, refulgentes.

Arismendi construirá pequeños barcos, llamados flecheras; Piar vigilará la parte Norte, donde aguardará instrucciones, y entre tanto actuará sometiendo a los pequeños grupos de realistas de la región, conseguirá víveres. Otras tropas iniciarán el asedio de Angostura.

Sorpresivamente se presenta lo insospechable, y los planes, medio vagos todavía, entran en crisis. Bolívar resuelve trasladarse a los lugares donde está Piar y no lo encuentra. ¿Qué se ha hecho? ¿Qué ha sucedido? Sólo se sabe que se ha ausentado a la región próxima de Las Misiones, donde hay abundantes cultivos y unos cuantos pueblecillos modestos. Aparentemente no existe sino un acto de indisciplina. Las otras noticias llegan poco a poco y completan el cuadro en torno a Piar. En efecto, una vez en Las Misiones, él y sus subalternos han desatado enconada persecución contra cuarenta y un frailes capuchinos españoles, acusados de fanática propaganda antirrepublicana. De los cuarenta y uno, perecen catorce a causa de vejaciones recibidas de la soldadesca; siete escapan y veinte son encerrados en una cárcel, donde, luego de martirizarlos por un lapso de varias semanas, se les fusila. Todo esto a espaldas de Bolívar, que conocía el problema de los frailes y que tenía resuelto expulsarlos del país, porque, en efecto, sublevaban a los indígenas en contra de los patriotas constantemente; servían a su Rey a su manera. En todo caso, un problema minúsculo, que casi desaparecía ante los ojos en presencia de otras noticias alarmantes. La más grave de ellas: que Morillo avanzaba sobre Venezuela con grandes contingentes, a tiempo que inmensas masas de neogranadinos emigrados buscaban refugio en los llanos de Casanare. Ambos hechos acentúan el hervor de la guerra, sin cambiar los planes primitivos del Libertador.

Pero otra noticia, relativa a Piar y a Mariño, sí puede echar al traste con lo proyectado, desnaturalizando el impulso y echándolo a la impotencia. Mariño, al Norte, luego del trágico fracaso de la defensa

de Barcelona, continuó ensoberbecido en su preeminencia de jefe único, y para conservar la dignidad y sus ejecutorias reunió una especie de Congreso en el pueblecillo de Cariaco, con numerosos delegados, amigos suyos. Como consecuencia de las determinaciones allí tomadas, Mariño continúa con soberanía y mando supremo sobre todos los ejércitos libertadores. Para los efectos de la política y la administración, fórjase un gobierno plural, en el cual se le asigna a Bolívar el puesto de suplente. Termina labores el Congreso y produce un efecto deletéreo. Piar, el primero de todos, reconoce lo fijado allá y se enfrenta de ese modo y abiertamente contra la autoridad de Bolívar; autoridad que él mismo había reconocido y aclamado hacía muy poco en el campamento del Juncal. Más aún: también Arismendi está para acatar lo del Congreso y realiza propaganda subterránea en favor de eso que ya constituye una conspiración de cien brazos amenazadores.

Bolívar, ante la peligrosa sorpresa, determina aplicar mano recia, sin perder altura. "General –le escribe a Piar–, prefiero un combate con los españoles a estos disgustos entre los patriotas; si nos dividimos, si nos anarquizamos, triunfará España y con razón nos titularán vagabundos". Califica el problema, hábilmente, de disgustos. Mas a Briceño Méndez, a quien le narra lo acaecido háblale en forma muy diferente: "¡Aquí no hay anarquía mientras yo respire con la espada en la mano!". Es la verdadera, la auténtica fragua imperiosa en que se quema ya ese espíritu.

Arismendi, arrepentido, retrocede y Piar se siente solo. Bien pudiera proceder con magnanimidad recurriendo a la virtud de la sencillez, con lo que se habría salvado, engrandeciéndose. Prefiere en cambio, la prevalencia de su orgullo y fríamente solicita el retiro del ejército "por motivos de salud". La situación se hace difícil; Bolívar comienza a ganar terreno, sin embargo, de que Piar es hombre de cuenta, inteligente, audaz. Concédele un pasaporte para que se marche "a donde le plazca", seguro de que no irá a ninguna parte distinta de aquellas en donde pueda conspirar y ejercer autoridad. A varones de temple no se les ve huir nunca; su despecho va a la agresión, no al vencimiento. En seguida reúne Bolívar a los oficiales y a la tropa, a quienes les plantea el problema de la confianza integral, sin reticencias. Soldados y oficiales confirman al Libertador en todas sus prerrogativas de dirigente único de la revolución y la guerra, a tiempo que llegan

Urdaneta, Sucre y otros. Mariño se ha quedado casi solo en su vanagloria; Piar también está casi solo.

Restablecida la autoridad, el Libertador ordena acciones enérgicas a lo largo del río Orinoco con el propósito de alcanzar en él la libertad de navegación. Se producen choques sin éxito. En uno de ellos, patético, a la hora en que un grupo de flecherías retrocedía, acude personalmente para dirigir un golpe a fondo contra los barcos españoles. Estos atracan las embarcaciones y desembarcan infantería, logrando que los atacantes queden divididos en dos. Bolívar se encuentra en el grupo al que se le ha cortado la retirada. Al parecer no hay salvación y caen ya las sombras de la noche. Quítase la casaca y se lanza a nado para atravesar un estero, y lo hace hundiéndose en las aguas lodosas, escondiéndose entre las malezas de la orilla, hurtando el cuerpo a posibles ataques del caimán, en una hora horrible, en que se ve, casi solo, frente a todos los enemigos y junto a la muerte. Con él nadan el general Lara y pocos más. Llegan al fin, arrastrándose entre los matorrales, hasta el trapiche de Casacoima, donde los oficiales casi no dan crédito al milagro. Toma entonces la palabra el Libertador y suelta el fuego creador de su imaginación, con esa su invencible arrogancia, para anunciarles a los presentes que el almirante Brión se aproxima, que todo el territorio donde se encontraban sería libertado, que se salvarían Venezuela, la Nueva Granada, Quito, el Perú, y, en suma, todo el Continente! Oyenle desconcertados; nadie se atreve a acercarse para comprobar si hay o no fiebre delirante en ese cuerpo descarnado, y el amanuense Martel, que anota las palabras del orador, se pregunta sinceramente si Bolívar no está loco. Recuéstase aquél en seguida en una hamaca; se balancea, nerviosamente y añade: "Perdí mi uniforme, pero me hallo mejor con esta bata que ustedes me han regalado y siento también que han mejorado las heridas de mis pies; mañana me estrenaré la hermosa camisa de corteza marina que me regaló un cacique...". Martel, desconcertado, le llama aparte al coronel Briceño y le dice:

–Todo está perdido, amigo; el que era toda nuestra confianza está delirando. En la situación en que le vemos, sin más vestido que una bata, sueña con el Perú.

–Es que el Libertador se chancea para olvidar el mal rato –responde Briceño.

El Libertador no estaba loco. Los locos carecen de lógica. Brión acaba de llegar a la boca del Orinoco con cinco flecherías, tres goletas y cinco bergantines, noticia que desconcierta a los españoles; temen quedar cortados en la retirada hacia el mar. Abandonan así la ciudad fortificada de Angostura en los treinta buques de que disponían. Son dos mil hombres de guerra y mil ochocientos emigrados, que parten dejando las casas casi vacías de gentes y totalmente desprovistas de víveres. Es triste la despedida de los realistas, que se alejan de un lugar donde muchas personas los querían con sinceridad: amigos, amantes, novias, hijos.

Bermúdez es el primero en ocupar Angostura al día siguiente. Encuentra un poblado de muchas casas que dan a la margen del río; otras se empinan en la loma armoniosa que sirve de asiento al resto de la ciudad. Son unas cinco mil las modestas que moran en esta villa, a cuya parte de atrás duermen silenciosamente grandes charcos. Las calles y los árboles sufren los rigores de un sol tropical hostil y de una fuerte humedad. Están tan lejos del mar y de las tierras donde haya más poblaciones, que esas gentes ni tienen conciencia de lo que ven ni descubren nunca anchos horizontes; parecen perdidas en la inmensidad de las vastísimas regiones, donde sólo el esfuerzo y el espíritu de lucha pueden destruir la soledad. Da la impresión Angostura de ser el extremo de una cabeza de roca que se hubiera alzado apenas, desde el abismo, a orillas de la anchísima corriente. Consta como obispado y tiene su catedral.

Salen los treinta barcos españoles aguas abajo, viajan ciento cincuenta kilómetros y se detienen junto a otro lugar fortificado, de nombre Guayana la Antigua. "Veíamos a Bolívar montado en su mula en medio de sus edecanes recorrer el campo a tiro de fusil de nosotros", escribe un capitán español.

A los quince días abandonan este su segundo refugio y marchan decididamente hacia la mar. El convoy, impelido por el viento, es una larga caravana de gigantes mariposas. Bolívar, al advertirlo, parte en seguida, a marchas forzadas con sus hombres a las bocas del Orinoco para reforzar desde tierra al almirante Brión, que va a tratar de impedir con sus catorce naves la salida al mar –la fuga– de las treinta españolas. De este encuentro dependerán los sucesos por largo tiempo. Ya no es obra de inspiración, ni fiebre de

entusiasmo, lo que ha de señalar el triunfo o la derrota, sino el éxito o el fracaso de la dirección naval técnica. Los españoles poseen más del doble de barcos; si logran la victoria, quienes queden atrapados en la selva serán los patriotas, cortadas sus comunicaciones con el mundo exterior. Bolívar quisiera multiplicarse, como lo ha hecho en varias ocasiones. Esta vez tiene que confiarse íntegramente del almirante Brión; desde tierra hará acto de presencia, será testigo, vigilará y verá la buena suerte o la tragedia. Nada más. Se siente como maniatado. Y Brión, por su parte, advierte con exactitud las consecuencias de la batalla que va a iniciar; sabe, además, que el Libertador le observa, le analiza, le critica. Cuando todo haya pasado, y sólo al cabo de muchísimos días, Morillo sabrá a qué atenerse. El golpe de las bocas del Orinoco iba directamente sobre él; está vinculado a su destino, para bien o para mal.

El corsario, sabio lobo de mar, sitúa sus barcos en hilera, a un solo lado de la boca, como si fuesen gendarmes. Él, Brión, personalmente, está en el primer navío, en el que va a recibir la primera andanada de los españoles. Se abren los fuegos. La batalla durará dos días. El haberse colocado los barcos de Brión de un solo lado obliga a los otros a ir desfilando por delante, uno a uno, cogidos en una especie de trampa que no es trampa, puesto que se halla a la vista de todos. Cualquier otra forma de táctica bélica habría significado el desastre; la única favorable fue la de disparar a la vez todos contra cada buque que se aproximaba. Cuando atardeció, al segundo día, varios buques españoles yacían al fondo del agua cenagosa, manchada de sangre; catorce constaban como rendidos, y si alguno se salvó, sirvió únicamente para llevar la noticia de que los realistas habían perdido el dominio de todo el sur de Venezuela, porque se les había escapado su única gran vía de comunicación con el exterior. Esta batalla debería de constar, ante las generaciones, entre las más gloriosas y decisivas. Mil setecientos monarquistas, mucho oro y plata, en los catorce barcos apresados constituyen el botín que Brión entrega a Bolívar con evidente orgullo. "Este golpe nos da una preponderancia eterna –dice Bolívar a Páez– y fija irrevocablemente el destino de Guayana, Barinas y aun de la Nueva Granada".

Morillo en esos momentos se ocupaba en atacar la isla Margarita con efectivos seis veces superiores a aquellos con que

contaban los margariteños. Hallábanse en lo más recio de la lucha cuando sorpresivamente el español ordenó el reembarque y la retirada. Acababa de saber el desastre de sus barcos en el Orinoco y salió en volandas a Caracas, al suponer que Bolívar seguiría esa ruta.

Quizá ése hubiera sido el movimiento del Libertador de no erguirse de por medio el problema de Piar. Este general de alma agresiva, apenas recibido el pasaporte que le diera Bolívar, salió rumbo al Norte, donde creía encontrar fuerzas contra Bolívar apoyándose en el general Mariño, sin escuchar la orden que le transmitió Bermúdez de presentarse al general y jefe. Encontróse, en efecto, con Mariño y con otros y fue derrotado en unas cuantas acciones menores contra los realistas. El insuceso desató definitivamente su odio contra el Libertador y se lanzó a planes subversivos manifiestos. La medida quedaba así colmada. El Libertador los denuncia:

> Ciudadanos. La más grande aflicción que puede sobrevenir al ánimo de un magistrado es aquella que lo obliga a emplear la espada de la justicia contra un ciudadano que fue benemérito de la patria. Yo denuncio a la faz de la nación el crimen más atroz que ha podido cometer un hombre contra la sociedad, el gobierno y la patria. El general Piar es el autor execrable de este fatal delito. Con su insensata y abominable conspiración sólo ha pretendido una guerra de hermanos en que crueles asesinos degollasen al inocente niño, a la débil mujer, al trémulo anciano, por la inevitable causa de haber nacido de un color más o menos claro. Pero no, venezolanos, vosotros no sufriréis que las últimas gotas de sangre que ha respetado el puñal de los asesinos de España sean derramadas por vuestras propias manos. Vosotros sois incapaces de servir de instrumento a los furores de Piar.

E inmediatamente sentencia:

> El general Piar ha infringido las leyes, ha conspirado contra el sistema, ha desobedecido al Gobierno, ha resistido la fuerza, ha desertado del ejército y ha huido como un cobarde; así, pues, él se ha puesto fuera de la

> ley: su destrucción es un deber y su destructor un bienhechor.

Piar hallábase en la región de Maturín, donde actuaba el general Sedeño, leal a Bolívar. Hay inminente peligro de lucha entre los dos y sus respectivas fuerzas. Están frente a frente, desafiantes. Sedeño arenga en el sentido de una conciliación, a la que se niega Piar; pero el jefe de la guardia de éste lo traiciona y, espada en mano, pone preso a su jefe. Un coronel se encarga de llevar al prisionero hasta Angostura, donde será juzgado.

Y se le juzga con el cumplimiento de todos los requisitos de la ley; preside el consejo de guerra su paisano Brión. Mientras se desarrolla el proceso son alejados hábilmente los que pudieran influir en él. El día 16 de octubre, a las cinco de la tarde, con redoble de tambores y en presencia de toda la tropa, un pelotón da la descarga trágica y el cuerpo de Piar cesa de vivir. Así termina este militar que prestó grandes servicios a la independencia, pero que rompió la disciplina en tiempos de guerra. Era lógico pensar que algún otro podía correr idéntica suerte. "El general Mariño merecía la muerte como Piar –dice el Libertador– por su defección, pero su vida no presentaba los mismos peligros, y por eso la política pudo ceder a los sentimientos de humanidad y aun de amistad por el antiguo compañero".

Sin embargo, Mariño es hombre de cuidado. Bolívar envía al coronel Sucre para una conferencia amistosa, que no tiene éxito. Mariño está herido, sobre todo por la jerarquía militar dada al general Bermúdez, y por el fusilamiento de Piar. Bolívar replica con firmeza, puesto que se encuentra dispuesto a no ceder en su autoridad: "Si V. E., contra toda probabilidad, resistiera a dar cumplimiento a esta disposición, V. E. no será más tenido como ciudadano de Venezuela y sí como un enemigo público". Bermúdez y Sucre se disponen a atacar a Mariño, que entrega sus fuerzas y solicita pasaporte para dirigirse a Margarita; se le concede, con la orden de no salir de la isla sin permiso.

En uno de los tantos barcos que venían del exterior con emigrados, una vez libertado el Orinoco, llegan Josefina con varias señoras. Los lindos brazos de Josefina debieron de apretar dulcemente muchas veces la cabeza afiebrada del grande hombre valeroso que acababa de cumplir los treinta y cuatro años.

El día 28 de octubre se determina celebrar solemnemente el onomástico del jefe supremo. En la iglesia catedral del pueblo, convertido ya en la capital de un hipotético Estado, cantan un Tedeum lo más solemne posible. Busca el Libertador impresionar al público. Nombra autoridades; crea un consejo de estado, un tribunal consular, un consejo de gobierno y hasta redacta y firma un pliego que cierra y sella; allí consta lo que ha de hacerse en caso de muerte suya. Nunca tuvo mayores energías; es un titán omnipotente, y los ojos negros intensos le brillan con lumbre ahora desafiante.

Un día se habló de paseo y el Libertador dijo "que el baño no le había gustado por la poca cantidad de agua; que para bañarse le gustaba un río caudaloso, en que se pueda nadar, o el mar. Bañándome en el Orinoco con todos los de mi Estado Mayor, con varios de mis generales y Martel, que era escribiente en mi secretaría general, este último hacía alarde de nadar más que los otros; yo le dije algo que le picó, y entonces me contestó que también nadaba mejor que yo. A cuadra y media de la playa, donde nos hallábamos, había dos cañoneras fondeadas, y yo, picado también, dije a Martel que con las manos amarradas llegaría primero que él a bordo de dichos buques. Nadie quería que se hiciese tal prueba, pero animado yo había vuelto a quitar mi camisa y con los tirantes de mis calzones, que di al general Ibarra, le obligué a amarrarme las manos por detrás, me tiré al agua y llegué a las cañoneras con bastante trabajo. Martel me siguió y, por supuesto, llegó primero. El general Ibarra, temiendo que me ahogase, había hecho colocar en el río dos buenos nadadores para auxiliarme, pero no fue necesario. Este rasgo prueba la tenacidad que tenía ya entonces, aquella voluntad fuerte que nada podía detener; siempre adelante, nunca atrás, tal era mi máxima".

Lo que había previsto o supuesto Morillo va a cumplirse ahora. Era la operación lógica. El objetivo es Caracas. Tienta una ruta hacia el Norte, a órdenes de Zaraza y con más de setecientos soldados, con resultado adverso. Lejos de insistir, como hubiera hecho años atrás, por vehemencia, determina engañar a los realistas mediante un movimiento de inspirada audacia, en cuyos gigantescos lineamientos se ocupa solo, para la conservación hermética del secreto. Va a poner en realidad uno de esos indelebles golpes suyos que sólo son comparables, por amplios y resonantes, con una titánica irrupción de mar. Morillo está con su cuartel general y más de tres mil hombres

a quinientos kilómetros de distancia, al Occidente, en la población de Calabozo. Páez, a cien kilómetros al sur de Calabozo, mantiene frescas sus fuerzas de llaneros. Hacia Páez va Bolívar, y juntos darán el golpe sobre Calabozo, y siguiendo al Norte, perforarán la entrada a Caracas. La secreta trama está en que la marcha con cuatro mil hombres ha de realizarse por senda secreta.

El Orinoco parte en dos a Venezuela, de Occidente a Oriente. Hacia el norte del río están todas las poblaciones y cultivos; hacia el sur no hay sino llanos y selva casi sin habitantes. Los cuatro mil hombres de la expedición salen el día 31 de diciembre e inician la marcha por la margen derecha del río, es decir, por donde nadie transita nunca, porque corresponde a las regiones del Sur, inhabitadas. Así, ninguno sospechará el proceso de la próxima ofensiva, ni advertirá que las cuantas embarcaciones que ascienden por las aguas lleven otro propósito que el de una exploración.

Estos varones quijotescos, que huellan el cieno y la manigua, actúan en nombre de una república semifantástica, que no tiene más territorios que la provincia de Guayana y la isla de Margarita, más unos cuantos puntos aislados donde la revolución no ha muerto. El río les alimenta y tonifica con el ejemplo de su impulso; ese gran río convertido en mar generoso, que no vio Morillo. Era el nuevo mar de la redención. El año 1816 había transcurrido para los revolucionarios en la mar azul de las Antillas; 1817 habíase desarrollado en el mar verde mate de los llanos del Orinoco. Comenzaba 1818 con este mismo mar, en una especie de persistencia invencible que obligará al salto grande muy pronto.

VIII

> Respetadme cuando cruzo sobre un corcel.
>
> GOETHE. *W. O. Divan*.

Marcha difícil, muy penosa, la que han emprendido. Trátase de un caminar en el más completo sigilo por una ruta desierta de setecientos kilómetros. En muchos lugares el fango hace imposible el tránsito. Desde el tercero o cuarto día los caminantes sienten ya

el impacto de la fatiga, y poco a poco pierden fuerzas, se alimentan con dificultad; los pies heridos comienzan a infectarse, los que van en las embarcaciones –treinta y nueve barquillos contra corriente, impelidos por el viento– llegan antes que la infantería al sitio donde va a realizarse el paso de la una orilla a la otra. En el camino yacen de trecho en trecho aldeas indígenas incendiadas por los españoles; sus dueños, infelices nativos, sufren terrible desesperación.

Pasan el Orinoco; luego, el Arauca por un puente de improvisadas canoas, y continúan hasta llegar, al cabo de treinta días ininterrumpidos de marchas, a un hato donde se detienen. El enemigo encuéntrase a menos de cuarenta kilómetros de distancia. Ya está presente el general Páez con sus principales oficiales. Bolívar le abraza sin siquiera desmontarse. Páez, un atleta, alto y rudo, de veintisiete años, contrasta con la figura nerviosa y acerada de Bolívar. Blanco y rubio, el llanero sacude una cabeza leonina; inculto y hasta brutal, es hombre difícil, en quien hay que descubrir con sagacidad las astutas intenciones. Su impresión de Bolívar fue ésta: "Mirada de águila, excesiva movilidad en el cuerpo y la tez tostada por el sol del trópico; sano y lleno de vigor, el humor alegre y jovial". Y en los días posteriores, cuando ya lo conocía mejor: "Hermanaba lo afable del cortesano con lo fogoso del guerrero; gustábale correr a todo escape por las llanuras del Apure persiguiendo a los venados que allí abundan; en las marchas se le veía siempre algo inquieto y procuraba distraer su impaciencia entonando canciones patrióticas; traía consigo la táctica que se aprende en los libros". Cuando entra el Libertador al campamento de Páez es recibido con grandes aclamaciones y jubilosos disparos de artillería; los llaneros levantan las lanzas y gritan.

En aquellos días el general San Martín que acababa de atravesar gloriosamente la cordillera de los Andes, de la Argentina hacia Chile, triunfa de los realistas en la batalla de Chacabuco. Mirado el continente en conjunto, ya no quedaba guerra con la España sino en Chile y en parte de Venezuela, en todos los demás lugares dominaban los hombres de Fernando VII, con excepción del río de la Plata, donde la independencia seguía firme.

Morillo y sus contingentes españoles y criollos descansaban en Calabozo plácidamente, pues se consideraban seguros, con Páez

como único enemigo al frente. Había previsto el general español que la próxima población atacada sería la de San Fernando, a orillas del río Apure. Y no se equivocaba. Bolívar y Páez ponen sitio al puerto fluvial, que hallábase muy bien defendido. Pero Bolívar, lejos de considerar aquella maniobra como objetivo vital –y en eso divergía del criterio localista de Páez–, la convierte en movimiento de distracción, pues el grueso del ejército, más de cuatro mil hombres, atraviesa el Apure y va directamente hacia Calabozo, para caer por sorpresa sobre Morillo.

En aquel lugar por donde era atravesado el río, la una margen está a setecientos metros de distancia de la otra; y dos embarcaciones realistas obstruían el valeroso movimiento de natación de los republicanos, disparando constantemente contra ellos y causando bajas. Bolívar se exaspera y grita:

–¿No hay aquí un guapo que se tome esas flecheras a nado?

–Sí; lo hay –responde altivamente Páez.

E *in continenti* se lanza con su caballo al agua, seguido de unos cuantos llaneros, y se toma las embarcaciones, luchando a nado contra los que se oponían.

Al cabo de tres días de marcha caen de improviso sobre los españoles a las seis de la mañana, cuando todavía muchos no se habían desperezado. Un toque de cornetas prolongadísimo ordena a todos los realistas retirarse y encerrarse en las fortificaciones. Morillo sabía improvisar lo más aconsejado para los trances difíciles, a pesar de la extraordinaria sorpresa. Llegada la noche, Bolívar y Páez discuten acaloradamente. Páez opina que las tropas deben regresar para apoderarse previamente de San Fernando, plan que no acepta el Libertador. Aprovechándose el general Morillo de las sombras nocturnas, abandona la plaza y se dirige con todos sus efectivos hacia el Norte, a marchas forzadas, rumbo a la población de El Sombrero, distante ochenta kilómetros. Nueva discusión al amanecer: el general en jefe opina que debe efectuarse una inmediata persecución del enemigo; Páez y los otros jefes prefieren que previamente se ocupe la plaza abandonada. El llanero vive de aventura y sueña con el saqueo; lo anhela tanto, que muchos se declaran resueltos a no obedecer una orden de marcha. Bolívar se impone al fin, pero a mediodía, o sea cuando ya era imposible

alcanzar a los realistas. Las marchas forzadas se efectúan sin descanso, y cuando llegan a El Sombrero son recibidos a balazos por los españoles, que se han fortificado ya en el interior; todo ataque es infructuoso; los sitiadores se duermen de fatiga en el propio campamento. Morillo aprovecha de nuevo la noche y se aleja cuatro leguas al Norte. Esta vez prevalece el criterio de Páez y no continúa la persecución; el enemigo se salva, y la campaña queda truncada. Páez tiene sobre sí en la Historia la culpabilidad de este fracaso. La obediencia de Páez fue siempre reticente.

Muchos suponen que el general español va a marchar directamente a Caracas, a cien kilómetros de distancia al Norte, y en la capital prodúcese el pánico. Mas Morillo, expertísimo, no cae en ese error militar y desvía sus tropas al Nordeste, a fin de ensanchar al máximum la distancia entre él y sus atacantes.

Perdida la gigante embestida, retornan todos a Calabozo, donde a los ojos de las tropas quien exhibe ahora una vanidosa autoridad es Páez. Hábilmente encomiéndale entonces Bolívar al llanero la ocupación de San Fernando y Páez se entrega luego por semanas de semanas a un plácido descanso en su cuartel general de Achaguas. El Libertador se queda en Calabozo con el contingente mayor, ya que ha decidido persistir en la marcha hacia Caracas, a pesar de Páez, y también a pesar de la hostilidad de los pueblos realistas de los contornos, y de la deserción de sus hombres. Sus cálculos cuentan con un auxilio extraordinario que aguarda procedente de Londres, donde sus emisarios deben de haber conseguido armas y voluntarios.

Llegan, en efecto, enviadas desde Angostura unas pocas armas flamantes, magníficas, compradas en Inglaterra. Con ellas arriban los primeros oficiales británicos.

> Nos contestó el saludo [cuentan los ingleses] con la sonrisa melancólica que le era habitual. Lo encontramos sentado en su hamaca, a la sombra de algunos árboles. Recibiónos con la cortesía de un hombre de mundo. Después de referirse ligeramente a las privaciones de la campaña por el estado del país expresó su alegría al ver en el servicio a oficiales europeos que pudieran ayudar a los nativos a disciplinar las tropas. Nos dirigió

> muchas preguntas sobre diferentes asuntos, revelando pleno conocimiento de los negocios de Europa. Tenía treinta y cinco años de edad, pero representaba siete u ocho más. Su faz enflaquecida expresaba paciencia y resignación, virtudes que le hacen tanto más honor cuanto su carácter es naturalmente impetuoso. Rodeado de hombres de inferior nacimiento y educación a los suyos, sobresalía sin ninguna afectación por sus modales y maneras elegantes.

Morillo cree que puede descansar. Está muy quejoso. El régimen monárquico le ha abandonado a su propia suerte. Fernando VII con haber despachado los diez mil hombres que mandó en expedición considera salvadas ya sus colonias. ¡Es un rey de marcada insignificancia!

Bolívar cree que no debe descansar y ordena la marcha rumbo a Caracas en un acto de obsesión y de desafío tan descontrolado que ni siquiera aguarda algunos contingentes de Páez que han de reforzarle. A los seis días de caminar y más caminar entra a su antigua hacienda de San Mateo, que está al paso y que ha sido rematada por un realista de apellido Ramírez.

No es posible detenerse en este oasis sentimental. Al continuar la marcha se encuentra con el general español Calzada y sus tropas, cerca a Valencia. Choca; retrocede. También los contingentes de los generales patriotas Zaraza y Monagas son derrotados. Llueve mucho todavía; los soldados se sienten enfermos y tienen que ir por inmensos lodazales; ni las armas están bien protegidas; los lanceros a caballo van casi desnudos y una parte no dispone de pistolas para la lucha; los víveres, cobijas y ollas son transportados por unos cuantos indios fletados, a los que no hay con qué pagar. En esas condiciones trábase la batalla decisiva; en medio de ella aparece Morillo en persona y enardece el fervor de los suyos. Los patriotas, en terrible derrota, pierden más de mil doscientos hombres; el coronel Rooke, que combate junto a Bolívar, es herido dos veces, y el propio Morillo recibe una lanzada en la cadera. Sucedió en el trágico sitio de La Puerta, donde cuatro años atrás también fueron aplastados los republicanos.

Sólo a la hora de la retirada aparece Páez con sus jinetes. Los que quedaron con vida en La Puerta fueron todos degollados.

Prosigue, sin embargo, la campaña inmediatamente. Bolívar con setecientos hombres sale hacia el Norte y Páez rumbo al Sur. Al período de seis meses de lluvias torrenciales va reemplazando el verano tropical, en que el sol quema hasta los huesos. Pasa el Libertador por las sabanas del Totumo, donde su padre tenía grandes criaderos de caballos –la persistencia del recuerdo– y acampa en un bosquecillo del lugar llamado Rincón de los Toros. La caballería se queda en la sabana inmediata, y junto a ella, el parque. Van a descansar esa noche, ignorantes de que por el Occidente se aproximaba el general realista López con tropas que habían sido pedidas urgentemente por Morillo. En la llanura dormita una paz profunda cercada de intensas sombras. Nadie podía suponer que la muerte acechaba. Y cuenta el propio Bolívar:

> Fui a situarme con mis edecanes y mi secretario, Briceño Méndez, bajo una mata que conocía yo, y en donde colocaron mi hamaca. Después de haber comido algo, me acosté. Encargué al general Diego Ibarra, mi primer edecán, situar la infantería en el punto que le había indicado, y después se había ido, sin que lo supiera yo, a un baile que había no sé en qué lugar, para regresar después de medianoche a mi campamento. Apenas hacía dos horas que estaba durmiendo cuando llegó un llanero a darme parte de que los españoles habían llegado a su casa, distante dos leguas de mi campamento, y que eran muy numerosos y los había dejado descansando. Según las contestaciones que me dio y las explicaciones que le exigí, juzgué que no era el ejército del general Morillo, pero sí una fuerte división mucho más numerosa que la mía. El temor de que me sorprendiesen de noche me hizo dar órdenes en el momento para que se cargasen las municiones y todo el parque y se levantara el campo, con el objeto de ir a ocupar otra sabana y engañar así a los enemigos, que seguramente vendrían a buscarnos en la que estábamos. Dos de mis edecanes fueron a

> comunicar aquellas órdenes y a activar el movimiento, debiendo avisarme cuando empezara. Volví a acostarme en mi hamaca, y en aquel mismo momento llegó mi primer edecán, quien, por no despertarme se acercó sin ruido y se acostó cerca de mí, en el suelo, sobre una cobija; yo le oí, lo llamé y le di orden de ir donde estaba el jefe de Estado Mayor para que se apresurase el movimiento. El general Ibarra fue a cumplir a pie aquella disposición; mas apenas hubo andado un par de cuadras en la dirección en que estaba el Estado Mayor, cuando oyó al general Santander, jefe entonces de dicho Estado Mayor, y habiéndose acercado a él, le comunicó mi orden, y entonces Santander le pregunto en voz alta dónde me hallaba yo. Ibarra le enseñó y Santander, picando la mula, vino a darme parte de que todo estaba listo y de que las tropas iban a empezar el movimiento. Ibarra regresó en aquel momento; yo estaba sentado en mi hamaca, poniéndome las botas; Santander seguía hablando conmigo; Ibarra se acostaba, cuando una fuerte descarga nos sorprende, y las balas nos advierten que habían sido dirigidas sobre nosotros; la oscuridad nos impidió distinguir los objetos. El general Santander gritó en el mismo instante: "¡El enemigo!". Los pocos que éramos nos pusimos a correr hacia el campo, abandonando nuestros caballos y cuanto había en la mata. Mi hamaca, según supe después, recibió dos o tres balazos; yo, como he dicho, estaba sentado en ella, pero no recibí herida ninguna, ni tampoco Santander, Ibarra ni el general Briceño, que estaban conmigo; la oscuridad nos salvó. La partida que nos saludó con sus fuegos era española. Se ha dicho que los enemigos al entrar en la sabana encontraron allí un asistente del padre Prado, capellán del ejército, que estaba cuidando unos caballos; que lo cogieron y amarraron, obligándolo a conducirlos a la mata donde me hallaba, y que estando ya muy cerca de ella vieron al general Santander, sin saber quién era, y siguieron sus pasos, y después los del general Ibarra.

La descarga realista mató al capellán y a un coronel, que también dormía en hamacas; así mismo fue herido el caballo del Libertador. Los realistas estuvieron al principio seguros de que habían matado a Bolívar,

cuya chaqueta y hamaca perforada exhibían en calidad de prueba y de trofeo.

Cuando clareó el día, los monárquicos se lanzaron contra los republicanos y les aniquilaron, pues pereció casi toda la infantería, y los que cayeron presos fueron fusilados sin plazo ni piedad. En el desbande, el Libertador montó en el primer caballo que encontró, y que resultó ser el del general español López. Quien realizó los mayores esfuerzos para salvar la vida de Bolívar en aquella madrugada y en las terribles horas posteriores fue el general Santander, para quien tuvo el jefe supremo en adelante una inmensa gratitud, que sólo los vaivenes de la política pudieron más tarde amenguar.

¿A qué seguir en lucha tan desigual? Páez, reforzado con lo que aún había disponible, se traba en batalla y sufre también seria derrota. Todo parece perdido; todo, excepto la firmeza del Libertador, a quien absurdamente atacan ahora fiebres palúdicas, y ni siquiera puede montar a caballo, porque tiene llagados los muslos. Apenas repuesto, se dirige a San Fernando; descansa unos cuantos días y parte rumbo a Angostura. Nadie sabe a qué va ni qué se propone. Los otros generales y las tropas sobrantes de los desastres continúan luchando en diversos puntos, en todos los cuales salen irrevocablemente vencidos. Al parecer ya no hay esperanza; pero no ceden los patriotas. Son indestructibles. En el lapso de cuatro años se han producido tres grandes fracasos, correspondientes a tres gigantescas irrupciones contra el enemigo: fracaso del año 14, que termina en el destierro de Jamaica; fracaso de la doble expedición de Los Cayos, y fracaso de la campaña de Calabozo. ¡Tres embestidas ciclónicas destrozadas! ¿Qué viene ahora? Lo único posible en el ánimo de un hombre que no fue derrotado del todo jamás: la cuarta embestida.

IX

> Lo que me sucede, sucede a todos los frutos que maduran.
>
> NIETZSCHE. *Así hablaba Zaratustra.*

Con la amable compañía de Josefina, único solaz en aquel vencimiento, entrégase en Angostura, casi con fiebre de poseso, a

empezar de nuevo la tarea. Otra vez todo estaba por hacerse. Ordena un reclutamiento general de hombres: a Anzoátegui, en Las Misiones; a Enciso, en Angostura; a Páez, en el Apure; a Rojas, en Maturín; a Monagas, en las regiones de Barcelona; a Zaraza, en las proximidades de Caracas, etc. La pequeña ciudad es convertida en un inmenso taller de cuanto se necesita para el nuevo ejército; construyen barcos fluviales; ábrense hospitales y se somete a los reclutas a dura disciplina, pues casi todos han sido cogidos a la fuerza. Hasta los civiles entran prácticamente como en campaña, se les raciona como a soldados y se les somete al ayuno cuando no hay sino carne para la alimentación. La llegada de cada corsario procedente de la mar constituye excepcional alegría, porque en él arriban los despojos de las presas; los marinos se sienten felices de servir a los patriotas; en toda alma de marino verdadero alienta el fuego generoso de un hombre libre.

En donde la revolución americana ha adquirido excepcional prestigio es en Inglaterra. Terminadas las campañas contra Napoleón, el Gobierno británico dispone de armas que no sabe en qué emplear y se las vende gustoso a los republicanos de Venezuela; tolera, además, el viaje de los voluntarios, que, desplazados de la lucha en Europa, no tienen cómo ganarse la vida y prefieren la aventura en tierras lejanas a morirse de hambre. Llegan así a Angostura varias embarcaciones con armas y soldados ingleses. Los expedicionarios de la lejana Albión fueron más una carga que una ayuda al principio, pues no hablaban una palabra de castellano y les venía dificilísimo adaptarse.

Mientras Mariño crea nuevas dificultades al fugarse de Margarita para ponerse a combatir en tierra continental, el coronel inglés Henry Wilson de la expedición británica, y que había quedado en el ejército de Páez, hace su pequeña revuelta política y proclama a éste jefe supremo del ejército libertador. Páez, sin oponer resistencia, deja correr los acontecimientos, llanero astuto, como ignora la suerte de Bolívar se abstiene de tomar determinaciones. Wilson, ignorante también de los hechos, planes y órdenes del Libertador, se dirige a Angostura para ganar prosélitos a favor del nuevo jefe supremo. Bolívar aprésale y le expulsa del país, y no lo fusila por tratarse de un inglés. Llegado a Inglaterra, se consagra el

vil coronel a publicar denuestos contra la revolución americana y sus dirigentes, hasta el punto que el representante venezolano en Londres, señor López Méndez, se ve obligado a acusarlo. Páez, al ser interrogado por Bolívar, se manifiesta enemigo de Wilson.

Hace falta un poco de alegría en medio de tanta tensión. Dispone el Libertador que se festeje muy solemnemente el día 5 de julio, séptimo aniversario de la proclamación de la independencia venezolana. Luego de la misa con Tedeum, la artillería descarga salvas a todo lo largo del malecón y por la noche se desarrollan pintorescos bailes, donde las criollas nativas y las refugiadas cambian por un momento su habitual tristeza y se lanzan a danzar los vertiginosos valses de la época. El propio Bolívar preside los actos y asiste a la misa; él, que no sabe exactamente en qué instantes ha de arrodillarse o ponerse en pie. Su niñez de católico fue ahogada por su juventud racionalista.

La preocupación de Bolívar fue la persistente neutralidad de los Estados Unidos. Ni las cartas, ni el envío de delegados pudieron nunca inclinar al Gobierno norteamericano a auxiliar la revolución.[10] Un día llega a Angostura un representante de aquel Gobierno, Juan Bautista Irvine. Se supone que la actitud del Norte ha cambiado. Mas Irvine no viene a conferenciar sobre la revolución, sino a reclamar por dos goletas que habían sido tomadas por los patriotas. Bolívar declara entonces secamente: "Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero si todo el mundo la ofende". Irvine se marcha. Lleva la seguridad de que la revolución ha de triunfar.

¡Día de gloria! Procédese a la distribución de las armas llegadas de Inglaterra. Hay, además, dinero procedente de la acción de los corsos, de la venta de cueros y algunos artículos agrícolas. ¡Va cambiando radicalmente el panorama en poco lapso gracias a la energía de un hombre! Y tanto, que hasta se pone en marcha una pequeña imprenta, donde se edita un periódico con el nombre de *Correo del Orinoco.* ¡Está naciente una nueva fúlgida esperanza!

Desde el Río de la Plata llega un mensaje del Presidente Pueyrredón en que augura el triunfo final de Venezuela:

---

[10] Los Estados Unidos trataban de comprar a España el territorio de La Florida. Ésta, la causa de su neutralidad.

> [...] bajo el mando del genio que el Eterno había destinado para vengar las injurias de los inocentes, para dar nueva vida a su patria y para ofrecer a todas las naciones el inagotable poder de una alma grande, consagrada a los venezolanos.

La respuesta lanza por vez primera en la Historia de América este haz brillante:

> Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el pacto americano que, formando de todas nuestras Repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas.

La idea de la unión continental americana no alcanzará palpitación sino casi un siglo más tarde. El genio crea, y al crear se anticipa. Y la creación le asalta tan vigorosamente, que las iniciativas se suceden como en cadena: ahora piensa ya el Libertador en otra novedad: hacer un cuerpo político en el cual fundarse para que lo que va a venir tenga base jurídica incontrastable. Y convoca un congreso, de donde ha de salir un estatuto legal, con todos los dignatarios propios de una República. Es un paso moral de inmensa trascendencia.

> El Congreso de Venezuela debe fijar la suerte de la República combatida y errante tantos años. Nuestras heridas van a curarse al abrigo de una representación legítima. Venezolanos, nuestras armas conquistarán la paz y vuestra sabiduría nos dará la libertad.

¿Para qué congreso? Para, a base de él, realizar otro proyecto genial: puesto que ha fracasado la guerra en Venezuela en tres sucesivas gigantescas arremetidas, urge llevarla valerosamente a otro escenario: a Nueva Granada. Está muy lejos; hay que atravesar la cordillera de los Andes; hay que viajar con hombres de las tierras ardientes al sitio mismo donde se fraguan las nieves perpetuas. Casi

un imposible. Mas para Bolívar, como para César no hay imposibles. Ni la muerte los detiene, como no le detuvo al Cid.

Santander, neogranadino, recibe, en consecuencia, la orden de partir inmediatamente al Occidente, a las estribaciones de los Andes –Casanare–, para preparar tropas capaces de realizar la marcha a través de la cordillera, rumbo a la Nueva Granada. Entrégale mil fusiles y toda su confianza. La proclama incluye una profecía: "El sol no terminará el curso de su actual período sin ver altares levantados a la libertad".

Engaña a los españoles con la verdad, que es la forma perfecta de engaño: les anuncia que se prepara a invadir la Nueva Granada, y los españoles no le creen. "La sangre de los hijos de Santa Fe se ha derramado por la salud de nuestro país; nada, pues, es más justo que derramar la nuestra por la salud del suyo".

Esta vez Bolívar derrocha astucia en alta escala: el congreso de Angostura le dará a él una autoridad jurídica; y así sus presuntos rivales, incluido Páez, constarán legalmente como subalternos. Morillo se pondrá en la alternativa de defender Nueva Granada desguarneciendo a Venezuela o defenderá Venezuela sin acudir a tiempo a Nueva Granada. Una sola cabeza aplasta así, mediante una idea luminosa, a todos de una vez. Para someter a Páez basta con informarle del proyectado congreso. Sale en busca de Mariño, conferencia personalmente con él y hácele aceptar el próximo plan de campaña. Mientras redacta, de regreso ya en Angostura, el proyecto de constitución, trocado de guerrero en estadista, ordena que se desate la hostilidad al enemigo en todas partes, a fin de desconcertarlo. Sabe que Morillo ha rehecho su ejército y que le han llegado de Nueva Granada más de mil reclutas; por tanto, acósale para se debilite. Las lluvias, que reaparecerán pronto, en apariencia imposibilitarían cualesquiera movilizaciones, sólo aparentemente, porque para Bolívar la lluvia no existe, e inicia sin más el traslado de contingentes hacia el Occidente en diciembre de ese año de 1818 a fin de efectuar concentraciones a lo largo de la ruta. La primera se realiza en el Apure, donde se congregan más de seis mil hombres. Muy cerca de allí, Páez cuenta con unos cinco mil, a los cuales visita en persona el Libertador, que ha viajado en una flotilla transportadora de oficiales, tropas y armas.

Luego de una recomendación especial a Brión para que amplíe su actividad de corsario, instala pomposamente el Congreso de Angostura el día 15 de febrero. La solemnidad es sólo altisonancia de palabra, porque se reúnen unos cuantos delegados procedentes de diferentes sitios en un salón austero, con asientos coloniales, en un calor absurdo, mientras el cielo descarga torrentes de oro sobre los tejados. Las modestas gentes del pueblo escuchan los discursos atónitas y no aciertan a explicarse el significado del suceso, ni siquiera comprenden bien lo que se dice.

El discurso del Libertador ante los legisladores comienza con estas palabras categóricas:

> Yo someto la historia de mi mando a vuestra imparcial decisión. Si merezco vuestra aprobación, habré alcanzado el sublime título de buen ciudadano, preferible para mí al de Libertador que me dio Venezuela, al de Pacificador que me dio Cundinamarca y a los que el mundo entero puede darme.

Resigna luego el mando ante la asamblea –"el jefe supremo de la República no es más que un simple ciudadano"–, y fija unas cuantas normas de carácter perdurable: "Nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder; de ahí se origina la usurpación y la tiranía"; "no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles"; "un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción; toma la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia"; "un pueblo pervertido, si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla"; "la libertad, dice Rousseau, es un alimento suculento, pero de difícil digestión"; "más cuesta mantener el equilibrio de la libertad que soportar el peso de la tiranía"; "sólo la democracia es susceptible de una absoluta libertad"; "constituyéndose (Venezuela) en una república democrática, proscribió la monarquía, las distinciones, la nobleza, los fueros, los privilegios; declaró los derechos del hombre, la libertad de obrar, de pensar, de hablar y de escribir; estos actos, eminentemente liberales, jamás serán demasiado admirados"; "¿no

dice el *Espíritu de las Leyes* (de Montesquieu) que éstas deben referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? He aquí el código que debíamos consultar, y no el de Washington"; "el bien, como el mal, da la muerte cuando es súbito y excesivo"; "la Naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres; las leyes corrigen esta diferencia"; "el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política"; "el hombre, al perder la libertad, decía Homero, pierde la mitad de su espíritu"; "por lo mismo que ninguna forma de gobierno es tan débil como la democrática, su estructura debe ser de la mayor solidez, y sus instituciones, consultarse para la estabilidad"; "la educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del congreso"; "estimulando el trabajo y el saber, que son los dos poderosos resortes de la sociedad, se alcanza lo más difícil entre los hombres: hacerlos honrados y felices".

Cuando se estudia el pensamiento y la obra de los demás libertadores de América, se encuentra que Bolívar aparece como un gran pensador solitario, aislado; ninguno se le acerca en ilustración, fijeza de conceptos, altura de ideales y poder penetrante de captación de las normas de gobierno, de las de la sociología, la moral o las lecciones de la filosofía y de la historia.

Este mensaje al Congreso de Angostura consta como uno de los grandes documentos generados en la América del siglo XIX. Al explicar sucintamente el plan general del proyecto de constitución que somete a la asamblea, analiza el proceso histórico de los pueblos más representativos a través de los siglos, desde la Grecia de Pericles hasta la Francia de la revolución liberal, y llega a la conclusión de que lo acertado para los pueblos americanos es el poder dividido en ejecutivo, legislativo y judicial; defiende brillantemente las rutas republicanas y, por lo que hace a Colombia –la unión de la Nueva Granada y Venezuela en ese momento–, pide un sistema centralista, en contra de quienes pudieran propiciar la federación. Y sugiere por vez primera un senado vitalicio, proyecto que defenderá sin éxito hasta los últimos años de su vida.

Sorprenden dos hechos capitales en este Mensaje: que de allí –1819– al proyecto de constitución para Bolivia –1825– fue muy poco lo que hubo de cambiar el Libertador. Más que todo, ahondó lo relativo al poder judicial y al ejercicio electoral, y amplió el propósito de senado vitalicio a la propia Presidencia, en un angustioso afán por dar estabilidad a lo que era desorientación, anarquía, impreparación, ambiciones y caos. Ni el senado vitalicio fue aceptado entonces, ni lo demás más tarde. Ni siquiera se ensayó el sistema.

Pero el otro hecho capital es que, con la excepción de lo dicho, lo demás quedó en América como norma irrevocable. El acierto de Bolívar estuvo en haber estudiado muy a fondo –el análisis que hace del Poder Público en el Mensaje ha de calificarse de magistral, sapientísimo, luminoso con luz solar– la constitución que aprobaron los legisladores venezolanos en 1811, cuando Miranda en persona les asesoraba sobre lo que se había hecho en Francia para salvar la libertad y los derechos del hombre. En más de un siglo, los pueblos del continente se atuvieron a lo que habían trazado Caracas y Angostura.

Así como la Carta de Jamaica, por sobre todo, encerraba la forja del Panamericanismo, este Mensaje del 15 de febrero de 1819 contenía la creación de Colombia, como entidad destinada a fijar el equilibrio continental mediante un gran bloque que actuase en el centro, frente a los Estados Unidos en el norte y los países del Plata, en el sur. "Ya la veo servir de lazo –exclama–, de centro de emporio a la familia humana. Ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo mundo. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia". Colombia fue creada, y Colombia fue, luego, destrozada por los pequeños que no la entendieron.

Quienes escucharon el mensaje debieron de quedar asombrados ante tanta sabiduría derrochada en un rincón del mundo, ignorado, perdido en la selva tropical, y destinado, sin embargo, a la inmortalidad. Lo significativo es que, corridos los tiempos, América aún continúa guiándose en gran parte por las normas trazadas en este proyecto de constitución escrito por Bolívar.

Preside el congreso Francisco Antonio Zea, valioso neogranadino, eminente orador, cuya actuación destacada junto a los patriotas había comenzado en los días de la primera expedición de Los Cayos. Y este mismo congreso elige presidente constitucional a Bolívar y vicepresidente a Zea. El efecto moral entre los patriotas es decisivo: cada cual se siente a la vez respaldado por la ley y obligado a defender esa misma ley. Los españoles advierten el significado verdadero del paso que acaba de darse en Angostura y lanzan en Caracas un manifiesto en que los realistas se declaran, una vez más, fieles a la monarquía española y a sus leyes. Entre los firmantes del manifiesto consta Feliciano Palacios, tío del Libertador.

Entre tanto, Brión hace destrozos en la escuadra española, que andaba demasiado cerca de la isla Margarita; Mariño logra reunir un contingente vigoroso para la defensa de la Guayana, y Morillo y Páez se entrecruzan en unas cuantas acciones bélicas de interés. Morillo, con seis mil combatientes, había partido rumbo a San Fernando para recaudar esa plaza. Se encuentra con una población que yace en escombros, incendiada por Páez, que no podía defenderla. Una noche en que Morillo se había instalado ya en esa región, Páez se da el gusto de hacerle una broma: escoge unos cuantos caballos salvajes, les ata a la cola cueros secos, a tiempo que se hacen algunos disparos. Los caballos de Morillo se dispersan, se cree éste atacado, trata de defenderse en medio de las tinieblas. Y no pasa nada. Sólo unas cuantas bravatas, muy expresivas, al otro día.

Pocos después, Morillo atraviesa un río en canoas; la caballería va a nado y los jinetes llevan los arneses en la cabeza. Páez quiere detenerlos, sin conseguirlo; el enemigo es más poderoso. Retrocede entonces con sus llaneros, como si huyera; le persigue la caballería realista a muy corta distancia. Utiliza en tales momentos críticos la célebre orden de "vuelvan caras", argucia llanera en que la caballería da media vuelta y ataca al persecutor. Morillo por poco queda destrozado y desiste de continuar en la hostilidad contra Páez. Prefiere rodearse de seguridades y fortalecer a sus hombres, en quienes, además, había hecho estragos la disentería.

¡Va a iniciarse la desconcertante empresa! Sale el Libertador de Angostura, rumbo a Occidente, por el río Orinoco aguas arriba

como en el año anterior, y se despide de su amada Josefina, ignorante de cuánto va a durar esta nueva separación. Le acompañan en la expedición numerosos ingleses. Llega al Arauca y conferencia detenidamente con Páez, en quien encuentra entusiasmo. Muy cerca de allí acampa Morillo, que ha cometido la imprudencia de enviar la mitad de sus tropas en diferentes direcciones para defender determinados puntos u hostilizar a los patriotas. Bolívar busca una batalla, que el español evita. La situación tiene que aclararse. Al fin el hispano decide luchar, y se traba reciamente con Páez quien con la célebre orden de "vuelvan caras" no sólo le derrota, sino que se inmortaliza. Bolívar ordena una condecoración a todos cuantos tomaron parte en esta acción, llamada de las Queseras del Medio, verdadero milagro de audacia, astucia y valentía. ¡Era casi imposible vencer en ella!

El avance tórnase muy duro:

> Muchas veces la infantería hacía grandes marchas sin una gota de agua. El llanero, hombre de a caballo, mira con marcado desprecio al soldado de a pie, y este sentimiento se aumenta y cobra proporciones de disgusto cuando ve que está obligado a sostener a su camarada de a pie. Para vengarse, el ganado que destinaba a la infantería era generalmente el de peor calidad y el infeliz infante tenía que contentarse por toda ración con dos libras de esta miserable carne. No había pan ni cosa que lo sustituyese a ningún precio; ni sal, con la cual la carne era no sólo insípida, sino insalubre para el recluta indígena de Guayana.

Cuenta O'Leary que integraba la empresa como edecán del general Anzoátegui. Así comienza la campaña, con la cual el presidente de la hipotética Colombia se propone triunfar. Y lo que más sorprende es que los soldados ingleses soportan esta miseria con admirable entereza.

Los contingentes toman algún descanso. ¿Cómo vivía Bolívar?

> Se levantaba con el día, montaba a caballo para visitar los diferentes cuerpos y de paso los animaba con

> algunas palabras cariñosas o con recuerdos lisonjeros. Acompañado de su Estado Mayor seguía al ejército; al mediodía se desmontaba cuando había dónde; almorzaba como los demás, con carne sola, y descansaba luego en su hamaca, después dictaba sus órdenes y despachaba su correspondencia, lo que hacía moviendo constantemente la hamaca. Después de haber comido las tropas su corta ración, se continuaba la marcha hasta encontrar, si era posible, alguna mata o pequeño bosque, donde acampaban, o si no a campo raso.

El panorama general de la guerra lo lleva en su cabeza y lo maneja con simultaneidad y armonía. Mariño es reprendido por no informar oportunamente sobre sus actividades; a Bermúdez y Sedeño les manda a reforzar a Mariño –en realidad van a controlarlo–; a Zaraza le pide ampliación de informes acerca de los éxitos militares que ha alcanzado; a Arismendi anótale que ha obrado imprudentemente y fija los derroteros que debe seguir; para Bermúdez tiene palabras de elogio, a Urdaneta le autoriza usar tropas que no están directamente bajo su mando, etc.

Hace buen tiempo todavía y hay que aprovecharlo. Se abre sin demora, una marcha de ochenta kilómetros hacia el Occidente, rumbo al pequeño pueblecillo de Mantecal. Morillo se inquieta, se sorprende, comienza a adivinar, sospecha que el Libertador va a tomar una ruta hacia Occidente, pero bastante desviada en dirección al Norte. Mueve apresuradamente sus contingentes en ese sentido y toma posiciones defensivas en varios puntos. Es engañado. Bolívar marcha hacia el Occidente, pero sin desviar rumbo al Norte. Cuando arriba a Mantecal empieza la temporada de las lluvias, en la cual cree Morillo que no es posible para nadie dar un paso.

El general Santander, a trescientos kilómetros de distancia, aguarda en los llanos de Casanare, al pie de la cordillera de los Andes. Ha logrado formar valioso contingente de tropas, que, por desgracia, se hallaban poco menos que desnudas y en territorios de escasísima agricultura; para conseguir algo de dinero se ha visto en el caso de apoderarse de la plata labrada de las iglesias de la región. Teme de un momento a otro el ataque, procedente de Nueva Granada, del

general español Barreiro. Se aproxima, en efecto, ese general, pero prefiere no presentar combate y regresa a Tunja, temeroso de que el invierno le imposibilite el retorno.

Bolívar había incluido en sus previsiones el avance de Barreiro. Cambia de plan al verlo retroceder, y en lo sucesivo lo modificará muchas veces, aun en plena campaña y hasta en el día mismo de una batalla. Este es uno de los mejores secretos de su dominio sobre los demás generales, ninguno de los cuales podría planear en pocas horas todo lo concerniente a una importante movilización de cuerpos situados a veces a grandes distancias.

La pobreza y casi hambre del ejército produce desertores todos los días; de modo que en estos momentos de mayo de 1819 las milicias quedan reducidas a menos de tres mil. "Todo el ejército está desnudo, y habiendo empezado ya las aguas cuando vamos a obrar, sufriremos muchas pérdidas por las enfermedades y deserciones si no se da al soldado algún alivio". Como va a emprenderse la marcha, a pesar de los aguaceros torrenciales que caen día y noche, convoca el Libertador a sus oficiales y les informa que hay que atravesar los Andes para caer sorpresivamente sobre la Nueva Granada. "Nadie podrá imaginarse –les dice– que todo un ejército va a exponerse a la muerte en lo alto de las nieves perpetuas, ni nadie habrá de calcular que la audacia de los revolucionarios llegue a tales términos absurdos". "En una choza arruinada de la desierta aldea de Setenta, a orillas del Apure, se decidió la invasión de la Nueva Granada. No había una mesa en aquella choza, ni más asiento que las calaveras de las reses que para racionar la tropa había matado, no hacía mucho tiempo, una guerrilla realista, y que el sol y la lluvia habían blanqueado".

Va a efectuarse el paso de los Andes. Dos años atrás lo había realizado el general San Martín, de la Argentina hacia Chile, pero por caminos conocidos y con suficiente aprovisionamiento de víveres y toda suerte de defensas para las tropas. Bolívar va a hacerlo con todo en contra: la Naturaleza, la desnudez, el hambre, las enfermedades y hasta la indisciplina de muchos reclutas. ¿Cuántos sobrevivirán a la prueba? ¿O fracasarán en la loca aventura? Está para cumplirse el juramento: "Si la Naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la dominaremos".

X

La gloria es insípida a los veintinueve años. Después...

NAPOLEÓN.

Hay momentos en que salta a la vista que Bolívar hizo la independencia a pesar de muchos de sus oficiales. En efecto, antes de iniciar el ascenso a los Andes le ordena a Páez marchar hacia Cúcuta; éste prefiere entretenerse en pequeñas operaciones contra un grupo realista y no efectúa la marcha ordenada. A Mariño exígele que viaje a Angostura a ocupar su puesto en el congreso, a fin de evitar desafueros del vicepresidente Zea, y lo que hace es pelearse con Zea y provocar su caída, etc.

Prosigue la marcha, para tomar luego las estribaciones de la cordillera, mientras Morillo permanece increíblemente inmóvil por causa del invierno. Atraviesan con dificultad las corrientes y las sabanas inundadas. Para el transporte no disponen sino de 200 yeguas flacas, recibidas de Páez, a quien se le habían pedido mil seiscientos caballos. Hasta los oficiales van a pie. Para atravesar los ríos crecidos, donde no era posible nadar, construyen una especie de balsas de cuero. Las inundaciones son tan grandes, que durante siete días los soldados caminaron con el agua a la cintura; las frazadas se usan para salvar el fusil y las municiones. Unos tiritan de fiebre y de paludismo; otros se desesperan con la garganta inflamada o por los pies hechos pedazos. El día en que se encuentran con Santander y sus hombres, al gran abrazo sigue un devorar famélico de plátanos y yuca que el granadino había preparado como el mejor obsequio. En algunas corrientes se agita en abundancia el pez "caribe", que devora los músculos de las piernas de los soldados. Bolívar y los oficiales, con una modestia ejemplar, ayudan a cargar los fardos del parque en las yeguas o nadan junto a los que no saben hacerlo para evitarles la muerte. "Nunca se le oyó quejarse de fatiga, ni aun después de arduos trabajos y de largas marchas". Las tropas, que tan duramente padecen, reniegan por haber caído en tal empeño y añoran la paz de sus hogares distantes. Muchos creen que van a

morir, otros se enfurecen y desesperan; quizás las únicas que callan son las infelices mujeres, que van, heroicas, junto a sus maridos y amantes, compartiendo con ellos la miseria y la grandeza.

Hay tres pasos de la cordillera de los Andes: dos, que son usados con frecuencia por la generalidad de los viajeros, y uno –el de Pisba–, por el que no va nadie. Viajar por él sería la muerte. Una noche, muy fría y muy oscura, se reúnen el general y los oficiales. Santander recomienda que el ejército sea llevado por dos vías; Bolívar le responde que eso sería debilitarse. Al final del primer proceso de discusión se opta por atravesar los Andes por uno de los pasos acostumbrados por los viajeros. Santander toma de nuevo la palabra y defiende el paso de Pisba, porque oculta el movimiento al enemigo y produce en él sorpresa total. Hay quien opina en contrario; es un camino, dicen, "contra toda esperanza" y ni siquiera se puede calcular si la expedición saldría con vida. Santander se ofrece valerosamente a ponerse con sus hombres frescos a la vanguardia. Habla entonces el Libertador y ordena la marcha por Pisba. Poco antes ha desertado el coronel Iribarren con todo su batallón. El viento aúlla, danzando en las tinieblas.

La fantástica expedición comienza con el ascenso al páramo un día de junio. El frío congela hasta los huesos; torrentes al fondo de las quebradas retardan la marcha, y en ellos los hombres tienen que ponerse en cadena para no ser arrastrados por el agua embravecida, cargada de piedras rodantes. En el camino han sido enroladas unas cuantas mujeres para que preparen la comida; otras se han sumado voluntariamente a la empresa por amor a tal o cual soldado. Las mujeres de pueblo, sencillas y rudas, fueron tan valerosas como los hombres en las campañas por la independencia; vivieron con ellos y con ellos murieron, según su suerte. En unos lugares les daban el nombre de juanas; en otros, el genérico de tropeñas –compañeras de las tropas–. En ese ascender a los Andes, Bolívar –lo apunta Wavell– pasaba en el anca de su caballo las corrientes peligrosas a los enfermos y a las amantes de los soldados. Atrás, muy lentamente, van los ganados con destino a la alimentación. A veces el atraso del ganado es tanto, que la tropa se queda sin comer.

Ya en el páramo, aparece un pueblucho, donde hay una guarnición de 300 realistas inexpertos. Son desalojados vigorosamente

por la vanguardia, aunque ocupan una posición capaz de detener a todo el ejército. Pudieron detenerlo; pudieron cambiar el curso de la Historia; no lo hicieron; ¡no lo intentaron siquiera!

A los cuatro días ya no queda casi nada de ganado y la mayor parte de los animales de carga se encuentran inutilizados; hay que abandonarlos; muchos han rodado al abismo. Y comienzan a morir también los llaneros. Gentes de tierras bajas y cálidas, que no han visto nunca una cordillera, que no pueden soportar el frío, sienten un terrible dolor de cabeza y de estómago, se les nubla la vista y perecen. Unos cuantos, amedrentados, huyen en cualquier dirección; otros envidian la suerte de los animales que se lanzan al precipicio. El agua helada les descompone el intestino a casi todos. Bolívar va de una parte a otra para hablar a sus valientes hombres con optimismo y para recordarles, a la manera musulmana, que después del triunfo vendrían la abundancia y la gloria.

Al quinto día de viaje llegan a la aldea de Pisba, en lo alto de la cordillera. Son treinta casuchas, donde viven indios miserables. Más adelante, otros dos grupos de ranchos nada pueden ofrecer al ejército. Una sabaneta sirve para dormir; muchos soldados se duermen para siempre atacados de soroche, que es una congelación que les marca en la cara un rictus de risa trágica. A los lados álzanse majestuosos los picos de los Andes, envueltos en bufandas de niebla, impasibles. La Naturaleza tiene una grandeza muerta en sí, viva sólo ante quien sabe advertirla. Los soldados, tiritando, hambrientos y rígida la faz por el esfuerzo, no ven en la maravillosa mole sino un enemigo, el peor de los enemigos, contra el cual resulta muy difícil combatir; el lodo y las piedras causan constantemente caídas; ni siquiera es posible detenerse, porque detenerse significa enfriarse, sufrir pulmonía, fallecer. ¡Qué libertad tan cara! La maleza raquítica –paja inútil– y el silbido del viento parecen reírse de los aventureros.

Al fin termina la ascensión. Están a cuatro mil metros sobre el mar. Las pantorrillas de los de a pie ya no pueden más de dolor; los pocos caballos que quedan muestran los hijares hondos, muy hondos, como si no hubiesen comido en mucho tiempo; ya ni muerden el freno.

El descenso es menos fatigante, pero más peligroso. A los lados de esa especie de sendero amenazan las quebradas, a donde cae

más de un soldado. Bolívar y la poca caballería van a retaguardia para socorrer a los atrasados. "Durante todo el trayecto llovió persistentemente y en muchos puntos el camino mostraba grandes obstrucciones, que detenían la marcha hasta poder abrir el paso; cayó también abundante granizo. No pocas veces fue necesario azotar a los hombres para impedir que se muriesen. Y quienes sufrieron más fueron las valerosas mujeres, cuyo corazón, más fuerte que su cuerpo, alentaba a los compañeros con un coraje admirable. La mujer de un soldado del batallón *Rifles* dio a luz una noche –cuenta uno de los oficiales– y al día siguiente continuó la marcha con el recién nacido en brazos. Muchas fueron las mujeres venezolanas que dejaron su cuerpo en la cima de la cordillera". Al llegar al primer pueblecillo neogranadino, empinado en la pendiente como modesto broche en el pecho de una mujer, los restos del ejército son recibidos con una gran emoción y agasajados con pan y chicha. Cuenta Santander: "Número considerable de soldados murieron; ni un caballo, ni monturas, ni armas, que habían sido abandonadas, lo mismo que las municiones de boca y de guerra... El ejército era un cuerpo moribundo". El general Lara recoge en los contornos las mulas y caballos que puede conseguir y regresa a lo alto de la cordillera con sus hombres para salvar las armas abandonadas en el camino. Organizan el hospital y actúa nuevamente la previsión de Bolívar: despacha unos cuantos espías hacia la parte baja con el encargo de regar la noticia de que habían llegado miles de hombres perfectamente equipados y disciplinados para la lucha. El contraste entre la Venezuela que acaban de dejar y la Nueva Granada, que en la persona de esos modestos campesinos del pueblecillo de Socha les abre los brazos, resulta impresionante; atrás, la amenaza de militares y civiles; adelante, la generosidad y un espíritu patrio extraordinario. Los propios ingleses del ejército libertador se muestran sorprendidos. Por otra parte, "¿qué se podía temer –exclama Santander– si al frente del ejército está el general Bolívar?". En tres días "hace montar la caballería, la arma, reúne el parque y restablece el ejército, por todas partes dirige partidas contra el enemigo, pone en efervescencia a los pueblos, amaga atacar en todas direcciones y el 11 de julio presenta la primera batalla en Gámeza". ¡La primera batalla a los cuatro días de llegados esos

cuasi cadáveres! En realidad lo que había pasado la cordillera era la voluntad de hierro del Libertador, sus oficiales y sus hombres, más que un simple ejército.

El general español Barreiro advierte el peligro, luego de derrotado en el encuentro de Gámeza; se retira y aguarda refuerzos. También Bolívar ordena un descanso para sus hombres, descanso que no dura sino seis días, o sea los indispensables para reemplazar a los enfermos con reclutas. Y reanuda las andadas. Apenas había caminado cuatro horas con sus tropas, se le presentan los realistas para cerrarle el paso en el sitio de Pantano de Vargas. El general acepta la batalla, en la que, a corto trecho, parece todo perdido. Le grita entonces el Libertador al coronel Rondón: "¡Coronel, salve usted la patria!".

Y se gana la batalla. "Bolívar estuvo en ella en todas partes, jinete en magnífico caballo, y a su voz de aliento los soldados cargaron con intrepidez y serenidad". Sobre todo los ingleses. El jefe Rooke muere tres días después a causa de las heridas recibidas en la lucha. Este combate, que nada tiene de decisivo, anuncia lo recio de los próximos encuentros.

El general Páez, que debía estar ya presente en el valle de Cúcuta, es decir, al norte de estos lugares, no llega. Para Páez la guerra es una cuestión meramente local. El Libertador ve en peligro sus planes y decreta la ley marcial: todo hombre entre los quince y los cuarenta años debe presentarse como voluntario, y a caballo, en un plazo de veinticuatro horas, bajo pena de muerte. Se forman así dos nuevos batallones. Lo enérgico define siempre las situaciones dudosas. Ser fuerte es salvarse.

Y se abre la marcha, desafiantemente, en busca de los monárquicos. Ordena Bolívar un movimiento envolvente, para cortar las comunicaciones del enemigo que se halla cerca. Son más de tres mil hombres, fuertes, bien equipados, al mando del general español Barreiro; contrastan con los llaneros, que tiritan de frío, pálidos.

Ante ese movimiento, Barreiro realiza un avance rápido hacia el puente de Boyacá, para recuperar su ruta hacia Santa Fe. Y precisamente cuando se aproximaba al angosto y hondo riachuelo, Bolívar le alcanza y se traba la ardorosa batalla. El primero en atacar

es el general Santander, luego los otros. En pocos minutos ya todo es estrépito, imprecación, gritos y estertores; el relincho de las bestias se despedaza, como voz de clarín, en el ronco y seco estampido de los arcabuces; cada cañonazo hace claros en las filas contrarias, dejando en mueca horrible veinte, cincuenta cadáveres. Barreiro y su Estado Mayor rigen la acción desde una eminencia; Bolívar, ya en un punto, ya en otro, con sus oficiales y edecanes, trata de dominar la vehemente rabia de su caballo y dirige movimientos de cuerpos como si jugase al ajedrez. El polvo que se levanta del suelo seca las gargantas y el viento azota los árboles, cantando o gimiendo; es un viento helado, que no refresca a nadie en esa furia de todos. Hasta que los españoles empiezan a echarse atrás, Barreiro manda, grita, gesticula, da más órdenes, suenan los clarines. ¡Inútil! Sus soldados ya no obedecen; han emprendido la fuga. Los republicanos acosan, asaltan, matan sin piedad, hasta que los disparos del enemigo cesan y los servidores del rey se rinden. Un soldado pone la boca de su fusil al pecho del propio Barreiro y le obliga a entregarse. Son mil seiscientos los prisioneros; los otros, huyen, están heridos o perecieron. "Anzoátegui atacó y rindió el cuerpo principal del enemigo; a él se debe en gran parte la victoria; Santander dirigió su movimiento con acierto y firmeza". Las víctimas republicanas también son muchas; mas, poco importa, que el ejército español dominador de la Nueva Granada ha desaparecido. Ya Nueva Granada es libre; la batalla ha sido decisiva. Bolívar en persona dirige la persecución de los fugitivos, a fin de que nada quede del orgulloso ejército de Su Majestad. Y el acosamiento dura hasta la noche de ese inolvidable 7 de agosto de 1819.

Los generales Anzoátegui, venezolano, y Santander, neogranadino, fueron la encendida sangre luminosa de aquella jornada. El primero, con dirigir la acción dentro de bravura y acierto, según las órdenes de Bolívar, y el otro revelándose gran general en la prontitud y el encono para el ataque, en la firmeza para cerrar el paso del puente que se le había encomendado –clave de victoria–, tomaron para sí aquel día el más hermoso florón de gloria. Para Anzoátegui fue la postrera exaltación suprema, pues murió a los tres meses, víctima de enfermedad. Para Santander, la más brillante hora de su trayectoria militar.

Entre los prisioneros se encuentra el oficial Francisco Fernández Vinoni, que había traicionado a Bolívar siete años atrás, en Puerto Cabello. A la mañana siguiente le fusilan, con degradación y escarnio, en presencia de todo el ejército.

Luego de esta escena trágica y justiciera, sale Bolívar en volandas con unos cuantos oficiales y su Estado Mayor rumbo a Bogotá, a donde entra el día 10 –que más tarde será festejado de año en año– en medio de las grandes aclamaciones de quienes se dieron cuenta del suceso. No había alcanzado, en ese vértigo, ni a ponerse una casaca limpia. El virrey Sámano se había fugado la noche anterior. Regresaba así a Bogotá, donde se le conocía admirativamente, a los tres años y medio. Despacha inmediatamente órdenes de todo género; donde llega, remueve, incendia: moviliza columnas guerreras hacia el norte, el occidente y el sur del país, dicta medidas de carácter restrictivo. En los españoles urge el pánico; los de Bogotá se ocultan o huyen. Es perseguido el virrey sin ser alcanzado; va rumbo a Cartagena, a pesar de que Anzoátegui para darle caza pasó a nado el río Magdalena. Con destino a Antioquia es enviado el gallardo coronel José María Córdoba, que tendrá en el futuro extraordinario relieve histórico. En la costa occidental logran atrapar al gobernador Aguirre; se le fusila inmediatamente. En el valle de Cauca capturan al gobernador Domínguez; fusilan a varios. En numerosas regiones de la Nueva Granada por esos días las tropas libertadoras cometen tantos o mayores desafueros que las del general Morillo. Los bienes de los realistas son secuestrados. La hora es de las duras determinaciones. El Libertador encarga el poder al general Santander, nombrándole vicepresidente de Cundinamarca, con estas claras palabras:

> Recuerde usted los violentos resortes que he tenido que mover para lograr los pocos sucesos que nos tienen con vida. Para comprometer cuatro guerrillas, que han contribuido a libertarnos, fue necesario declarar la guerra a muerte; para hacernos de algunos partidarios fieles necesitamos la libertad de los esclavos, para reclutar los ejércitos del año pasado y éste tuvimos que recurrir a la formidable ley marcial, y para

> conseguir ciento setenta mil pesos, que están marchando para Guayana, hemos pedido y tomado cuantos fondos públicos y particulares han estado a nuestro alcance.

La obsesión del Libertador es Venezuela, y en Venezuela, Páez. Despacha urgentemente al general Soublette a localizar a este personaje. Y tres días más tarde sale el propio Bolívar rumbo a su patria por la vía del Norte, pasando por las poblaciones de Tunja, Bucaramanga y Pamplona, donde es recibido con arcos triunfales y gigantescas aclamaciones multitudinarias; bellas mujeres le ofrecen lindas coronas de flores. Atraviesa nuevamente la cordillera, pero por otra ruta, y sigue a través de los llanos camino de Angostura, donde tiene mucho pendiente y donde, además –¡es humano!– le aguardan los brazos ardientes de su Josefina. Lo serio, muy serio para Venezuela es que allí se encuentra el general Morillo con toda su fuerza amenazante. Si la Nueva Granada acababa de alcanzar la libertad, esta libertad seguía en peligro mientras subsistiese Morillo.

Antes de partir hacia Angostura, Bolívar es preguntado por Santander:

–¿Qué hago con Barreiro y los demás prisioneros?

–Obre V. E. de acuerdo con su conciencia.

Así lo hace Santander:

> Habiéndose denegado el virrey a entrar en conversaciones con el Gobierno, siendo continuos los clamores del pueblo contra los prisioneros y siendo justo tomar con ellos el partido que acostumbran tomar con los nuestros, prevengo a V. S. señor gobernador de Santa Fe, que en el día haga V. S. pasar por las armas todos los oficiales prisioneros del ejército del Rey.

La orden se ejecuta estrictamente y son fusilados Barreiro y treinta y ocho oficiales prisioneros. ¿Santander no se sentía seguro y creyó necesario atemorizar al enemigo, cuya reacción temía? Fue un episodio absurdo de la guerra a muerte. El espectáculo del fusilamiento es ejemplarizante: salen de la cárcel los prisioneros en

grupos de cinco, rumbo a la plaza Mayor, precedidos de redobles de tambores y acompañados por frailes franciscanos, que rezan en voz alta las oraciones de los moribundos. Barreiro, antes de ser atado al banquillo, pide hablar con el vicepresidente; éste se niega a escucharlo. Le envía entonces sus insignias de masón: Santander le contesta que antes que sus vínculos con la masonería están los que tiene con la patria. Al momento de las ejecuciones aparece en la plaza Mayor un español, de apellido Malpica, que vocifera desde el atrio de la catedral: "¡Atrás viene quien las endereza!", refiriéndose al general Morillo.

El vicepresidente se indigna, pierde la paciencia y ordena que también se le fusile a Malpica, en un ímpetu que ha condenado duramente la Historia.

Al llegar Bolívar a Angostura se encuentra con extraordinarias novedades. Aparte de la noticia de diferentes operaciones bélicas: unas, con éxito, como la del Apure, y otras, con diversos resultados, se le informa de que, una vez clausurado el congreso en su ausencia, Mariño y Arismendi se habían lanzado en revuelta contra el doctor Zea, quien, para evitar derramamiento de sangre fraterna, había renunciado. En su reemplazo figuraba ahora Arismendi, y Mariño se había dado a sí mismo el título de jefe de Oriente. Al conocer el triunfo del Libertador en Boyacá habíase producido desconcierto general: nadie sabía qué actitud tomar. Todos optaron por preparar arcos triunfales, a fin de que entrase Bolívar a la población aplacado.

El héroe y presidente de la República, con extraordinaria sagacidad, ni siquiera toma en cuenta la actitud traidora de Arismendi y Mariño. Simplemente ordena la reunión de los congresistas, ante los cuales presenta una reseña de la campaña. Reasume la Presidencia, restituye el orden por completo. Arismendi y Mariño quedan sin cargos.

Este Congreso procede a realizar en forma legal uno de los máximos sueños del Libertador: la proclamación de la República de Colombia, hecho que se realiza el día 17 de diciembre, fecha exacta correspondiente, a través del tiempo, a aquella en que Bolívar morirá. Inmediatamente después de la proclamación, Zea exclama: "Si Quito, Santa Fe y Venezuela se reúnen en una sola República, ¿quién

podrá calcular el poder y la prosperidad correspondiente a tan inmensa masa?".

Colombia se divide en tres departamentos: Venezuela, Cundinamarca y Quito. Bolívar es elegido Presidente de la nueva República; el doctor Zea, vicepresidente, y Roscio y Santander, vicepresidentes seccionales de Venezuela y Cundinamarca, respectivamente; el vicepresidente seccional de Quito se nombraría más tarde. Todo esto, tan inmenso, tan trascendente, se desarrolla en una ciudad malsana de menos de mil casitas, y a la vista del ancho Orinoco. Se tiene la impresión del nacimiento de un sol en un orto humilde.

Morillo, desesperado, pide a Madrid un auxilio urgentísimo de ocho mil hombres. No le hacen caso. Despachan, en cambio, toda una división hacia Perú, con el general Canterac por jefe. Quizá proyectan despachar otras después; es lo que murmuran en Madrid.

Resuelve el Libertador designar a Arismendi general en jefe de Oriente y dejar a Mariño en el cuartel general sin empleo, sale luego de Angostura, de nuevo a la Nueva Granada, el día de Navidad de ese año. Necesita consolidar su grande obra: Colombia. Antes de tomar el barco, besa a Josefina Machado, a quien no volverá a ver nunca.[11]

Y comienza 1820 con una revolución militar en la propia España, de la cual toma ventaja y suerte la guerra de América. El rey Fernando, desde su restitución al trono, hacía seis años, había abolido el régimen constitucional liberal creado por las Cortes de Cádiz en 1812, y gobernaba con aquel despotismo mediocre y vano, tan fijo en su personalidad. A tiempo que América se desangraba por volverse libre, los peninsulares padecían el recorte arbitrario y fanático de sus derechos.

Aquel día primero de enero de 1820 se conoció por bando real en toda España que se había ordenado que partiesen nuevos

[11] La enamorada mujer, desesperada por la ausencia indefinida de su hombre, partió al año siguiente, con el ánimo de encontrarlo en Bogotá o en otro lugar. Llegada a la población de Achaguas –feudo del general Páez–, murió, sin que siquiera se sepa de qué. Así terminó un romance de cerca de ocho años, bellamente intenso y duramente castigado por las vicisitudes de la guerra. Por largo tiempo las tropas libertadoras recordaron a la adorable "señorita Pepa".

contingentes militares a las colonias de América. Orden tardía, extemporánea; desacertada, por lo mismo. Ya todo el país conocía la liberación de la Nueva Granada, y hallándose informado de la independencia de Chile, luego de las batallas de Chacabuco y Maipú; de la autonomía republicana de Paraguay; de la constitución en firme del Río de la Plata como Estado libre. Y sabía, sobre todo, que de los diez mil hombres despachados hacía cinco años en la expedición punitiva de Morillo, la casi totalidad había quedado ya devorada por aquella trágica y voraz "guerra a muerte". Los soldados no quieren partir a América; se niegan a marchar hacia una muerte segura; son liberales, además, y odian el despotismo del rey. De modo que al grito de insurrección dado por Riego, comandante del batallón *Asturias*, en Cabezas de San Juan, responde vibrante todo el ejército de España. Y Fernando se ve forzado, así, no sólo a no despachar más contingentes militares a las colonias, sino a jurar la constitución liberal de 1812, que había abolido.

El general Morillo, en consecuencia –Morillo, el conservador; Morillo, el monárquico intransigente–, habrá de seguir la lucha atenido a las fuerzas de que dispone, que no son pocas: quince mil hombres, en Venezuela; cinco mil, en Santa Marta, Cartagena y Panamá; cinco mil, en Quito y Pasto. Los patriotas son unos trece mil, en Venezuela, y unos diez mil, en Nueva Granada. Hay todavía un equilibrio desafiante.

Sigue la guerra, pero con desánimo transitorio. La nueva República carece de todo; los únicos impuestos relativamente productivos son los de las salinas, el tabaco, la acuñación de moneda y las alcabalas. Nueva Granada es agrícola; el ganado para el ejército hay que trasladarlo de Venezuela, con la cooperación de los propios soldados.

Vigilaban los mares del Caribe el almirante Brión y el general Montilla. Desembarca una noche sorpresivamente un cuerpo republicano cerca de Santa Marta y se interna hacia el Sur, con ánimo de tomar contacto con el general Urdaneta, que se movilizaba de Sur a Norte. Los españoles cuentan en la zona con tropas, que, diseminadas, asesinan a los mensajeros de los patriotas, de manera que no puede establecerse el contacto. Montilla ordena a sus hombres la retirada. Todos obedecen, excepto cincuenta y dos oficiales

irlandeses, que presentan una nota subversiva, en que se quejan de todo y piden traslado a una de las colonias británicas: la verdad es que suponían que el general guardaba fuerte suma de dinero. Los insurrectos son embarcados hacia Jamaica y desaparece así la cooperación irlandesa. No se desanima Montilla; efectúa otro desembarque en Barranquilla, toma contacto con el coronel Córdoba, luchan juntos a lo largo del río Magdalena, aguas arriba, y logran la total libertad de navegación en esa zona. Nueva Granada, en lo comercial, queda también independizada.

Bolívar opera en diferentes direcciones; hace falta en todas partes. E inicia la aplicación de las leyes dictadas por el Congreso de Angostura, entre las cuales hay una a la que Santander, hombre legalista, le concede demasiada importancia. Consiste en que la Alta Corte de Justicia de Venezuela ha de servir para toda Colombia. El Libertador, cuando advierte la impracticabilidad de la disposición, la objeta y suspende. Y no es que hay en ella únicamente impracticabilidad, sino que a propósito de ella se acentúan peligrosamente los recelos de tipo regionalista entre neogranadinos y venezolanos. Como en la guerra se cometen muy graves injusticias, todos esperan justicia por medio de la ley. Los neogranadinos estaban demasiado lejos de Venezuela para demandar constantemente allá la justicia que exigían.

El doctor Zea es enviado a los Estados Unidos en calidad de diplomático para conseguir el reconocimiento norteamericano de la independencia. En la zona de Angostura se producen unos cuantos encuentros militares esporádicos, que significan la destrucción completa de la mayoría de las pequeñas poblaciones ribereñas del Orinoco: los destructores son de parte y parte. Morillo continúa a la defensiva, Páez tampoco se moviliza, y prefiere mantener en su feudo tropas numerosas bien disciplinadas. Tales son los sucesos salientes hasta el momento en que, a mitad de año, Morillo se ve forzado, por órdenes recibidas de España, a poner en vigencia la nueva Constitución liberal que había jurado el propio rey cuatro meses atrás. Esto para Morillo es obrar en contra de sus convicciones personales; se siente débil, semiderrotado; sabe bien que el pensamiento liberal constituye la fuerza espiritual de los patriotas. "¡Albricias, mi querido general Santander! ¿Quién sabe si

en este momento tenemos en Angostura alguna idea de negociación? Y sin quien sabe, aseguro que ya está decretada en España. Apunte usted este día y compare las fechas para que vea si soy buen profeta". A los quince días de esta profecía, el general español La Torre propone una suspensión de hostilidades por un mes. Ha cambiado radicalmente la faz de la lucha; ya los españoles no imponen su voluntad despótica.

Por espacio de cuatro meses se queda el Libertador en San Cristóbal –pequeña villa, muy próxima a la supuesta capital de Colombia, Cúcuta–, pero ya en territorio venezolano. Es un lugar estratégico que le permite controlar las dos zonas desde un acertado centro de acción. En las horas de descanso juega. "Si pierde, se queja de mal juego y se irrita de la mala suerte, se levanta de su silla, juega de pie y en todas sus acciones se ve que su amor propio está herido en ver la fortuna declararse contra él y en favor de los demás. Tira los naipes, el dinero y abandona el juego". En todo este tiempo, de vigorosa actividad administrativa, nada de amoríos.

Viaja a Barranquilla y ordena que se ponga sitio a la ciudad de Cartagena; regresa a San Cristóbal, pues se ha terminado el mes de tregua concertado con el general La Torre. Continúa la pobreza de todos, cada día más acentuada. Uno de los coroneles juega con trampa, porque con las ganancias paga su comida. A los reclutas, se les abona únicamente la mitad de lo poquísimo que debían ganar por sus servicios. Bolívar, que tan brillantemente vivió en los salones de París, sufre ahora con estoicismo ejemplar la misma miseria que sus compañeros.

¡Está para comenzar otra etapa desconcertante de su vida!

Cuarta Parte
DERROCAMIENTO DE CÍCLOPES

I

"Ha llegado la hora de una ofensiva enérgica sobre Venezuela. Morillo debe desaparecer de alguna manera, o la liberación de la Nueva Granada se convertirá en fracaso". Al retornar, pues, Bolívar de Barranquilla a San Cristóbal –su centro de operaciones habitual– toma rumbo a Oriente con más de cinco mil hombres. El éxito depende de la velocidad. La ruta, minuciosamente conocida, es la misma de la "Campaña admirable", tipo relámpago, de 1813. Algunos choques en el camino limpian de obstáculos el avance firme del ejército. Los venezolanos, felices con volver a su tierra, cantan las canciones vernáculas tradicionales en el acento alegre que tienen, mientras relampaguea el sol sobre sus cabezas valerosas y optimistas. En Mérida, los republicanos han regado de flores las calles y han colgado festones vistosos de las ventanas. Mucho padecieron los merideños en un lapso de siete años: muerte, despojo, miseria. No se han rendido, sin embargo. Entregan a las tropas cuanto les queda: ropas, víveres, caballos. ¿Qué no darían? A los erguidos patriotas ofrecen sus labios las mujeres, y las "juanas" lloran de júbilo al considerar que también ellas están formando la grande obra. La independencia brota del alma masculina y de la femenina a la vez, en una sublime conjunción sentimental. Los recuerdos vienen atropellados; a los niños les dan una lección los padres; ¡quizá la primera lección objetiva de patriotismo!

También en Trujillo se efectúa una entrada triunfal. Allí se decretó hace siete años la "guerra a muerte", y ese decreto trágico ha dado ya los resultados que se buscaban. Entre españoles y americanos patriotas álzase una muralla de cadáveres. Con sangre ha sido moldeada la nacionalidad.

Morillo, que se encontraba en Caracas, sale apresuradamente para enfrentarse a la ofensiva, que le sorprende. Moviliza más de seis mil soldados, con los cuales no piensa presentar batalla. Sus planes son diferentes; trata sólo de impresionar a los republicanos,

para detenerlos. No se dirige hacia Occidente en son de lucha, sino hacia el Sur, sin alejarse mucho del objetivo. Bolívar acantona las tropas a corta distancia de Trujillo y espera. Ya le indicarán los espías lo que deba hacerse.

En este lapso, desde Chile le informa el general O'Higgins que las divisiones chileno-argentinas, al mando del glorioso San Martín, han iniciado la marcha sobre el virreinato del Perú. San Martín se acerca a Colombia. Exaltado el Libertador con el extraordinario suceso, abre de par en par las puertas de su inspiración y le dice a Roscio: "Perú va a recibir su libertad por las armas de Chile y de Buenos Aires. Las armas de Colombia cumplirán sus deberes libertando a Quito y satisfarán luego con sus votos empleándose en favor de los hijos del sol". La ruta bélica de Bolívar va en estos momentos en sentido contrario; sin embargo, anuncia ya el retroceso victorioso, la futura marcha hacia el Sur, rumbo al Perú, y –lo que es más sorprendente– advierte en forma muy concreta que el Perú no será libre con San Martín: "las armas de Colombia se emplearán en favor de los hijos del sol". "Yo siento por lo presente y por los siglos futuros".

También recibe una noticia deprimente. Los oficiales y tropas ingleses que se habían quedado en el ejército de Páez acaban de sublevarse en momentos en que Páez no tenía consigo sino ochenta hombres; los ingleses pasaban de quinientos.

Los sublevados tratan de asesinar a sus jefes criollos y embarcarse hacia el Orinoco: están cansados de sufrir penalidades. Páez, astutamente, ordena retirar los barcos que se hallaban junto a la orilla y ataca a los amotinados, mientras las gentes de Achaguas corren desesperadas por las calles, en trémulo desconcierto. Al fin, los insurrectos son puestos en formación, junto con las tropas venezolanas, en la plaza del pueblo. El jefe llanero, con unos cuantos de los más valerosos, desenvaina la espada y ordena que los cabecillas de la sublevación den un paso al frente. Los valientes ingleses responsables dan el paso al frente, y son inmediatamente decapitados. Un grupo trata de reaccionar, pero el general se lanza solo contra ellos y los somete. Efectuada la ejecución, Páez grita:

–¡Quien se muestre triste, también será decapitado!

La trágica escena finaliza con voz imperiosa:

–¡Todos a sus cuarteles!

Morillo sondea hábilmente la situación y acepta conferenciar con Bolívar. Con altanería manda a uno de sus coroneles para que insinúe al Libertador una retirada, como base de negociaciones. El general venezolano contesta:

–Diga usted al general Morillo que él se retirará a sus posiciones de Cádiz antes que yo a Cúcuta, y que hacerme semejante proposición es un insulto que yo devuelvo con desprecio.

Morillo rompe la cuerda por el punto más débil: desautoriza a su delegado, y el día 25 de noviembre los emisarios de ambas partes firman un armisticio de seis meses y la abolición de la "guerra a muerte". El negociador ha sido Sucre.

Intrigado, el general español desea conocer personalmente a su émulo, y le invita a una conferencia de carácter personal, que se realiza a veinte kilómetros al norte de Trujillo, en el pueblo de Santa Ana.

Ambos generales van, cada cual por su ruta, a la expectante entrevista acompañados de oficiales. A la hora convenida avanzan a caballo; Morillo luce flamantísimo uniforme, al igual que sus acompañantes, muy numerosos; el Libertador, carente de tales lujos, da muestra, lo mismo que sus oficiales, de señalada modestia. Inmediatamente que se ven, desmontan de sus caballos y se dan estrecho abrazo. Es el abrazo de dos nobles contrincantes, en quienes la cortesía se iguala a su valor. Luego de las frases rituales y sencillas, Morillo, en cuyo poder se hallaba Santa Ana invita al caraqueño a una comida, en la cual se hablará de generalidades. Son las horas últimas del día. Cuando circularon las botellas de buen vino español, los ánimos fueron creciendo en alegría, la que llegó a tal punto, que hubo brindis que se hicieron de pie sobre la mesa, con eco de vítores estruendosos. Al final, en una efusión propia de las circunstancias, uno y otro jefe determinaron que en ese lugar se levantase un monumento conmemorativo, y hasta colocaron juntos la primera piedra del mismo. El general español La Torre obsequia al Libertador las pistolas que había perdido en los momentos gravísimos de Casacoima. Morillo, puesto junto a Bolívar, da la impresión de extraordinario vigor, en contraste con la apariencia del venezolano, de quien había dicho horas antes al verlo:

–¡Cómo!, aquel hombre pequeño, de levita azul y gorra de campaña, y que viene en una mula, ¿es el general Bolívar?

A la noche los dos duermen en una misma habitación y al día siguiente se despiden con un nuevo abrazo. Un hálito romántico se difunde a través de todas estas escenas.

Pero en aquellos instantes de subida emotividad se crea así para la Historia el más hermoso símbolo de fraternización entre España y América, de igual a igual.

Morillo informa a su Rey sobre la entrevista:

> Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo. Su arrojo y su talento son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuantos le rodean. Él es la revolución.

Bolívar comentó: "Hubo de parte de los negociadores colombianos un *sine qua non* terminante por principal base, es decir, el reconocimiento previo de la República; *sine qua non* que nos dio dignidad y superioridad en la negociación".

El Libertador se desata en alegría. Cuando marcha hacia el Sur para delimitar las zonas sometidas al armisticio, obliga a su caballo a galopar desaforadamente. Quiere correr, correr y más correr en una especie de vértigo emocional. Es que lo logrado en Santa Ana fue un extraordinario triunfo diplomático. Al convencer al general Morillo de que los patriotas no se dejarán derrotar nunca obtuvo, además, que se decidiese el general a abandonar a Colombia para siempre. ¡Que cargue otro con la guerra! Y, en efecto, quince días más tarde Morillo entrega el mando de las tropas realistas al general Miguel de la Torre y se restituye a España. El triunfo militar está en que el general La Torre es un jefe muy inferior a Morillo; será menos difícil destruirlo.

De nuevo delira ahora su imaginación: "Mi querido general Santander: Pienso venir a la instalación del congreso de Cúcuta, y de allí me voy al Sur. Mi cálculo es infalible, siempre tomaremos a Quito, y yo le insto a usted mucho para que prepare todo lo necesario a fin de que no nos falte aquel departamento".

Eliminado el hombre máximo remitido a América por Fernando VII para salvar las colonias, viaja Bolívar a Cúcuta y luego a Bogotá; un recorrido de ochocientos cincuenta kilómetros que le destrozan la resistencia física, pero que le acrecientan la fuerza moral. En la ruta recibe dos noticias importantes: la ciudad de Guayaquil por propia iniciativa se ha declarado independiente de España, y las fuerzas libertadoras del general San Martín han desembarcado, procedentes de Chile, en el primer puerto peruano, rumbo a Lima. Todo es favorable.

En la Nueva Granada encuentra que se ha rendido la ciudad de Santa Marta. Ordena, por lo mismo, que se estreche el asedio a Cartagena, a pesar de que está convencido de que esa ciudad caerá pronto; encuéntrase aislada.

Los generales y la tropa, al igual que los civiles utilizados para la administración, apenas advierten los éxitos, aun no seguros, presentan sus quejas en forma desorbitada: que no había suficientes elementos bélicos, que los sueldos eran muy bajos, que a determinados generales no se les había concedido la debida atención, que al secretario de Páez le habían impedido una modesta ganancia en la compra de mulas, que al general Mariño no se le castigaba, a pesar de que continuaba conspirando, etc.

En cuatro grandes grupos están divididas las fuerzas revolucionarias: el comandado directamente por Bolívar, y con sede en la frontera entre la Nueva Granada y Venezuela (Cúcuta-San Cristóbal); el dirigido por Páez en los vastos llanos venezolanos del río Apure; el de la zona sur de la Nueva Granada, rumbo a Quito, poco poderoso y encomendado al general Valdés, y el del oriente de Venezuela, que en realidad no lograba una verdadera concentración. Además, había unos cuantos cuerpos móviles para acciones de carácter local.

Los seis meses de tregua concertados con el general Morillo abren el alma a la esperanza. El Libertador tiene en este momento en Bogotá, dos obsesiones: el Oriente, o sea Venezuela, y el Sur, o sea Guayaquil-Quito. En Guayaquil cuenta con un gran liberal amigo suyo, Vicente Rocafuerte, masón de alcurnia, a quien le anuncia: "Estoy en marcha para Quito y Guayaquil. El general Valdés me precede con la vanguardia del ejército del Sur y el general Sucre lo

seguirá de cerca. Mando al general Mires a Guayaquil con auxilios a esa patriótica provincia, Por acá estamos divinamente".

Ese fue el plan inicial: ir personalmente al Sur, plan que cambia de un día para otro, pues intuye que el mayor peligro encuéntrase en Venezuela. Se atiene, así, a poner en marcha todo lo relativo al Sur, exceptuadas su propia persona, las fuerzas que él comanda, y el general Urdaneta su inmediato subalterno. Antes de dirigirse a Venezuela fija los ojos certeramente en el futuro, con esa su visión extraordinaria, y le anuncia al general San Martín, con año y medio de anticipación, que habrá de entrevistarse con él: "Bien pronto la divina Providencia, que ha protegido hasta ahora los estandartes de la Ley y de la Libertad, nos reunirá en algún ángulo del Perú, después de haber pasado por sobre los trofeos de los tiranos del mundo americano".

Otro anuncio luminoso, desde la propia ciudad de Bogotá: "Mi querido coronel Ambrosio Plaza, en Trujillo o donde se halle: estoy resuelto a terminar la guerra en Venezuela en este año; espero que para entonces todo, todo, todo estará al corriente para entrar en campaña". El propósito habrá de ser cumplido con rígida exactitud. En la Historia sólo Napoleón fue capaz de cálculos de esta naturaleza. Luego de enviar dos diplomáticos a España para la concertación de la paz –en que no creía–, sale rumbo a Venezuela, resuelto a destrozar al general La Torre. Urdaneta actúa en la zona norte de aquellas regiones, mientras el Libertador procede por el centro. Las enfermedades mortifican, lo mismo que las deserciones; esto último sobre todo por falta de dinero. Las "juanas" no ganan sino las caricias de sus ocasionales compañeros. Junto ya al general Páez, ordena una apresurada recolección de ganados para alimento de los combatientes y, a la vez, fija a cada cual la acción militar que debe desarrollar: Páez, hacia el Norte; Urdaneta, hacia el Oriente; Bermúdez, del Oriente hacia el Occidente, rumbo a Caracas. Cuando todo se pone ya prácticamente en marcha, da el golpe certero del militar que no se detiene en minucias y que considera como único objetivo la victoria: comunicarle al general español La Torre que por diversas circunstancias se ve en el caso de romper el armisticio, de acuerdo con una de las estipulaciones del convenio, dentro del plazo de denuncia fijado en él, o sea cuarenta días. La Torre, que aguardaba refuerzos de España, en todo este lapso habíase mantenido

desprevenido. El día 10 de mayo abren los patriotas la marcha general desde distintos ángulos. Es un proceso lento, coordinado y vigoroso; por lo mismo, arrollador. El enemigo habrá de ser localizado por esa masa en algún sitio, donde se dará la batalla decisiva para Venezuela. No obstruye los planes el fallecimiento del vicepresidente de Colombia, doctor Juan Germán Roscio, en cuyo honor se decretan veinte días de duelo. En cambio, arriba el general Mariño a quien se le nombra jefe del Estado Mayor. Bolívar lleva ya muy sustantivos valores para el éxito de su obra: "Hay en Colombia tres sujetos que tienen reputación, talento y virtudes, y, además, son militares, que pueden mandar esta República, actualmente militar; éstos son los generales Nariño (neogranadino), Urdaneta y Santander". Además está el general Sucre. El equipo de jefes es brillante.

Acaba de cumplirse una de las maniobras más sagaces para defender esta irrupción en bloque. El general Bermúdez, que venía de Oriente a marchas forzadas, rumbo a Caracas, se apodera de la capital venezolana por sorpresa. El general español La Torre se desespera con el insuceso y acude en auxilio de los derrotados con el propósito de recuperar a Caracas, lo cual consigue tras persistentes esfuerzos. En esa forma, sin presumirlo, ha dejado el campo libre en el Occidente, el Centro y el Sur, y el avance general del ejército republicano continúa sin obstáculos. A Bolívar no le interesa Caracas; le importa realizar armónicamente el proceso de su plan gigante. La Torre ha caído en una celada. ¡A Morillo habría sido imposible engañar!

Por el fallecimiento del vicepresidente de Colombia, doctor Roscio, el Libertador nombra interinamente para ese cargo, que habrá de ser confirmado o infirmado por el congreso de Cúcuta en ese mismo año, al general. neogranadino Antonio Nariño, nombramiento que constituye reconocimiento al altísimo valor del gran precursor de la independencia en la Nueva Granada y valioso presidente antifederalista en los días llamados de la "patria boba". Nariño acababa de llegar a los cincuenta y dos años y tenía por émulo, aspirante desde Bogotá al mismo cargo, al general Santander. En esta pugna de los dos generales triunfará quien haya de mostrar mayor habilidad política.

En plena marcha, Bolívar atiende a mil asuntos de carácter administrativo, militar y hasta internacional. Somete a los

margariteños, que se habían negado a salir de su isla; reprende enérgicamente a los generales Monagas y Zaraza por lerdos; a Bermúdez, por excesivamente apresurado. Autoriza a Santander la compra de barcos. Ordena hospitales en más de una población. Dispone que se publiquen en el exterior amplios datos sobre la nueva situación colombiana y lo hace por medio de un agente en Trinidad. Se preocupa por las viudas de elementos valiosos. Toma medidas para que no falten armas, municiones y enseres a los diferentes cuerpos del ejército. Y puesto que su desprendimiento personal carece ya de límite, renuncia al sueldo anual de cincuenta mil pesos que había fijado el congreso al cargo de presidente de la República, lo mismo que al reparto de veinticinco mil pesos correspondientes a los generales en jefe, establecido por una ley con base en los bienes expropiados a los españoles; toma únicamente catorce mil pesos para acudir en auxilio de sus dos hermanas reducidas a la pobreza por la guerra, y para favorecer a las familias de unos cuantos jefes que obran con él en la lucha.

El congreso de Cúcuta se halla ya en funciones y estudia numerosas leyes, parte de las cuales han sido recomendadas por el propio Bolívar. Será un congreso carente de grandeza; no corresponderá al alto vuelo que se requería en circunstancias tan decisivas en la Historia continental. Bolívar advierte que entre venezolanos y neogranadinos existe ya una pugna muy desarrollada, cuyas bases proceden del propio régimen colonial. Manda, pues, al congreso el proyecto de crear entre las dos regiones colombianas un departamento intermedio, de carácter neutral, con Cúcuta por capital. El congreso ni siquiera se tomó el trabajo de discutir este proyecto. Entró, en cambio, en el estudio de otros, fatales para la unidad de Colombia.

La ley actúa por un lado y la guerra por otro; son las dos paradojas del momento. La concentración militar de la mayor parte de los ejércitos en marcha se produce en la población de San Carlos, a unos doscientos kilómetros al sudoeste de Caracas, mientras los otros contingentes patriotas se baten en diferentes lugares contra fuerzas realistas aisladas. Bolívar trata de dar la impresión de prudencia, hasta de timidez, de modo que el adversario tome la ofensiva. La Torre, todavía desorientado, remite al Libertador una

propuesta de nuevo armisticio hasta que se conozcan los resultados de las negociaciones de paz abiertas en España. El general caraqueño acepta los pliegos por mera cortesía y sigue adelante. Sitúa sus batallones un poco delante de San Carlos y se dispone a operar contra el grueso del enemigo, acampado a unos sesenta kilómetros más al Norte, en la llanura de Carabobo. Para engañar al adversario hace circular profusamente con espías la noticia de que las más poderosas tropas libertadoras están al Norte, al mando de Urdaneta. La Torre cae también en esta segunda trampa y envía un contingente valioso en esa dirección.

Así, las fuerzas de los realistas, mitad españoles y mitad criollos, no llegan a 5.200, cuando las de Bolívar ascienden a 6.400. No es sino dar el golpe final.

Amanece aquel 24 de junio sobre la vasta llanura, y por detrás de la neblina que va escarmenando poco a poco el viento, ve el Libertador, desde una choza en alto, que el enemigo ha desplegado ya sus tropas, dividiéndolas en seis grandes bloques de infantería y tres de caballería; y su ojo expertísimo advierte en seguida que La Torre ha reforzado el frente y su flanco izquierdo, descuidando el derecho a causa de que el terreno por ese lado tiene quiebras que impiden los movimientos rápidos.

Las tropas republicanas, que iban en marcha normal, acampan en espera de órdenes, mientras el sol va ascendiendo lentamente, y se sirven a las nueve su almuerzo. El Libertador lo hace también, en la cima de una colina, acompañado de varios oficiales y la conversación rueda vehemente, con vista al enemigo, en una especie de autoconvicción de lo que ha de ejecutar cada quien en la lucha. El ejército había sido dividido en tres, con los generales Páez y Sedeño y el coronel Plaza como jefes de cada una de esas divisiones. Páez habla locuaz; Sedeño y Plaza callan.

–¿En qué piensa, general Sedeño? –dice el edecán O'Leary.

–Estaba pensando qué bonito muerto haría Plaza.

–Y yo –replica Plaza rápidamente– estaba reflexionando en cuál será la bárbara temeridad que le llevará a usted a su fin.

De pronto, suenan las cornetas. Cada cual a sus puestos, que ha llegado la hora de la batalla. Al frente, los oficiales españoles van de un lado al otro a caballo, al galope, repartiendo instrucciones;

hay, sin embargo, sargentos que están tendidos muellemente, en espera del momento. Son los veteranos y saben que no hay para qué apresurarse.

A las once en punto, bajo luz de oro hirviente, comienzan a botar fuego las armas. Páez y sus mil quinientos llaneros se arrojan por el quebrado camino, sobre el flanco derecho del enemigo, sin cuidarse de la mortandad que hacen las balas en sus filas; hasta los cañones apuntan contra los suyos. Cargan contra él vigorosamente; retrocede; hay peligro. La Legión Británica, que va a pie en esa misma dirección, cala la bayoneta y cose a puñaladas a los españoles. Pero también éstos reciben refuerzos y el choque se agiganta, sobre todo porque arriba al lugar ya toda la división de Sedeño. Quieren avanzar los del *Batallón de la Reina*, que habían estado en reserva, pero les cortan el paso los de Sedeño. Otro batallón realista más al ataque; Rondón le destroza. Y luego vienen los de Plaza, que atacan de frente. Los de Páez y Sedeño, que se arrojaron sobre el costado ya están lejos; ya acosan sobre la retaguardia enemiga. Y los del rey, al verse semicercados, retroceden, se desbandan, huyen; sólo el batallón *Valencey*, lujo de la disciplina de Morillo, marcha hacia atrás, en buen orden, dando la cara a los patriotas, hasta que cae sobre él, con todo el peso de la saña, el propio general Sedeño; recíbenle a fusil y matan al valeroso general. También el batallón realista *Infante* trata de salvarse; acósale el coronel Plaza y trata de rendirlo; lo consigue, a costa de su propia vida. Bolívar se acerca a consolar al moribundo. "Mi general –dice Plaza–, muero con gusto en este campo de victoria, y en el punto más avanzado, a donde no llegó Páez".

Entre los que murieron en Carabobo –una gran batalla, la segunda decisiva en todo el lapso de una guerra de ya once años– hubo un negro. Era el guardaespaldas del general Páez y se llamaba Camejo. Páez, en lo recio de la lucha, véle venir en su caballo, como si huyese.

–¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo? ¿Ya no hay enemigos? Hazte matar; ¡lo ordeno!

–Mi general... Sólo vengo a decirle adiós..., porque estoy muerto.

Y el negro se desplomó del caballo, para siempre.

Venezuela fue libre desde aquel día, a las once y media de la mañana. Tres mil quinientos hombres perdió La Torre. Páez fue ascendido en el propio campo. Esta batalla, y la de Boyacá, que libertó a Nueva Granada, estuvieron dirigidas por Bolívar.

El superhéroe en aquella jornada fue el general Páez, que rompió el flanco del enemigo, atenaceándolo luego por la retaguardia.

José Antonio Páez tenía siete años menos que Bolívar, en aquel hermoso acervo de juventud que fue el ejército libertador. Había nacido en los llanos de Venezuela, junto a un río, y su niñez y adolescencia fueron empleo en menesteres duros, rudos, lejos de toda educación. El comienzo de la guerra de independencia significó para él un descubrir de la vocación, y se entregó a ella con apasionamiento irrevocable. Los mulatos y mestizos que le seguían a caballo, lanza en mano, llamábanle "Mi general"; antes de la guerra denominábanle "El mayordomo Páez".

Llanero quiere decir valeroso, fuerte, cruel, y al mismo tiempo soñador, casi romántico, improvisador en la guitarra. Pero significa, sobre todo, desconfianza, astucia. El llanero es arma de doble filo.

De mediana estatura, robusto, muy anchos los hombros y corto el cuello, tenía algo de león, sobre todo por la cabeza grande, el pelo castaño oscuro ondulado, los labios gruesos y los ojos impávidos en color claro que armonizaba con su piel blanca. Nadie como él para desconcertar al enemigo, nadie mejor jinete; ninguno más resuelto, ni más pronto en el concebir y el ejecutar. Mientras vivió Bolívar, fue un auxiliar extraordinario para la causa de la libertad. Sin embargo, el Libertador hubo de vigilarle permanentemente. No se podía confiar en él: "es un llanero tosco y falso, y es preciso conocerlo bien para dirigirlo".

Cada vez que le tentó a Páez el demonio de la ambición, o entró en su alma el veneno de la política, quedó sacrificada inmediatamente la lealtad. Así, entre 1826 y 1830, obra entre dos aguas, hasta que da el golpe a su favor, en contra de Bolívar, aprovechándose de que éste declinaba ya en forma irrevocable.

Esa misma noche es ocupada por los patriotas la ciudad de Valencia, y cuatro días más tarde entra el Libertador triunfante a Caracas, evacuada apresuradamente por los realistas. Es la quinta

vez en la guerra que le aclama su ciudad natal; también es la penúltima en la vida del grande hombre.

Mezcla de júbilo, de tristeza, de odio y de gratitud es la que halla allí. Quedan ya muy pocos de sus parientes; la población ha sido reducida a una tercera parte; de los ánimos se ha fugado la confianza, imponiéndose, en cambio, un sentido general de temor. No hay riquezas, ni negocios, ni siquiera el consuelo de una fe religiosa profunda. Las mentes, desorientadas, no saben aún exactamente si han de decidirse por la República o por el Rey. A pesar de este ambiente contradictorio, domina el éxito del momento: los festejos duran toda una noche, en una algazara que sale de las casas a la calle y que se alumbra con la media luz de una risueña luna tropical. Abundan las flores, el licor, la música. No pocos advierten que esta vez el triunfo ha sido decisivo y todos exigen la paz, únicamente la paz. El calor de junio abrasa cuerpos y almas, y el gran general no halla manera de esquivar a las gentes, que invaden su casa para abrazarlo en persona y para besarle la cara, las manos, en un expresión emotiva muy intensa. Las mujeres tiemblan en su presencia, como arrobadas. Los niños miran ese rostro pálido con una obsesión de desconcierto. Todas las jóvenes que le rodean le aman ya; él no ama a ninguna. Así, en medio de delirios, gritos y danzas, amanece el otro día. Y en ese amanecer no hay para Bolívar sino el rito del sol: no detenerse, no detenerse nunca.

Resuelve pasar breves días en su antigua hacienda San Mateo, y en ese lapso, en que surge luminosamente la figura de su madre, suceden en el Continente hechos extraordinarios. Vienen a ser como reflejo espiritual vívido del éxito de Carabobo. Los países centroamericanos están por declarar su independencia; faltan apenas dos meses. La plaza peruana del Callao va a capitular también, a tiempo que al Norte, en México, la libertad definitiva se anuncia ya. Por añadidura, Panamá da pasos firmes para adherirse a Colombia independiente. Es el año de las grandes culminaciones y, por ende, del derrumbamiento de la España monarquista en el hemisferio occidental. Para América comienza a cambiar la Historia. Es el hombre quien crea el futuro.

Más triste que contento, se despide luego el Libertador de su ciudad natal: "No será Caracas la capital de una República, será

sí, la capital de un vasto departamento gobernado de un modo digno de su importancia". En estas palabras sencillas se encuentra oculto un sacrificio en favor de la unidad de Colombia, unidad que ni los venezolanos ni los neogranadinos comprendieron entonces. Son palabras dirigidas en realidad al congreso de Cúcuta, ante el cual va a presentarse Bolívar casi en seguida. Dicta las últimas disposiciones y se dirige a Trujillo, en donde marcará la ruta de su marcha, rumbo a Bogotá. Viajan juntos esta vez el militar y el estadista. Uno de los dos va a ser acosado.

II

> Si fuere yo un Plutarco, no me costaría hacer una vida paralela de Don Quijote y Bolívar.
>
> UNAMUNO.

Ya en la ciudad donde se decretara el trágico "guerra a muerte", el espíritu de Bolívar se clava de nuevo en el porvenir y se lanza a los espacios con vuelo intrépido. No es el militar, ni el político, quien sueña, sino el gran poeta, que hace de su obra un canto épico.

> Fórmeme usted un ejército que pueda triunfar al pie del Chimborazo y en el Cuzco y que enseñe el camino de la victoria a los vencedores en Maipo y libertadores del Perú. ¡Quién sabe si la Providencia me lleva a dar la calma a las aguas agitadas del Plata y a vivificar las que tristes huyen de las riberas del Amazonas!

¡Esa imaginación febricitante rebasa los linderos del Perú y piensa en la liberación del Brasil! Háblale así al general Santander. Y no deja de preocuparse por el éxito, que considera incierto, de las armas dirigidas por el general San Martín: "Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo fue V. E., el Perú y su ejército libertador. Quiera el Cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú". Felicita al vicealmirante Cochrane

y al general O'Higgins, compañeros de gloria del general San Martín, y marca de una vez el aporte de Colombia a la lucha que ha comenzado en el Perú. Ofrece a San Martín cuatro mil hombres, que viajarían por Panamá, más otros cuatro mil, que tomarían la ruta de Buenaventura, aparte de tres mil a las órdenes del general Sucre en Guayaquil. Únicamente solicita los fusiles, más los navíos necesarios para el transporte. Obra con magnanimidad, dentro de un espíritu continentalista de la independencia. Actúa a la vez en el sentido de cerrar la única brecha importante en poder de los españoles. Hay que eliminarlos de América, sin que importe realmente quién haya de ser al final el general triunfador sobre ellos. Por anticipado, Bolívar sabe que el victorioso será él y no otro; el ofrecimiento de tropas implica ya un sentido de dominio sobre San Martín.

Toma la ruta de Maracaibo, y aún en el camino hacia la Nueva Granada continúa delirante su estro de poeta: "Apoyar la insurrección de México", da por instrucción al general Salom.

Al llegar a Cúcuta echan a vuelo las campanas en su honor y por haberse proclamado ya la ratificación de la Carta Fundamental. Bolívar exclama: "Están doblando por Colombia". Por un muerto...

¿Qué ha pasado? El congreso, en su ánimo reformista, ha vuelto las espaldas a la fuerza del pasado y ha dividido el país no en los tres departamentos tradicionales originados en la colonia, sino en siete, para atender aspiraciones localistas. Volver las espaldas al pasado en lo elemental, implica fracaso siempre. Nadie puede construir sino sobre el ayer. Aparte de esta ceguera del congreso, se habían cometido otros errores de carácter legal: uno de ellos, el más grave, el cambio de tributación, sin considerar que el contribuyente paga oportunamente cuando obedece a costumbres. El afán de modificar estaba derrumbando ya demasiado; se iniciaba la república de las leyes. Trasladaron la capital de la nación a Bogotá, hecho que, con otros, produjo serio malestar en Venezuela. Los neogranadinos recordaban que habían sido virreinato. Bolívar advirtió que la gran creación unitaria, Colombia, comenzaba a flaquear y vio, con anticipación de nueve años, la desmembración. Su frase de "están doblando por Colombia" cayó en el vacío, como tantas de sus predicciones.

El congreso había ratificado el nombramiento del Libertador para presidente de Colombia. En la designación de vicepresidente triunfó la habilidad política sobre los antiguos merecimientos: Santander logró treinta y ocho votos y el general Nariño solamente diecinueve. En menos de dos años el hijo del Rosario de Cúcuta había demostrado dinamismo, estudio y extraordinaria inteligencia administrativa. Bolívar podía contar con él para el armónico desarrollo de su obra.

Tenía resuelto el Presidente –a quien el Congreso acababa de otorgar facultades extraordinarias– seguir hacia Panamá. Desiste del empeño. Los españoles comienzan a reaccionar contra la República en diferentes sitios; hasta logran desembarcar tropas procedentes de las Antillas, y el propio general La Torre, desde su encastillamiento en Puerto Cabello, realiza incursiones de significación en extremo peligrosas. Además, llega a Curazao la triste noticia del fallecimiento del almirante Brión, sin cuyos esfuerzos en la mar y en el río Orinoco habría sido poco menos que imposible la gran campaña que culminó en Boyacá dos años antes. ¡Había muerto un gran capitán! Era hijo de Curazao.

Sin embargo, no todos son contratiempos. Cartagena se rinde a los patriotas; también Cumaná, en Venezuela, al cabo de una presión tenaz y sangrienta de siete años.

¿Y ahora? ¡Otra embestida gigante!

En Bogotá se queda el Libertador casi dos meses para preparar lo que él llamó "la campaña del Sur". Y entre actividades de toda índole, militares y administrativas, sociales y políticas, incluida la necesidad de entregar el poder civil a Santander para la continuación de la guerra, su corazón sensible, ausente del amor en tanto tiempo, se prenda de una preciosa mujer, de nombre Bernardina Ibáñez, nacida en la población de Ocaña, y de sólo diecisiete años. Es la más bella, entre seis hermanas, todas entusiastas por la República. "Ojos oscuros inmensos, abundantísima cabellera, piel blancorrosa y dentadura brillantísima". La encantadora niña atiende a los requiebros de amor del gran general, que le habla con una elocuencia romántica de subida exultación; atiende, mas no se deja seducir. Insiste Bolívar; ella se resiste, sin permitir que mengüe el sagrado fuego. El galán suele triunfar sobre los corazones con el mismo imperio que sobre los hombres en

el campo de batalla. La niña, por inocente y virtuosa, domina sobre el mundano y se queda intacta hasta el momento en que ambos se despiden, porque el Libertador sale por la vía de Neiva rumbo a Cali, donde su primer pensamiento es la hermosísima novia:

> Para la melindrosa y más que melindrosa Bernardina [le escribe]. No pienso más que en ti y en cuanto tiene relación con tus atractivos. Lo que veo no es más que la imagen de lo que imagino. Tú eres sola en el mundo para mí. Tú, ángel celeste, sola animas mis sentidos y deseos más vivos. Por ti espero tener aún dicha y placer, porque en ti está todo lo que yo anhelo.

Bernardina ni siquiera da una respuesta. Es que anda en amoríos con un general Plaza. Cuatro años más tarde la preciosa ocañera se quejará de que Bolívar le haya olvidado. Las mujeres se alimentan de lo contradictorio. Se casará al fin con uno de los más audaces enemigos del Libertador.

En Cali, al sur de la Nueva Granada, abre los primeros fuegos Bolívar por la vía diplomática contra el general San Martín, en defensa de los derechos de Colombia. San Martín, dueño ya de la capital peruana, y proclamada la independencia del Perú, aspira a seguir al Norte con el objeto de agregar al territorio peruano el importante puerto de Guayaquil. Ahora la obsesión del Libertador es ir hacia el Perú. ¿A qué se debe esta obsesión? A dos consideraciones de excepcional categoría: por una parte, el territorio peruano no ha sido libertado por San Martín sino en ancha zona –el ejército español, refugiado en la serranía, mantiénese intacto–, y mientras el Perú no se encuentre totalmente independiente, hay grave peligro para la vecina Colombia. Por otra parte, una voz intuitiva le avisa al Libertador que las tropas peruanas, argentinas y chilenas concentradas en Lima no poseen adecuado rumbo para la acción decisiva, a pesar de que existen en ellas mayores efectivos que en el contingente realista.

La segunda descarga contra San Martín, a fondo ya, se concierta y lanza desde el mismo Cali, apenas iniciado el año 1822 (2 de enero), en mensaje al poeta Olmedo, presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil.

Los guayaquileños, independizados de España quince meses atrás, habían decidido mantenerse en ambigua neutralidad, dispuestos a anexarse al Perú o a Colombia posteriormente, según fuesen los beneficios de preferencia en cada caso. Neutralidad acomodaticia, insincera, puesto que las gentes, divididas en dos bandos, mal podían definir nunca la norma determinante. Además por sobre aquel fraccionamiento local obraba el derecho de Colombia pues Guayaquil era parte integrante de la Nueva Granada. La aspiración del Perú a conquistarse esa provincia, tan espléndidamente exuberante, al final de la costa peruana estéril, correspondía a su necesidad de un puerto de primera lejos del mar, en tiempos en que la piratería y la navegación a vela requerían seguridad y sitios defendidos.

Plantea, pues, Bolívar desde Cali la cuestión en términos desembozados:

> En este instante [escríbele a Olmedo] está en marcha la división del señor general Torres para esa capital con dos mil hombres. Yo me lisonjeo, excelentísimo señor, que la República de Colombia habrá sido proclamada en esa capital antes de mi entrada en ella. V. E. debe saber que Guayaquil es completamente del territorio de Colombia; que una provincia no tiene derecho a separarse de una asociación a que pertenece, y que sería faltar a las leyes de la Naturaleza y de la política permitir que un pueblo intermedio viniese a ser un campo de batalla para dos fuertes Estados, y yo creo que Colombia no permitirá jamás que ningún poder de América encete su territorio. Exijo el inmediato reconocimiento de la República de Colombia, porque es una galimatías la situación de Guayaquil. Usted sabe, amigo, que una ciudad con un río no puede formar una nación. El general Sucre comunicará a usted las órdenes que tiene para aprontar los preparativos de la próxima campaña.

Olmedo, peruanófilo entonces y acogido, además, a la anterior determinación de la Junta de haberse puesto provisionalmente bajo la égida de Lima, transcribe sin demora al

general San Martín las cartas que acaba de recibir. La alarma posee a su espíritu de gobernante que estaba obligado a la neutralidad. Un emisario especial lleva los documentos por la vía marítima.

Pero ya San Martín ha enfilado también sus baterías hábilmente sobre el objetivo. Convencido de que Bolívar enviaría tropas al Perú y de que disponía, además, del batallón colombiano *Numancia*, actuante en Lima desde mucho antes, manda a Guayaquil dos emisarios de prestancia: el general peruano Francisco Salazar, en carácter de diplomático, y el general ecuatoriano La Mar, sin cargo aparente, pero destinado secretamente a debilitar a Sucre en el mando del ejército, ya que Sucre desde su arribo ha ganado demasiado terreno a favor de Colombia. La Mar alcanza para sí no la jefatura del ejército, pero sí la comandancia general de la provincia y cumple instrucciones.

A cambio del *Numancia*, integrado por mil venezolanos, envía San Martín una división auxiliar de novecientos hombres para que coopere en la campaña sobre Quito. Son tropas peruanas, argentinas y chilenas comandadas por el general Santa Cruz.

Aun más: en atinado cálculo, supone que Bolívar habrá de tomar tiempo hasta poder llegar a tierras ecuatorianas; adquiere conciencia del minuto trascendente, delega el mando en el marqués de Torre Tagle, y parte rumbo a Guayaquil el 12 de enero. Llegar antes, he ahí el fluido vital del éxito. En el decreto expedido para entregar el poder indica el objeto del viaje: "La causa del continente americano me lleva a realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia".

Dos barcos, con las velas infladas en el viento del Pacífico, viajan el uno en sentido contrario del otro, impelidos por el destino. El uno va portador del pensamiento presionante de Bolívar sobre la situación de Guayaquil; el otro viaja con el propio San Martín junto al palo mayor. A mitad del camino se encuentran, en el puerto de Huanchaco. Abre el austero general argentino los pliegos de Olmedo; los lee y relee; apenas si se le frunce el ceño. Oculta severamente su reacción de vivísima ira. Aquello de: "Yo me lisonjeo que la República de Colombia habrá sido proclamada en esa capital (Guayaquil) antes de mi entrada en ella", y lo de: "Colombia no

permitirá jamás que ningún poder de América encete su territorio", son frases que le encienden de indignación. Su orden es inmediata, precisa, propia de los grandes generales que no dudan en las determinaciones: al día siguiente zarparán los dos barcos, pero ambos rumbo al Callao. El Protector se regresa a Lima. Bolívar ha ganado la primera batalla.

Salta en seguida la crisis natural en toda derrota. Si ha quedado en descubierto que su verdadero propósito al efectuar el viaje no era entrevistarse con Bolívar, de cuyo posible arribo a Guayaquil no tenía el más leve indicio concreto y si la actitud del Presidente de Colombia aparecía, más que decidida, desafiante, queda el recurso militar de la reacción. Apenas llegado a Lima, ordena al general Santa Cruz que abandone con sus tropas las tierras colombianas "por estar amenazada Lima por La Serna y Ramírez". San Martín ha perdido la serenidad, quizás por vez primera en su larga carrera gloriosa. No es político. No medita ni en que todos advierten que, de haber sido su anhelo entrevistarse con Bolívar, hubiera debido avanzar hasta Guayaquil, ni calcula que con la orden dada a Santa Cruz acaba de lanzar un reto del que puede surgir una guerra fratricida, cuando la lucha por la independencia no se ha consumado todavía.

Por su parte, Monteagudo, ministro de Guerra del Perú, manda al general La Mar oponerse a Bolívar si éste tratara de apoderarse de Guayaquil: "Prevengo a V. S. que siempre que el Gobierno, de acuerdo con la mayoridad de los habitantes de esa provincia soliciten sinceramente la protección de las armas del Perú, en tal caso emplee V. S. todas las fuerzas que están puestas a sus órdenes en apoyo de la espontánea deliberación del pueblo", etc.

En atinado instinto de amortiguamiento del golpe, escribe San Martín a Bolívar, excitándolo en tono cordial a no intervenir en lo que pudiera decidir Guayaquil por sí misma. Y para asegurar su impulso, informa de sus determinaciones al Consejo de Estado, el cual respalda al Protector hasta en un caso de guerra.

Quien se vuelve objetivo de la violenta descarga es Sucre, y quien se encumbra hasta la altura del propio Libertador para resistir la acometida y repelerla es también Sucre. Al recibir el aviso del general Santa Cruz de que iba a retirar los novecientos hombres

que había aportado el Sur, se niega enérgicamente a permitirlo: la campaña hacia Quito está iniciada; el batallón *Numancia* continúa en rehenes en Lima. O se le devuelve el *Numancia* y Santa Cruz continúa las operaciones que se le han ordenado hasta que llegue aquel batallón de venezolanos, o Santa Cruz afronta las consecuencias de un desobedecimiento militar en plena campaña. Ratifica a Santa Cruz que mantendrá sus órdenes "cueste lo que costare"; le escribe a San Martín solicitándole el envío del *Numancia*, y al comandante del *Numancia* instruye para que se incorpore cuanto antes a los efectivos colombianos.

Súbitamente, y a sólo nueve días de estallada, esfúmase la crisis y se extingue. San Martín acaba de ordenar a Santa Cruz que continúe a las órdenes de Sucre, y lo hace, ignorante todavía de la firme actitud del esforzado cumanés. ¿Qué ha sucedido para que se ahogase tan vertiginosamente el incendio? Algo muy sencillo, demasiado sencillo: barcos españoles de guerra, actuantes entre Panamá y Buenaventura, han impedido que marchase la expedición colombiana destinada a Guayaquil, de modo que Bolívar se ha visto forzado a abrir las campañas de Popayán y Pasto para llegar a Quito por tierra. Queda tiempo, por lo mismo, de presionar más sabiamente sobre Guayaquil.

Rota la crisis y aplacados los espíritus, comienza la segunda y última batalla entre los dos grandes generales americanos. Es mucho más rápida, de uno a dos golpes certeros; por lo mismo, decisiva e irrevocable en sus consecuencias.

De nuevo quien toma la iniciativa es Bolívar con un movimiento secreto dirigido a apoyar sus acciones futuras en un punto legalista firme. Informado en parte –sólo en parte todavía– de los sucesos críticos del Sur, pide "consejo" al Gobierno de Colombia y anticipa que no hará nada diferente de aquello que se le ordenare. Pero anticipa su propia opinión: "Debo hacer presente que si en último resultado, nos creemos autorizados para emplear la fuerza en contener al Perú en sus límites, en hacer volver a entrar a Guayaquil en los de Colombia, es también mi opinión que debemos emplear esta fuerza lo más prontamente posible, precediendo antes las negociaciones más indispensables". El Gobierno le autoriza a usar las armas llegado el caso. ¿Quién ha de detenerle, con tal libertad en su brazo omnipotente?

Salta luego el primer ataque, fino, hábil, en lenguaje diplomático en que hay que leer entre líneas. San Martín, en su mensaje de invitación para que no interviniese en Guayaquil, le había dicho al Libertador: "Yo no puedo ni quiero dejar de esperar que el día en que se realice nuestra entrevista el primer abrazo que nos daremos transigirá cuantas dificultades existan". Bolívar contesta al sexto día de llegado a Quito:

> V. E. ha obrado de un modo digno de su nombre y de su gloria no mezclándose en Guayaquil, como me asegura. La conducta del Gobierno de Colombia ha seguido la misma marcha que V. E.; pero al fin, no pudiendo yo tolerar el espíritu de facción, que ha retardado el éxito de la guerra y que amenaza inundar en desorden todo el sur de Colombia, ha tomado definitivamente su resolución de no permitir más tiempo la existencia anticonstitucional de una Junta que es el azote de Guayaquil y no el órgano de su voluntad. Tengo la satisfacción excelentísimo Protector, de poder asegurar que mi espada no ha tenido jamás otro objeto que asegurar la integridad del territorio de Colombia. Me afirma que nuestro primer abrazo sellará la armonía y la unión de nuestros Estados. Esta conducta magnánima por parte del Protector del Perú fue siempre esperada por mí. No es el interés de una pequeña provincia lo que puede perturbar la marcha majestuosa de América meridional.

Ya están fijados en bronce dos puntos: Bolívar no reconoce a la Junta de Guayaquil, en que se apoya el sector peruanófilo; pero, a la vez y como para evitar precipitaciones, no le concede trascendencia continental al caso en discusión: se trata apenas del interés de una "pequeña provincia". Lo que importa, sobre todo, es el abrazo. De ahí que la carta concluya con estas palabras imperiosas: "La entrevista que V. E. se ha servido ofrecerme yo la deseo con mortal impaciencia y la espero con tanta seguridad como ofrecida por V. E.".

San Martín, activo y previsor, también lanza su descarga apenas se informa del triunfo militar de Sucre en Pichincha.

Despacha sin demora su escuadra, al mando de Blanco Encalada, rumbo a Guayaquil, en ella deberá embarcarse la división de Santa Cruz, ya de regreso al Perú. La presencia de la escuadra y la de las tropas triunfadoras inclinará los ánimos a su favor, piensa el Protector, y la suerte de los guayaquileños se involucrará en la suerte de los peruanos. Lo único que no sabe con exactitud es el día en que él en persona ha de entrar solemnemente al Guayas.

Ese día queda fijado al recibo de la carta de Bolívar; partirá el 18 de julio, visitará a Guayaquil y se entrevistará con el Libertador en Quito. Así le anuncia el día 13 a Bolívar. Mas no sale el 18, sino cuatro días antes. Trata de anticiparse a los acontecimientos, ya que predetermina que el "abrazo" sea en Quito y no en Guayaquil. (En este proceso final, vertiginoso, la consideración de las fechas es importante).

Pero San Martín no había contado con que el Libertador llega a todo antes, siempre antes. Cuando aun faltan tres días para que el Protector se embarque en el Callao, es decir, cuando los cálculos del general argentino no han tomado todavía esa fijeza previa a la determinación, Bolívar, que no ha aguardado respuesta a su última carta –¡aguardar es perderse!–, entra triunfalmente en Guayaquil, seguido de dos batallones; es recibido con vítores por los partidarios de Colombia; asume el mando de la ciudad –drástica destitución de la Junta– y lanza una proclama que dice: "Guayaquileños, vosotros sois colombianos...", etc. En seguida ordena que zarpe la división de Santa Cruz en los barcos de la escuadra peruana, división que ha hecho el viaje de Quito hacia el puerto de Naranjal, donde se embarca, y no en Guayaquil. La segunda batalla ha terminado. La grandeza de un hombre se agiganta al enfrentarse a otra grandeza.

El epílogo se desenvuelve catorce días más tarde, a la hora de la llegada de San Martín al golfo del Guayas. Allí, antes de Guayaquil, conoce lo acaecido. Salta de nuevo en él, sin mostrarse, la ira que sintió en el primer episodio de este dramático duelo; recibe a los destituidos miembros de la Junta, a su emisario Salazar –¡La Mar había ido a Quito a averiguar las intenciones de Bolívar!– y a otros, con desprecio. Expresa luego su propósito de no desembarcar. Pero no ir a tierra significa descubrir que no ha ambicionado el

abrazo con el Libertador, sino la posesión de Guayaquil. Avanza, pues; asiste a homenajes, conferencias, etc., y retorna a Perú, donde encuentra que han destituido a su ministro de Guerra, Monteagudo. A los pocos días, destrozada el alma –esa alma de austero general, de patriota magnífico, de hombre grande, pero no hombre político– cumple con su antigua determinación de alejarse del Poder para siempre.

Estos sucesos súper elocuentes fueron los que convirtieron al poeta Olmedo (el ex presidente de la Junta de Guayaquil) en el cantor máximo de Bolívar.

III

> Ningún suceso de nuestra vida tiene valor por ser verdadero, sino por lo que significa.
>
> GOETHE.

¿Como había llegado Bolívar a Quito y Guayaquil? Casi por milagro. De Cali, una vez fracasado su plan de viaje por el mar a causa de la presencia de fragatas españolas, toma la ruta de Popayán, donde, a excepción de unos cuantos valiosos amigos, no encuentra ni ambiente, ni auxilios; le hostilizan, se niegan a engrosar el ejército, casi todos son sinceros realistas. En los hospitales de Caloto y Cali hay más de mil soldados enfermos, y la presencia de las viruelas en las tropas acrece la decepción.

Algo peor: las municiones e implementos pedidos a Bogotá llegan con tan tremendas fallas, que se ve el Presidente en el caso de quejarse con desesperación a Santander:

> Si yo hubiera estado en el Magdalena, el batallón *Tiradores* hubiera venido; si yo hubiera estado en Bogotá, los soldados no tendrían despedazados los pies y no marcharían ahora, así despedazados, sin alpargatas; hubieran traído agujetas para destapar los oídos de los fusiles, sin lo cual no hay combate, y si yo no estuviera aquí, le aseguro a usted que no se habrían

> podido construir las tales agujetas, ni deshacer todos los cartuchos para hacerlos de nuevo, no habiendo papel a mano y no habiendo balero para rehacer las balas. Si yo hubiera estado en Cartagena, Montilla no hubiera mandado fusiles de un calibre y municiones de otro.

No era que en Bogotá y otros lugares hubiese mala voluntad ni prevención; era que los otros carecían del minucioso espíritu de Bolívar y que Santander, ante la complejidad administrativa, perdía fácilmente la eficacia; maniatábale, además, el apego rígido a la ley, que por ahora es su miedo y mañana será su arma. Bolívar tiene treinta y nueve años y Santander sólo treinta. Este último, sin el prestigio del Libertador, vese en el caso de luchar contra los grandes y los chicos, que se creían ya demasiado libres.

Al cabo de una permanencia de cuarenta días en Popayán, toma la ruta hacia Pasto, donde se anida lo más tozudo del realismo. Los pastusos son más monarquistas que los propios españoles y se disponen a cerrarle la marcha a la revolución republicana. Bolívar, en condiciones excepcionalmente desventajosas y con sólo un poco más de dos mil hombres, presenta batalla en el sitio de Bomboná. El encarnizadísimo encuentro no constituye victoria real para los patriotas, que pierden más de quinientos hombres; sin embargo gracias a esta acción, se hace posible la continuación de la marcha. Santander, informado de las desgracias del ejército del Sur, se descarga de responsabilidades y acusa al Libertador de locos empeños carentes de utilidad; por añadidura, en extremo costosos. Esto no le impedirá dirigirle al Presidente un mes más tarde la más cálida felicitación cuando lo vea llegar victorioso a Quito. Santander obró siempre como político. Ya en las inmediaciones de Pasto, se negocia hidalgamente la capitulación de García, el jefe español. Cuando García le entregó la espada a Bolívar, éste se la devolvió caballerosamente. La entrada del ejército revolucionario en Pasto se efectúa con la máxima solemnidad. El obispo Jiménez en persona conduce al Libertador bajo palio hasta las puertas de la catedral, donde se canta un Tedeum. Este obispo había incitado en días anteriores a la guerra contra los patriotas. “Es el criminal autor

–expresará Bolívar años más tarde– de toda la sangre que ha corrido en Pasto y en el Cauca; es un hombre abominable y un indigno ministro de una religión de paz".

De ahí en adelante, hasta Quito, todo son cortejos triunfales y aclamaciones del pueblo, en delirio desbordado. García se rindió sin más resistencia en Pasto porque supo que Sucre había destrozado pocos días antes a los españoles en las faldas del Pichincha, junto a Quito, el 24 de mayo de ese año 1822.

El día 16 de junio, a las ocho y media de la mañana, repican simultáneamente las campanas de las veinte torres de Quito para recibir al héroe hijo de Caracas, que llega a caballo en sencillo uniforme. Junto a él marchan trescientos oficiales y setecientos de caballería armados de lanzas. Es un día de gran fiesta. De los balcones de las casas se derraman lindas flores al paso de la cabalgata y el pueblo se desorbita en vítores y exclamaciones. El Libertador avanza serenamente, con el sombrero en la mano. Una de las damas, desde el balcón de la esquina de la plaza principal, arroja una corona de laureles, que el héroe toma al punto y agradece, con una mirada penetrante. La mujer se llama Manuela Sáenz, y se la presentan al general por la noche en el baile de gala ofrecido por el Ayuntamiento en su honor. Tiene la bella quiteña veinticuatro años, ojos negros de gran pasión, piel blanca, rostro ovalado, cabellera muy abundante, oscurísima, partida en dos y un pecho de admirables turgencias. Luce en el baile la banda de Caballeresa del Sol, condecoración otorgada poco antes en Lima por el general San Martín a la valerosa mujer en reconocimiento de los servicios que prestara a la libertad en la capital peruana, junto a Rosita Campuzano –amante de San Martín– y otras damas de categoría. Manuela es hija ilegítima del español Simón Sáenz de Vergara y de la linajuda criolla María Joaquina Aispuru. Está casada con un inglés que le dobla casi en edad, el doctor Jaime Thorne, quien se ocupa a la vez en medicina y en negocios y mueve sus combinaciones económicas con el propio padre de Manuela. Esta bella mujer decía que se había casado con Thorne para "molestar y reírse de la aristocracia quiteña". El matrimonio se efectuó, en realidad, a poco de que la quiteña se hubiera fugado con un oficial, del convento donde se educaba.

Una preciosa espada es el regalo de Quito para el Libertador. Éste la acepta y se la obsequia a Sucre con estas palabras: "La espada le corresponde en justicia al general Sucre, vencedor en Pichincha".

Con la danza, en que Bolívar es maestro, surgen el amor y la pasión. Esa misma noche comienza entre él y la preciosa Manuela un entendimiento profundo, pleno de exultaciones e irrevocablemente incontenible, que durará desde ese minuto hasta la hora final de la vida del Libertador. Ni a éste ni a Manuela les preocupan ciertas normas morales y sociales vigentes, puesto que mediaba un gran amor. Manuela se trueca desde entonces en la compañera, en la confidente, en la amante, en la celosa vigilante de la vida y del prestigio de su hombre y más tarde será la guardadora de los archivos secretos. Ayudará a la vez en la intriga política y hasta vestirá de capitana y marchará con el ejército para estar más a tono con el destino histórico que ella intuía para sí muy certeramente. Entre todas las mujeres que amaron a Bolívar, Manuela es la única que aparece digna compañera del genio.

En la hacienda *Catahuango*, de propiedad de la madre de Manuela, transcurren las primeras escenas del idilio. El Libertador va a esos lugares hermosos en el precioso caballo "Pastor", que le han obsequiado en Quito, y se entretiene largas horas junto a su amada en la contemplación de la Naturaleza al pie mismo de la cordillera. Allí las plantas, por el frío, toman colores más vívidos al florecer y la paz se muestra más intensamente serena. Los indígenas, de cara angulosa y triste, concuerdan con la gelidez del ambiente y miran a los enamorados con profunda humildad. El indio de esas regiones tiene alma de siervo. Y lo único que hace para demostrar su acatamiento a lo que cree constituido en autoridad permanente es llevar unas cuantas flores de la tierra para obsequiarlas a los amos. El indio no comprende la belleza del idilio que presencia, en el cual hay mucho de espíritu y mucho de sensualismo. No entiende tampoco que las flores que regala son en realidad el espléndido e incitante sexo de las plantas. Las plantas no ocultan su sexo; lo hermosean hasta trocarlo en lo más precioso y delicado de la Naturaleza.

Entre las gentes de la ciudad y del campo ha nacido en esos días un héroe local –Abdón Calderón–, muerto en la batalla de

Pichincha, y en cuyo honor Bolívar ha dictado esta frase indeleble: "Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones".

El pensamiento de Manuela respecto de su unión libre con el Libertador se sintetiza en pocas palabras: "Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos o más honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente". Los chismes y habladurías de la sociedad quiteña discurren picaresca y malévolamente de salón en salón.

Con el alma rebosante de las grandes emociones de la victoria y del amor, va Bolívar a Guayaquil para verse con San Martín. Después de la entrevista, cada uno de los dos grandes hombres da su opinión del otro. Dice Bolívar de San Martín:

> Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. En política tiene ideas correctas. Ninguno está más lejos de ocupar el trono que él. El Protector habla con naturalidad, sin estudiar sus discursos.

Expresa San Martín del Libertador:

> Una ligereza extrema, inconsecuencia en sus principios y una vanidad pueril; pero nunca me ha parecido la de impostor.

Bolívar, mucho más hidalgo y más certero en el juicio. Conocía, además, al Protector muy a fondo, gracias a los datos exactísimos dados por Manuela Sáenz.

¿Qué trataron en la conferencia secreta de Guayaquil el Libertador y el Protector? He aquí los puntos concretos, según los documentos conocidos hoy muy en detalle: Que el Protector nada tenía que decir ya sobre Guayaquil; que pensaba retirarse definitivamente a la vida tranquila, desengañado del mando y por la ingratitud de sus compañeros, sin esperar el final de la guerra; que era partidario de la federación de los países americanos, con la

excepción de la zona de Buenos Aires, y con la anotación de que al Perú no le convenía un Gobierno democrático; que el problema de límites entre Colombia y el Perú se arreglaría posteriormente; que la campaña del Perú terminará en forma feliz, porque los patriotas tenían más fuerzas que los realistas. Nada dijo San Martín sobre los auxilios de tropas colombianas para el Perú, ya que consideraba que los efectivos de que disponía, como era la realidad, eran superiores a los del virrey La Serna y del general Canterac. Tampoco se trató de la situación de reemplazos en la columna peruana del general Santa Cruz y del viaje de ésta al Perú.[12]

El Protector se condujo en Guayaquil con gran dignidad, pero se retiró hondamente disgustado. Guayaquil quedó incorporado a Colombia; y el final de la guerra pasó por entero a manos del Libertador.

El prodigioso triunfo diplomático alcanzado en la capital del Guayas dábale a Bolívar el derecho a unos cuantos días de expansión emocional. Se dirige navegando río arriba, hasta la hacienda *El Garzal*, donde le aguardaba Manuela, llegada de Quito. El idilio intenso adquiere aquí categoría de incendio. Ya no es el frío de la sierra el ambiente que induce al recogimiento. Aquí arde el trópico en un derroche de prodigiosa fecundidad. Las garzas van y vienen sobre los mangos, los cacaotales, el mangle de la orilla, en un vagar magnífico de manos blancas que aplauden en el espacio. El cocodrilo se arrastra en el fango y la serpiente atisba el momento de herir. El hombre lucha contra la Naturaleza, y porque lucha contra ella, la ama, la posee. Los frutos tienen color bermejo y pende de las ramas el oro rústico de las naranjas. Aquí no cabe la placidez, sino el desbordamiento de la pasión, y seguramente nunca en aquella hacienda hubo días de tan férvido prodigioso amor. Los labios del genio de la guerra y de la ardiente enamorada debieron de derretirse bajo el impacto de los crepúsculos en rojo sangre. De cuando en cuando los amantes visitan a caballo la vecina población de Babahoyo, donde las negritas venden plátanos cantando.

[12] Lo del auxilio de tropas colombianas al Perú, ofrecido desde mucho antes por Bolívar, y lo de la situación del contingente comandado por Santa Cruz fueron puntos falseados veintidós años más tarde por el aventurero francés G. Lafond, enemigo de Libertador, mediante una carta apócrifa, cuya invalidez consta ya registrada por la Historia.

Bolívar sonríe y piensa: "Sólo me falta visitar el sur de estas provincias para que queden definitivamente incorporadas a Colombia". Las visita, en efecto, mientras Manuela retorna a Quito ebria en su inmensa dicha. En Cuenca reciben al Presidente con las puertas y ventanas abanderadas. Piensa en el destino de América. Dirígese a los ministros del Estado y cancilleres de Chile y el Perú para anticiparles que teme por la suerte de la tierra de los incas; ofrece miles de soldados, añadidos a los mil setecientos que ya se encontraban en tierra peruana. ¿Por qué teme Bolívar? Porque San Martín le confió en Guayaquil el plan militar que iba a desarrollar inmediatamente contra los españoles, consistente en atacarlos desde dos puntos excesivamente distantes el uno del otro. San Martín, llegado a Lima, reunió el Congreso el día 20 de septiembre, renunció y a la mañana siguiente se embarcó para Chile. La única verdadera despedida suya fueron estas palabras, escritas al general Alvarado, su brazo derecho: "Usted queda para concluir la gran obra". Alvarado fue quien, al realizar los planes militares de San Martín, llevó el ejército del Perú a la destrucción, según lo previsto por el Libertador.

Hasta el extremo sur de aquellos territorios de lo que fue más tarde la República del Ecuador, o sea hasta Loja, llegó Bolívar, siempre a caballo, siempre esforzado, siempre invencible. Los lojanos le ofrecieron lo mejor que podían darle: un baile espléndido, con derroche de buen gusto y de patriotismo. Todo esto a tiempo que en el Perú se desataba la más grande campaña en contra de Colombia y de Bolívar. Al propio ofrecimiento de tropas se le contestaba con evasivas. Nadie era capaz de ver allá la realidad; nadie miraba lejos, ni con acierto. Una especie de nacionalismo hirsuto se erizaba por todas partes; los políticos clamaban en contra de las tropas auxiliares llegadas últimamente y hasta contra el batallón *Numancia*, que se hallaba en Lima desde hacia tiempo. Ni siquiera se atendía ya oportunamente a los reemplazos en un ejército, en el que la enfermedad y las deserciones eran constantes.

Mientras retornaba a Quito el Presidente, la ciudad venezolana de Maracaibo había caído de nuevo en poder de los españoles; en otros sitios también habían ganado terreno los godos, y en Pasto se había sublevado un sobrino del sanguinario Boves.

Sucre fue el encargado de someter a Pasto; lo logró, en forma sangrienta, el día de Navidad. Esta fiesta de los niños fue terrible para aquellos realistas. Las tropas republicanas, exaltadas de ira, saquearon inmisericordemente el poblado. Casi detrás de Sucre salió Bolívar, quien, ya en Pasto, ordenó confiscar las propiedades de los sublevados e impuso muy grandes contribuciones en dinero, ganados y caballos. Para los pastusos la república resultaba más difícil que la monarquía.

Sólo ocho días permanece el Libertador junto a su amante en Quito. No tiene tiempo; su deber es no detenerse. En Guayaquil están concentrados cinco mil hombres y hay urgencia de organizar lo necesario para la campaña del Perú. Por aquellos tiempos viajar de Pasto a Guayaquil significaba no sólo un esfuerzo de varios días a caballo, sino que lo peligroso de la ruta obligaba a muchos incluso a hacer el testamento antes de partir; temían la muerte, y con frecuencia producíase el desastre, cuando los animales rodaban a los grandes abismos de esa tierra, una de las más volcánicas del mundo. Subir a más de cuatro mil metros de altura sobre el mar y descender a simas de más de dos mil, eso era aquel viaje terrible. ¡Bolívar lo realizó tantas veces! En Guayaquil se le informa de todos los detalles del desastre de la expedición de Alvarado y Santa Cruz en el Perú: de los miles de hombres con que contaban ellos, sólo se salvaron novecientos. ¡España estaba orgullosa, triunfante, en el imperio de los incas, y el Perú, desesperado!

Seguro de que el nuevo Gobierno peruano, en manos del general La Mar, caería de un momento a otro, despacha urgentemente al coronel Luis Urdaneta a Lima para ofrecer seis mil soldados y firmar un convenio. Urdaneta entra a la capital peruana en momento en que José de la Riva Agüero asciende al Poder y el convenio se firma. Renace la esperanza en los peruanos. Casi inmediatamente viajan de Guayaquil al Callao tres mil hombres de Colombia. Bolívar actúa, como siempre, con prontitud y nervio. Dos meses más tarde, ya formaban los colombianos en el Perú el contingente más vigoroso. Sólo falta allá un militar de gran categoría. Es enviado, con título provisorio de ministro plenipotenciario, el general Sucre. Quedan puestas las bases de la campaña final por la independencia americana, campaña que será tan dramática como la habida en años

anteriores en las tierras de Venezuela. El mayor obstáculo para la libertad peruana serán los propios peruanos.

Riva Agüero invita al Libertador a trasladarse al Perú para dirigir las operaciones militares. Bolívar contesta que ésa es su determinación, pero que se sentía forzado a aguardar el permiso del Congreso de su patria.

Para ensanche de peligros, en España por esos días Fernando VII anula el Gobierno constitucional. El propio general Morillo encargado de las fuerzas de Galicia, había actuado en favor del Monarca. De ese modo se restituye Fernando a su antiguo autoritarismo despótico, cargado de vanidades y ciego ante los destinos de la nación que gobernaba. El suceso podía significar el envío de refuerzos militares al Perú, aunque era ya demasiado tarde. Inglaterra se había puesto en contra: "El Gobierno inglés ve que está muy adelantada la separación de las colonias españolas y no toleraría...", etc.

Sucre actúa con habilidad en Lima. Propone al virrey La Serna una paz honrosa para ambos. La Serna, petulante, acepta pactar, pero a base del reconocimiento del régimen español por los patriotas. ¡Absurdo!

En el Perú las pasiones políticas lo han destrozado todo. De una parte actuaban los partidarios del presidente Riva Agüero y de su idea de contar con la persona de Bolívar para el éxito de la guerra; de otra, los opositores del Gobierno, y de una tercera, los enemigos del Libertador, entre los cuales había algunos guayaquileños distinguidos. El pueblo, la tropa, los patriotas no politiqueros, sentían simpatía por Bolívar. Entre los enemigos del caraqueño destacábase el clérigo peruano Luna Tello.

Visitaba el Libertador de nuevo la hacienda *El Garzal*, ocupado en dictar, con su secretario y ayudante, numerosísimas disposiciones de todo orden, cuando fue informado de que Pasto se había sublevado nuevamente a las órdenes del indio Agustín Agualongo y de Estanislao Melchor Cano. Son dos mil audaces que, apoderados de la ciudad y puesto en derrota el general Flores, envían un ultimátum a la ciudad de Otavalo y se disponen a marchar sobre Quito. Viaja el Libertador en el término de la distancia y finge inferioridad, de modo de atraer a los sublevados. Estos caen en la

celada y avanzan hasta la ciudad de Ibarra, distante de Quito unos ochenta kilómetros. Allí los ataca y aniquila; a los principales sobrevivientes les destierra a Guayaquil y fusila a todos cuantos presentan resistencia. A tanto llega su indignación, que en medio del combate desenvaina en persona su espada y toma parte en la lucha, cosa que no hizo quizá ninguno de los grandes generales en la Historia. Entre los voluntarios que se sumaron al ejército libertador para esta campaña consta el coronel Ignacio Sáenz, hermano de Manuela. De regreso a Quito, donde recibe nuevos honores, apenas si descansa unos cuantos días, y sale en seguida rumbo al Perú. La noticia de que el general español Canterac ha entrado en Lima le preocupa seriamente.

Antes de embarcarse en Guayaquil, el día 7 de agosto de ese año 1823, deja establecido que Manuela viaje también hacia aquellas tierras y que Quito mantenga una fuerza respetable permanente para el caso de movilización de emergencia. De Santander se despide con estas palabras:

> Usted me repite que debemos cuidar de preferencia nuestra casa antes que la ajena. Esto no merece respuesta, porque el enemigo no es casa ajena, sino muy propia.

Cinco semanas más tarde se embarca también la encantadora quiteña. Su padre acababa de morir en un motín callejero desatado por los quiteños contra soldados venezolanos.

IV

> Estoy en el caso de perder el camino de la vida o de seguir siempre el de la gloria.
>
> BOLÍVAR.

La ciudad de Lima está embanderada para recibir al Libertador, que entra solemnemente a las tres de la tarde a caballo y acompañado del propio Presidente del Perú. Las tropas, en dos

alas, presentan armas al paso de los dos gobernantes, mientras a distancia los cañones disparan salvas en su honor. Las limeñas arrojan flores desde los balcones y se reviven en la capital del virreinato las horas gloriosas de máxima exultación en homenaje a San Martín dos años atrás. El hombre que llegaba era el general que había sostenido la lucha más larga y más sangrienta por la libertad. De sólo cuarenta años; muestra en el rostro una gran dignidad y en la palabra una firmeza de conceptos que impresiona. Llega con los títulos de Presidente de Colombia y de Libertador; su tenacidad y hazañas carecen de antecedentes; la gloria de su nombre ha rebasado todas las fronteras. Hay por él admiración, respeto, e incluso sentimientos encontrados, que los políticos observan muy detenidamente. Nadie quiere olvidar la entrevista de Guayaquil, en que el ídolo San Martín quedó derrocado. Pero, a la vez, nadie deja de darse cuenta de que este personaje constituye la única esperanza para el país.

Bolívar se informa de desconcertantes y múltiples sucesos anteriores a su llegada. Riva Agüero, que había instalado su Gobierno en el puerto de El Callao, inmediato a la capital, cuando Lima había sido ocupada brevemente por los españoles, se ha sublevado contra el Congreso, al que quiso eliminar. El Congreso se resiste y Riva Agüero traslada su Gobierno a la ciudad norteña de Trujillo, donde le respalda un ejército de tres mil hombres. El cargo de Presidente de la República le ha sido confiado al marqués de Torre Tagle, que fue quien recibiera al Libertador. El general Sucre ha aceptado por presión oficial el cargo de jefe supremo en el ejército y ha marchado al Sur, donde se halla en operaciones con las tropas del general Santa Cruz (de cuya desastrosa expedición se habló antes). Los españoles, ante las actividades bélicas patriotas en el Sur, han evacuado a Lima para tomar mejores posiciones. Ahora el Congreso está actuante; ha ordenado la destitución de Riva Agüero y lo ha declarado reo de alta traición; a la vez ha reconocido la presidencia legal de Torre Tagle. Entretanto, Riva Agüero se ha carteado con el general San Martín, que se hallaba en la ciudad argentina de Mendoza, para pedirle el retorno al Perú, cosa que San Martín había aceptado a condición de que se reconociese la autoridad del Congreso. Riva Agüero buscaba enfrentar a San Martín con

Bolívar. El Libertador, así, se encuentra en un país donde hay dos Gobiernos, fuerzas militares divididas, una expedición bélica fracasada y un contingente español vigorosísimo, apoderado de las mejores zonas peruanas. Hasta Sucre está ausente. Bolívar desconoce en mucho el terreno en que va a actuar, las costumbres, la clase de hombres y armas con que contará para la lucha. Sabe que en las tropas hay, amén de los colombianos, los argentinos, peruanos y chilenos, entre los cuales existían elementos llevados a la fuerza, y por lo mismo, dispuestos a traicionar o a desertar. "Sólo vemos un campo inmenso de dificultades, porque reina un desconcierto que desalienta al más determinado. Nuestros enemigos son todas las cosas, y nuestros hombres son los soldados de todos los partidos y de todos los países, que cada uno tiene su lengua, su color, su ley y sus intereses aparte".

En el gran banquete de la noche se encuentra con el héroe de la libertad en Chile, general O'Higgins, a quien abraza con extraordinaria emoción. "Brindo –dice a los asistentes– porque a mi vista los ejércitos aliados triunfen para siempre de los opresores del Perú".

Al otro día el Congreso le otorga al Libertador la autoridad suprema en lo militar. Mas comete el gravísimo error de someterlo a previos acuerdos con el Presidente Torre Tagle, circunstancia que produce en el Libertador vivísima contrariedad. No la oculta. A una comisión del Congreso que va a saludarle háblale sin ambages: "Acepto, siempre que se destruyan los abusos y se introduzcan reformas radicales en todos los ramos de la administración, que hasta ahora ha sido viciosa y corrompida". Estas palabras son escuchadas no sólo por los congresistas, sino por el propio Presidente Torre Tagle y sus ministros, que están presentes. Bolívar ya no es hombre de imprudencias. Lo que acaba de expresar constituye golpe calculado, tendiente a ganar terreno y a debilitar el prestigio transitorio del Gobierno civil peruano. Los sucesos posteriores le justificarán plenamente.

Al presentarse al Congreso exclama:

> Los soldados que han venido desde el Plata, del Daule, el Magdalena y el Orinoco no volverán a su patria

> sino cubiertos de laureles. Vencerán y dejarán libre al Perú o morirán. Yo ofrezco la victoria confiado en el valor del ejército unido y en la buena fe del Congreso, Poder Ejecutivo y pueblo peruano.

Riva Agüero lleva su despecho en Trujillo hasta la traición, al autorizar al general Santa Cruz para que celebre un armisticio con el virrey español; en tal armisticio constaría una cláusula secreta, según la cual, las tropas colombianas, chilenas y argentinas serían expulsadas por los peruanos y españoles juntos. El Libertador inicia por medio de delegados conversaciones con Riva Agüero encaminadas a reducirlo por la vía diplomática y a ganar a la vez tiempo, de modo de preparar acertadamente la campaña en perspectiva. Tiene la autorización del Congreso para perseguir a Riva Agüero hasta con las fuerzas armadas, que no las utiliza, desde luego. En cambio, se aprovecha de la presencia del coronel La Fuente, delegado del ex gobernante, para mostrarle con el documento de cartas interceptadas el doble juego que se hacía, en evidente traición, al Perú. La Fuente es un militar honrado y se guarda lo que sabe, para el momento oportuno.

Hay un instante en que Bolívar quiere cortar este problema político interno, que le impide la continuación de la guerra, y se decide a operar militarmente sobre Trujillo. Encomienda la acción al general Sucre, que ya ha llegado del Sur. Sucre le responde: "Para eso no cuente usted conmigo; hemos venido de auxiliares de los peruanos y no debemos mezclarnos en sus partidos domésticos".

Manda el Libertador al diplomático colombiano Joaquín Mosquera con la misión de convencer a Sucre; éste se niega de nuevo y anuncia que prefiere retirarse del ejército. Hay peligro de ruptura. La palabra de Bolívar, sin embargo es convincente, infalible:

> Estoy pronto a dar a usted plena satisfacción, porque soy justo y lo amo a usted muy cordialmente, a pesar de todo. Pero si usted no quiere abrir su corazón, rehúsa mi franca explicación y continúa usted en la idea de no tomar el mando y de querer marcharse, yo no lo impediré, porque jamás he gustado de amigos forzados, pues yo llamo amigos a los que sirven conmigo en el rango de usted.

Esta es una de las características sustanciales del gran general: a sus oficiales subalternos no los trata como inferiores sino que los considera en calidad de voluntarios de la independencia. La falta de autoritarismo le produjo en Venezuela serias contrariedades frente a Mariño, Páez, Bermúdez y otros; pero no cambió nunca de criterio.

Riva Agüero recibe el refuerzo de los restos de tropas de la desastrosa expedición del Sur. Ahora cuenta con el general Santa Cruz y con el vicealmirante Guise, que declara bloqueada la costa hasta Guayaquil. Bolívar se ve en el caso de organizar una flotilla para contrarrestar esta determinación, y la pone con éxito al mando del valiente coronel Tomás Carlos Wright.

No hay lugar, sin embargo, a una operación militar sobre Trujillo. El coronel La Fuente, en acto patriótico de gran valía, encaminado a impedir una absurda guerra civil, apresa sorpresivamente a Riva Agüero, que es expulsado con otros a Guayaquil. Los exiliados abandonaron a Guayaquil muy pronto y viajaron por diferentes países con el objeto de desprestigiar a Bolívar, Sucre, San Martín y demás generales de la independencia.

Manuela Sáenz arriba al Callao acompañada de su madre y de sus dos negras fidelísimas, Jonatás y Nathán, traídas de Quito. Los viajeros son recibidos en el puerto peruano por el marido de Manuela, doctor Thorne, que se encuentra por allá en vía de negocios. Para Manuela volver a unirse a su esposo, un hombre que la amó de veras, pero a quien ella no quería, constituye sacrificio extraordinario. Lo acepta, sin embargo, para salvar provisionalmente las apariencias. Ya en Lima, tiene una amiga y confidente, Rosita Campuzano, compañera de glorias en los momentos de la entrada triunfal de San Martín a la capital peruana. El general Jacinto le da la noticia al Libertador así: "Mi general, estamos para salir a sablear a los godos y está usted cargando con mujeres. La señora Sáenz ha llegado ayer tarde, procedente de Quito".

El Libertador se desborda en actividad prodigiosa en Lima: crea parque, organiza maestranzas, forma ambulancias, instruye al ejército, agrupa los restos de argentinos y chilenos y trata de infundir en todos una moral elevadísima. Consciente de que no posee efectivos militares suficientes, pide al general Santander con urgencia

nuevos despachos de tropas. Y poco a poco va poseyéndose del dios de la guerra, al par que se siente subyugado por el dios del amor.

> Era generalmente en la noche –escribe Boussingault– cuando Manuelita visitaba al general. Llegó una vez que no era esperada. Hete aquí que encontró en el lecho de Bolívar un magnífico arete de diamantes. Hubo entonces una escena indescriptible: Manuelita, furiosa, quería absolutamente arrancarle los ojos al Libertador. Era entonces una vigorosa mujer; apresaba tan bien a su infiel, que el pobre gran hombre se vio obligado a pedir socorro. Dos edecanes lograron con trabajo librarlo de la tigresa.

Las limeñas desde esos mismos días iniciales, anteriores a la campaña, se sintieron seducidas por el Libertador. Alguna le declaró algo importante, tanto, que el excepcional galán hubo de contestarle:

> Señora, anoche encontré la carta que usted ha tenido la bondad de escribirme y que tanto me ha dado en qué pensar. Desde luego que mi deseo ha sido el de complacer a usted en oír cuanto usted tiene que decirme. Pero, ¿de qué servirá todo esto? De nada absolutamente. En la situación de usted, en la mía, yo no encuentro otro recurso digno de usted, de su honor, de su reputación y de su familia que el de olvidar cuanto ha pasado, que, aunque de ninguna consecuencia, al fin podría serle a usted funesto y a mi deshonroso.

Hasta ahora el Libertador ha tenido en su vida numerosas aventuras pasionales. Desde que entró en relaciones con Manuela Sáenz y llegó al Perú, el instinto amoroso se le desarrolla en forma creciente y avasalladora. Es que comienza para él, un tanto apresuradamente, la segunda pubertad, que en el varón constituye la máxima dicha sensual de su vida. En la primera hay curiosidad, entusiasmo, desbordamiento alocado e imprevisto. Fue cuando Bolívar, a los diecinueve años, contrajo matrimonio en Madrid. En

la segunda pubertad rigen sabiduría, refinamiento, sentido de exigencia y buen gusto. En Bolívar llegará la plenitud de este proceso, dos años más tarde, en la propia capital peruana.

En adecuada preparación de actividades, las tropas colombianas, de algo más de cinco mil hombres, son escalonadas entre la sierra y la costa peruanas, mientras el contingente del Perú, adicionado con los pocos argentinos y chilenos que quedaban, es acantonado en Trujillo al mando del general La Mar. La organización avanza metódicamente en estos dos últimos meses de 1823, debida en gran parte a la vehemente actividad del general Sucre comandante de los colombianos. No hay simpatía ni ayuda en el elemento civil. El pueblo se niega a proporcionar víveres y reemplazos; hay que tomarlos a la fuerza. El Gobierno no cumple con su compromiso de pagos. Se había obligado a entregar dieciséis mil pesos mensuales para los colombianos y no daba ni dos mil. Bolívar envía a Torre Tagle un ultimátum: o se proporciona lo pactado, o se retiran los colombianos. Al sur del país no hay autoridad valedera. Los españoles bajan de la sierra y se pasean libremente con sus tropas hasta los propios extramuros de Lima. En tales circunstancias el Libertador sugiere concertar un armisticio con el general español Canterac, a fin de disponer de mayor tiempo para una más eficaz organización y esperar, a la vez, que cesen las fuertes lluvias en la serranía, donde acampa el grueso del ejército realista. Su plan es aceptado y se le designa al ministro de Guerra Berindoaga para presentar los pliegos de la propuesta.

Y salta aquí de nuevo la traición. Berindoaga lleva una carta secreta para Canterac, en la cual el Presidente Torre Tagle propone la unión de españoles y peruanos para expulsar a Bolívar y sus contingentes. La opinión de Torre Tagle es ésta: los potentados han gozado junto a los españoles durante los tres siglos de virreinato de excepcionales ventajas, que recuperarían amistándose con el Rey; los comerciantes, en parte lesionados por la guerra, recuerdan un pasado mejor; el ejército peruano posee conciencia nacional de sus actuaciones, antes que continental; los elementos sociales se resienten de persecuciones padecidas con ocasión de la lucha; la riqueza pública ha disminuido notablemente; por añadidura, las tropas realistas parecen muy superiores a las patriotas, y en todos

como que surge una especie de reacción contra las medidas enérgicas del Libertador, un extranjero en el Perú. Visión que prefiere la ventaja utilitarista a la realización de un ideal con prospectaciones seculares. La traición del Presidente pudo haber aniquilado en corto plazo la suerte de la independencia de no haberse presentado dos circunstancias imprevistas: Berindoaga no pudo entregar la terrible carta al general Canterac, que se hallaba muy lejos, y se entrevistó únicamente con un delegado suyo, con quien no pudo llegar a acuerdo alguno. Además, en esta ocasión intervino, como tantas veces, el propio destino para fijar la ruta de los acontecimientos por sobre las previsiones humanas. El destino opera por sorpresa. Una gran fracción del ejército realista, a las órdenes del general Olañeta, acantonado en el Alto Perú (Bolivia), se subleva contra el virrey La Serna, el cual divide sus tropas, fijando una parte de ellas para atacar a Bolívar y otra para destrozar a Olañeta. ¡Una típica expresión anarquizante del espíritu hispano, que salva a la República!

Comienza el año de 1824 con un hecho peligroso. El Libertador cae gravemente enfermo en el pueblecillo de Pativilca, a menos de doscientos kilómetros al norte de Lima y casi a la orilla del mar. Le devora la fiebre, el dolor de cabeza es terrible y la afección intestinal le impide moverse. Todos se preocupan seriamente por su salud; su organismo gastado, fácilmente podría dar en un desenlace fatal. A pesar de la postración, no cesa de dictar a su secretario órdenes y más órdenes, cartas y más cartas, en un titánico esfuerzo por vencer a los españoles y la dolencia. Pide dinero al Congreso peruano; exige que sean perseguidos los corsarios españoles en el sur de Chile; manda movimientos de instrucción en los diversos cuerpos que habrán de actuar en la campaña; determina lo que ha de hacerse para defender a Lima; soluciona los numerosos conflictos pequeños entre peruanos y colombianos; piensa, por escrito, en Venezuela, en la Nueva Granada, en Guayaquil y Panamá.

Por esos días comienzan a llegar los tres mil soldados pedidos a Colombia hacía más de un año; hay que alojarlos, alimentarlos, prepararles para la lucha. Todo es problema, todo complicación; las deserciones aumentan, por descontento.

En tales circunstancias se produce un gravísimo revés. El regimiento Río de la Plata, que ocupa el puerto de El Callao, e

integrado por argentinos y chilenos, sublévase sorpresivamente, quejándose de falta de pago, y entrega la plaza al enemigo, al general español Canterac. Constituye la más seria de todas las defecciones. Los escuadrones de granaderos peruanos reciben orden de replegarse hacia la capital. No la cumplen; súmanse a los sublevados. La generalidad se desconcierta; mas no Bolívar, que ordena desde la cama sacar de Lima todo lo posible y evacuar la ciudad rumbo a Pativilca. A la vez los barcos patriotas deben atacar a El Callao, cosa que se cumple con algún éxito. Al general Sucre se le avisa que se ponga en actitud de batalla.

El Congreso se reúne apresuradamente en Lima antes de evacuarla; declara a Bolívar dictador del Perú y destituye al Presidente Torre Tagle en momentos en que le llegaba a éste una carta del general Canterac, la que interceptada deja en descubierto todos los planes de traición. Torre Tagle y Berindoaga se entregan a los españoles quienes entran nuevamente a Lima.[13] ¡Bolívar ha llegado a dictador!

Entre los evacuados de la capital está Manuela Sáenz, que marcha en volandas hacia Pativilca para atender personalmente a su amante el Libertador, quien desde ese momento recibe, más que solícitos cuidados, una inmensa ternura abnegada. Si se hubiese quedado en Lima, la habrían apresado y condenado los españoles, puesto que sus relaciones íntimas con Bolívar eran muy conocidas. Con Torre Tagle y Berindoaga se entregan a los realistas los ministros, más de doscientos oficiales peruanos y más de seiscientos soldados.

El Libertador, experto en dominar situaciones críticas, calcula la solución, cuando a los ojos de todos parece muerta la esperanza. Entre muchos que se acercan a verlo y a interrogarlo, preséntase un día don Joaquín Mosquera. "Encontré a Bolívar ya sin riesgo de muerte del tabardillo, que había hecho crisis; pero tan flaco y extenuado, que me causó su aspecto una muy acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de jin, que me dejaban ver sus dos rodillas

[13] A Berindoaga se le procesó por traición a la patria, y se le fusiló. Tenía el título de marqués.

puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico.

–Y, ¿qué piensa usted hacer ahora? –le pregunté.

–Triunfar –me contestó.

En los arrebatos de los grandes generales de la Historia no consta ninguno de tanta fuerza como éste.

Manuela está a su lado, sin la madre, sin el marido inglés. Ha recuperado, por presión de los acontecimientos y por imperio de la suerte, su total libertad. Ya no abandonará su elegante uniforme de capitana, en cuya calidad se sentirá vinculada a la tropa misma.

La palabra mágica del Libertador desgarra de pronto el horizonte:

> Peruanos, las circunstancias son horribles para vuestra patria; vosotros lo sabéis, pero no desesperéis de la República; ella está expirando, pero no ha muerto aún. El ejército de Colombia está todavía intacto y es invencible. Esperamos, además, diez mil bravos que vienen de la patria de los héroes, de Colombia. ¿Queréis más esperanzas?

Un mes de convalecencia necesita el dictador del Perú para restablecerse. Instala el cuartel general en Trujillo, a quinientos kilómetros al norte de Lima, donde dispone de excepcionales riquezas agrícolas para la alimentación de las tropas. Al ejército se le reduce el sueldo a la mitad y el clero es forzado a entregar la plata labrada de los templos. Las mujeres tienen que dedicarse a preparar ropas, ya que la lucha se desarrollará en lo gélido de la cordillera. El general Sucre propone un ataque a las fuerzas españolas sublevadas con Olañeta en el Alto Perú. Bolívar demuéstrale que el éxito sería seguro, pero que se haría preciso luego retroceder, lo cual desalentaría y fatigaría a todos.

Hay más de siete mil hombres disponibles. El comando de los colombianos y peruanos corresponde al general Sucre, y la administración civil, al estadista peruano José Sánchez Carrión. El Libertador medita: "Siete mil hombres son pocos para enfrentarse a las bien equipadas y muy numerosas tropas realistas". Santander

debe enviar de catorce a dieciséis mil soldados y la suma de dos millones de pesos. Santander responde que se despacharán los tres mil pedidos el año anterior si el Congreso le proporciona los medios pecuniarios y si consigue un préstamo en Europa para los gastos; de otro modo, no habrá envío, puesto que no existe una ley que autorice socorrer al Perú. El vicepresidente Santander se debate en la Nueva Granada en una crisis agudísima. Teme, además, que Fernando VII actúe y ataque a Colombia. Bolívar entonces le alecciona al vicepresidente:

> Yo aseguro a usted que semejante demencia no creo que le pueda ocurrir a nadie, porque dejar abierta una puerta tan grande como la del Sur, cuando podemos cerrarla antes que lleguen los enemigos por el Norte, me parece una falta imperdonable. Deberíamos emplear velozmente nuestras fuerzas en destruir estos canallas del Perú, para ir después al Norte con todas las fuerzas americanas, que yo sabría llevar, de grado o por fuerza, pues la fuerza aumenta la fuerza, como la debilidad aumenta la debilidad.

Y remata enérgicamente:

> Yo bien veo que la situación política de Colombia le pone a usted en perplejidad, porque no sabía el verdadero estado internacional de los europeos. Yo, que tengo la desgracia de saber con anticipación lo que naturalmente debe querer cada uno, me desespero más que otro. Mande esos cuatro mil hombres, y al saber que han llegado diga usted: colombianos, ya no hay más españoles en América.

Los cuatro mil hombres fueron enviados, pero después de la autorización solicitada por el vicepresidente al Congreso, o sea, tarde. Como consecuencia de estas dilaciones, trastornos e incomprensiones, el Libertador, ya visiblemente irritado, resuelve no escribir más a Santander por varios meses. Es ésta la primera grave divergencia entre el Presidente y el vicepresidente. Vendrán otras, en una acentuación creciente y fatal.

Quiere encontrar refuerzos en Chile. Envía a dos diplomáticos para conseguirlo. Nada alcanza, ni allí ni en Buenos Aires. Monteagudo, también a su nombre, ha hecho gestiones en México y Guatemala, igualmente sin éxito. El único que le habla la verdad es Sucre, al pronosticarle insistentemente que los refuerzos de Colombia no llegarán.

Comienzan a ceder las lluvias en la zona cordillerana; por lo mismo, se aproxima el ímpetu de la decisiva empresa. El Libertador deja definitivamente de preocuparse con Europa. Ha sido notificado de la doctrina internacional del Presidente Monroe de los Estados Unidos, en cuya virtud aquella nación, ya próspera, declara que se manifiesta solidaria con la defensa de todo el hemisferio, en el caso de posibles acciones agresivas europeas.

Inspecciona poblaciones. En Huaraz le visita un día el capitán norteamericano Hyram Paulding:

> Yo fui introducido a un gran salón donde el general Bolívar estaba sentado a comer con cuarenta o cincuenta de sus oficiales, vestidos de hermosos uniformes, y como me dieron a conocer por oficial de marina de los Estados Unidos, S. E. se levantó de la mesa, me dio cordialmente la mano y me hizo sentar a su lado. Me convidó a comer. "Yo presumo –dijo él– que usted no habrá tenido mucho vino por el camino que ha traído, y así espero que no se negará a tomar un vaso de champaña". Luego me hizo algunas preguntas sobre mi viaje, habló libremente sobre varios asuntos, invitó a los ofíciales a llenar los vasos y me introdujo con ellos, brindando a mi salud con una copa. Su cordialidad, su franqueza y cortesía exenta de toda ceremonia, me disiparon enteramente la cortedad que sentí al principio de mi presentación. El continuó hablando sin cesar y con viveza hasta que se acabó la comida, que fue poco después de mi llegada. No queriendo, sin duda, continuar por más tiempo en los placeres de la mesa, guardó silencio, y levantándose de su asiento, los oficiales se despidieron al instante. Después de haberse retirado la compañía, le pregunté si quería S. E. recibir los despachos de que

> había tenido la honra de ser el portador o si los entregaría al día siguiente, a lo que respondió: "Ahora los recibiré y los examinaré inmediatamente y cuanto antes me sea posible despacharé la contestación para que usted se la lleve a su comandante". En seguida se excusó conmigo por no poder hospedarme consigo, por cuanto no había un cuarto desocupado en la casa, y llamando al capitán Wilson, uno de sus edecanes, le encargó buscar un alojamiento cómodo para mí y mi compañero en la casa de algún ciudadano. "Usted debe venir –añadió él, dirigiéndose a mí– a almorzar mañana conmigo y a comer a mi mesa mientras permanezca usted en Huaraz". Todo en él era grande e infundía respeto y admiración.

El general en jefe, Canterac, del ejército español, tiene acantonados más de siete mil hombres al oriente de Lima, pero muy lejos, detrás de la cordillera de los Andes, en la serranía, en la población de Huancayo. Los demás del ejército realista –unos cinco mil– hállanse ocupados en combatir al disidente Olañeta. Este general español, aunque partidario de Fernando VII, había resuelto no someterse más al virrey de Lima y constituirse en autoridad independiente de todos. Lógicamente, para el virrey tenía más importancia esta sublevación que la revuelta de los patriotas. Un español no perdona a otro español.

Otro de los poblados visitados por Bolívar es Huaylas, a donde no le acompaña Manuela y en donde encuentra la interesante distracción efímera de Manolita Madroño, chica de dieciocho años, encargada por el Cabildo del pueblo para ofrecer al Libertador una corona de flores. "No pasaron cuarenta y ocho horas sin que los enamorados –ella y el general– ofrendasen a la diosa Venus". Manuela Sáenz, conocedora del episodio, guarda silencio, pero le confía a su amigo, el capitán Santana, su despecho y el propósito recóndito que tiene de suicidarse.

En mitad de junio se inicia la movilización general, y salen las tropas libertadoras por tres rutas casi paralelas hacia lo alto de la cordillera de los Andes, que tiene en esa región cinco mil metros de altura. El ascenso comienza muy por la mañana y es fatigosísimo.

El sol perpendicular, cada vez más intenso, excita los poros del cuerpo hasta la desesperación. Casi toda la tropa, incluso la caballería, va a pie, puesto que los caballos deben llegar a la cima suficientemente descansados como para lanzarse a batalla, si fuere del caso, inmediatamente. Recuas de mulas, cargadas de parque y de pocos cañones, van a la retaguardia en una marcha dura, que ahoga. Los estrechísimos caminos siguen el filo de las arrugas cordilleranas. Sopla el viento de la puna en silbido agudo, que hiela la respiración. Muy pocas son las "tropeñas" que siguen a los soldados en esta campaña; mucho menos numerosas que las que viajaban con excepcional fidelidad en las luchas de Venezuela y Nueva Granada. Ya no se trata, sin embargo, de la aventura desesperada del paso de los Andes por el páramo de Pisba. Ahora casi todo ha sido previsto:

> Sucre, para hacer menos penosa la situación de las tropas, con una admirable actividad había organizado, en donde le fue posible, secretos depósitos de víveres y de forraje, ocultándolos en las cavernas, dejando también de trecho en trecho depósitos de leña, de turba, de sal, de carne curada, de patatas y de cebada y organizando, algunas veces, ranchos grandes para que las tropas descansaran en su larga marcha y para que repusieran las fuerzas perdidas en las penosas jornadas en que, careciendo de mucho, habían tenido que vencer obstáculos y dificultades en el más áspero y montañoso sector del Perú.

Las avanzadas de espionaje, que son las únicas que viajan a caballo, llevan medio día de adelanto; culminan la empresa antes que nadie para descubrir a tiempo los posibles movimientos del enemigo. El Libertador viaja con su estado mayor en medio de una de las tres columnas paralelas, junto a la caballería. Habla poco y medita profundamente. La frente muy arrugada y los ojos fijos en el suelo son la prueba clara de que torturan su cabeza múltiples pensamientos complejos. Manuela va, en lo posible, de un punto a otro para repartir alegría, consuelo y sentido de fe. Al anochecer se ordena el descanso general en mitad de la ruta que será coronada al

día siguiente por la tarde. Los hombres padecen agobiante cansancio, sacan de la mochila las mantas y se tienden sobre el suelo con una pesadez que quisiera tomar posesión de la tierra. Durante casi todas las horas de esa oscuridad interminable pasa sobre las cabezas una neblina frígida, a través de la cual se filtran lloviznas martirizantes. En muchos se produce vómito, acompañado de un agónico sudor frío. A las siete de la noche los cornetas tocan a silencio.

Al amanecer se reinicia el caminar, más fatigante todavía, pero ya urgido por la proximidad de la máxima altura. Bolívar, Sucre, Necochea, Córdoba atienden en todos los sectores posibles. Cuanto más se sube, más parece que los corazones fueran a saltar del pecho. A algunos soldados y mujeres les sobreviene el "soroche": empiezan a reír estrepitosamente hasta que se quedan muertos. Lo más extraordinario, a la hora en que empieza a nevar en ese último medio día de subir y subir, es el esforzado temple de los venezolanos, que han llegado hasta allí procedentes de las cálidas tierras del Orinoco. Para ellos el sacrificio es inmensamente mayor que para los demás. Y son ellos, los irrevocables en la lealtad, los encargados de impedir las deserciones en zona donde es muy fácil esconderse entre las arrugas de la tierra para huir luego a hurtadillas. Antes de anochecer se produce el descenso, del otro lado ya del lomo de la gigantesca mole andina. Son, en total, ocho mil setecientos combatientes, de los cuales mil pertenecen a la caballería. Hay hombres de Venezuela, de Panamá, del Ecuador, del Perú y unos cuantos de Chile y Buenos Aires, amén de europeos.

Los tres grandes grupos de tropas se convierten ahora en dos; aquel con quien va el Libertador marcha a notable distancia todavía de los otros, un poco al Norte. Aquello que ven allá los soldados es una infernal pugna de la naturaleza. Las dos grandes cordilleras procedentes del Norte se juntan en un nudo volcánico gigante donde hubiesen chocado dos mares, en grandes oleajes quedándose petrificados para siempre: olas inmensas y olas chicas, todas de roca y tierra, en una actitud salvaje; y entre ellas riachuelos, fangales, piedras y arbustos de mil clases. Uno que otro pueblecillo de indios, que viven primitivamente, de agricultura rudimentaria y de unos cuantos animales, aparece, en medio del paisaje, en forma de mancha exótica y quieta. Los indígenas y los mestizos de la

región, acostumbradas al despotismo hispánico y a la hostilidad de la naturaleza, reciben a los viajeros con miedo y entregan cuanto poseen, sin resistencia. Ante ellos, lo que tiene uniforme militar significa elemento enemigo, todos abusaban, todos se apropiaban de lo ajeno; todos violaban a las mujeres de los infelices primitivos. Para ellos no existe la libertad, ni en vocablo. De ahí que las órdenes del Libertador, en punto a respeto a los moradores de aquellos lugares, sean enérgicas y terminantes. De nada sirve informar que se ha decretado el reparto gratuito de tierras a los indígenas y la supresión de los cacicazgos. El indio no cree en el blanco. El indio es el gran rutinario tímido. Y el mestizo, mezcla de blanco y de indio, teme al blanco y es el déspota para el indio. El mestizo constituye un híbrido de valiosas cualidades y de muy graves defectos. El mestizo, que es la casi totalidad de los dos ejércitos, el realista y el republicano, lleva en el alma una peligrosa doble faz.

Durante un mes viaja por este enmarañado laberinto de altibajos hostiles el doble grupo de fuerzas republicanas, aclimatándose y entrenándose a la vez; hasta que a fines de julio se concentran todos en una llanura perteneciente a la hacienda de un peruano que vive en la inmediata pequeña población de Pasco. Allí el Libertador pasa revista a sus guerreros. Cada batallón preséntase con sus jefes en orden; la caballería, pujante, exhibe las inmensas lanzas, y los pocos cañones disponibles se muestran en valerosa línea. El Libertador habla:

> Vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud. Los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfo; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates. El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa liberal os contempla con encanto porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo.

El general Canterac aguarda con sus efectivos a sólo doscientos kilómetros al Sur. Bolívar ordena iniciar la marcha en

busca del enemigo. La topografía –valle entre dos ramas de la cordillera– hará infalible el encuentro. Los espías indican que Canterac ha ordenado también el desplazamiento hacia el Norte. Se dispone a luchar y no quiere dejarse quitar la iniciativa. En las guerras de aquellos tiempos casi todo el éxito depende de la ofensiva, por el derecho de elección del terreno en que ha de librarse la batalla.

El Libertador advierte que muy cerca hállase la gran laguna de Chinchaycocha, que puede ser bordeada de lado y lado. La astuta maniobra consiste en seguir adelante, pero del lado contrario del que tomen los realistas. Y así se hace, a fin de permitirle adelantar a Canterac, sin dejarse ver de él, para cortarle la retirada. Toman los patriotas la ruta de occidente, mientras los realistas pasan por la del oriente del lago. Canterac, que tampoco es inexperto, descubre el ardid, y antes de que sea tarde manda a sus ejércitos retroceder. Bolívar apresura el paso, en velocidad casi desesperada. Y a las cuatro de la tarde llega con la caballería a la cumbre de una pequeña altura, desde donde ve que las fuerzas de Canterac retroceden ya hacia el Sur. Nadie puede contenerse a la vista de los monárquicos, y gritan: "¡los godos!". El momento es impresionante. La retaguardia de los españoles está ocupada por unos mil trescientos de caballería; Bolívar no dispone sino de novecientos.

Suenan las cornetas y se lanzan los patriotas al ataque. Es caballería contra caballería, en un choque terrible, donde no suena un solo disparo; lanzas contra lanzas y sables contra sables. Cuerpos de hombres y de caballos ruedan por el suelo. Necochea, valeroso general argentino, comanda la vanguardia; uno de los flancos, el mas difícil, ha sido encomendado al general británico Miller. Hay un momento de indecisión. Ordena entonces el Libertador el célebre "vuelvan caras" del llanero Páez, y los realistas quedan destrozados. Las gigantescas lanzas de los patriotas son manejadas por los llaneros con ambas manos, puesto que el caballo es guiado con las riendas amarradas a la rodilla derecha del jinete; de esta manera, los cuerpos atravesados se levantan en alto como trágica banderola de muerte. Nadie puede resistir aquel impulso semisalvaje.

Sucre y la infantería en aquella tarde pudieron presenciar desde lejos sólo el final de la lucha, porque cuando llegaron los

infantes a las inmediaciones de la zona de combate, en ese sitio, de nombre Junín, ya no era necesario que interviniesen los soldados de a pie. Canterac habíase quedado sin caballería, y con muy buen tino ordenó que siguiera la marcha en retroceso su infantería, cubierta por las sombras del crepúsculo (6 de agosto de 1824).

Esa noche las tropas durmieron en la llanura del propio campo de batalla, en un aire que olía a sangre y con la pesadilla de los ayes de los heridos y de los moribundos. Hasta los caballos alanceados daban su quejido ronco; otros, ya sin jinete, relinchaban en el llano, nerviosos todavía con la vehemencia del choque en que se les hizo actuar.

Esta sorpresa de Junín fue una de las acciones gigantes de Bolívar no sólo porque probó que iba camino de la victoria, lo cual encendió la fe en todos los patriotas, militares y civiles, sino porque quitó al enemigo la caballería, que era la mejor arma en las guerras de entonces. Un hombre de caballería no se improvisa en un ejército; necesita muy amplia experiencia, hasta poder combatir sin pérdida del control del bruto en que cabalga. Se había asestado el primer golpe mortal; el segundo será el último. Mas este no habrá de darlo Bolívar; lo complejo de la guerra, las pasiones políticas y la acción de sus émulos lo impedirán. Ya empieza desde ahora a mostrarse, muy a distancia, pero claro, el dramático rostro de la envidia contra el hombre extraordinario. Ninguna grandeza se alcanza con impunidad; hay que expiarla.

No se hace inmediata y enérgica persecución de Canterac, en tierras desconocidas y latitudes tan vastas vale más defender las tropas del cansancio. Las caminatas continúan luego lentamente siempre hacia el Sur, tratando de alcanzar la retaguardia del enemigo. El español viaja a marchas forzadas en busca de la ciudad de Cuzco, en una retirada de más de setecientos kilómetros. En el Cuzco está el virrey La Serna con tropas de refuerzo.

Nueve días después de la batalla, el Libertador lanza una proclama que ordena sea conocida de todos los habitantes del Perú; proclama que encierra un falseamiento intencionado de las realidades:

> Dos grandes enemigos acosan a los españoles del Perú [dice]: el ejército unido y el ejército del bravo Olañeta,

> que desesperado de la tiranía española, ha sacudido el yugo y combate con el mayor denuedo a los enemigos de la América y a los propios suyos. Los españoles huyen despavoridos y abandonan las más ricas provincias mientras el general Olañeta ocupa el Alto Perú con un ejército verdaderamente patriota y protector de la libertad.

Olañeta, bien se sabe, combatía a favor de sí mismo y no del lado de los patriotas, aunque su acción beneficiaba extraordinariamente a éstos. El hombre encargado de aniquilar a Olañeta era el español Valdés, que tenía de Bolívar muy pobre opinión, hasta el punto de considerarle poco peligroso: "Yo no puedo encontrar –le escribe a Canterac– que sea tan sobresaliente Bolívar; en cambio, es grande su ferocidad. Opinión, que es la piedra de toque, no tiene ninguna; las tropas que fueron del Perú le tienen, desde el primer jefe hasta el último soldado, odio mortal, y sus tropas, por bisoñas y otras causas, son poco a propósito para moverse y batirse". Canterac acababa de comprobar exactamente lo contrario; el virrey La Serna, en cambio, era de la misma opinión que Valdés. Los virreyes se perdían por vanidosos y fanfarrones.

Abajo, junto al mar, el coronel Urdaneta cumple con la orden de atacar a la ciudad de Lima. La ocupa sin ataque, pues los españoles prefirieron evacuarla. Poco después, sin embargo, la ciudad volvió a caer en poder de aquellos, lo cual revelaba que las fuerzas patriotas de la costa estaban a merced de los realistas. Esto preocupó hondamente al Libertador. Por añadidura, se abre el invierno con crudeza. La campaña queda paralizada. El invierno en el trópico significa lluvias torrenciales.

En esos días prodúcese un nuevo incidente entre Bolívar y Sucre. El general cumanés era muy susceptible; la sangre flamenca de sus antepasados reaccionaba ante los contratiempos, en que parecía herida su delicadeza personal. Nobilísimo e hidalgo, tenía un concepto a veces exagerado de su propio pundonor. Sucedió que Bolívar le ordenó que partiese hacia la retaguardia para poner en orden los pertrechos de guerra, recoger a los cansados y heridos y atender las disposiciones concernientes a la llegada de los refuerzos que se aguardaban de Colombia. Sucre obedeció, pero se sintió

ofendido por habérsele separado de las operaciones militares activas, y se quejó amargamente de lo que consideró una postergación. Bolívar repuso con claridad y franqueza:

> Creo que a usted le ha faltado completamente el juicio cuando usted ha pensado que yo he podido ofenderle. La comisión que he dado a usted la quería llenar yo; pensando que usted la haría mejor que yo, por su inmensa actividad, se la conferí a usted más bien como una prueba de preferencia que de humillación. Usted sabe que yo no sé mentir. Anteayer dije al general Santa Cruz que nos quedaríamos aquí para dirigir esa misma retaguardia, cuya conducción deshonra a usted, y que usted iría adelante con el ejército. El ejército necesitaba de todo lo que usted ha ido a buscar. Si salvar el ejército de Colombia es deshonroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas. Esas delicadezas son indignas de usted; la gloria está en ser grande y en ser útil. Yo jamás he reparado en miserias. Si usted quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás y usted marchará adelante para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo desprecio para mí.

Sucre comprendió las razones del Libertador y operó más activo que nunca; mientras Canterac le informaba al virrey que había perdido en el largo peregrinaje más de dos mil hombres de infantería y más de seiscientos de caballería. A la vez le declaraba, con evidente acierto: "Reitero que la necesidad nos obliga a dejar al insubordinado Olañeta que haga lo que le parezca, ínterin la principal atención esté ocupada hacia esta parte". Canterac veía mucho más que el virrey.

No queda montaña, ni riachuelo, ni bosque, ni planicie sin ser inspeccionado muy cuidadosamente. A la par, en los batallones, lo mismo que en los pueblos, ha brotado una nueva opinión respecto del Libertador. Es el hombre que domina todos los obstáculos. Confían en él como en nadie hasta entonces. Al quedar aplazada la campaña por causa de las lluvias y las otras razones conocidas, Bolívar entrega el mando general del ejército a Sucre, pues tiene ya otros planes en desarrollo. Acaba de informarse de que Olañeta ha

sido derrotado por el general Valdés, el cual regresa ahora con sus tropas victoriosas para sumarlas al contingente del general Canterac. El punto requiere serias determinaciones, y el Libertador se reúne con Sucre durante varios días para estudiar el problema. Muéstrase partidario el cumanés –de veintinueve años– de atacar inmediatamente a pesar del invierno; Bolívar, más realista, opta por esperar. Continúa esperanzado, por otra parte, en los anuncios de Santander de que van a ser enviados nuevos batallones. Resta, además, organizar adecuadamente las zonas libertadas en el Perú a fin de que se afirmen en la independencia y den el rendimiento necesario en cuanto a contribuciones de guerra.

Existe otra consideración muy seria como consecuencia de la derrota de Olañeta: surge la posibilidad de una derrota republicana en la próxima batalla. En tales condiciones hácese indispensable prever. Se piensa en enviar a la zona de Lima a los generales Sucre y La Mar. Bolívar quiere correr así la suerte de la próxima gran batalla. Sucre, La Mar y los otros oficiales altos opónense a la determinación. ¿Qué sería de la suerte de la libertad si se produjera una derrota en la que quedase envuelto el propio Libertador? No habría a quién acudir, vendría la desmoralización general. Al fin se toma la resolución de que parta el Libertador rumbo a Lima y El Callao. Manuela quédase en la región, por el momento.

Corto trecho había recorrido el Libertador cuando le alcanza una posta que trae una comunicación urgente procedente de Bogotá. La lee el Libertador, se indigna y por todo comentario apresura la marcha. Trátase de un golpe ruin dado por el Congreso de Bogotá, a iniciativa del Poder ejecutivo que preside el general Santander. En efecto, con fecha 28 de julio de ese año se ha expedido un decreto que en su parte significativa expresa: "Se deroga en todas sus partes el decreto el 9 de octubre de 1821; pero si, restituido el Libertador Presidente al territorio de la República, tuviere por necesario, útil y conveniente mandar en persona el ejército, queda autorizado para ello". El decreto derogado estatuía:

> El Presidente de la República podrá mandar las armas en persona en todo el tiempo que estime conveniente, quedando el vicepresidente encargado de las funciones

> del Poder Ejecutivo; podrá aumentar el ejército hasta que lo crea necesario en el país que vaya libertando; podrá organizar el país que se vaya libertando del modo que lo crea conveniente; el Presidente de la República llevará consigo estas facultades respecto de los lugares donde haga personalmente la guerra, etc.

Todos estos poderes le han sido quitados traidoramente al Libertador; en adelante quedan adscritos al Poder ejecutivo, o sea el vicepresidente Santander, puesto que a Bolívar se le considera en el nuevo decreto no Poder Ejecutivo, sino sólo Presidente en campaña. No aparece ni siquiera en los considerandos de la ley una razón aparente o valedera para quitar al Libertador las facultades de que se hallaba investido; únicamente se alegan "inconvenientes", es decir, cuestiones de carácter político que buscaban exclusivamente minar el prestigio del grande hombre. Se calculaba ya que, una vez ganada la guerra, el gran general debía ser desplazado. Además, se aproximaban –a distancia de varios meses todavía– las elecciones presidenciales. Surgía la ingratitud en forma prematura y el espíritu de ambición movía más de una voluntad en la capital de Colombia. Al Libertador se le permite en el decreto el mando de los ejércitos en el Perú, de todos los ejércitos, excepto del ejército colombiano; podrá comandarlo cuando se restituya al territorio de la República. Es una ley de clásico despojo de poder. Despojo de tanta pequeñez, que se consultan al Congreso hasta los grados militares dados por el Libertador. Este episodio se llama en la Historia "el vergonzoso antecedente de la conspiración septembrina".

Apenas es informado el general Sucre de esta situación extraña, que el propio Bolívar la define en frase gráfica: "Ya no soy de Colombia, según la autoridad del concilio de Bogotá", reúne al Estado Mayor y examina con él la situación. Al fin Sucre y los oficiales mayores: Jacinto Lara, José M. Córdoba, Arturo Sánchez, Laurencio Silva, Ignacio Luque, Trinidad Morán, Pedro Alcántara Herrán, Lucas Carvajal, José Leal, León Galindo, Manuel León, Cruz Paredes, Felipe Braun, Pedro Guasch, Antonio Elizalde y Francisco O'Connor firman una carta dirigida a Bolívar para protestar enérgicamente contra la citada ley de Bogotá. (Los nombres

de los signatarios de la carta han quedado como un hermoso símbolo de lealtad). Dice la carta enfáticamente:

> El ejército ha recibido con el dolor de la muerte la resolución que V. E. se ha dignado comunicarle el 24 de octubre desde Huancayo, separándose de toda intervención y conocimiento de él a virtud de la ley de 28 de julio último. Nosotros, señor, como los órganos legítimos del ejército, nos atrevemos a implorar la atención de V. E. a las observaciones que por el momento nos han ocurrido sobre la determinación de V. E. Si después de internados al centro del Perú, V. E. se separase de nosotros, sería resolver nuestro abandono decretar nuestra ruina, y ni el Congreso ni vuecencia pueden resolver nuestro abandono y decretar nuestra ruina [...] Los legisladores saben que nosotros no hemos venido al Perú en busca de ninguna fortuna, sino del brillo de sus armas, de la seguridad de sus fronteras, de la independencia de América, y lo diremos también, señor, sin ideas de lisonja, por acompañar a V. E., que nos ha educado, que nos hizo soldados, que ha impreso en nuestros corazones el amor a la libertad y que nos convidó a llevarla a nuestros hermanos desgraciados [...] No deseamos, señor significar ahora ninguna queja, sin embargo que hemos visto la atroz injuria del Poder ejecutivo [...] Es, sí, nuestro anhelo y nuestro humilde ruego que V. E. revoque su resolución de 24 de octubre y que, tomando otra vez su intervención y su conocimiento inmediato en el ejército, como se hallaba antes, lo vea éste volver a su frente para conducirlo con fortuna y con gloria al término de la empresa heroica que V. E. ha comenzado, y en que esperamos que V. E. nos dará nuevos laureles para restituirnos a Colombia y rendir con ellos y nuestros trofeos el homenaje más puro de nuestro amor patrio en el templo de la representación nacional.

Un mensaje tan elevado debió ser para Bolívar el máximo consuelo en aquella hora de tanta amargura, y de tanta vergüenza, a perpetuidad, para quienes la produjeron con increíble bajeza.

Llegado el Libertador a la costa peruana, al pequeñísimo pueblo de Chancay, al norte de El Callao, opera con energía; refuerza con reclutas hasta el doble la división del coronel Urdaneta, que se había dejado quitar la ciudad de Lima; juzga a los responsables de aquella derrota, que considera producto de la cobardía; hace fusilar a cinco oficiales culpables de la misma; asedia estrechamente El Callao y se dispone a libertar la capital peruana. En pocos días el contingente de tropas disponibles llega ya a los tres mil hombres. Hace milagros; es invencible, a pesar de todos los diminutos legisladores de Santa Fe.

Y vuelve a escribirle, al cabo de meses, al general Santander para darle cuenta de la última campaña y para desahogarse respecto de la ley malhadada de julio, anterior a la batalla de Junín; ley que, por torpe, pudo haber destruido el final de la guerra.

> He vuelto de mi campaña con demasiada fortuna pero sin un suceso decisivo por falta de un número suficiente de tropas. Por no repetir a usted esto, que tantas veces he dicho, y que tanto ha molestado a usted, es que no he escrito en muchos meses, pues yo sabía que no adelantaba nada y ambos nos molestábamos inútilmente.

Y agrega con finísimo sarcasmo:

> Las noticias que tengo de Colombia son muy satisfactorias. La Constitución es la reina de sus hijos. Por lo mismo me han quitado mis derechos colombianos los señores del Senado, de lo que me he alegrado infinito. Usted me aconseja que muestre moderación por el favor que me ha hecho el Senado; mi respuesta es que para lo único que tengo que mostrar moderación es para no repetir de nuevo mi renuncia de Presidente titular, que es cuanto me queda de mi madre patria. Ruego a usted que presente mi anterior renuncia al Congreso. No la repito ahora porque quiero que sea la misma renuncia del año pasado, a fin de que nadie crea que es efecto del resentimiento, por la bondad con que me ha tratado

> la sabiduría del Senado, a instancia de mi querido amigo el Poder Ejecutivo. Concluiré diciendo a usted que yo no tengo de Colombia más que la escarapela y el corazón; que no pienso volver más a Colombia y que usted inste al Senado para que nombre un nuevo Presidente para que el pueblo no piense en mí en las próximas elecciones [...] Ya usted sabrá de la pérdida de la (fragata) *Santander*. En todo sentido es una desgracia.

Prácticamente se abre con esta carta la verdadera guerra larga entre Bolívar y Santander; guerra que terminará con un intento de asesinato al Libertador antes de cuatro años. El vicepresidente Santander aspira ya a la presidencia de Colombia en las próximas elecciones. La ruptura de la amistad entre el Presidente y el vicepresidente de Colombia cobija también a Manuela, quien desde ese día se declara enemiga acérrima de Santander; llegará en su fanatismo de mujer hasta el fusilamiento de un busto del vicepresidente en la propia ciudad de Bogotá.

Seguro ya de su poderío, Bolívar ataca a la ciudad de Lima y se apodera de ella ante apresurada evacuación que efectúa el despótico régimen del coronel español Ramírez. La multitud le obliga al triunfador a dejarse llevar en hombros por las calles, "donde la hierba crecía ya bastante alta por falta de transeúntes". A Ramírez le llamaban los limeños el Robespierre del Perú. "Sentado en un convento de la Merced, se divertía en hacer subir a los pocos jóvenes elegantes que atravesaban la plazuela y les hacía rapar la cabeza pretextando el cabello a la republicana".

Eran fines de noviembre. El general Sucre continuaba sin interrupción las marchas prudentes de su ejército de un pueblo a otro, esta vez de Sur hacia el Noroeste, como quien se dirigiese al primitivo punto de partida, Pasco, donde el Libertador había pasado revista a las tropas antes de Junín. Sabe que Canterac ha movilizado ya sus poderosos contingentes en busca suya con el ánimo de librar una batalla decisiva; Canterac y Valdés juntos significan fuerza muy peligrosa. Pero Canterac ha traído a pie a sus soldados desde la lejanísima ciudad del Cuzco, y Valdés, desde el Potosí, es decir, desde una distancia de más de mil trescientos kilómetros. Están

cansados. Tratan de cortarle a Sucre la retirada al Norte y se ven obligados a efectuar de modo constante marchas forzadas, que duran más de mes y medio, y llegan al agotamiento, en tanto que los patriotas van poco a poco, frescos siempre para la hora de la batalla. Sucre fue un estratega de primera magnitud, en muchos puntos igual al propio Bolívar. Era, además, el único general de la independencia a quien le daba lo mismo entrar en batalla en cualquier terreno, sin escogencia previa, pues siempre hallaba la manera de triunfar. Este lapso de campaña da la impresión de dos enemigos que se cazaran el uno al otro. Al entrar diciembre ya caminan casi paralelos, buscándose, evitándose, provocándose y acosándose en una lid valerosa de recia tenacidad. Sucre informa al Libertador cada dos días del curso de las operaciones. Cinco días antes del choque decisivo, el general de los ejércitos libertadores recibe un mensaje de Bolívar en que consta la orden expresa de entrar en batalla, cualesquiera que fuesen las consecuencias. El Libertador se sabe poderoso ya en la costa, confía en Sucre y cree que ha llegado la hora del reto final. Además, han arribado ya a playas peruanas otros mil doscientos colombianos.

Los realistas creen segura su victoria: "Hemos terminado la campaña tan felizmente como no se ha visto terminar ninguna; aturdido Sucre con nuestro movimiento envolvente, se ha metido donde no le es posible salir".

El día 3 de diciembre los patriotas caen en una emboscada peligrosísima. Al atravesar la profunda quebrada de Corpahuayco, los realistas, escondidos en el boscaje del abismo, atacan sorpresivamente a los tres batallones que iban en retaguardia, cuando ya el grueso del ejército se hallaba a salvo. La maniobra española tiene dos objetos: disminuir la fuerza del enemigo, y tentarlo a presentar batalla en ese mismo sitio, es decir, en condiciones desventajosas, si han de salvar a los tres batallones atrapados. Sucre no cae en el ardid. Deja que los tres batallones se defiendan solos y ordena continuar la marcha a los demás. La sorpresa causó a los patriotas más de trescientas bajas. Sucre comentó: "Esto obligará al enemigo a empeñar la batalla; están engreídos".

Cuatro días más de avance. El de los realistas muy apresurado, dando una vuelta enorme, en el ánimo de impedir que

los patriotas continúen adelante. Al fin se sitúan en el campo de Ayacucho así: el virrey, Canterac y todo el ejército monárquico, en lo alto de una colina llamada Cundurcunca; al pie de ella, en una vasta meseta, acampan los republicanos, con el caserío de Quinua en la retaguardia. Durante la noche se hacen disparos de lado y lado, en mutuo reto. Están a tres mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, en una estribación de la cordillera oriental peruana, y pisan tierra gredosa, cuya tímido producto es la paja. La colina ocupada por los españoles no tiene sino doscientos metros sobre la meseta. Sucre dispone de menos de seis mil hombres; ha perdido más de dos mil entre enfermos y desertores. Los realistas cuentan con más de nueve mil.

A las once de la mañana –una mañana helada– se rompen los fuegos con el ataque del general español Valdés contra el ala izquierda patriota, que retrocede. Entusiasmado con este primer éxito, el coronel español Rubín Celis se precipita a destiempo y temerariamente contra el ala derecha republicana, defendida por el general Córdoba. Da entonces éste su célebre grito de "¡Armas a discreción, paso de vencedores!", y arrolla a Celis y sus hombres en menos de treinta minutos. Acosa en seguida contra el centro, mientras Sucre refuerza el ala peruana que había retrocedido al comienzo. Es el momento crítico. El general Miller recibe la orden de arrojar su caballería a la carga, lanza en mano. El primer grupo en el choque es el colombiano, dirigido por el coronel Silva, que cae herido de tres lanzazos; la aparente confusión es horrible. Sucre maneja sus cuerpos como fichas en tablero, y la caballería enemiga comienza a retroceder. Manuela, que anda por allí, no puede contener su ímpetu y se lanza también con denuedo y recoge muy femeninamente los bigotes de un español, "con los cuales se hizo unos bigotes postizos, que los exhibía en los bailes de disfraces santafereños", cuenta Boussingault. El general Canterac en persona actúa en la lucha, pero sin éxito. Desesperado, interviene el propio virrey La Serna con todo su Estado Mayor; nada alcanza; le obligan a volverse hacia la altura de donde había bajado. El golpe de gracia le corresponde a la división del general Lara. Se ha cumplido estrictamente el plan de lucha estudiado por Sucre la noche anterior: atacar al enemigo, sin dejarlo descender en masa sino en partes a la

meseta, así se le aniquilaría, fraccionándolo. Una obra maestra de táctica para un caso de desigualdad de fuerzas.

El virrey La Serna, Canterac, los mariscales, generales, brigadieres y demás oficiales, en número de casi seiscientos, y dos mil individuos de tropas se entregan prisioneros como consecuencia de la derrota. Además, yacen en el campo dos mil quinientos muertos y heridos. Se ha ganado para la libertad la más grande y última batalla en América. La prisión del virrey constituye el más claro símbolo de que el Rey español ha desaparecido para siempre de este hemisferio. Posteriormente, a fines de siglo, serán expulsados los últimos realistas que quedaban en la isla de Cuba. A Bolívar le faltó vida para marchar a La Habana. España se quedó sin un metro cuadrado en la inmensa América que conquistara y colonizara.

Lo que sigue, en punto a guerra de independencia, son sólo combates aislados en el mismo Perú, en el Alto Perú, en la Nueva Granada, en Venezuela. Pero ya todo está decidido. Ayacucho significa el final de la contienda. Terminaba la guerra militar; iba a comenzar la guerra política.

Quinta Parte
EL HOMBRE MÁS PODEROSO DE AMÉRICA

I

El genio es el verdadero punto de mira de la Historia.

EMERSON.

Muy lejos de Ayacucho, en Lima, el Libertador, ignorante aún de los últimos sucesos militares (que sólo llegarán a su conocimiento nueve días más tarde, llevados en comunicación especial por el capitán Alarcón y quizá en compañía de Manuela Sáenz), piensa en los destinos de América y dirige importantísima comunicación a los Gobiernos del Río de la Plata, México, Chile, Guatemala y Colombia, porque "es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las Repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice si es posible, la duración de estos Gobiernos". Y propone concretamente no sólo la confederación americana, sino la reunión en Panamá de una asamblea continental de plenipotenciarios para dentro de seis meses. Sería la primera asamblea de las naciones americanas confederadas. Con esta comunicación del 7 de diciembre de 1824 se inicia en el hemisferio occidental el proceso americanista, que sólo habrá de culminar un siglo más tarde. Bolívar veía a esa distancia. "Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo".

La noticia de Ayacucho la recibe el Libertador a la hora en que se servía la comida. Como de costumbre, Bolívar habló mucho durante ella, produciendo la alegría general. Al leer el parte de Sucre se pone en pie, da un grito, comunica la nueva a los presentes, brinda por Sucre, los oficiales y el ejército todo y, sin poder dominar su

extraordinaria emoción, salta sobre la mesa y, de pie en ella, improvisa un nuevo brindis, con lo que termina la cena en un desbordamiento extraordinario de júbilo. Nadie deja de perorar, nadie consigue serenarse y el hecho se difunde rapidísimamente por toda la ciudad. La guerra ha terminado y la paz enfervoriza siempre el corazón de los hombres. Bolívar, improvisando desde lo alto de una mesa, es el Bolívar fogoso, incontenible, capaz de supremos paroxismos. Su corazón tiene más fuego que todos los volcanes de América y más vehemencia que los ciclones en los llanos de su patria. Un hombre grande desbordado supera todas las grandiosidades de la Naturaleza.

Apenas cuatro días antes le había expresado a Santander:

> Como el Congreso me ha quitado toda autoridad colombiana, creo que debería usted autorizar a Sucre y a Castillo para que le den dirección a las tropas de Colombia que están en el Perú.

Y le añadía estas frases desconcertantes:

> Diré a usted, de paso, que mi posición actual es tan rara que no tengo con qué vivir, siendo a la vez Presidente de Colombia y dictador del Perú. Por no ponerme a gajes de este país no cobré el sueldo que me asignaron, y no teniendo autoridad en Colombia, ya no puedo pedir sueldo allá. Así es que estoy pidiendo dinero prestado y tendré que vivir de prestado hasta que vuelva a Guayaquil.

En seguida de la noticia de Ayacucho, se encierra el Libertador en su oficina de despacho y le dice a su secretario José Gabriel Pérez: "Escriba usted lo que le voy a dictar en honor de los héroes de Ayacucho".

Dicta, en efecto, así:

> Habéis dado la libertad a la América meridional y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria. ¿Dónde no habéis vencido? La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor pero

> Ayacucho semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

Una vez más palpita el estro poético del caraqueño. A los peruanos, en proclama especial, les habla en otro tono:

> El ejército ha llenado la promesa que a su nombre os hice de completar en este año la libertad del Perú. La lealtad, la constancia y el valor del ejército de Colombia lo han hecho todo.

En Ayacucho no hubo sino mil quinientos soldados peruanos.

Termina diciembre con grandes festejos en toda la América por la finalización de la guerra de independencia. En Buenos Aires decreta el Gobierno un mes de fiestas. El Congreso de Bogotá ordena una medalla de platino para Bolívar, una espada de oro para Sucre y escudos para oficiales y soldados. Organiza regocijos públicos de elocuente énfasis en todo el territorio colombiano. Más todavía, reunido en sesión extraordinaria para considerar la renuncia del Libertador Presidente, la niega por unanimidad y la sesión es levantada con grandes vítores. Bolívar queda resarcido moralmente de la ley traidora de julio. La victoria de Ayacucho hirió no solamente a los realistas, sino también a no pocos republicanos a quienes hacía sombra la grandeza de Bolívar.

Queda sólo un lunar: la plaza de El Callao, gobernada por el coronel español Rodil más tozudo que ningún otro español, se niega a la rendición. El Libertador la sitia enérgicamente.

El Congreso del Perú trata de superar a todos en punto a homenajes a los vencedores. Ordena la erección de una estatua de Bolívar en Lima; decreta una recompensa extraordinaria de dos millones de pesos, uno, para el Libertador en persona, y otro para el ejército, aparte de galardones pecuniarios a las tropas, y manda acuñar una medalla con la efigie del grande hombre. Bolívar rechaza el millón de pesos que se le ha asignado; le insisten; acepta al fin una pequeña parte con destino a la beneficencia de Caracas y otras ciudades colombianas; la aceptó, ¡pero no se la pagaron nunca! Otra disposición del Congreso:

> El Libertador deberá continuar en el Poder dictatorial por todo el tiempo que él considerare necesario para organizar la administración de la República, y queda a su arbitrio convocar o no al Congreso general del año 1826.

Bolívar acepta continuar en la dictadura, y como le aguardan el Cuzco y las provincias del Alto Perú, nombra un Consejo de Gobierno para que actúe administrativa y políticamente durante su ausencia. Entre los miembros del Consejo consta el general La Mar, que había sido desleal a España, también a Bolívar cuando la entrevista de Guayaquil, y que volverá a traicionar poco después.

Se embarca, entonces, rumbo al Sur. No va de paseo sino que la voluntad de edificar se ha apoderado de él como una fiebre y le devora, y le impele prepotentemente una vez fijados los sellos de la paz sobre el gran libro de la Historia americana. Aguárdanle los pueblos iluminados en el alborozo y la gratitud y quieren circundarle de apoteósico grito exultante; pero aquel éxtasis multitudinario no tiene otro aliento que el de esperar el soplo milagroso, de donde ha de salir la prístina República, para sobreponerse al régimen colonial. Hay en los espíritus una conciencia de libertad; uno como estirarse de brazos hacia arriba brota del anhelo de las gentes; el deseo universal se cifra en ejercer los nuevos derechos. Nadie sabe, sin embargo, cómo ha de actuar, ni a qué leyes ha de ceñirse, ni por dónde ha de marchar el fuego huracanado del espíritu salido de una prisión de trescientos años.

El Libertador lleva el empeño de ir de pueblo en pueblo, como si fuese el predicador y el ejecutor de su propia gigantesca obra. De manera que los preciosos objetos de oro y plata que le obsequian primorosas mujeres en Arequipa devuélvelos él en leyes de beneficio para los indios, los infelices indios, inferiores a esclavos bajo el régimen monárquico, asimilados a bestias y condenados de por vida a un servilismo anticristiano bárbaro. Crea establecimientos de beneficencia o atiende a la educación. Entrega tierras a los aborígenes.

Y allí, en Arequipa, da el soplo vital a su genial creación de la República de Bolivia. Genial, porque no solamente va a nacer una nueva república en el continente, sino porque con ella se

soluciona para siempre el diferendo limítrofe entre los virreinatos de Lima y Buenos Aires, en cuyas viejas y enconadas discusiones había oculto persistentemente un peligro de guerra. El cambio de régimen, del colonial al republicano, no habría eliminado el conflicto. Muchas de las naciones del hemisferio fueron a la guerra por esa misma causa: por límites. Dos provincias peruanas y dos argentinas, segregadas a los dos virreinatos, bastan para el arraigo en la eternidad de la nueva nación.

Ni Lima ni Buenos Aires se oponen a la estructuración del nuevo Estado. La convocación a Asamblea Constituyente la hizo ya el mariscal Sucre, apenas dada la última batalla menor por la libertad, que fue en Tumusla, donde quedó muerto, combatiendo, el general Olañeta.

Y la entrada del Libertador al Cuzco, la capital del imperio de los incas, tuvo el sentido de una especie de regresión a los comienzos del siglo XVI para el retorno de los indios a la libre posesión de su suelo. Se dieron muchas leyes en ese sentido, con un anhelo justiciero que, por desgracia, fue ahogado a raíz de la salida de Bolívar del Perú, y lo que no se anuló jurídicamente, no se cumplió tampoco en forma alguna. Así el indígena, sometido ahora a la férula de los republicanos, opresores a nombre de la libertad, pasó de una esclavitud a otra. Para él no hubo independencia; sus esperanzas duraron lo que dura el fúlgido relámpago de los Andes.

Cuando salió del Cuzco el Libertador, con su numerosa comitiva, se llevaba la inquietud de haber turbado la paz de la esposa del general Agustín Gamarra, intendente de la ciudad. Esa mujer, de nombre Francisca Zubiaga –boca grande, nariz muy fina, piel trigueña y silueta delgada, alta–, con haberse enamorado imprudentemente de Bolívar, hizo que su esposo se convirtiera en enemigo perpetuo del genio; por suerte, sin consecuencias.

Mortifícale un artículo aparecido en Londres, firmado por Mr. de Mollien, en que se habla de la escasa educación de Bolívar. Le indigna y le hace saber a Santander algunos detalles para una oportuna rectificación.

> Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. de Mollien no haya estudiado tanto

> como yo a Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la antigüedades, así filósofos, historiadores, oradores y poetas, y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses.

El hijo de la Enciclopedia salta aquí, lanza en ristre, a defender el acervo de su poder intelectual.

Iba de viaje, rumbo al pueblecillo indígena, frío, desmantelado, del Puno, cuando la Asamblea Constituyente de Chuquisaca creaba la "República de Bolívar". El héroe parece delirar y estampa estas palabras vibrantes en una carta a Santander:

> Mi derecha estará en las bocas del Orinoco y mi izquierda llegará hasta las márgenes del Río de la Plata. Mil leguas ocuparán mis brazos. Si usted se desagradó por la Ciudad Bolívar, ¿qué hará usted ahora con la Nación Bolívar?

Iba así, soñando, sin querer despertar de la apoteosis en que se sentía nimbado, cuando dieron con el caserío de Pucará. Allí, bajo arcos triunfales de ramas y flores del campo rústico, y a la voz de una banda de cuatro músicos, resonaron los vítores más sinceros de la comarca. Y ahí el jurisconsulto peruano Choquehuanca de sangre mestiza, le dijo al Libertador unas cuantas frases lapidarias, a manera de saludo oficial, que superaron, en su intenso poder lapidario, a todos los discursos que el grande hombre había escuchado en su vida. Fueron muy pocas, pero expresaron todo:

> Quiso Dios formar de salvajes un grande imperio, y creó a Manco Capac; pecó su raza, y lanzó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación, ha tenido piedad de la América y os ha creado a vos. Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho, y para que alguno pueda imitaros, será preciso que haya un mundo por libertar. Habéis fundado cinco Repúblicas que, en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán

> vuestra grandeza a donde ninguno ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina.

Una carta de Manuela llega a Puno. El marido, Thorne, la maltrata; ha comenzado a excederse en los licores. Bolívar responde:

> Estoy en la cama y leo tu carta del 2 de septiembre. No sé lo que más me sorprende: si el mal trato que recibes por mí o la fuerza de tus sentimientos, que a la vez admiro y compadezco. En camino a esta villa te escribí diciéndote que si querías huir de los males que temes te vinieses a Arequipa, donde tengo amigos que te protegerán. Ahora te lo vuelvo a decir. Soy tuyo de corazón.

Sucre ingresa en la comitiva, rumbo ya a La Paz, donde el festejo especial consiste en un fastuoso baile en la mejor casa del pueblo. Y así, de gloria en gloria, como si recorriesen los hitos del delirio humano y los éxtasis fanáticos de las multitudes, arriban a la cima máxima, al Potosí, donde el nombre de Bolívar va a verter luz solar. El continente todo ha de admirarlo cuando ascienda a la cumbre del monte para tocar, físicamente, con las sienes hirvientes el cielo purísimo de los Andes. Romántico, poeta, exaltado visionario, necesita aquella escena espectacular para la plenitud del símbolo de lo que ha sido su vida: buscar cumbres, ascender, subir sin cesar, hasta que la sagrada cima se rinda a sus plantas.

Esa tarde, en Potosí, una de las lindas mujeres encargadas de entregarle ramos de flores a la llegada le dice nerviosamente al oído: “¡Cuidado! ¡Quieren asesinarlo!”.

En efecto, existe una conspiración que trama la muerte de Bolívar. Son conjurados realistas encabezados o dirigidos por el oficial León Gandiarias, pariente de la dama denunciante. La mujer que tan intrépidamente obra en defensa del Libertador es María Joaquina Costas, esposa del general boliviano Hilarión de la Quintana, de los ejércitos de San Martín.

Por la noche a la hora del recogimiento, María Joaquina y Bolívar se ven secretamente; ella revélale todos los pormenores del

siniestro plan; ella pone lágrimas elocuentes en sus ojos; ella le abraza, le besa, le ama delirantemente al Libertador, se da a él con aquella pasión exacerbada que en las mujeres suele desatar el culto admirativo. Y cuando los asesinos buscan a su víctima, no logran localizarla. Una vez más le ha salvado la vida el amor. No será la última.

Al otro día llega al Potosí una distinguidísima delegación oficial enviada por el Gobierno del Río de la Plata para conferenciar con Bolívar. Trae serios problemas por resolver y muy importantes iniciativas por presentar. La integran el general Carlos Alvear y el doctor José Miguel Díaz Vélez. Se les recibe con grandes deferencias y se abren luego las deliberaciones. El problema capital es la invasión de los brasileños a la provincia oriental del Río de la Plata (Uruguay), en coincidencia con la ocupación de territorios pertenecientes a la nueva República Bolívar. En síntesis, se busca el empleo de los ya libres ejércitos libertadores para la magna empresa de atacar al Brasil para salvar al Uruguay, defendiendo a la vez el sector boliviano ocupado. Luminoso proyecto: ¡volver también al Brasil República y libertar al Uruguay! Por desgracia, aquello requiere las autorizaciones legales, que en Bogotá solicitará Santander al Congreso; la respuesta, que se recibirá tras largo lapso por causa de la distancia y por el cumplimiento de trámites, será infaliblemente negativa. El haber podido ir hasta el Perú fue ya un milagro. ¿Quién iba a comprender y permitir la fúlgida empresa del Brasil? ¿Quién, fuera de Bolívar, tenía conciencia continental en Colombia? De modo que el vasto plan, digno de aquellos tiempos desorbitadamente sublimes, fracasa. ¡Si al menos fuese posible ir al Paraguay para que esa República quedara a salvo de la tiranía con que la manejaba el doctor Francia! El proyecto es discutido minuciosamente con los comisionados argentinos. Bolívar les informa que se dirigió al doctor Francia solicitándole y hasta exigiéndole la libertad del sabio francés Bonpland, compañero de Humboldt. Ni lo del Paraguay es posible; no hay autorización legal. El genio tiene atadas las alas precisamente a la hora en que su frente está en el Tabor.

La mañana en que el Libertador asciende a la cumbre del monte Potosí, va en compañía del mariscal Sucre, de los emisarios del Plata, del general Miller y de muchas personas, en un cortejo de

epopéyica culminación. Junto al héroe –detalle sorprendente– está su maestro, Simón Rodríguez, que había regresado de Europa a Bogotá, de donde le hizo viajar Bolívar al Perú para encomendarle misiones educativas de trascendencia. Y fue Rodríguez quien recogió las palabras pronunciadas por el Libertador en aquella lumbre helada, impasible y desafiante:

> En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata, cuyas venas riquísimas fueron durante trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo.

El éxtasis del Potosí fue más grandioso para el extraordinario hijo de Caracas que el éxtasis del Chimborazo, en 1822. En el almuerzo que se sirvió en lo alto de la montaña, el Libertador, luego de las palabras que copió Rodríguez, púsose de pie y desplegó ufano las banderas de Colombia, el Perú y el Plata. Fue el instante más dichoso de su vida. De esa vida tan sacrificada hasta entonces y destinada a más hondos dolores de ahí en adelante (26 de octubre de 1825). A Santander le confía la intimidad de su alma: "Es la primera vez que no tengo nada que desear y que estoy contento con la fortuna". ¡Primera y única!

Antes de despedirse, los plenipotenciarios rioplatenses tienen ya una opinión formada sobre Bolívar:

> Es muy popular y muy afable con todos, cosa que no traduce su aspecto a primera vista. Merece, sin duda ninguna, este grande hombre el alto concepto que todos tienen formado de él y el de todos los que tienen la fortuna de tratarle.

Ya Sucre será nombrado primer Presidente de la "República Bolívar"; ya a Manuela Sáenz se le ha escrito para que salga inmediatamente de Lima para unirse con Bolívar. Ya se fueron los argentinos. Comienza el retorno. Retornar es deshacer lo andado,

padecer, superponer a los recuerdos nuevos hechos que van contra los anteriores para destruirlos. Chuquisaca, la capital del nuevo Estado, es la última ciudad visitada. Dos meses se queda allí el Libertador, entregado por entero a la obra administrativa, con fe, con pasión, con la complacencia de quien labora para una hija predilecta. Redacta y firma numerosísimos decretos; crea entidades y las reglamenta; define la situación de los nativos; organiza las rentas públicas, orienta la justicia, integra los cuerpos regionales, que han de hacer vigorosa la nueva entidad estatal; escribe, además, veinte, treinta cartas diarias hacia diferentes países que están bajo su dependencia o con quienes trata de abrir rutas amistosas y de provecho. Ya redacta completo el plan del Congreso anfictiónico de Panamá; ya tiene casi terminado el trazo de la constitución para la flamante República; ya se ocupa, sobre todo, de los serísimos problemas políticos surgidos en Colombia. A Simón Rodríguez encomienda la educación pública en todo el país. Rodríguez, pedagogo de atisbos extraordinarios, tratará de implantar métodos nuevos, que sólo triunfarán en América después de un siglo. Y quien se anticipa, como él, a las generaciones futuras, vuélvese víctima de las generaciones en que vive. Es una ley de la Historia. Rodríguez fracasa; le hostilizan, tiene que renunciar a corto plazo. Y en lo sucesivo, por casi treinta años, vagará de un punto a otro, en esta misma América del Sur, defendiéndose de la incomprensión y de la miseria; hasta que se apiada de él la muerte, en la villa de Amotape, en el Perú, en 1854.

Al despedirse de la nación de su nombre, declara Bolívar emocionada y enfáticamente:

> Seréis reconocidos como país independiente y recibiréis la constitución más liberal del mundo. Vuestras leyes orgánicas serán dignas de la más completa civilización.

Manuela le aguarda en el camino, y juntos se embarcan en Arica rumbo a Lima. Antes de su llegada se rinde la plaza de El Callao, último reducto de la tozudez realista.

Al comenzar febrero de ese año instálase Bolívar con su Estado Mayor, sus secretarios, ayudantes y equipo de trabajo en la quinta de *La Magdalena*, en las afueras de la capital peruana, donde

contarán los huéspedes, magníficamente, con un espléndido y anchísimo salón de baile, un jardín y numerosas habitaciones destinadas al despacho oficial. Sobre una de éstas, en forma discretísima y generosa, ha sido construida una pieza a la que se sube por una escalera exclusiva, más discreta todavía. Allí tomará el Libertador sus más intensas horas de placer, constituido como está en el nombre más célebre y poderoso del continente.

Manuela quédase en la ciudad, de donde hace visitas a su amante con frecuencia o le escribe cartas. A una de ellas contesta Bolívar:

> Me complacen mucho tus amables cartas y la expresión de tus cariños son mi placer en medio de la ausencia. A tu mamá, que no se vaya por nada, nada, nada.

A otra carta le responde con mayor vehemencia:

> ¿Con que tú no me contestas claramente sobre tu viaje a Londres? No te vengas con enigmas misteriosos. Diga usted la verdad y no se vaya a ninguna parte. Yo lo quiero resueltamente. Responde a lo que te escribí el otro día de un modo que yo pueda saber con certeza tu determinación. Tú quieres verme siquiera con los ojos. Yo también quiero verte y reverte, y tocarte, y sentirte, y saborearte, y unirte a mí por todos los contactos. Aprende a amar y no te vayas ni aun con Dios mismo.

Esta carta determina la instalación de Manuela en la propia quinta de *La Magdalena*, rotos ya los convencionalismos y definitivamente destruidos los nexos de la quiteña con su marido inglés. Lo que sigue ahora es un extraordinario frenesí de todos, como final brillante de tantos hechos gloriosos: "Estamos en una Babilonia, donde, al parecer, todas las bellas mujeres se han conjurado para hacernos perder la cabeza. ¡Qué cuadro de tipos, bellezas y coqueterías!". Tanto, que el propio héroe confiesa: "¡Las damas me quieren; esto es muy agradable; tienen muchos placeres!". La segunda pubertad del Libertador entra en el clímax. "*La Magdalena*

o *La Voluptuosidad* debe ser el nombre y el sobrenombre de la castiza mansión que Lima dio en reconocimiento a su emancipador y padre. ¿Cuántas mujeres le amaron aquí? Nadie podría saberlo. Lo cierto es que en Lima las hembras y los vinos se le sirvieron en bandejas de plata para que el héroe los bebiera hasta las más exquisitas embriagueces. Y él, nada corto, apuró ávidamente ambos licores hasta extenuarse de voluptuosidad".

II

> Todo lo que resta de esa vida es dolor.
>
> RODÓ.

Está para reunirse el Congreso del Perú. Y mientras crece y crece el júbilo en *La Magdalena*, donde el héroe saborea un cúmulo de aventuras galantes, en las cuales Manuela toma parte principalísima, dentro de una inteligente habilidad, que trata de no estorbar las inquietudes de Bolívar, el descontento asoma en muchos puntos en forma tímida al principio y presionante en seguida. Se quejan los realistas arruinados; se quejan los clérigos, por las joyas arrebatadas a las iglesias para la guerra, o los conventos para la educación; se quejan los empleados que quedaron sin sueldo; se quejan los soldados, que ya no saben en qué ocuparse, y se queja, al fin, casi todo el Perú. Desde entonces, y por muchos lustros después, los peruanos no le perdonarán a Bolívar tres hechos capitales: el haber constituido la República de Bolivia con dos provincias que pertenecieron al virreinato de Lima; el haber sido libertados por tropas colombianas, y el haberse holgado las mujeres peruanas con los generales y tropa colombianos, en seguimiento del ejemplo dado por el propio Libertador.

Entre diversión y diversión, Bolívar trabaja con nerviosa intensidad. Redacta la obra máxima de su sabiduría de estadista y político: la Constitución destinada a Bolivia, Carta Fundamental que espera ver aprobada también por el Perú y por Colombia. A la vez mueve nutridísima correspondencia, y los oficiales que entran

y salen de la quinta cumplen en todas direcciones importantísimas misiones. Se diría que hay en *La Magdalena* fiebre de crear durante el día y de gozar en la noche. Hasta sueños quiméricos surgen en el grande hombre; quiméricos ante sus contemporáneos.

A causa del descontento y porque el grupo oposicionista es numeroso, se ordena aplazar las sesiones del Congreso. Bolívar continúa así, en el cargo de dictador del Perú. Su otro cargo es el de Presidente de Colombia, de donde le llegan también noticias de grave descontento. La autoridad del Gobierno de Bogotá no es suficientemente respetada en Venezuela y se han producido ya choques entre Santa Fe y Caracas en numerosos documentos. El general Santander ha hecho lo humanamente posible, con extraordinaria inteligencia y actividad infatigable por atender a la administración en pueblos sin verdaderos antecedentes de sometimiento a la ley, empobrecidos por la guerra y desarticulados por falta de vías de comunicación; pueblos, además, sumidos en una ignorancia de la que trata de salvarlos el sistema lancasteriano, impuesto hacía poco, y consistente en que los que sabían algo debían enseñar a los demás. Por otra parte, la política, tomada en inspiración lugareña, comienza a tratar de destruir a Bolívar, y éste, vigoroso, íntegro, determina no dejarse vencer por nada ni por nadie. No es la ambición la que le guía. Ningún nombre de mayor altura ya que el suyo en el continente; ninguno con mayores poderíos ni más brillante aureola de gloria. Lo que le fuerza y manda es la conciencia de su personal responsabilidad, junto a la cual lo demás es pequeño. ¡Habrá de defender su obra!

Sin tomar en cuenta, aparentemente, el oleaje embravecido que se alza contra él, despacha rumbo a Panamá a los delegados al Congreso Anfictiónico que convocara con el propósito de hacer el entendimiento y unidad continentales. Trátase de una suprema realización, considerada por él como la consecuencia ancha y honda de la guerra libertaria. Este ideal había sido lanzado por él como iniciativa once años atrás y había insistido sobre el particular ante las cancillerías de América en repetidas ocasiones. La invitación la pasó oficialmente a los Gobiernos del Río de La Plata, Chile, Guatemala (confederación de la zona centroamericana) y México, a nombre de Colombia. Los Estados Unidos fueron invitados, aunque

habíanse mostrado persistentemente abstencionistas a causa de sus negociaciones con España de compra de La Florida. La Gran Bretaña es llamada como observadora. Y el Congreso se instala, en efecto, el día 22 de junio de ese año de 1826 –fecha imperecedera en la Historia–, con la concurrencia de los delegados de Colombia, Guatemala, México y Perú únicamente. El cónclave queda así incompleto, y al final de diez sesiones se firma un acuerdo que nunca alcanzó ejecución. El espíritu liberal individualista de las regiones en aquel momento opónese a la asociación; predominan las ambiciones personales de gobierno regional y el empeño fracasa entonces.

Tres puntos fueron los acordados:

1.º Un tratado de unión, liga y confederación perpetua, a cuya confederación podrían incorporarse las potencias de América cuyos plenipotenciarios no habían concurrido al Congreso.

2.º Un concierto, que ampliaba lo estipulado, sobre la renovación de la Asamblea con el fin de hacer cada vez más fuertes e indisolubles los vínculos y relaciones fraternales por medio de frecuentes conferencias.

3.º Una convención, que fijaba el contingente militar con que cada uno de los Estados confederados debía contribuir a la defensa común, tomando como base la población de los Estados contratantes. La contribución de los Estados era la siguiente: Colombia, quince mil hombres y dos millones de pesos; México, treinta y dos mil hombres y cuatro millones de pesos; Guatemala, siete mil hombres y novecientos mil pesos; Perú, cinco mil hombres y ninguna cantidad fija en dinero.

Los Colegios electorales del Perú aprueban la constitución escrita por Bolívar con destino a Bolivia y le nombran Presidente vitalicio del Perú. El Libertador ya no cabe en sí de honores, y como para establecer el contraste, el propio Perú intenta lanzarse contra su benefactor:

> Ayer me delataron una grande conspiración, premeditada contra el Gobierno, contra las tropas colombianas y contra mí. En ella están comprendidas muchas personas de posición y de carácter público,

> así como hay en ella otras de grande influjo en la gente de pueblo por su audacia y otras cualidades. Lo peor de todo es que el proyecto es vasto, tiene mil ramificaciones y apenas habrá un solo jefe de cuerpo del ejército del Perú que no tenga alguna complicidad.

En otras partes tampoco anda mejor la situación:

> Hoy he recibido comunicaciones de Colombia en las que me llaman urgentemente. Aquella República se ve amenazada de un principio de disolución del uno al otro extremo; mi nombre sólo les conserva un ser que sería muy precario si prolongase más mi ausencia [...] No puede usted imaginarse general Montilla, cuánto ha padecido mi espíritu por las noticias que últimamente hemos recibido de Valencia y del general Páez; por todas partes veo asomar la destrucción que amenaza a toda Colombia. Veo sumergirse en la nada el fruto de quince años de victorias y desastres; no obstante, yo estoy por ir a Colombia a hacer por mi patria el último sacrificio.

Hay algo más:

> Sepa usted –le escribe Briceño Méndez a Bolívar– que si los delegados peruanos al Congreso de Panamá no son sus enemigos, por lo menos no son sus amigos. En un convite que dieron aquí por el aniversario de Ayacucho hubo brindis por cuanto hay en el mundo, menos por usted, y llevaron el descaro hasta presentar uno en que se atribuía toda la gloria de aquella batalla a los generales La Mar y Miller. Sin el menor respeto se lamentaron de la suerte del Perú. Nos acusan de miras interesadas en la ocupación militar de su país.

En Venezuela ha habido algo que tendrá profundísimas repercusiones. El venezolano doctor Miguel Peña, ministro de la Corte de Justicia, ha sido acusado ante el Senado en Bogotá por negarse a firmar una injusta sentencia de muerte contra el coronel

venezolano Leonardo Infante, acusado de asesinato de un teniente. El Senado había condenado al doctor Peña a la suspensión del cargo; hecho que había significado el regreso del doctor Peña a Caracas, donde desvió el caso hacia una zona política y regionalista, lo cual produjo en la Nueva Granada vivísima reacción. No quedan allí las cosas. El Congreso reunido en Bogotá acepta una acusación contra el general Páez, a pesar de la opinión en contrario del vicepresidente Santander. A Páez se le acusaba de actos ilegales en el reclutamiento de tropas. No sólo acepta la acusación el Congreso sino que torpemente se le suspende al general en el ejercicio del cargo de comandante de las tropas de Venezuela. Páez ofrece presentarse ante el Congreso para su defensa; pero en la ciudad venezolana de Valencia una manifestación pública oblígale a reasumir el mando militar y a desconocer, por lo mismo, lo dispuesto por el Congreso. Venezuela comienza a romper su vínculo con la Nueva Granada.

Las cosas llegan a más: los congresistas de Bogotá proceden, dentro de la ley, a la elección de Presidente y Vicepresidente de Colombia, cargos que recaen en Bolívar y Santander, respectivamente. Para Bolívar hay una inmensa mayoría de votos; para la vicepresidencia, en cambio, la votación ha sido muy discutida entre sus candidatos. Así, el Libertador personalmente ha ganado mucho terreno político; Santander ha fracasado en su ambición de la presidencia y hasta le han discutido la vicepresidencia; por lo mismo, ha retrocedido. Su enemistad contra el Libertador se acentúa y encona.

Toda la clave de la situación está en lo que haya de resolver Bolívar sobre la insurrección de Páez.

Ya no es posible, pues, seguir más tiempo en el Perú; urge el retorno a Colombia, a pesar de que retornar significa debilitarse, abandonar. Aquella norma de ir siempre adelante empieza a flaquear. Los políticos pequeños quieren sitiarle; tratarán de cortarle la vida misma.

Una noche magnífica, fresca con la brisa que llega del océano, se da en *La Magdalena* un baile fastuoso. Música y licores, alegría y desbordamiento saltan por todas partes. Sólo hay tristeza en muy contados, en los que saben que el Libertador va a despedirse, Manuela entre ellos. El bergantín *Congreso* le aguarda en El Callao

para conducirlo a Guayaquil. No volverá nunca al Perú; su labor gloriosa en esas tierras ha finalizado y queda entregada a la veleidad de los hombres. Ya nadie le insultará villanamente y a hurtadillas, ni nadie volverá a sentirse ofendido con su presencia. Está próxima la madrugada y anuncia a todos su viaje. Las damas presentes, que tan intensamente le amaron, rodéanle, vehementes, para exigirle que no parta. Sale paso a paso, cabizbajo, con una profundísima mirada triste, y monta en el brioso bruto que lo ha de conducir al puerto. Sus palabras de despedida son las de un caballero galante: "Cuando la beldad habla, ¡qué pecho puede resistir! Yo he sido el soldado de la beldad, porque he combatido por la libertad, que es bella hechicera y lleva la dicha al seno de la hermosura donde se abrigan las flores de la vida. Pero, mi patria..., ¡ah!, señoras...". No puede continuar. Da vigorosamente un espolazo y se pierde en las sombras con sus acompañantes, mientras las mujeres agitan románticos pañuelos blancos. La única que no se mueve y que parece estatua es Manuela, para quien comienza una tremenda soledad. No regresará nunca a la quinta.

Ya en alta mar, bajo la égida de las velas que impulsan al barco, el Libertador entrega todos sus pensamientos a sólo dos puntos capitales: la Constitución que redactara para Bolivia y la insurrección de Venezuela. Lo segundo tratará de resolverlo personalmente en una entrevista cara a cara con Páez. Mas lo primero, ¿cómo sería interpretado?

La proyectada Constitución es la obra de un sabio estadista que trata de unir la experiencia de los pueblos más avanzados con la estabilidad que se busca para un continente que no sabe todavía gobernarse a sí mismo. El poder público se divide en cuatro cuerpos políticos: el ejecutivo, el legislativo, el judicial y el electoral. Esta última concepción demuestra la importancia que da el Libertador al ejercicio del voto, fundamento de la democracia; trata de aislarlo de la influencia de los otros poderes con evidente sentido original. Para la presidencia de la República estatuye un gobernante de carácter vitalicio, con derecho para elegir el sucesor. ¿Quiso Bolívar crear una especie de tránsito de la monarquía, a que se habían acostumbrado los americanos por espacio de tres siglos, o buscó la eliminación de las personalísimas ambiciones de poder y la

destrucción del caudillismo? El Congreso consta de tres Cámaras: la del Senado, la de los Tribunos –para lo económico y lo militar– y la de los Censores –para la fiscalización de la moral, las leyes y la instrucción–. No todos tendrán derecho a elegir: actuará sólo una décima parte de la población, escogida por los demás, y necesariamente desanalfabetizada. El Presidente de la República tendrá pocos poderes. La administración pertenece toda a los Ministerios, correspondiéndole al Vicepresidente, designado por el Presidente, la máxima responsabilidad. El poder judicial actuará con entera independencia de los otros, lo mismo que el electoral. Hay un punto muy importante en el texto: la Constitución había de ser reformada obligatoriamente por períodos, de modo de ir adaptándola al desarrollo de las generaciones. Contiene, con bastante distancia ya de los postulados generales de la Revolución francesa, estos cuatro puntos básicos: la libertad civil, la seguridad personal, la defensa de la propiedad y la igualdad. En cuanto a lo religioso, el Estado no deberá prescribir profesión religiosa alguna, puesto que "la religión gobierna al hombre en la casa, en el gabinete, dentro de sí mismo, y toda ley sobre ella la anula". ¿Qué dirá Colombia ante esta concepción?

Al llegar a Guayaquil, exclama en documento elocuente:

> Colombianos: el grito de vuestra discordia penetró mis oídos en la capital del Perú y he venido a traeros una rama de oliva. Aceptadla como el arca de la salud. Os ofrezco de nuevo mis servicios, servicios de un hermano. Yo no he querido saber quién ha faltado. En vuestra contienda no hay más que un culpable; yo lo soy. Que cese el escándalo de vuestros ultrajes y el delito de vuestra desunión. No haya más Venezuela, no haya más Cundinamarca, soy colombiano, y todos lo seremos, o la muerte cubrirá los desiertos que deje la anarquía.

Una sorpresa desconcertante recibe en Guayaquil. Le hablan de una monarquía y hasta de la posibilidad de que el Libertador se proclame rey. Su respuesta a estas iniciativas es enfática, y se la dirige a Santander:

> Usted me habla con alguna seriedad sobre monarquía; yo no he cambiado jamás. Libertador o muerto es mi divisa antigua. Libertador es más que todo, y, por lo mismo, yo no me degradaré hasta un trono. Si quieren que me vaya de Colombia, que me hablen más de trono.

Recibe una carta vehemente de Manuela, a la que contesta en seguida:

> Todo es amor en ti. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños. Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tú sola me tienes en este estado. Tú me pides que te diga que no quiero a nadie. ¡Oh, no! A nadie amo, a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa. Créeme; te amo y te amaré sola y no más. ¡No te mates! Vive para mí y vive para ti. Vive para que consueles a los infelices y a tu amante, que suspira por verte. Estoy tan cansado del viaje y de todas las quejas de tu tierra, que no tengo tiempo para escribirte con letras chiquiticas y cartas grandotas como tú quieres. Pero en recompensa, si no rezo, estoy todo el día y la noche entera haciendo meditaciones eternas sobre tus gracias y sobre lo que te amo, sobre mi vuelta y lo que harás y lo que haré cuando nos veamos otra vez.

Ni Bolívar ni Manuela saben cuándo habrán de encontrarse de nuevo. La suerte juega con ellos, como con todos.

Guayaquil, y luego Quito, aceptan sin resistencia la Constitución boliviana.

El viaje anticipado del general O'Leary para hacer propaganda de la nueva carta ha dado, pues, mejores resultados. Pero todas esas zonas piden antes la dictadura del Libertador, a fin de hacer posible aquella realización. Además, hállanse desesperados por la crisis económica:

> El sur de Colombia me ha recibido con ostentación y con júbilo, pero sus arengas son llanto; sus palabras, suspiros; todos se quejan de todo. Me aseguran estos habitantes que la contribución directa los arruina. Mientras tanto, la tropa y los empleados están miserables y a la desesperación. No se han levantado todos estos pueblos y soldados al considerar que sus males no vienen de la guerra, sino de las leyes absurdas. El mal necesario consuela, como el gratuito irrita.

Casi a renglón seguido, el Libertador muéstrase por vez primera dispuesto a aceptar la dictadura. En el Perú ha saboreado de ella.

> Una dictadura quiere el Sur, y a decir verdad, puede servir algo por un año, pero esta dictadura no será más que una moratoria para la bancarrota que en último resultado ha de tener lugar. El Sur no gusta del Norte; las costas no gustan de la sierra. Venezuela no gusta de Cundinamarca; Cundinamarca sufre de los desórdenes de Venezuela. El ejército está descontento y hasta indignado por los reglamentos que se le dan. La hermosa libertad de imprenta con su escándalo ha roto todos los velos, irritado todas las opiniones. La pardocracia triunfa en medio de este concepto general.

Entre líneas hay que leer el aviso claro de que llega a Colombia dispuesto a actuar con mano enérgica; de que reprueba los actos administrativos en vigencia, y de que operará de acuerdo con los anhelos populares. Respecto de los sucesos de Venezuela, considera indispensable que se sepa por anticipado su opinión:

> El divorcio lo indicó el Congreso y Páez lo consumó. La cosa de Páez no es más que el primer tropezón que ha sufrido una máquina torpemente construida, que se había mantenido firme porque no se había puesto en movimiento.

Patéticamente exclama al final: “A este cúmulo de hogueras no hay más que echarle un Chimborazo de nieve”.

En Popayán, rumbo a Bogotá, toma una determinación de gran trascendencia; determinación que significa una primera gran derrota. En memorable carta dirigida al general Santa Cruz, presidente del Consejo de Gobierno del Perú, autoriza a que ese país deje de entrar en la confederación bolivariana. "En lugar de planes americanos, adopten ustedes designios puramente peruanos, digo más, designios exclusivos al bien del Perú". Debió de sentir el Libertador al escribir esta carta algo así como la amputación de una mano. Empieza a desgranarse el collar de las preciosas perlas de su obra. Advierte que O'Leary, enviado a Venezuela para entenderse con Páez, ha actuado ambigua y erróneamente. Mientras más se acerca a Bogotá, háblale a Santander con mayor, con categórica claridad:

> Yo no quiero presidir los funerales de Colombia. El año de veintisiete será peor mil veces que los de catorce y quince. El despotismo lleva consigo su remedio y la anarquía envenena para siglos la sangre del cuerpo social. Mientras que el pueblo quiere asirse de mí, como por instinto ustedes procuran enajenarlo de mi persona. Está bien, ustedes salvarán la patria como la Constitución y las leyes, que han reducido a Colombia a la imagen del palacio de Satanás que arde por todos sus ángulos. Que el día de mi entrada en Bogotá sepamos quién se encarga del destino de la República, si usted o yo.

El vicepresidente, dos secretarios del gabinete y muchas personas salen al encuentro del Libertador hasta una distancia de noventa kilómetros de la capital. Hay frialdad en las salutaciones. Los graves incidentes con Venezuela son casi el único tema de conversación. Al otro día continúa la marcha, siempre a caballo, en jornadas fatigantes, en las cuales el Presidente sigue demostrando lo recio de su organismo. Pregunta mucho, oye mucho y no olvida nada. En los villorrios del paso arrojan flores las humildes gentes, en cuyas almas no ha muerto todavía el ídolo.

Diez kilómetros antes de Bogotá, en Fontibón, el intendente de departamento, coronel Ortega, inicia solemnemente un discurso

de bienvenida, en el que proclama a Bolívar restaurador del orden "legal y constitucional". El Libertador capta en seguida el fin perverso de esas palabras, interrumpe el discurso y abre la marcha sin ninguna explicación. Parece llegada la hora de hacer valer en plenitud su autoridad. "Santander temió que al recibirlo en el palacio y entregarle el mando repitiese Bolívar la misma respuesta de Fontibón. Resuelto a no tolerar esta ofensa, lo aguardó con la resolución decidida de repeler con firmeza el ultraje si se le hacía, y para estar prevenidos contra todas las eventualidades, un gran número de patriotas asistimos a la ceremonia con nuestras pistolas cargadas. Más tarde he sabido por Santander mismo que estaba resuelto a correr todos los azares, hasta el de desconocer a Bolívar". (Relato de Florentino González). Las palabras de saludo del Libertador fueron muy sencillas, pero categóricas:

> Permitidme, señores que al ver dividida la familia colombiana me titule padre y que os convide a que olvidéis agravios y os reunáis cordialmente a elevar nuestra querida patria al grado más alto de felicidad.

Sus votos son, pues, desde ahora por la unión; votos que ya no cambiarán.

Durante diez días ocúpase en dictar muy importantes decretos, sobre todo de carácter económico. Reúne en un solo grupo las provincias denominadas del Sur –las que constituyen hoy la República del Ecuador– y toma para sí vigorosamente las facultades extraordinarias, a fin de imponer el orden y someter a todos a rígida disciplina. Le hieren en el oído, con un retintín persistente, unas palabras dichas por Santander: "Dije, cuando me encargasteis del Gobierno, que sería esclavo de la ley y lo he sido". Recuerda que es él mismo, Bolívar, quien le bautizó hace más de un año al vicepresidente con el nombre de "Hombre de las leyes", a tiempo que Sucre era llamado "Hombre de la guerra", y el propio Libertador se apodaba a sí mismo, muy amargamente, "Hombre de las dificultades". Se aloja en ambiente digno de su carácter de Jefe de Estado, en una preciosa quinta regalada hace tiempo por el Gobierno colombiano a su persona, y situada en uno de los costados de la ciudad. Allí recibe al cuerpo diplomático, las autoridades, sus

numerosísimos amigos y familias de la capital. El encargado de negocios de Inglaterra entrégale una carta autógrafa del ministro británico Canning. El representante de los Estados Unidos expresa elocuentemente: “La batalla de Lexington en el Norte comenzó la revolución: la jornada de Ayacucho en el Sur la ha terminado”.

Al salir de Bogotá, rumbo a Caracas, a escasos diez días de haber llegado, ya le ha enviado al general Páez su pensamiento:

> Estoy resuelto a todo por Venezuela y por usted: ella es mi madre; a ella debo consagrar todos los sacrificios. Mi única misión es salvar lo que lleva el nombre venezolano; he proclamado una absoluta amnistía para todos. He dicho altamente que usted ha tenido derecho para resistir a la injusticia con la justicia y al abuso de la fuerza con la desobediencia. Estoy rodeado de calumnias y de enemigos porque no vengo a servir de vil instrumento de venganza. Demasiado he servido a la América; ya es tiempo de dedicar a Caracas todo mi conato, toda mi solicitud.

Anuncia así en forma muy clara que busca en Venezuela y sus hombres amplio respaldo, a tiempo que muchas gentes de la Nueva Granada se le han convertido en enemigas. Páez se desconcertaba con las finuras de la política. Todo lo sacrificará en adelante el Libertador al único ideal que le obsesiona: impedir una guerra civil. No se detendrá en nada. Al entrar a Venezuela se encuentra con que sus compatriotas se han dividido en dos bandos y que luchan entre sí. Páez combate en la zona de Puerto Cabello; Bermúdez, en la región de Cumaná. Se exalta y habla:

> Ya se ha manchado la gloria de vuestros bravos con el crimen del fratricidio. ¿Era ésta la corona debida a vuestra obra de virtud y valor? No. Alzad, pues, vuestras armas parricidas; no matéis a la patria. Ofrezco solemnemente llamar al pueblo para que delibere con calma sobre su bienestar y su propia soberanía. Muy pronto, este año mismo, seréis consultados para que digáis cuándo, dónde y en qué términos queréis celebrar la gran convención nacional. Allí el pueblo ejercerá

> libremente su omnipotencia, allí decretará sus leyes fundamentales.

Al mismo tiempo advierte al vicepresidente de que la guerra entre venezolanos, que se disputan el Poder, puede ser larga y sangrienta y que se hace necesario contar con tropas disponibles. Sin embargo, su proclama y su presencia producen un efecto mágico. Al comenzar el nuevo año de 1827 llega el Libertador a la ciudad de Valencia, donde las gentes le reciben con delirio. Se abraza espectacular y sinceramente con el general Páez, y en ese abrazo queda ahogada la guerra civil. Hasta ese punto supremo llegaba la autoridad del grande hombre. Ya los de la revuelta venezolana no piensan sino en que Bolívar olvide definitivamente todo lo sucedido. Una vez más hace honor a su propio calificativo de "Hombre de las dificultades". Pero le asalta esta tremenda preocupación: si para salvar las situaciones difíciles en las tierras que ha libertado se hace necesaria su presencia, ¿qué sucederá cuando él desaparezca? He aquí su inmenso dolor. En lo sucesivo ya será muy difícil ver en su rostro la sonrisa. Por el momento decide imponer con fuerza su pensamiento y su autoridad.

Si en Venezuela se inicia el año con el retorno de la paz, en la Nueva Granada aumenta la resistencia contra el primer Magistrado y en el Perú la desconfianza ante los colombianos se trueca en odio y traición. Crece la estatura moral de Bolívar; disminuye la consistencia moral de los pueblos.

La división colombiana que ha quedado en Lima se subleva, capitaneada por el coronel José Bustamante, y se niega a obedecer la constitución en vigencia, que es la dictada por Bolívar. Son dos mil cuatrocientos hombres que desconocen la autoridad del Presidente de Colombia, jefe nato del ejército. Los comandantes de la división son apresados y expulsados del Perú. En Lima no queda, pues, otro espíritu leal a Bolívar que el de Manuela Sáenz, cuya madre acaba de morir. Intenta, en su calidad de mujer irreductible y leal, operar en contra de Bustamante. "Disfrazada de hombre y pistola en mano, penetró a caballo en uno de los cuarteles insurrectos con el fin de reaccionarlo en favor de Bolívar". Fracasa, la toman prisionera y le conceden veinticuatro horas para abandonar el

territorio peruano. La acusación es concreta: "El cónsul Armero y Manuela Sáenz no han cesado de seducir, prometer y aun gastar, la segunda, cantidades muy crecidas. Con noticias exactas que tuve de cuánto se imaginaba por Armero y por esa mujer, cuya escandalosa correspondencia tanto ha insultado el honor y moral pública, le hice llamar a las cuatro de la tarde y le dije: 'Usted se embarca dentro de veinticuatro horas'".

La división rebelde abandona el Perú por tierra y por mar. ¿Qué se propone? ¿Tiene conexiones con alguien en Colombia para ampliar la insurrección? Las tropas leales a la República apresan a Bustamante a su arribo del mar y disuelven los cuerpos de ejército sublevados. Así termina melancólicamente este episodio, que viene a significar la verdadera despedida de los colombianos del Perú. Más tarde los peruanos se lanzarán en guerra contra Colombia. "Santander celebró el delito de Bustamante cual pudiera una victoria. Algunos jefes y oficiales sacaron música por las calles. El general Santander se unió en la calle y acompañó a la manifestación un gran rato, mostrando en sus arengas el intenso placer que le dominaba". (Relato del general Posada Gutiérrez).

Manuela sale del Perú en un barco, acompañada del general José María Córdoba, varios oficiales y sus negras Jonatás y Nathán. Su marido se queda para siempre en el Perú; ella ha roto con él definitivamente. En el camino, Córdoba y Manuela se pelean; probablemente jamás simpatizaron de verdad.

Nunca nadie fue recibido con tan apoteósico delirio de las multitudes en parte alguna de América en mucho tiempo como lo fue el Libertador en su ciudad natal, a donde entró triunfalmente aquella mañana del 12 de enero. El repicar de las campanas y el disparar de los cañones mezclábanse en el espacio alborozadamente con los vítores de la multitud. Junto a él, en el coche, va el general Páez, y detrás, oficiales y tropas a caballo. De los balcones cuelgan guirnaldas y sobre la cabeza del más grande hijo de la ciudad llueven pétalos de flores en una profusión magnífica. Vestido de general, lleva el sombrero en la mano y saluda gallardamente a las preciosas mujeres que le aplauden con delirio. Muchas lloran. En algunas calles quedan todavía las ruinas del terremoto del año 12 como testigos de lo mucho que ha sufrido ese país para conquistar su libertad. Al

bajarse del coche en la plaza principal, abraza a sus hermanas, a sus parientes, a todos los que puede, hasta donde dan sus brazos, y cuando divisa entre la multitud a la negra Matea, la estrecha contra sí con ternura. La negra se desata en llanto y alza la frente con un inmenso orgullo. Las campanas no cesan de repicar; las autoridades eclesiásticas rinden homenaje al héroe y las gentes gritan, aclaman. Es un día de júbilo brillante. Quienes más intensamente vibran con el suceso, a la distancia, son los jefes que se han mantenido leales al grande hombre y que han luchado para impedir el éxito de la rebelión de Páez: Urdaneta, Bermúdez, Arismendi. También ceden y se alegran los que le incitaron a Páez a la revuelta. Mariño en especial. Y Páez ve colmados sus máximos anhelos cuando el Libertador declara que reconoce y confirma para él el mando civil y militar en Venezuela. Obra el Presidente dentro de las facultades extraordinarias de que está investido, pero menoscaba el prestigio del Congreso colombiano y debilita el imperio de la ley. Esta vez el sacrificio en aras de la paz ha sido muy costoso. La Nueva Granada, y sobre todo Bogotá, en buena parte de sus moradores, se disponen a la revancha; acentúan su odiosidad lugareña contra los venezolanos y culpan a Bolívar de haberle dado preeminencia a su tierra sobre el resto de las tierras colombianas.

¿Se vieron Bolívar y Mariño en Caracas? No es seguro. Ya para entonces Mariño parecía irrevocable en su resentimiento contra el Libertador.

Era Santiago Mariño una armoniosa mezcla de sangres española e irlandesa. Nacido en la isla de Margarita, muy cerca de la costa norte venezolana, fue educado por ingleses en la vecina isla de Trinidad, gracias a los amplios medios económicos de que disponía su padre comerciante.

Cuando el general Miranda capituló ante los españoles en 1812, reunióse con cuarenta y cinco amigos, fugitivos como él, en el islote de Chacachacare y juntos firmaron el Acta célebre de enero de 1813 en que todos juraron, por Dios, su honor y sus espadas, "expedicionar sobre Venezuela, con el objeto de salvar esa patria de la dependencia española y restituirle la dignidad de nación".

Apuesto, gallardísimo, galante y fino, consideró desde el primer día que su categoría militar era igual a la de Bolívar. Quizá

nunca, en el fuero de su conciencia, dejó de pensar así. Casi cinco años, al par que combatía heroicamente por la libertad, le disputó al Libertador la supremacía; hasta que éste se volvió gigante.

Quizá por aquella obsesión orgullosa, generadora de deslealtades, Mariño no alcanzó la altura que hubiérale correspondido en derecho. Porque valioso fue en todo sentido, y extraordinario en el ejercicio militar. Valía más, sin duda, mirado el hombre en conjunto, que otros generales venezolanos y por lo mismo sus yerros, graves casi todos, adquirieron relieve trascendente.

Mariño careció, además, de suerte. Liquidada Colombia y fraccionada en tres Estados, no logró este eminente general el poder a que tenía derecho en su país, y murió a los sesenta y seis años con el dolor de haber fracasado en varias de sus encumbradas ilusiones.

Allá lejos, en Bolivia, tampoco hay paz ni entendimiento. Se resiente ya de verse gobernada por quien no es boliviano. En esto actúa mucho y subterráneamente la intriga peruana, que sueña ya con recuperar las provincias perdidas a causa de la creación de aquella República.

Los seis meses que permanece el presidente en Caracas significan el desarrollo de dos actividades fundamentales: Crear orden y luchar contra sus enemigos. Una noche se le agasaja con fastuosísimo banquete. En medio de él, a la hora del brindis, el presidente se desprende de su espada con empuñadura de oro y piedras preciosas y se la entrega, con cinturón y todo, a Páez. El llanero recibe el sorpresivo regalo y se le llenan los ojos de lágrimas. Luego exclama: "En mis manos, esta espada nunca será otra cosa que la espada de Bolívar. Su voluntad la dirigirá, mi brazo la sostendrá. Pereceré mil veces, derramaré toda mi sangre antes que dejarla caer de mis manos o antes de intentar con ella derramar la sangre que ha libertado. En mi mano está la espada de Bolívar. Por él iré con ella hasta la eternidad". ¡Para Páez la eternidad duró menos de tres años!

Entre las preocupaciones del Estado, que en muchas, se intercalan los problemas de su hogar y de sus bienes, tan quebrantados por la guerra. Se fastidia con el espíritu irreductiblemente monarquista de su hermana María Antonia. De los Estados Unidos llegan informes de la manera como progresa en

los estudios su sobrino Fernando, a quien quiere como a hijo. Más tarde le llevará a su lado. Fernando es hijo ilegítimo de Juan Vicente Bolívar, hermano del Libertador y muerto trágicamente al comienzo de la guerra de independencia, en un naufragio. Se halaga por estas noticias de Fernando, quien tiene una hermana en Caracas, de nombre Felisa. Bolívar determina no dejarla sin resolver su situación personal, y ordena, dentro de las costumbres de la época, que se case con el general Laurencio Silva, valeroso soldado de la libertad, muy caballeroso, pero mulato. Felisa se sometió a la orden del tío; se casó, mas no le perdonó nunca; tampoco perdonó el color a su marido, a quien no pudo amar jamás.

> Sí, mi tío Simón, en todo esto, en que doy a usted la más grande prueba de mi amor, nunca arrancaré de mi corazón el justo resentimiento contra usted. Espero que nunca más me dará causa para revivir ese resentimiento.

Los Bolívar, criollos aristócratas, fueron siempre orgullosos. Como todos los "mantuanos" de entonces.

En Bogotá va a reunirse el Congreso de ese año. El periódico *El Conductor* prepara el ambiente con ánimo hostil al Libertador. Éste envía al Congreso la renuncia de su cargo de presidente de la República:

> Yo gimo entre las agonías de mis conciudadanos y los fallos que me esperan en la posteridad. Yo mismo no me siento inocente de ambición, y por lo mismo me quiero arrancar de las garras de esta furia para librar a mis ciudadanos de inquietudes y para asegurar después de mi muerte una memoria que merezca de la libertad. Con tales sentimientos renuncio una, mil y millones de veces la presidencia de la República. El Congreso y el pueblo deben ver esta renuncia como irrevocable.

La dimisión del Presidente es rechazada por cincuenta votos contra –hecho muy significativo– veinticuatro. También renuncia Santander y tampoco aceptan su dimisión, pero –también hecho

significativo– por un favor de sólo cuatro votos. Ambos han perdido terreno en el Congreso; el vicepresidente, mucho más.

Este Congreso ordena la reunión en el año siguiente de una Convención en la ciudad de Ocaña (neogranadina), con el objeto de reformar la Carta vigente. El "objeto" se volverá pugna política.

Hay un momento en que el demonio de la guerra –de la guerra santa– vuelve a agitar la mente del Libertador. Sueña con independizar a Puerto Rico y a Cuba, últimos reductos de los españoles de América. De vivir lo suficiente, lo habría realizado.

> La noticia que acabo de recibir de la guerra entre la Inglaterra y España me ha determinado a llevar a efecto la resolución de expedicionar sobre Puerto Rico, y ya comienzo a tomar mis medidas para llevar a cabo esta empresa útil al país y gloriosa para nuestras armas. Aun cuando no podamos tomar a Cuba, una expedición a Puerto Rico puede y debe hacerse fácilmente [...] Parece llegado el momento de que hagamos la deseada expedición a La Habana y Puerto Rico, pues que en ninguna ocasión se presenta más favorable. La Inglaterra nos dará buques y dinero. Así debe usted, general Santa Cruz, tener las tropas en el mejor pie de marcha para cuando yo las pida [...] Estos son, mariscal Sucre, los momentos que debemos aprovechar para enviar una expedición a Puerto Rico que ya estoy preparando. Constará de cinco a seis mil hombres, todos veteranos, y mandados por el general Páez. Padilla mandará la Marina.

La ilusión de esta nueva empresa gloriosa se extingue pronto, como está derrumbándose poco a poco todo lo que ha soñado el Libertador:

> Ayer ha llegado a La Guaira un buque de Liverpool. Por los informes que me ha dado el doctor Foley que ha venido en él, y por los papeles públicos, se ha alejado infinito la esperanza que teníamos de un rompimiento entre la Inglaterra y España. Parece que todo se ha reducido a amenazas de la primera. No

> creo, pues que tenga lugar la guerra y, por lo mismo, tampoco tendrá lugar la expedición a Puerto Rico. Suspenda usted todos los preparativos hasta otra orden.

Páez presenta quejas mortificantes. La respuesta toma firmeza, puesto que hay que someter también al jefe de los llaneros:

> Yo he traído a usted en triunfo desde Valencia hasta La Guaira, he hablado de usted en público y en privado con más alabanzas que nunca; he nombrado a usted jefe superior de Venezuela y casi todos los amigos de usted han sido favorecidos de un modo u otro. Usted mismo me ha pedido un cambio de propiedad que debía necesitar el Estado en Puerto Cabello, y lo he concedido porque es para usted. Luego usted no tiene razón de llamar desgracia personal la de sus amigos, y tampoco la de usted. Si yo, como usted mismo me ha dicho no he de poder obrar con libertad en lo que es de justicia y necesidad, será imposible que pueda gobernar este país.

Circula profusamente en Caracas el "Canto a Junín", del gran poeta guayaquileño José Joaquín Olmedo. Y se conocen también las dos cartas de Bolívar a Olmedo en que hace el elogio y la crítica literaria del poema. Todos se sorprenden, menos los que le conocen a fondo al Libertador, cuya cultura admiran, y los que saben de su magnífico talento poético natural, de que la crítica literaria suya alcance a tan hondo. En una primera carta, el elogio a Olmedo es puro:

> El poema es de un Apolo. Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho todos los rayos del padre de Manco Capac no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal.

En la segunda carta, quince días más tarde, viene la crítica:

> Usted ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre

> con su sombra a los demás personajes. El Inca Huaina-Capac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe, en fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente a la religión que le destruyó; y menos parece propio aún que no quiera el restablecimiento de su trono por dar preferencia a extranjeros intrusos, que, aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa a usted nadie. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la naturaleza.

Quien hace buena literatura suele hacer de excelente enamorado. En Caracas –Manuela Sáenz no ha llegado todavía a Bogotá– se prenda Bolívar de los encantos de una señorita Fernández, "la más buena moza del mundo". Llega a quererla intensamente, pero no es correspondido, y la encantadora mujer prefiere casarse con el general Justo Briceño. Se repite así en Caracas lo de Bogotá con Bernardina Ibáñez.

Uno de los mayores amigos del Libertador en este tiempo es el arzobispo, monseñor Méndez: "Es un varón valiente; con nosotros hizo la guerra en Los Llanos, y la patria le debe grandes servicios; tiene, como el arzobispo de Bogotá, el señor Caicedo, convicciones y erudición teológica, pero hasta allí llega su ciencia". En cambio, muestra muy poco aprecio por los obispos de Mérida y Popayán: "Ambos son hipócritas y sin fe".

Sus negocios particulares continúan disgustándole. Preferiría no entenderse en ellos; están fuera de su ideal: "Mi querida Antonia: todos los días se me presentan acreedores que me vienen a cobrar cantidades, o que se han dejado de pagar o que yo ignoro. Sin saber nada, pues, las mando pagar tan sólo porque no me enfaden y padezca mi crédito". Hace ya muchos años que prácticamente se desprendió de lo suyo; lo que pudo disponer, lo empleó en la libertad.

La primera saeta contra el vicepresidente Santander, lanzada desde Caracas, consta en esta frase escrita por aquellos días al general Urdaneta: "Santander es un pérfido, y yo no puedo seguir más con él; no tengo confianza ni en su moral ni en su corazón". En seguida

de este primer dardo vienen disposiciones militares: Que el batallón *Junín* se quede en tal lugar; que se persiga a los desertores; que los autores de una rebelión de Valencia sean fusilados; que tal otro batallón sea relevado; que el dinero va por tal y cual conducto, etc. Casi inmediatamente arroja el segundo venablo hacia Bogotá:

> Ya no pudiendo soportar más la pérfida ingratitud de Santander, le he escrito hoy que no me escriba más, porque no quiero responderle ni darle el título de amigo. Sepa usted, general Soublette, esto para que lo diga a quien corresponda. Los impresos de Bogotá tiran contra mí, mientras yo mando acallar los que tiran contra Santander. ¡¡¡Ingrato mil veces!!!

El levantamiento de Valencia no ha sido el único a pesar de estar presente en Venezuela el Libertador. Las ambiciones y pasiones se desatan y tratan de desbordarse. Casi todo el mes de marzo de ese año Bolívar se ocupa en movilizar tropas en diferentes direcciones, sobre todo a la región oriental del país, donde hay serios síntomas de descontento:

> En Cumaná y Barcelona continúan las insurrecciones. Tres o cuatro cantones de aquellas provincias se han puesto en armas contra sus jefes. La medida que recomiendo a usted, general Páez, es la de obrar con mucha resolución, pues de otro modo no podemos salvarnos.

El vicepresidente Santander reacciona contra las saetas del Libertador y trata de mantenerse en sitial preponderante: "Santander me escribe una larga carta de dos pliegos excusándose de sus perfidias y dándome seguridades de su amistad". Bolívar no se hace ilusiones; cree que en Bogotá –en realidad Bogotá viene a ser en ese tiempo, desde el punto de vista político, la Nueva Granada– se han quitado la máscara. Consideran allá que Bolívar y Páez se han unido en contra de las aspiraciones políticas de Colombia en general. La tempestad arrecia, y el drama se encuentra muy próximo a entrar en el último acto.

El Libertador está para despedirse de Caracas. Sus últimas disposiciones familiares asignan a su hermana Juana una pensión vitalicia de ciento cincuenta pesos mensuales, tomados de sus ingresos personales, o sea, del sueldo de que goza como Presidente de la República. Luego se despide sus compatriotas en palabras de gran sinceridad:

> No penséis que me aparto de vosotros con miras ambiciosas. Yo no voy a otros departamentos de la República por aumentar la extensión de mi mando, sino para impedir que la guerra civil que los destruye se extienda hasta vosotros. Una vida privada entre vosotros será mi delicia, mi gloria y la venganza que espero tomar de mis enemigos.

Entrega el mando de Venezuela al general Páez y parte rumbo a Cartagena. Desde hace tiempo –y él no lo ha advertido– viene despidiéndose de las ciudades poco a poco, camino del desenlace. Ni Chuquisaca, ni La Paz, ni Lima, ni Caracas volverán a ver ese rostro imperioso, vehemente, y ya tan envejecido prematuramente. La gloria de haber vivido varias vidas en una es excepción que irrita al destino.

En Cartagena se queda algo más de un mes para descansar, informarse pormenorizadamente de la crisis neogranadina y hasta para decidirse sobre si irá o no a la capital. Siente repugnancia en ello. Sabe que en el Sur discurren excesivas ambiciones y que en el Perú los ineptos se han apoderado del mando. Halla que los cartageneros le aman con determinación, puesto que lo conocen a fondo. Nada han conseguido allá los intrigantes santafereños. Pero advierte que el partido de Santander íntegro se encuentra francamente en la oposición:

> Ya no queda duda acerca de lo que tanto hemos dudado con respecto a Santander. Y está visto que Venezuela y yo somos su blanco; mis amigos son tenidos por enemigos de la patria y de la libertad; se me presenta como un tirano y ambicioso porque

> procuro los intereses del pueblo; se me insulta y aborrece porque he evitado la guerra civil en Venezuela.

Pero Bolívar no se derrota nunca:

> No olvide usted, general Urdaneta, que mientras más dificultades y peligros se nos presenten, más energía debemos desplegar.

Sale al fin, rumbo a Bogotá. El ánimo con que viaja es este:

> Yo lo digo altamente: la República se pierde, o se me confiere una inmensa autoridad. Yo no confío en los traidores de Bogotá ni en los del Sur.

Pero hay algo más serio en esa actitud. Como el Congreso le ha quitado las facultades extraordinarias, de las cuales se dijo que había abusado, el Libertador no muestra ánimo de someterse, y se siente irrevocablemente impelido desde ese momento a una dictadura fatal.

La llegada a Bogotá es más elocuente que todo lo previsto. "Desmontándose en la puerta de la iglesia de Santo Domingo en donde el Congreso estaba reunido, prestó inmediatamente el juramento de posesión de la Presidencia de Colombia. Ninguna manifestación, ningún aplauso precedió ni siguió a aquel acto; era la primera vez que su presencia no fuese saludada con vivas y aclamaciones en la capital". La tristeza, aunque no el vencimiento se apoderan del ánimo del grande hombre, que no encuentra con quién consolarse íntimamente. Manuela, todavía en Quito, es el único ser que le comprende. De ahí que se desahogue con ella:

> El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo, aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego.

Y llega Manuela, acompañada del coronel Demarquet y de sus dos fieles negras. Se instala en una casa particular, a poca distancia del palacio presidencial. Es el arribo inicial de Manuela a

esta ciudad que por entonces no alcanzaba sino a los treinta y cinco mil habitantes.

Desde el principio le ponen a Manuela el apodo de "la forastera"; a Bolívar le llaman "longaniza" y a Santander "trabuco". Eso es característico de las ciudades andinas en el trópico americano: inventar apodos.

Manuela se impone en ese medio social estrecho a fuerza de personalidad, lo cual le traerá graves resistencias que le harán daño al propio Libertador.

El Congreso aprobó todo lo realizado por Bolívar en Venezuela, sin excluir ni siquiera el nombramiento de Páez. Las gentes comenzaban a someterse, pero de mala gana. Quien se somete de mala gana sintiéndose fuerte, conspira. El director del periódico *El Conductor* huye de la capital. El problema político del momento se condensa –cuestión en extremo delicada y compleja– en la escogencia de los delegados a la próxima convención de Ocaña. En ella quedará sólo uno de los dos en pie; el coloso, o el vicepresidente. El dilema es irrevocable.

III

> Parece que la Providencia condena a la perdición a mis enemigos personales, sean americanos o españoles.
>
> BOLÍVAR.

A un hombre extraordinario no se le combate desde un solo punto; el radio de ataque debe ser muy extenso. Los peruanos, con el general La Mar de presidente, son los primeros en declarar para su país sin ningún valor la constitución de Bolívar. Dan así doble golpe: destituyen al Libertador, a quien habían concedido el título de presidente vitalicio, y aniquilan una de sus obras más queridas. Van más lejos: envían tropas a la frontera de Bolivia y a la de Colombia, con el objeto de azuzar a los enemigos del caraqueño, e impulsarlos a la revuelta. Hay bolivianos que llegan en su audacia a tratar de sublevar dos batallones; fracasan; los leales a Bolívar

dominan rápidamente el motín. Más tarde el Perú acosará a Bolivia, en el intento de anexarse esos territorios. No lo conseguirán. Como secuela de todo esto, se busca la manera de expulsar de Bolivia los últimos contingentes colombianos acantonados allí, e incluso en la propia Guayaquil se producen motines de significación. En Bogotá las publicaciones hostiles al Libertador destacan a grandes caracteres todas aquellas expresiones externas de desobediencia y rencor.

Tampoco mantenían paz los venezolanos. Estallan varios pronunciamientos que alarman al presidente. Éste, con energía, decreta el estado de emergencia en las zonas afectadas y anuncia que, en caso necesario, viajará personalmente y en ejercicio del poder, a restablecer el orden.

Los españoles, a pesar de saberse vencidos, no cesan de acosar: "He dispuesto que el batallón *Carabobo* marche a Maracaibo a reforzar aquella guarnición no sea cosa que a Morales se le antoje desembarcar allí, como se anuncia, y su venida a Colombia de un modo muy positivo". Morales no se atrevió a poner en práctica su proyecto.

Se expiden decretos radicales. Uno de ellos, el más significativo: el presidente ejercerá el poder aunque se ausente de la capital, y los ministros podrán reunirse para despachar los negocios de Estado, aun ausente el primer magistrado. La constitución autoriza estas modificaciones. En consecuencia el cargo de vicepresidente de la república queda sin funciones. Bolívar opera así contra Santander en una actitud defensiva de retaliación. Otro decreto fija los castigos a conspiradores y traidores; castigos que incluyen la pena de muerte y la confiscación de bienes. El tercer decreto reforma los planes de estudios para la enseñanza en la república. Santander había laborado con extraordinaria eficacia en pro de la educación en Colombia, había hecho numerosas fundaciones de colegios. Lo que ahora buscaba el presidente era perfeccionar los sistemas, de acuerdo con normas preconizadas por el filósofo y jurista Bentham, cuyas obras conocía Bolívar profundamente.

Un día el Libertador visitó el salto de Tequendama. Es una gran cascada, próxima a Bogotá en la que el río se precipita desde gran altura. Abajo, donde caen las aguas, surge una que otra punta

brillante de roca, en medio de la espuma blanquisca. "Entusiasmado con tan magnífica escena, no pudo contenerse Bolívar y saltó, con botas herradas de campaña y espuelas a una piedra de dos metros cuadrados que forma como un diente en la horrorosa boca del abismo. Un paso en falso un resbalón, hubieran bastado para confundirle con las vertiginosas ondas".

De regreso del salto, el Libertador y sus numerosos amigos llegaron a una hacienda del español Fernando Rodríguez, que les ofreció toda suerte de atenciones. Alguien hace un brindis en contra de los realistas. Todos ríen y festejan la ocurrencia, excepto el dueño de la casa. Bolívar advierte el detalle y dice:

–Señor Rodríguez, ¿por qué no nos acompaña usted?

–Porque siendo español, no creo que eso sea razonable.

–Ojalá tuviésemos muchos patriotas como usted, señor don Fernando, responde el Libertador.

La próxima reunión de la Convención continúa inquietando los ánimos. Después de la guerra de independencia lo que realmente ha quedado en pie es, por una parte, la ambición de muchos, y por la otra el propósito del Libertador de salvar su grande obra. Dentro de este panorama se inicia el año crítico de 1828. En Bolívar presiona, sobre todo, un sentimiento de tristeza sorda: "Colombia y América entera son países perdidos para esta generación".

Los temores de una nueva expedición española contra Colombia dirigida por Morales, desaparecen definitivamente, a causa de graves sucesos políticos peninsulares. Al menos esa paz para el Libertador.

Pero la tristeza del presidente se acentúa. Quizá la tuberculosis, que se halla en su organismo en estado de desarrollo, tal vez desde Pativilca, muestra ya sus síntomas. Tiene el pecho muy angosto, y ese cuerpo ha padecido demasiado en catorce años de campañas. Acentúa ahora los matices de los hechos en una forma exagerada.

> De Pamplona a Popayán, de Bogotá a Cartagena, toda la Nueva Granada se ha confederado contra mí y han buscado mis enemigos para que triunfen sobre mi opinión y sobre mi nombre. No hay un amigo mío,

> que yo pueda nombrar tal, elegido para diputado: algunos ciertamente me estiman, mas no son conocidos del pueblo por semejantes sentimientos.
>
> Después de diecisiete años de combates inauditos y de revoluciones, ha venido a parir nuestra madre patria a una hermana más cruel que Megera, más parricida que Júpiter y más sanguinaria que Belona: es la anarquía. La federación será el sepulcro de Colombia.

En realidad los dos partidos han delimitado ya sus posiciones, como en la guerra. Los bolivianos sostienen un régimen centralista; los santanderistas preconizan la federación. Bolívar habla categóricamente al respecto: "Es una evidencia para mí la destrucción de Colombia si no se da al gobierno una fuerza inmensa capaz de luchar contra la anarquía, que levantará mil cabezas sediciosas".

El Libertador despacha en estos días un sinnúmero de cartas para tratar de vender en Venezuela sus minas de cobre de Aroa, sin conseguirlo. No saldrá de dificultades económicas nunca.

Luego de seis meses en la capital, viaja a mediados de marzo hacia Bucaramanga. Es su propósito seguir más tarde a Venezuela "para descansar". En Bucaramanga se detiene, mientras se celebra la Convención de Ocaña. Desde allí la mirará muy de cerca y tomará las determinaciones adecuadas. La noticia de que su sobrino Fernando ha llegado ya a Caracas, finalizados sus estudios en los Estados Unidos, le consuela y escríbele anunciándole que le llamará pronto para que sirva de secretario.

Manuela Sáenz, que se ha instalado en la *Quinta de Bolívar*, le escribe a su amante:

> En correo pasado nada dije a usted sobre Cartagena por no hablar a usted cosas desagradables, ahora lo hago felicitándolo porque la cosa no fue como lo deseaban. Esto más ha hecho Santander, no creyendo lo demás bastante; es para que lo fusilemos.
>
> Dios quiera que mueran todos estos malvados que se llaman Paula, Padilla, Páez, pues de este último siempre

> espero algo. Sería el gran día de Colombia, el día que estos viles muriesen; éstos y otros son los que le están sacrificando con sus maldades para hacerlo víctima un día u otro. Este es el pensamiento más humano: que mueran diez para salvar millones.

¿Qué había sucedido en Cartagena? Que el almirante José Padilla se había puesto a la cabeza de los militares descontentos, en un acto de rebeldía. El general Montilla domina a los sediciosos, y Padilla, apresado, habrá de someterse a juzgamiento. Del general Montilla decía el Libertador: "Después de Sucre, es el más capaz para mandar la república". Esta opinión de Bolívar corresponde al período en que ya se había enemistado con Santander. La verdad es que Santander fue el hombre más capacitado para dirigir la República después de Bolívar, en la misma forma en que Sucre fue el máximo general, por sobre todos, después del Libertador.

La Convención se instala el día 9 de abril de 1828. El presidente observa los sucesos a ciento veinte kilómetros al sur. Sesionan los diputados en la iglesia de San Francisco.

El mensaje del Libertador exhibe sencillez y elocuencia. Presenta ante la asamblea la renuncia de su cargo y expresa sin ambages que considera a Colombia en situación muy crítica. Analiza los detalles de todo lo adverso, con una franqueza vívida; habla de los errores cometidos en todos los órdenes y pide, al trazar brevemente las reformas que considera indispensables, que, sobre todo se dicten "leyes inexorables", de modo que la anarquía no destruya la libertad y que la unidad conserve el orden. Sabe que es inútil la presencia de su palabra; pero tiene que decir su verdad, y la dice con crudeza. Habla para la Historia.

El hombre-eje de la fracción bolivariana es José María del Castillo; el de la otra es el doctor Vicente Azuero, manejado por el general Santander.

Mientras corren los días en inútiles disquisiciones, el Libertador se ocupa con dirigir cartas a uno y otro punto, en una fecunda plenitud de poder administrativo y político. Viste de civil, con casaca, calzones y chaleco blancos, corbata negra y sombrero de paja. Lee mucho, conversa con todos los que puede, opina desembozadamente y da muestras de un ánimo esforzado invencible,

que desafía la juventud y la audacia de sus compañeros. Hace no pocas confidencias y hasta se refiere a problemas íntimos. "Dijo que él no ha tenido posteridad, porque su esposa murió muy temprano, y que no ha vuelto a casarse, pero que no se crea que es estéril o infecundo, porque tiene pruebas de lo contrario". Por desgracia nunca ha podido encontrarse esa prueba.

Su opinión personal sobre el proyecto de reformas presentado por el sector santanderista consta aquí: "El proyecto es obra casi toda del doctor Vicente Azuero; el sistema todo es una federación disfrazada, bajo un fantasma de poder ejecutivo central; la tal constitución es un disparate digno de su autor". ¡Lo condena!

Los partidarios de Bolívar en el cónclave se encuentran en minoría. Hay, por lo mismo, peligro de derrota, puesto que nadie se halla en seguridad de atraerse a los indecisos. En realidad los bolivianos firmes no llegan a la mitad, en un total de más de setenta diputados. La pugna política se vuelve enconada y el señor Castillo urde y trama diferentes planes.

Los episodios de la ciudad de Bucaramanga, en torno a Bolívar, revelan con excepcional relieve la personalidad verdadera del Libertador. Son como si él se desnudase.

> Así, conversando –cuenta Pérou de Lacroix–, llegamos a una casita muy miserable, donde S. E. quiso descansar un rato. La dueña de casa nos ofreció al momento los únicos asientos que tenía; uno al general Soublette y el otro a mí, no haciendo caso del Libertador, a quien no conocía. El general Soublette y yo estábamos vestidos de uniforme, y el Libertador de paisano, con una corta chaqueta blanca, por lo cual no mereció ninguna atención de parte de la mujer. Yo brindé mi asiento a S. E., y me senté en el suelo, pero entonces la mujer me trajo una esterita. Al cabo de un instante, el Libertador preguntó a la dueña de casa si tenía mucha familia, y ésta le presentó dos chiquillos. S. E. les dio a cada uno un escudito de oro y un doblón de cuatro pesos a la madre, que se sorprendió mucho al ver que el peor vestido y aquel a quien ella no había obsequiado fuera tan generoso. Desde luego se imaginó que era el Libertador, y echándose de rodillas a sus pies le pidió

perdón por no haberlo conocido. S. E. la hizo poner de pie y le preguntó por su marido; conversó un rato con ella, y volvimos a tomar el camino de Bucaramanga, corriendo detrás del Libertador, quien se había marchado al galope, después de perder de vista a la mujer.

Un día habla de Napoleón:

Usted habrá notado, no hay duda, que en mis conversaciones con los de mi casa y otras personas nunca hago el elogio de Napoleón; que, al contrario, cuando llego a hablar de él o de sus hechos, es más bien para criticarlos que para aprobarlos, y que más de una vez me ha sucedido llamarlo tirano, déspota, como también el haber censurado varias de sus grandes medidas políticas y algunas de sus operaciones militares. Todo esto ha sido y es aún necesario para mí, aunque mi opinión sea diferente; pero tengo que ocultarla y disfrazarla para evitar que se establezca la opinión de que mi política es imitada de la de Napoleón, que mis miras y proyectos son iguales a los suyos, que, como él, quiero hacerme emperador o rey, dominar la América del Sur como ha dominado él la Europa; todo esto lo habrían dicho si hubiera hecho conocer mi admiración y mi entusiasmo por aquel grande hombre. Más aún hubieran dicho mis enemigos: me habrían acusado de querer crear una nobleza y un Estado militar igual al de Napoleón en poder, prerrogativas y honores. No dude usted de que esto hubiera sucedido si yo me hubiera mostrado, como soy, grande apreciador del héroe francés; si me hubieran oído elogiar su política, hablar con entusiasmo de sus victorias, preconizarlo como el primer capitán del mundo, como hombre de Estado, como filósofo y como sabio. Todas estas son mis opiniones sobre Napoleón, y todo lo que a él se refiere es para mí la lectura más agradable y más provechosa: allí es donde debe estudiarse el arte de la guerra, el de la política y el de gobernar.

Otro día opina sobre los generales neogranadinos y venezolanos de la guerra magna: “No quiero hacer un paralelo entre los militares de Venezuela y los de Nueva Granada porque resultaría un contraste poco favorable para estos últimos”.

Las sesiones continúan en Ocaña cada vez más agitadas. El santanderismo, o partido demagógico, como lo califica Bolívar, ataca duramente el proyecto presentado por los bolivarianos. Lo llama más monárquico que la constitución de Bolivia y le acusa de organizador del despotismo para perpetuar al Libertador en el poder. Ambos bandos se amenazan irreconciliables. El presidente de Colombia comete el error político de defender ante la constituyente al doctor Peña, el mayor enemigo en Venezuela de Santander y Azuero. Los ánimos se caldean hasta lo increíble. El propio Sucre, tan ecuánime siempre, mira las cosas así: “De todo lo que ha traído el correo, deduzco que esta pobre América va a ser la presa de todos los desórdenes. Veo un aciago porvenir a mi desgraciada patria, y para completar la tristeza de mis días observo que usted, general Santander, se ha dejado afectar de un sentimiento local pernicioso a la república, y descubro que el Libertador está tocado del mismo mal”.

Manuela Sáenz, informada de todo en Bogotá, hace locuras. Fusila en efigie, en la *Quinta de Bolívar* al general Santander. El general Córdoba se queja al Libertador de este episodio. Bolívar le responde:

> En cuanto a la amable loca, ¿qué quiere usted que yo le diga? Usted la conoce de tiempo atrás; luego que pase este suceso pienso hacer el más determinado esfuerzo para hacerla marchar a su país o donde quiera.

E inmediatamente se dirige a Manuela:

> Recibí, mi buena Manuela, tus tres cartas que me han llenado de mil afectos. Una está muy tierna y me penetra de ternura; la otra me divirtió mucho por tu buen humor, y la tercera me satisface de las injurias pasadas y no merecidas. Probablemente nos veremos muy pronto. ¿Qué tal? ¿No te gusta? Pues, amiga, así soy yo que te ama de toda su alma.

Por entonces los aduladores del Libertador habían hecho cambiar la leyenda del frontis de la Quinta que decía: "Amar es mi delicia", por esta otra: "Bolívar es el Dios de Colombia".

En tan dura crisis en la Convención, el presidente de la república declara con énfasis: "No abandonaré la patria en peligro". El general San Martín, después de la entrevista de Guayaquil, obró de otra manera: abandonó el Perú en peligro. Como los sucesos se precipitan, se hace más explícito el Libertador:

> Sea cual fuere la decisión de la gran Convención, debemos todos permanecer unidos para que la España o la anarquía no se apodere de Colombia, y por lo mismo he de advertir a usted, general Páez, que, para que no se diga que hay dos gobiernos en la república, deben cumplirse mis órdenes y reglamentos cualesquiera que sean.

Al doctor del Castillo, en la Convención, le notifica perentoriamente:

> Triunfe usted de los demagogos y aterre a esos colosos de iniquidades, para que sobre sus cenizas levantemos una nueva patria cuyos realces serán más brillantes por el contraste que éstos le dejen con sus sombras.

Castillo no se hace esperar. Traza un plan bien calculado y lo pone en ejecución. A los dos meses de haber iniciado sesiones la asamblea, abandona él secretamente la ciudad con veinte diputados bolivarianos y deja así la Convención sin "quórum". Las deliberaciones no pueden continuar y el drama político ha terminado en éste su primer episodio, en el cual los santanderistas fijan justa constancia de su muy enérgica protesta. Han sido burlados. Bolívar opera con precaución: "He determinado no aguardar en esta villa a los diputados que deben venir con el señor Castillo". Algo muy grave le ha sobrevenido a Colombia:

> Ya tenemos un desenlace, o, más bien, un resultado de las locuras de la Convención. Su vergonzosa disolución

> y los actos populares, no es lo que deseaba, porque semejantes sucesos no afirman la República; son, al contrario, golpes que no sólo conmueven sus cimientos sino que echan a perder la moral pública, la obediencia y el respeto de los pueblos, acostumbrándolos a las inconstancias políticas, a las sediciones y a los excesos populares. Lo que yo anhelaba era una buena constitución. La Convención no lo ha querido: la mayoría de sus diputados, alucinados los unos por falsas teorías y los otros dirigidos por su maldad y por miras personales, han preferido el desorden al orden, la ilegalidad a la legalidad [...] Todo esto me confunde, me quita mi energía y enfría mi patriotismo; y, sin embargo, más que nunca necesito de ellos para sobrellevar la pesada carga que está sobre mis hombros.

¿Qué carga? ¡La dictadura!

Tres días antes de la clausura de la Convención, el Libertador se encuentra ya en el pueblo del Socorro, camino de Bogotá. Allí le informan que el intendente de Cundinamarca, general Pedro Alcántara Herrán, había convocado al pueblo para notificarle del fracaso de la Asamblea y para consultarle sobre la entrega a Bolívar del poder supremo. El pueblo acepta la dictadura con evidentes muestras de complacencia. Las autoridades del resto del país aprueban y respaldan lo hecho en Bogotá. El presidente de la república es desde aquel momento dictador. Ya lo fue en el Perú. Cuando entra en la capital, se celebra su llegada con desbordadas expresiones de júbilo y hasta se ordenan, dentro de las costumbres de la época, corridas de toros en su honor. El pueblo de aquellos tiempos es, esencialmente, caudillista. Se aloja el Dictador en el palacio de San Carlos, y Manuela en una casa vecina. Allí, en el palacio de San Carlos, se detalla cómo los constituyentes de la mayoría se habían reunido en Ocaña en casa del general Santander secretamente y cómo habían "formado el plan de una conspiración general en toda la república, y resuelto su ejecución, encargándose cada diputado del papel que le correspondía, añadiendo que el principal punto del proyecto era el asesinato del Libertador".

> Los diputados Santander, Vargas, Arrubia, Montoya, Merizalde y otros están encargados de ejecutarlo en Bogotá; el diputado coronel Hilario López en el Cauca y Popayán; Aranzazu en la provincia de Antioquia; el doctor Márquez en la de Tunja; Azuero y Fernando Gómez, en la del Socorro; Soto y Toscano, en la de Pamplona; Camacho, en Casanare; Tobar, Narvarte, Echezurria, Iribarren y Romero, en Venezuela. Todos los nombrados y algunos más se han comprometido para la ejecución de dicho plan y han calculado que en el mes de octubre siguiente todas sus disposiciones estarían tomadas y podrían dar el golpe.

¡No esperaron tanto!

IV

> Que no puedas llegar es lo que te hace grande.
>
> HAFIZ, citado por Goethe.

> La voluntad nacional es la ley suprema de los gobernantes; someterse a esa voluntad suprema es el primer deber de todo ciudadano y yo, como tal, me someto a ella. Siempre seré el defensor de las libertades públicas y es la voluntad nacional la que ejerce la verdadera soberanía y, por tanto, el único soberano a quien yo sirvo como tal. Cada vez que el pueblo quiera retirarme sus poderes, y separarme del mando, que lo diga, que yo me someteré gustoso y sacrificaré ante él mi espada, mi sangre y hasta mi cabeza. Tal es el juramento sagrado que hago ante este templo, ante todos los magistrados principales, y lo que es más, ante todo el pueblo.

Con estas palabras asume el Libertador la dictadura. Es el 24 de junio de 1828. Reorganiza inmediatamente la administración; guía lo militar y lo religioso; suprime la vicepresidencia de la república y pone en marcha una ley constitucional que habrá de

regir sólo hasta 1830. Queda, pues, notificada la oposición de que la dictadura habrá de durar más de un año; circunstancia que exacerba esos ánimos hasta la desesperación. Sostienen, a manera de argumento legalista, que debería continuar en vigencia la constitución dictada en Cúcuta siete años atrás, y se niegan a admitir el estatuto decretado por el Libertador.

¿En qué va a aplicarse esta dictadura? La verdad histórica es que no tuvo sino un punto de mira: ejercer las facultades extraordinarias en defensa del orden, para evitar el caos, y aplicarlas a la defensa de las fronteras patrias en la primera guerra internacional que va a soportar Colombia. El resto de actividades del dictador puede compendiarse en éstas sus palabras dirigidas a los colombianos:

> Me obligo a obedecer estrictamente vuestros legítimos deseos: protegeré vuestra sagrada religión como la fe de todos los colombianos y el código de los buenos; mandaré haceros justicia por ser la primera ley de la naturaleza y la garantía universal de los ciudadanos. Será la economía de las rentas nacionales el cuidado preferente de vuestros servidores; nos esmeraremos por desempeñar las obligaciones de Colombia con el extranjero generoso. No os diré nada de libertad, porque si cumplo mis promesas, seréis más que libres, seréis respetados. Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo.

Pero a esta síntesis hay que agregar lo oscuro del cuadro: la gran obra de la unidad colombiana, tan vigorosamente sostenida por el Libertador, ¡está derrumbándose! En la historia de los pueblos americanos quizá nunca hubo dictadura tan benévola, ni patriotismo tan grande en quien la ejerciera. La demagogia acentuó los colores hasta el rojo vivo, ciega ante el minuto gravísimo que se vivía.

Y surge la tremenda complicación internacional. El Perú invade a Bolivia y se dispone a invadir a Colombia. El Presidente dictador da cuenta del peligro a los pueblos del Sur en esta memorable proclama:

> La perfidia del gobierno del Perú ha pasado todos los límites y hollado todos los derechos de sus vecinos de Bolivia y de Colombia. Después de mil ultrajes, sufridos con una paciencia heroica, nos hemos visto al fin obligados a repeler la injusticia con la fuerza. Las tropas peruanas se han introducido en el corazón de Bolivia sin previa declaración de guerra y sin causa para ello. Tan abominable conducta nos dice lo que debemos esperar de un gobierno que no conoce ni las leyes de las naciones, ni las de la gratitud, ni siquiera el miramiento que se debe a pueblos amigos y hermanos. Referiros el catálogo de los crímenes del gobierno del Perú, sería demasiado, y vuestro sufrimiento no podría escucharlo sin un horrible grito de venganza; pero yo no quiero excitar vuestra indignación ni avivar vuestras dolorosas heridas. Os convido solamente a armaros contra esos miserables que ya han violado el suelo de nuestra hija, y que intentan aún profanar el seno de la madre de los héroes. Armaos, colombianos del Sur. Volad a las fronteras del Perú y esperad allí la hora de la vindicta. Mi presencia entre vosotros será la señal del combate.

Quedaba, así, declarada la guerra al Perú. El presidente de aquel país, general La Mar, acepta el reto; se niega a conferenciar con el delegado del Libertador, encargado de ajustar arreglos por la vía pacífica, en defensa de Bolivia y de Colombia. La lucha armada se abre paso.

El día 10 de agosto se festeja con solemnidad en Bogotá el aniversario de la llegada del Libertador a esa capital, luego del triunfo de Boyacá. Y el número de mayor significación, en el programa general, es el gran baile por la noche. La culta sociedad santafereña y la oficialidad del ejército libertador se preparan con el más cuidado acicalamiento para ese suceso social de relieve.

Ya llegan las parejas. Algunos se han apresurado demasiado y ocupan el salón antes de tiempo. ¿Por qué?

En los cenáculos secretos donde se conspiraba contra la vida de Bolívar, se ha tomado una determinación: asesinarlo esa noche, a las doce en punto, cuando el viejo reloj colonial dé sus pausados

golpes. Como la fiesta incluye disfraces, los asistentes concurren con máscaras; no habrá manera de identificar a los asesinos a la hora de la confusión. Es tan sencillo clavar un puñal...

Lo que se vigila con extraordinario celo es la puerta de entrada. Ya está el Libertador en el salón; llegó acompañado del general Córdoba y de su edecán Fergusson. Grandes aplausos; la música empieza a rodar jubilosamente. Y se danza, y se derrocha felicidad, y se brinda por la libertad. El vértigo admirable trasciende y posee todos los espíritus, a excepción de aquellos que aguardan la hora ritual del crimen. Son más de las once.

Una escena sorpresiva en la puerta. Un húsar trata de penetrar. Le detienen enérgicamente.

–Soy Manuela Sáenz.

–¡Aunque fuera Santa Manuela, no entra usted vestida de hombre!

Manuela Sáenz sabe que la vida de Bolívar peligra. Trató de convencerle para que le llevase a la fiesta, sin resultado. Quiso que se excusase él mismo, con cualquier pretexto, inútilmente. A ella le habían revelado el plan de asesinato. No sabe qué hacer; se desespera. Al ser rechazada se va, precipitadamente; desaparece furiosa. El oficial de guardia sonríe, porque ha eliminado el único obstáculo; él también pertenece al trágico grupo. Y el reloj avanza impasible, incontenible.

Lo que sucedió después está narrado por Marcelo Tenorio, asistente a la fiesta:

> Como a las once quise pasear los corredores de arriba, y en la primera escalera encontré un enmascarado, que me detuvo con ademán de confianza, llamándome su paisano, vestido a la española antigua, haciendo el papel de viejo con un enorme coto, y como después de las primeras chocarrerías yo me amostazase, se acercó y me dijo: "¡Qué!, ¿no me conoces?". Y levantando la máscara lo bastante para descubrirse, continuó: "Dentro de media hora, al golpe de las doce, morirá el tirano". Y en seguida me enseñó en el interior de la solapa de la casaca un sol pintado y el cabo de un puñal que tenía en el bolsillo, y concluyó diciéndome:

> "Somos doce los resueltos; silencio". El Libertador conversaba en esos momentos con los oficiales distraídamente, cuando vio lo que menos podía esperarse: en la puerta del coliseo había una mujer desgreñada y sucia que se reía a carcajadas, que hacía contorsiones. Bolívar pregunta al edecán si se trata en realidad de Manuela. "Sí, mi general", contesta Fergusson. "Esto es insufrible", dice el Libertador, y sale precipitadamente tras de la mujer, que huía. Córdoba le pregunta, ya en la puerta: "¡Qué!, ¿se va usted, mi general?". "Sí, y muy disgustado; acompáñeme usted, y le contaré".

Don Marcelo Tenorio, que buscaba a Córdoba para informarle del peligro que corría el Libertador, alcanzó a oír –lo cuenta él mismo– estas palabras entre varios enmascarados: "¿Qué se ha hecho de Bolívar? ¿Dónde está el Presidente? ¡Se ha escapado el tirano!".

Cuarenta días después se urdía otro atentado. Bolívar había salido de paseo a Soacha a doce kilómetros de la capital, acompañado de dos personas. El teniente coronel Pedro Carujo habla a cuatro de los conjurados para asesinar al Libertador. "Cuando ya los caballos estaban ensillados y las personas listas con sus armas, Carujo vaciló el tomar sobre sí la responsabilidad de un hecho tan grave, y se decidió a dar previo aviso al general Santander. Este general lo disuadió de semejante designio". Solamente lo disuadió, cuando debía denunciarlo.

No ceden, sin embargo, los conspiradores. Continúan planeando, discutiendo, conquistando para sí ese poder de autosugestión que les llevará a eliminar el temor y la duda, lanzándolos a la desesperación.

El día 25 de septiembre, a las cinco y media de la tarde, los tres dirigentes del trágico plan, Hormet, Carujo y Florentino González reciben del coronel Ramón Guerra, jefe de Estado Mayor y conspirador, así mismo, el aviso de que se le había ordenado procesar a un capitán, integrante de la trama. Créense descubiertos y se congregan, sin pérdida de tiempo, en casa de otro comprometido, Luis Vargas Tejada, donde se toma la determinación de actuar esa

misma noche, dentro del siguiente plan: apoderarse del cuartel de artillería, reforzando con pueblo su contingente, hecho que no constituía problema, pues ese cuartel estaba íntegro en favor de la conjuración; atacar con la artillería al batallón *Vargas*, que era leal al gobierno, pero que tenía ya varios puntos minados; y, al par que se hacían esos dos movimientos, penetrar en el dormitorio del Libertador y asesinarlo.

A las diez y media de la noche ya habían ingresado a la artillería los 150 hombres que se consiguieron apresuradamente para la acción. Esperábase que el Jefe de Estado Mayor, coronel Guerra, hiciese lo demás dentro del ejército. El coronel a esa hora se encontraba de visita, muy tranquilo, a pesar de que sabía lo que se desarrollaba ya; no intervenía, porque esperaba cosechar sin riesgo los frutos del crimen; no era prudencia la suya, ni habilidad, sino desvergüenza. Los asesinos debían de penetrar a la casa del Presidente a las doce en punto. Y aquella noche "la luna iluminaba con diáfana claridad la serena sabana de Bogotá".

Nada sabían ni Bolívar, ni las autoridades de policía, ni el público del drama que había comenzado a desarrollarse. No lo sospechaban siquiera. Todo era paz y rutina en la tradicionalista y fría Santa Fe. Por la tarde había llovido, y las calles empedradas tomaban cierto brillo lánguido.

Sin embargo, el demonio de la intuición operaba en Bolívar ese día desde las seis de la tarde. Aquel demonio, o dios, le anunciaba todo de alguna manera. Inquieto, desasosegado, hace llamar a Manuela Sáenz. Ella responde que se encuentra imposibilitada, porque le duele la cara. Él exígele que vaya, y cuando ya está a su lado –él tomaba en aquel momento un baño tibio– le cuenta que va a estallar algo en contra suya.

–Puede haber hasta diez revoluciones, responde Manuela, pues usted da muy buena acogida a los avisos que le dan.

El Libertador le explica entonces que el propio coronel Guerra le había asegurado que no existían motivos para inquietarse y que él respondía de la tranquilidad pública. Y se duerme profundamente, "sin más precaución que su espada y pistolas, sin más guardia que la de costumbre, sin prevenir ni al oficial de guardia ni a nadie". La única que vigilaba era Manuela.

A las doce en punto la brigada de artillería atacó al batallón *Vargas* y libertó al general Padilla. Repuesto el *Vargas* de la sorpresa, abrió fuego enérgicamente y se trabó el combate, que duró casi una hora. Los disparos alarmaron a la población, y a la una de la madrugada las calles estaban ya llenas de curiosos que, aterrorizados, veían cómo los artilleros derrotados retrocedían y huían, disparando al par que corrían. El golpe militar había fracasado.

¿Y el asesinato?

También a las doce en punto ladraron desesperadamente los dos perros que tenía el Libertador. Manuela, la primera en despertarse, escuchó a la vez un ruido extraño a la entrada de palacio. Era que doce conjurados, al mando de Agustín Hormet, con puñal en una mano y pistola en la otra, y veinticinco soldados al mando de Pedro Carujo, habían atacado a la guardia. Los de Hormet, una vez asesinados los tres centinelas, penetraron al edificio, rumbo al dormitorio de la víctima, mientras los de Carujo desarmaban a los treinta hombres de guardia y custodiaban el edificio.

Manuela despierta a Bolívar, y éste, con la pistola en una mano y la espada en la otra, trata de abrir la puerta, en un primer impulso valeroso. La serenísima mujer, deteniéndole prudentemente, hácele vestirse. Ya listo, exclama:

–¡Bravo!, vaya, pues, ya estoy vestido. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Hacernos fuertes?... Y trata de abrir de nuevo la puerta. Manuela le detiene por segunda vez, con aquel imperio convincente con que lo gobernaba, y dice:

–¿Usted no le dijo un día a Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de éstos?

–Dices bien, replica Bolívar, y se lanza a la ventana. Detiénele la mujer, hasta no cerciorarse de que la calle estaba libre, y sólo entonces déjale saltar y huir. A tiempo que los conjurados forcejeaban ya por abrir el dormitorio. De paso, habían roto dos puertas, dando con el subteniente Ibarra que, al tomar la espada para defenderse, había sido herido y arrojado al suelo. Y los perros seguían ladrando desesperadamente, a la luz de la impávida luna.

Abre Manuela la puerta, muy pausadamente. Tómanle del brazo, sacudiéndole con furia:

–¿Dónde está Bolívar?

–En el salón del Consejo.

Registran la pieza minuciosamente, a la luz de faroles que llevan dos de ellos.

–Huyó Bolívar, ¡se ha salvado! –grita uno, al ver la ventana abierta.

–No, señores; no ha huido; está en el Consejo.

–¿Y por qué está abierta la ventana?

–Yo acababa de abrirla, para saber qué ruido era el que había.

–¿Y esta cama, por qué está caliente?

–Yo estuve acostada en ella, esperando que saliesen del Consejo, para darle un baño.

–¡Acompáñenos al Consejo!

–No sé donde será. He oído que se reúnen, nada más.

–¡Acompáñenos!

Y la llevan a empujones, a lo largo de un inmenso corredor, desesperadamente, sin rumbo. La rabia y el despecho los poseen. Al paso, tropiezan con Ibarra herido. Manuela se agacha a atenderlo.

–¿Han muerto al Libertador? –pregunta el oficial.

–No, Ibarra; el Libertador vive.

Trata entonces uno de los conjurados de descerrajar un tiro sobre la valerosa mujer. Hormet lo impide, gritando:

–¡No hemos venido a matar mujeres!

Alguien le tira al suelo y le da cobardemente un puntapié en la cara y la arrastran al dormitorio, donde déjanle con centinelas de vista. Asómase a la ventana y ve que venía corriendo por la calle el edecán Fergusson. Trata de entrar pistola en mano. Carujo le mata de un tiro. En ese momento los conjurados abandonan la casa gritando vivas a la libertad. Estaban seguros de que Carujo había vigilado bien la puerta y las ventanas, apoderándose así de Bolívar...

Éste hallábase a unas cuadras de ahí, bajo el puente de San Agustín acompañado de su repostero que pasaba por ahí en aquellos momentos. Ocultos entre la sombra y las ramas, mantenía en las manos la pistola y el sable, mientras su repostero averiguaba lo que sucedía en los cuarteles. Casi dos horas se tardó el emisario en conocer con exactitud la verdad de los sucesos en el batallón *Vargas*,

hasta que dio con una compañía de ese cuerpo, enviada en busca del Libertador y Presidente de la República.

A las dos de la mañana, restablecida la normalidad, apareció Bolívar a caballo en la plaza principal. La tropa le vitoreaba delirante. Santander estaba a su lado.

Cuando regresó a la casa y vio a Manuela, le dijo: "Tú eres la Libertadora del Libertador".

Y llegó mucha gente, para congratularse con el Libertador, por haberse salvado del asesinato. Incluso se presentaron numerosos diplomáticos y personalidades extranjeras. Allí estaba, también, Hormet, uno de los del complot, a quien mandó Bolívar que se diese ropa, por el frío que hacía. Y tanto a él como a otros que ya estaban presos allí mismo, en palacio, les trató con suma benignidad. A tal punto que Pepe París, enfrentándose a Hormet, exclamó:

–¿Y a este hombre venían ustedes a matar?

–¡Era al poder, y no al hombre! –repuso Hormet.

El Libertador se salva del asesinato, pero queda destrozada su existencia para siempre desde ese momento. La tisis se declara en forma abierta: "Viniendo a mi encuentro –cuenta el general Mosquera– con un semblante pálido y melancólico, observé que estaba afectado de una tos seca pulmonar, y procurando no dejarle conocer mi alarma, le pregunté si ya se había dado un baño caliente a los pies para mitigar aquella tos y prevenir en tiempo las malas consecuencias de la humedad que durante la noche había cogido en el río de San Agustín. Él me contestó: "No me he aplicado nada ni me he desayunado". Y serían las nueve del día. Entonces le repliqué que se recogiera a su dormitorio, y habiéndome prestado a ello, le di el brazo y le acompañé hasta su lecho. Mientras se desnudaba fui a la cocina y ordené calentar un perol para darle un baño de pies y preparar una tisana caliente de amapolas con goma. Cuando regresé a su alcoba lo hallé en su cama y después de informarle lo que había ordenado y de expresarle mi deseo de que, dejando al consejo de ministros dictar las disposiciones que requería la situación, se ocupase solamente de restaurar su salud, sin premeditación alguna prorrumpí en estas palabras: "Mi general, si esto ha sucedido con el decreto orgánico provisorio, ¿qué habría sido si usted hubiera

otorgado la constitución vitalicia?". Me contestó, lanzando un suspiro: "¡Ah, Mosquera! Todo el tiempo que permanecí bajo el puente del Carmen pensaba en todo lo que usted me dijo impugnando el proyecto de esta constitución".

Como consecuencia del proceso seguido contra los conjurados, padecen la pena de muerte catorce de ellos, entre los cuales constan Hormet, Zuláivar, Silva, Galindo, Guerra, Hinestroza, el general Padilla, un sargento y cuatro soldados. Los demás huyeron. A Santander y Carujo se les permuta la pena de muerte por la de confinamiento o destierro. A Santander no se le pudo comprobar que hubiese tomado parte directa en el dramático suceso.

Francisco de Paula Santander, nacido en Rosario de Cúcuta en la Nueva Granada, y menor que Bolívar con nueve años, era alto, fuerte, de ojos fríos e imperiosos. Poseía, como capital expresión natural, un don de mando de gran consistencia. Enérgico, resuelto, bien instruido intelectualmente, calculador y ambicioso, carecía por lo mismo de franqueza. Si hubiera de fijársele una única norma a su vivir, fue ella, sin duda, la de querer ascender constantemente, por propio orgullo, a fuerza de trabajo, constancia, fe y empleo de cuantos medios estuviesen a su alcance, sin calificarlos.

Había recibido esmerada educación, dentro de lo que entonces podían aprender los criollos en las colonias hispanas. A los dieciocho años antes de haber tomado de la vida experiencia ni dolor, entró de lleno en la política, alistándose en las fuerzas republicanas revolucionarias, y desde entonces se consagró a un doble servicio: a su patria y a su personal ambición. Lo que se le oponía, volvíase de hecho un enemigo suyo, así como era su mejor amigo quien le servía para ascender.

De ahí que, a través de inmensos merecimientos y de admirable consagración en beneficio de su patria y de la causa patriota, tuviese Santander ante el Libertador una doble faz. La primera faz era aquella que le sirvió para llegar hasta la vicepresidencia de Colombia. La segunda, aquella que le estorbaba y le impedía llegar a la propia Presidencia. Así, para él, Bolívar pasó de amigo a enemigo; y no dudó el héroe de Boyacá en conspirar y en asociarse con el crimen, por la sed de poder que le devoraba.

Considerábase un igual del Libertador; hasta llegó a reputarse superior, en un desate de vanidad que consta en sus páginas tituladas *Santander ante la historia*. Quizá unos cuantos años en Europa hubiesen dado a esa inteligencia magnífica y a ese carácter férreo la amplitud y nobleza que le hizo falta para alcanzar una grandeza realmente pura, despojada de rencor.

Pocos días después se trasladan el Libertador y Manuela a vivir en la *Quinta de Bolívar*. Allí visita al Presidente el diplomático francés Le Moyne, quien encuentra este cuadro:

> Llegamos a la quinta y nos recibió doña Manuela Sáenz. Nos dijo que, aun cuando el héroe estaba muy enfermo y, además, se había purgado esa mañana, anunciaría nuestra visita. Pocos momentos después apareció un hombre de cara muy larga y amarilla, de apariencia mezquina, con un gorro de algodón, envuelto en su bata, con las piernas nadando en un ancho pantalón de franela. A las primeras palabras que le dirigimos respecto de su salud:
> ¡Ay! –nos respondió, señalándonos sus brazos enflaquecidos–, no son las leyes de la Naturaleza las que me han puesto en este estado, sino las penas que me roen el corazón. Mis conciudadanos, que no pudieron matarme a puñaladas, tratan ahora de asesinarme moralmente con sus ingratitudes y calumnias. Cuando yo deje de existir, esos demagogos se devorarán entre sí, como lo hacen los lobos, y el edificio que construí con esfuerzos sobrehumanos se desmoronará entre el fango de las revoluciones.

V

> Ser el profundamente vencido, por algo cada vez mayor.
>
> RILKE.

¿Cuál fue la crisis de Bolivia y el Perú, cuya consecuencia iba a ser la guerra? Cinco meses atrás había estallado en la capital

boliviana un motín, sin éxito, contra el Presidente Sucre, a quien los balazos le destrozan un brazo. El general Gamarra desde Lima anuncia que ha determinado invadir a Bolivia para mantener el orden y a la vez para expulsar de ese territorio a los colombianos. En realidad lo que se busca es anexar el territorio boliviano al Perú. Cuatro meses más tarde, Sucre reúne el Congreso, entrega la Presidencia y se dirige inmediatamente a Guayaquil para llegar cuanto antes a Quito, donde le aguarda su esposa, doña Mariana Carcelén. Con él salen de los territorios del Sur los últimos soldados colombianos. El Libertador, que considera a Bolivia como hija y que ve amenazadas las propias fronteras de Colombia por la movilización de tropas ordenada en Lima en esos días, declara la guerra al Perú. Tales los acontecimientos de la lucha que va a estallar.

Pero antes de ella surge algo muy grave en la propia Colombia. Al saber los coroneles José Hilario López y José María Obando el fracaso de la trágica noche septembrina, resuelven alcanzar con el ejército lo que sus amigos de Bogotá no lograron con los puñales. Y se sublevan en la provincia de Popayán contra el Gobierno del Libertador, siempre dentro de la muletilla de que debía de regir la vieja Constitución de siete años atrás, o sea que invocaban un legalismo para justificar una insurrección armada que implicaba traición dentro de la disciplina militar. Los generales Tomás Heres y José María Córdoba dominan a los insurrectos y ahogan así la nueva conspiración. Córdoba hasta esos momentos parecía leal. Sin embargo, ya no lo era.

> El general Córdoba –cuenta el general Tomás Cipriano Mosquera– me propuso, antes de concluir el arreglo que se hizo con Obando para que se sometiese, que destituyéramos al Libertador, cuidándolo y respetándolo mucho, pues ya estaba inútil por sus males, y que separásemos la Nueva Granada de Venezuela; que Obando se quedaría mandando en el Sur; López, en el Cauca; Herrán, en Cundinamarca, y que se fijaría la capital en Cartagena, haciéndose cargo del Gobierno él, y yo como ministro general de Estado. Me sorprendió no hacer caso de Congresos ni de abogados. Llamé a los jefes de los cuerpos a mi tienda de campaña y los instruí del loco pensamiento del

> general Córdoba para que me diesen parte de las órdenes que él comunicase. El Libertador iba muy enfermo y no le quise decir nada. Este fue el principio de la desavenencia de Córdoba con el Libertador.

También Córdoba aspiraba al Poder. Bolívar, ignorante de estos particulares, le había nombrado ministro de Marina, cargo que aceptó el general. Los insurrectos Obando y López logran evadirse. No estaban de acuerdo únicamente con los conspiradores de Bogotá, sino también con los peruanos, que iban a invadir a Colombia por el Sur. La traición era doble.

A Bolívar se le vuelve pedazos el corazón y acude a un amigo, al general Juan José Flores, jefe de las tropas colombianas en el Sur, para desahogarse, en medio de una profundísima angustia:

> Ni en Colombia ni el Perú se puede hacer nada bueno; ni aun el prestigio del nombre vale ya; todo ha desaparecido para siempre. Sí, mi querido Flores, triste es reconocer esta verdad, que no admite ya duda; nosotros no podemos ya hacer nada sino vegetar entre los sufrimientos y la adversidad. Renuncie usted las quimeras de la esperanza; el instinto solamente nos hará vivir, mas casi sin objeto, y ¿qué objeto puede haber en un pueblo donde ni la gloria ni la felicidad estimulan a los ciudadanos? En fin, resuélvase usted a obrar como los demás y a someterse a las circunstancias. Este es el consejo que le puede dar la amistad y el único consuelo que nos queda después de perdido todo.

El pesimismo del Libertador es exagerado y toma directo arraigo en el proceso de su tuberculosis. Tanto en la conspiración septembrina como en las insurrecciones locales del ejército, poco tiene que ver el pueblo, porque el pueblo continúa noble y firmemente del lado del genio.

Apenas sabe el Presidente que ha llegado Sucre a Guayaquil, confíale el mando militar para la guerra con una amplitud tal que no se registra nada parecido en la Historia: "Todos mis poderes, buenos

y malos, los delego en usted. Haga usted la guerra, haga usted la paz, salve o pierda al Sur, usted es el árbitro de sus destinos".

Y aquí, en esta hora de total vencimiento moral, el Libertador acude por vez primera a un recurso religioso. Le escribe al Papa León XII: "El Presidente de Colombia aguarda para sí y para el pueblo de la República la bendición apostólica del Padre de los creyentes". Este resurgimiento de la conciencia de cristiano que le infundieron en su hogar cuando niño es la prueba mayor de que se acerca para él el final. "El hombre péndulo vuelve a ser como un niño y torna a ignorar después de haber sabido". Sin embargo, no tiene sino cuarenta y seis años, "y mostraba sesenta".

Al cabo de muy provechoso descanso en dos o tres poblaciones chicas, vecinas a Bogotá, el Libertador resuelve viajar personalmente hacia el Sur para defender con su propia espada los territorios de Colombia. No importan ni su premura vejez, ni la tos que le mortifica tenazmente día y noche, ni el hecho de llevar el espíritu destrozado por la ingratitud de sus compañeros de guerra. Monta en su caballo y parte de la capital cuando faltan sólo tres días para que termine ese fatídico 1828. En el camino hacia Popayán recibe de Manuela una copia de una carta escrita por ella a su marido el inglés, que sigue en Lima. Esa carta llega como lenitivo grato para este ser invencible. Debió de recordar al leerla las deliciosas páginas de sutil ironía de Voltaire, que él tanto admiraba. Dice la carta, dirigida a Thorne, el cual le había pedido a Manuela por centésima vez que volviese al hogar:

> ¡No, no, no más, hombre, por Dios! ¿Por qué hacerme usted escribir faltando a mi resolución? Vamos, ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decir a usted mil veces no? Señor, usted es excelente, es inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted sería nada.
>
> ¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años y con la seguridad de poseer su corazón, prefiera ser la mujer del Padre, del Hijo y

> del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad? Si algo siento, es que no haya sido usted mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted más honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente.
>
> Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a casar, pero no en la tierra. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo a usted que era muy descontento. En la patria celestial pasaremos una vida angelical y toda espiritual (pues, como hombre, usted es pesado); allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores digo; pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres; la conversación, sin gracia, y el caminar, despacio; el saludar, con reverencia; el levantarse y sentarse, con cuidado; la chanza, sin risa; éstas son formalidades divinas; pero yo, miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de otras seriedades inglesas, etc., ¡qué mal me iría en el cielo! Tan malo como si fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fuese usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo. ¿No tengo buen gusto?
>
> Basta de chanzas. Formalmente y sin reírme, con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa digo "que no me juntaré más con usted". Usted anglicano y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro es mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?
>
> Su invariable amiga,
>
> *Manuela.*

Una linda postdata consta al pie de la copia: "Hay que advertir que mi marido es católico y yo jamás atea; sólo el deseo de estar separada de él me hacía hablar así".

Bolívar se sonríe amablemente y a la vez acuden a su espíritu ciertos remordimientos. Y contesta:

> Mi amor, ¿sabes que me ha dado mucho gusto tu hermosa carta? Es muy bonita la que me ha entregado Salazar. El espíritu de ella tiene un mérito capaz de hacerte adorar por su espíritu admirable. Lo que me dices de tu marido es doloroso y gracioso a la vez. Deseo verte libre, pero inocente juntamente, porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso y no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha con la tuya, con tu dolor y el mío. No se cómo cortar este nudo, que Alejandro con su espada no haría más que intrincar más y más, pues no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable, de deber y de falta; de mi amor, en fin, con Manuela la bella.

Cuando esto sucedía, ya Santander estaba en el exterior, desterrado del país. La última opinión de Bolívar al respecto había sido categórica: "No he podido evitar la gracia hecha a Santander y sus compañeros. Primero decían mis 'juiciosos' amigos que no se debía condenar sin pruebas evidentes, y después, que no era conveniente ejecutarlo. Yo he conservado el título de magnánimo y la patria se ha perdido".

En el camino se informa de que unos cuantos buques peruanos habían atacado a Guayaquil para apoderarse de la ciudad. A la vez sabe que el general La Mar, al frente de más de ocho mil peruanos, había iniciado la invasión por tierra de las provincias del sur de Colombia. Se queda un mes completo en Popayán, consagrado casi por entero a dictar disposiciones de carácter militar. Espera tropas procedentes de Bogotá y de otros puntos, para continuar la marcha con fuerzas vigorosas. Hay disponible un contingente de ocho mil soldados dispuestos a rechazar la invasión peruana y quiere reforzarlos con tres mil más. Por suerte, no aparece acentuación peligrosa en su enfermedad. Antes de proseguir la marcha anuncia lo que va a suceder, y con una exactitud extraordinaria: "Pienso

volver dentro de cuatro meses a Bogotá habiendo antes hecho la paz con el Perú".

Y cuando arriba a Quito, veinte días después recibe la noticia, como después de Ayacucho, de que los invasores han sufrido vergonzosa derrota en el sitio de Tarqui, precisamente en la provincia en la cual había nacido el invasor, general La Mar. El parte de victoria está en este sintético decreto de honores: "En el campo de batalla se levantará una columna, en una de cuyas caras constará esta inscripción: El ejército peruano de ocho mil soldados que invadió la tierra de sus libertadores fue vencido por cuatro mil bravos de Colombia el veintisiete de febrero de mil ochocientos veintinueve". Sucre en persona informa al Libertador en Quito de todos los detalles de esta guerra, la primera entre países bolivarianos. Quedaba un solo punto pendiente: los peruanos, que en el convenio de Girón, inmediato a la batalla de Tarqui, se habían comprometido a devolver la ciudad de Guayaquil, por ellos tomada, se negaban ahora a ello con diferentes pretextos. Era, pues, indispensable en seguida una campaña sobre el puerto, haciendo de Quito cuartel general. Y la campaña se abre, dirigida por el Libertador, a lo largo de varios pueblos, de los cuales son desalojados a la fuerza los mílites de La Mar.

Un suceso de significación ocurrido en el Perú cambia el derrotero de los acontecimientos: el general Gamarra prende al vencido general La Mar y lo destierra; inmediatamente acepta un armisticio con Colombia. Guayaquil vuelve a la libertad, y a ella entra triunfalmente el Libertador con el objeto principalísimo de signar el tratado definitivo de paz entre Colombia y el Perú, el cual fue posteriormente ratificado por ambos países. El Perú se guardará de cumplir una de sus cláusulas más importantes: la relativa a la cuestión limítrofe, cosa que astutamente dejará pendiente por más de un siglo, hasta que llegará a apoderarse por la fuerza de algunos territorios que no pudo tomar en los días de la independencia. El Perú se ha caracterizado en América por un sentido imperialista agresivo, originado en los tiempos anteriores a la conquista española. Es esa una tradición indígena.

En Guayaquil recibe Bolívar noticias de su amante: "Aún no he visto a Manuelita –le escribe su amigo París– y he tenido la desgracia de que no le gustan las esmeraldas. Hoy pienso verla".

La excesiva e imprudente agitación de este tiempo pone al Libertador de suma gravedad. Cae en Guayaquil con algo que él llama bilis negra. Desde Quito se había quejado de muy intensos dolores de cabeza. Se le prodigan cuidados en la mejor forma posible, y apenas ha mejorado un tanto, se traslada a la vecina isla de Santay, donde convalece por espacio de un mes. Recupera a medias su salud, mas no las fuerzas morales.

> La ingratitud me tiene aniquilado el espíritu, habiéndome privado de todos los resortes de acción. Quedan muy pocos ciudadanos por los cuales yo me quisiera sacrificar, y aun este sacrificio debiera ser pronto pues no estoy en estado de sufrir lo lento. Si quieren mi vida aquí la tienen, pero no mis servicios, pues ya no tengo valor para sacrificar mi nombre como lo tenía antes; éste es el primer efecto de la ingratitud. ¿Quiere usted que yo continúe haciendo el papel de Jesucristo sin ser Dios? Esto es muy duro, mi amigo Restrepo. Esto supera mis fuerzas [...] Yo estoy resuelto a irme de Colombia, a morir de tristeza y de miseria en los países extranjeros. Mi aflicción no tiene medida, porque la calumnia me ahoga como aquellas serpientes de Laocoonte.

Ahora dicta las cartas muy pausadamente; ya queda muy lejos el tiempo en que hacía trabajar a la vez a tres amanuenses.

En tanto que se desarrolla así su doble dolor, físico y moral, en la Nueva Granada le dan por la espalda otro golpe. El general Córdoba, su ministro de Marina, aquel de quien había dicho "es el único valiente militar"; el fogoso vencedor en Pichincha y Ayacucho, se subleva y se levanta en armas en abierta rebelión, proclamando, como los "septembrinos", la vigencia de la Constitución de Cúcuta. Insurrecciona poblaciones, se apodera de la ciudad de Medellín y se declara a sí mismo comandante en jefe de ejército de la libertad. Ataca a Bolívar en todas las formas –a Bolívar, que está ausente y

que no puede defenderse–, fusila dos oficiales que intentan asesinarlo, recoge voluntarios, dispone de las rentas públicas, se ensoberbece, está loco. "Todos se vuelven locos cuando me quieren hacer la guerra –había escrito Bolívar poco antes–, porque está visto que hay una providencia especial para mí". El Consejo de Gobierno de Bogotá despacha inmediatamente al general O'Leary con novecientos hombres para atacarlo.[14] El choque se produce en la aldea del Santuario, donde opera Córdoba con fuerzas muy inferiores, pero dispuestas a resistir. Al producirse la derrota de los insurrectos, el general herido se refugia en el interior de una casa, donde le asesina villanamente un irlandés. Córdoba tenía apenas veintinueve años. Gallardo, de tez muy blanca y ojos claros, grandes, era admirado y querido profundamente en el ejército libertador.

En esos mismos días de la sublevación de Córdoba se le viene al Consejo de Gobierno de Bogotá una idea peregrina, nacida, sin duda, en una mediocre buena fe. Determina establecer en Colombia, sin consulta, una monarquía. Y abre negociaciones con los diplomáticos franceses e ingleses acreditados en Bogotá para inquirirles su opinión al respecto e interesarles en la búsqueda de algún príncipe que quisiera hacerse cargo del Poder, una vez muerto el Libertador. Aquellos varones buscaban ya al sucesor del genio, y no hallaron mejor fórmula que la del retorno a los tiempos coloniales, en los cuales ya habían gobernado los reyes y contra los cuales se había combatido durante quince años.

Cuando lo supo el Libertador, ya de regreso en Popayán, hizo que su secretario le advirtiese al ministro de Relaciones Exteriores:

> Su Excelencia me manda protestar, como protesto a su nombre ante el Consejo, que no reconocerá por acto propio suyo otro que someterse como ciudadano al gobierno que dé el Congreso constituyente, y que de ninguna manera aprobará la menor influencia en aquel cuerpo de parte de la administración actual.

[14] RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO. *O'Leary, edecán del Libertador*. Madrid: Edime, 1956.

Esta es una de las tragedias del Libertador: estar rodeado, por fuerza, de hombres sin visión, que padecían de suficiencia y que pretendían imponer limitaciones.

Descansaba en Popayán, luego de un viaje en que ha sufrido excesivamente por la lluvia constante, propia de la época. "Yo tendré que quedarme aquí algunos días por varias razones; descansaré, despacharé muchos negocios retenidos, dejaré pasar el mal tiempo y descansarán mis bestias, que están muertas". Además, "tengo muy pocas ganas de llegar a esa capital, donde, aunque me obsequiarán bastante, también conspirarán mucho contra mí, si no con puñales, con calumnias y dicterios. Dirán que yo le dicto al Congreso proyectos de monarquía para mí. Yo serviré a mi patria con mi espada, pero no más con el bastón; esto es hecho".

Trae de las provincias del Sur una inmensa gratitud. En todos los lugares le mostraron amor y agradecimiento. ¡Al menos eso para su corazón! El Sur nunca fue desleal para con él; los varios sucesos en Guayaquil, cuando la presencia de San Martín y en alguna otra ocasión, fueron obra de una minoría equivocada. Las elecciones para diputados a la Constituyente que habrá de reunirse en enero se han realizado en perfecta armonía y a favor de elementos adictos al Libertador. Sin embargo, en algunas regiones ecuatorianas también piensan en monarquía, como en Bogotá. "Más fácil es nombrar un Presidente que un príncipe –dice Bolívar–, y yo no seré ni uno ni otro; el primero de enero se acabarán mis funciones, suceda lo que sucediere, reúnase o no el Congreso".

Una vez más, Bolívar anuncia acontecimientos por venir. Venezuela va a separarse de la Nueva Granada: "El próximo Congreso constituyente tendrá que elegir una de dos resoluciones únicas que le quedan en la situación de las cosas: primero, la división de la Nueva Granada y Venezuela. Este ensayo (el de Colombia) no promete las esperanzas que nos habíamos figurado". "Divídase el país y salgamos de compromisos: ¡Nunca seremos dichosos, nunca!".

Un día se acuerda especialmente de Manuela: "Mi estimado general Urdaneta, se me olvidaba decir a usted que tenga la bondad de cobrar de Tanco mil pesos a cuenta de mis sueldos para que Manuelita se alivie de miseria. Remito la orden".

Desde Popayán analiza este panorama en su Colombia: Venezuela arde en decisión de separatismo; en la Nueva Granada hay tres bandos políticos que se combaten entre sí acremente; el promonárquico, el prodictatorial y el prolegalista antibolivariano; en el Sur las gentes aguardan lo que decida Bolívar; pero el general Juan José Flores, nombrado jefe superior de los departamentos de Quito, Guayaquil y Cuenca –Sucre se había negado a aceptar el cargo– maniobra ya secretamente para alcanzar un poder también independiente. Antes de seis meses lo habrá logrado.

Los sucesos de Venezuela vendrá a conocerlos el Libertador sólo más tarde, cuando arribe a la capital; las noticias tardan mucho a causa de las enormes distancias. Pero no necesita averiguar detalles de sucesos. Ya su corazón no se debate sino entre la ira y el despecho. Lo que de él se dice en Caracas –que aspira a trocarse en monarca– le exaspera; escribe que se trata de la más ruin de las torpezas. Supone útil una entrevista personal con el general Páez. Y lo que ve en la Nueva Granada –odios y divisiones– le lleva a la desesperación. Su alma se agita entre las tinieblas, y desde Cartago le confía a un amigo que el aletazo del suicidio golpea una vez más en sus sienes: "Deseo casi con ansia un momento de desesperación para terminar una vida que es mi oprobio". Allí, en Cartago, sale de su pluma la carta más triste de toda su existencia. Si él hubiera llorado alguna vez, lo habría hecho al final de estas líneas:

> El espíritu de anarquía mina por todas partes y al fin la disolución será general. Hablemos de lo que debemos hacer. Creo que el Congreso debe dividir a Colombia con calma y justicia. Ninguna oposición debemos poner a Venezuela, porque nadie quiere hacer este sacrificio en favor de una unión política que combaten interiormente con las antipatías. La Nueva Granada no nos quiere y Venezuela no quiere obedecer a Bogotá; de aquí se deduce que debemos realizar lo que desean los caudillos de estos pueblos. Además de que yo no pienso continuar más en el mando, y, por lo mismo, ¿quién va a sostener esta unión? Conozco que la patria sufrirá mucho, ¿mas quién lo puede evitar? Es preciso, pues, resolvernos a cumplir las órdenes

> del Destino, seamos o no miserables. Hemos luchado veinte años, haciéndonos cada vez más desgraciados, y si no nos retiramos pronto seremos las criaturas más viles, pues que todo conspira contra nosotros. Siempre he deseado dejar el mando, y las circunstancias hacen ahora que lo deje por necesidad, porque la República va a terminar, sin saberse a quién debemos servir en adelante.
> Yo me iré del país sin llevar un peso con qué vivir, pero prefiero pedir limosna en país extraño a ser espectador de tantos horrores como nos esperan.

Los acontecimientos en Venezuela son categóricos. Ante la absurda iniciativa de monarquía, ideada por el Consejo de ministros en ausencia de Bolívar, y ante la enemistad, cada vez más honda, entre venezolanos y neogranadinos, un día se reúne en Caracas, antes de finalizar ese año de 1829, una junta de notables, en que se acuerda lo siguiente: Desconocer la autoridad de Bolívar y separar a Venezuela del resto de Colombia; consultar al jefe superior, general Páez, para convocar inmediatamente un Congreso venezolano, el cual lanzará un manifiesto para justificar la separación; Páez se encargará del mando mientras se reúna aquella legislatura. A las comunicaciones que se le envían al general Páez, contesta éste que nada puede decidir, pues se halla dentro de los deberes de obediencia al Libertador. Deja, sin embargo, que el Congreso sea convocado y que se envíe a Bolívar una exposición detallada de los sucesos. No sólo eso; él mismo le escribe al Libertador al respecto, actuando así con arma de doble filo, en cuyo manejo fue maestro.

En Bogotá no han iniciado las sesiones del Congreso por aguardarle. Llega el 15 de enero de 1830. Es recibido con repiques de campanas y por los brazos amorosos de Manuela Sáenz. “Cuando Bolívar se presentó –expresa Posada Gutiérrez en sus *Memorias*–, yo vi derramarse algunas lágrimas; pálido, extenuado, sus ojos, tan brillantes y expresivos en sus bellos días, ya apagados; su voz apenas perceptible, los perfiles de su rostro; en fin, todo anunciaba en él, excitando una vehemente simpatía, la próxima disolución del cuerpo”. Lo que llegaba a la capital era en realidad un cadáver: tisis en el alma y tisis en el cuerpo. Allí conoce todos los detalles de lo

acaecido en Venezuela, su tierra. "El general Páez me escribe amistosamente todos los correos, asegurándome que su amistad será eterna, pero la revolución continúa su marcha, aunque con alguna timidez".

La instalación del "Congreso Admirable de Colombia" aquel veinte de enero significa la terminación de la vida política de Bolívar:

> Colombianos: Hoy he dejado de mandaros. Veinte años ha que os he servido en calidad de soldado y magistrado. En este largo período hemos reconquistado la patria, libertado tres Repúblicas, conjurado muchas guerras civiles, y cuatro veces he devuelto al pueblo su omnipotencia, reuniendo espontáneamente cuatro Congresos constituyentes. A vuestras virtudes, valor y patriotismo se deben estos servicios; a mí la gloria de haberos dirigido. Colombianos: he sido víctima de sospechas ignominiosas, sin que haya podido defenderme la pureza de mis principios. A nombre de Colombia os pido, os ruego, que permanezcáis unidos para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos.

El Congreso escucha en seguida un mensaje inexorable, frío y brillante. Es la palabra del hombre, grande y sin esperanza.

Sexta Parte
LA EXPIACIÓN DE LA GRANDEZA

I

> Este día de la terminación de la presidencia de Jorge Washington debería ser un día de júbilo en los Estados Unidos, pues el hombre que es la fuente de todas las desgracias de nuestro país vuelve hoy a hallarse al mismo nivel que sus conciudadanos.
>
> *Aurora*, de Filadelfia.

Entre el mensaje de ahora del Libertador al Congreso y todos sus documentos políticos anteriores hay un abismo. Ni grandilocuencia ahora, ni asertos deslumbrantes, ni el éxito de la retórica. Sólo la verdad descarnada y fría.

> Ardua y grande es la obra de constituir un pueblo que sale de la opresión por medio de la anarquía y de la guerra civil, sin estar preparado previamente para recibir la saludable reforma a que aspiraba. Pero las lecciones de la Historia, los ejemplos del Viejo y Nuevo Mundo, la experiencia de veinte años de revolución, han de serviros como otros tantos fanales colocados en medio de las tinieblas en lo futuro, y yo me lisonjeo de que vuestra sabiduría se elevará hasta el punto de poder dominar con fortaleza las pasiones de algunos y la ignorancia de la multitud. Horrible era la situación de la patria, y más horrible la mía. Se atentó contra mi vida; se encendió la guerra civil; se animó con este ejemplo y por otros medios al Gobierno del Perú para que invadiese nuestros departamentos del Sur con miras de conquista y usurpación. Demasiado ha sufrido la patria con estos sacudimientos, que siempre recordaremos con dolor. Mi único deber se reduce a someterme sin restricción al código y magistrados que

> nos deis. Disponed de la presidencia que respetuosamente abdico en vuestras manos. Desde hoy no soy más que un ciudadano armado para defender la patria y obedecer al Gobierno; cesaron mis funciones públicas para siempre. Os hago formal y solemne entrega de la autoridad suprema, que los sufragios nacionales me habían conferido. Permitiréis que mi último acto sea recomendaros que protejáis la religión santa que profesamos, fuente profusa de las bendiciones del cielo. Me ruboriza decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás. Pero ella nos abre la puerta para conquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios con todo el esplendor de la gloria y de la libertad.

El Congreso, presidido por el mariscal Sucre, da amplias satisfacciones al Libertador.

> Por lo que hace a vuestra reputación ella no puede sufrir menoscabo por las calumnias de vuestros detractores. La existencia de esta asamblea es la respuesta más victoriosa a todas ellas. Continuad, señor, preservando a Colombia de los horrores de la anarquía; dejadla por legado la consolidación de sus leyes, y vuestro nombre, ya inmortal, aparecerá más resplandeciente aún y más puro en las páginas de la Historia cuando el buril de ésta haya grabado en ellas que todo lo pospusisteis, todo lo sacrificasteis, a la felicidad de vuestra patria.

Esta atestiguación lapidaria la han logrado muy pocos personajes en ocaso, en la Historia de la Humanidad, y quizá nunca nadie hubo de recibir más firme defensa de carácter público frente a sus detractores. Sin embargo, el verdadero pensamiento del Libertador es casi de desesperación al saber que el Congreso exige que continúe en el mando hasta que la nueva carta constitucional sea expedida:

> Dudo que haya derecho para exigírseme que expire en el suplicio de la cruz; digo más, si no fuera más que

> la cruz, yo la sufriría con paciencia como la última de mis agonías. Jesucristo sufrió treinta y tres años esta vida mortal; la mía pasa de cuarenta y seis, y lo peor es que no soy un Dios impasible, que si lo fuera aguantaría toda la eternidad.

La salud de Bolívar decae rápidamente y se ve urgido de encargar el mando al general Domingo Caicedo, a cuya quinta se retira agobiado, melancólico. La casa de campo se encontraba en Fucha, caserío muy próximo a Bogotá.

> Allá –refiere Posada Gutiérrez– íbamos a verle los diputados y las personas notables de la ciudad. Una tarde, en que me hizo el honor de invitarme a su mesa, salimos solos a pasear a pie por las bellas praderas de aquella hermosa posesión; su andar era lento y fatigoso; su voz, casi apagada, le obligaba a hacer esfuerzos para hacerla inteligible; prefería la orilla del riachuelo, que serpenteaba silencioso por la campiña, y, los brazos cruzados, se detenía a contemplar su corriente, imagen de la vida.
> –¿Y cuánto tiempo –dijo de pronto– tardará esta agua en confundirse con la del océano, como se confunde el hombre en el sepulcro, en la tierra de donde salió? Una gran parte se evapora como la gloria humana, como la fama, ¿no es verdad, coronel?
> –Sí, mi general –contesté, sin saber lo que decía, conmovido ante el anonadamiento en que veía caer a aquel grande hombre.
> De repente, apretándose las sienes con las manos, exclamó con voz trémula:
> –¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ¿Por qué me la arrebatan? ¿Por qué me calumnian? ¡Páez! ¡Páez! Bermúdez me ultrajó en una proclama; pero Bermúdez fue, como Mariño, ¡siempre mi enemigo! Santander [...]
> La respiración anhelante de Bolívar, la languidez de su mirar, los suspiros que salían de su pecho, todo manifestaba la debilidad del cuerpo y el dolor del alma, inspirando compasión y respeto.

En el ánimo de solucionar el conflicto entre la Nueva Granada y Venezuela, el Congreso envía una comisión de delegados –el mariscal Sucre, el obispo Estévez y el licenciado Aranda–; tratarán de conseguir un avenimiento con los venezolanos. La conferencia fracasa. No hay peligro de guerra, como temen muchos; pero sí una odiosidad irreconciliable. El Congreso habrá de sellar la separación de Venezuela.

Concluida la discusión de la nueva Carta Fundamental, Bolívar habla oficialmente del propósito de ausentarse de Colombia "para que mi permanencia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos". La asamblea, forzada así, nombra Presidente de Colombia a don Joaquín Mosquera. Como se hallaba ausente, continúa en el cargo el vicepresidente general Caicedo. El Libertador había comenzado a desprenderse ya de las cosas de la tierra: regaló su quinta por documento público a su amigo José Ignacio París y salió de ella con Manuela para siempre. Los pocos días que faltaban para su viaje los pasó en casa del general Herrán, y Manuela, en una casa particular arrendada.

Dos días antes de su partida se instala el Congreso constituyente de Venezuela en la ciudad de Valencia. Se le lleva al Poder al general Páez y se ordena una infame comunicación al Libertador. ¡Aún vive y ya le despedazan! Decía el oficio:

> Venezuela, a la que una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, que ve en el general Simón Bolívar el origen de ellos y que tiembla todavía al considerar el riesgo que corrió de haber sido para siempre su patrimonio, protesta que mientras éste permanezca en el territorio de Colombia no tendrán lugar aquellas transacciones.

Acto seguido, la *Gaceta de Venezuela* publicaba la opinión de los electores de la provincia de Carabobo –en Carabobo se dio la batalla final por la independencia de Venezuela–:

> Siendo el general Bolívar un traidor a la patria, un ambicioso que ha tratado de destruir la libertad, el Congreso debía declararle proscrito de Venezuela.

¡La hora negra, Dios, la hora negra!

Para contraste, por imperio de la misericordia inmanente, en la mañana brumosa y fría del 8 de mayo una comisión le entrega a Bolívar un documento con más de dos mil firmas, que es a modo de significativa despedida. Dice el documento: "Enseñaremos a nuestros hijos a pronunciar vuestro nombre con tiernas emociones de admiración y agradecimiento". Después de leerlo el Libertador, con el ceño contraído, los ojos bajos y tristes y sin hablar palabra, se despide de los presentes con un apretón de manos o con un abrazo. Están allí el vicepresidente Caicedo, el arzobispo, numerosas señoras y muchos amigos. El abrazo a Manuela Sáenz es el único que, de parte de ella, no tiene la profunda acentuación dramática del momento. Ella es la única que cree que su amante volverá y que volverá pronto; ella, Manuela, hará todo lo posible para que el retorno se produzca.[15] Sale luego el Libertador, monta a caballo y, con el sombrero en la mano, parte para siempre de la capital neogranadina, acompañado de numerosas personas, que fueron con él hasta una distancia de diez kilómetros. Cuando pasaba por la plaza principal, "un corrillo de gentuza plebeya se le acercó para despedirlo con este apodo que le pusieron sus enemigos: ¡Longaniza, longaniza!". Otro contraste, ¡satánico éste y vil!

No todo era ingratitud por aquellos tiempos. En Quito se habían firmado dos cartas: la una, de lo más destacado de los ciudadanos, y la otra, del obispo de la ciudad. Decía la primera:

> Los padres de familia del Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados de Venezuela se han avanzado a pedir que V. E. no pueda volver al país donde vio la luz primera, y es por esta razón que nos dirigimos a V. E. suplicándole que se sirva elegir para su residencia esta tierra, que adora a V. E. y admira sus virtudes. Venga V. E. a tomar asiento en la cima del soberbio Chimborazo, a donde no alcanzan los tiros de la maledicencia y a donde ningún mortal, sino Bolívar, puede reposar con una gloria inefable.

[15] RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO. *Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*. Madrid: Edime, 6ª edición, 1964.

Decía el obispo:

> Venga V. E. a vivir entre nosotros, seguro de que recibirá siempre los homenajes de gratitud y respeto que otros olvidados ofenden o no corresponden. Ésta es mi voz: es la del clero.

Después de dormir en Facatativá, llegó Bolívar al pueblecillo de Guaduas, donde supo que Manuela Sáenz había iniciado una violenta oposición al Gobierno. "Doña Manuela se quedó en Bogotá animando a los partidarios de Bolívar y sirviendo de núcleo al grupo de muchos personajes importantes de Colombia que no veía salvación posible para la patria, sino en la continuación del Libertador al frente de la administración pública". Bolívar se alarma con la noticia y escribe desde Guaduas:

> Mi amor: Tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación. Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no nos pierdes a ambos, perdiéndote tú. Soy siempre tu más fiel amante.

No sólo Venezuela se separó de la Nueva Granada. También lo hace el Ecuador a sólo tres días de distancia de la clausura del Congreso en Bogotá. La secesión es realizada por el general Juan José Flores, que tomaba así su acción en el reparto. De ahí que Bolívar se queje amargamente en el camino y grite casi desesperado: "Estoy decidido a no volver más, ni a servir otra vez a mis ingratos compatriotas, al verme renegado, perseguido y robado por los mismos a quienes he consagrado veinte años de sacrificios y peligros".

En Bogotá el Gobierno exige a Manuela la entrega del archivo secreto del Libertador. La valerosa quiteña responde:

> En contestación a la reconvención de usted, digo no tener nada absolutamente en mi poder que pertenezca al Gobierno. Es cierto que he recibido papeles que sin

> mi consentimiento los condujeron a la Secretaría de Relaciones Interiores, los mismos que me fueron entregados por el señor ministro Osorio, porque pertenecían particularmente a S. E. el Libertador. Ni los papeles ni los libros no los entregaré, a menos que me prueben por una ley que este señor está fuera de ella.

Manuela tiene el mismo temple acerado que Bolívar.

En Honda agasajan al glorioso vencido con un suntuoso baile. ¡Bolívar ya no baila! Y en el pueblecito de Turbaco, rumbo a Cartagena, recibe la última carta del mariscal Sucre cuyo asesinato se preparaba ya. Será consumado antes de treinta días. La misiva es una triste despedida.

> Cuando he ido a la casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado. Adiós, mi general; reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz en todas partes y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo.

En las poblaciones del tránsito todos son homenajes, porque el pueblo continuaba leal. En Mompós se le recibe bajo palio y se le conduce a la iglesia parroquial con excepcional pompa; mientras en Bogotá el periódico *Aurora* sigue atacándole enconadamente.

Aún no ha llegado a Cartagena, cuando los elementos antibolivarianos de la Nueva Granada hacen con Sucre lo que no pudieron con el Libertador en la noche septembrina. Iba Sucre rumbo a Quito para reunirse con su esposa, cuando al pasar por el camino montañoso de Berruecos (4 de junio) los asesinos que le acechaban hicieron cuatro disparos, matándole instantáneamente. El mariscal sólo alcanzó a gritar: "¡Ay, balazo!". Murió de treinta y cinco años. La Historia ha probado que quien fraguó este asesinato fue el general José María Obando, el cual contó con algunos cómplices en la Nueva Granada; y con Flores, desde Quito. Al recibir la noticia, exclamó el Libertador: "¡Dios excelso, si tenéis justicia, haced caer un rayo

de vuestras manos sobre aquel monstruo!" (el asesino). Y añadió: "Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío". En efecto, muerto Bolívar, Sucre hubiera sido llevado al poder. El partido bolivariano tenía aún ingente potencialidad.

Sucre fue el más noble, el más gallardo, el más sabio y el más leal de los generales de la independencia. En seguida de Bolívar viene él antes que todos. Doce años menor que Bolívar, apenas si vivió treinta y cinco, porque el destino quiso que el Libertador y su gran lugarteniente muriesen el mismo año como para que no vieran el inmediato falseamiento de los grandes ideales de unión por los cuales habían luchado.

"Es caballero en todo; es la cabeza mejor organizada de Colombia; es capaz de las más altas concepciones; es el mejor general de la república y el primer hombre de Estado", dijo de él Bolívar cuya pluma escribió una síntesis biográfica del hijo de Cumaná, para rendirle excepcionalísimo homenaje. Como si quisiese poner un sello a sus elogios, estampó esta frase: "Finalmente, Sucre es un verdadero liberal". La doctrina liberal correspondía a lo más avanzado de aquellos tiempos, a tal punto que seguirla y practicarla equivalía a constituirse en un revolucionario auténtico, valeroso, de vanguardia en las ideas y en la acción. Bolívar fue un liberal ardiente; estaba situado en el ápice de los avances políticos del siglo XIX.

Nació Sucre en cuna de nobleza, como Bolívar. En su sangre había ascendientes belgas, a la vez que sangre española aristócrata. A los veinte años abrió fuego contra los españoles, alistándose en los contingentes del oriente de Venezuela, dirigidos por el general Mariño, y sólo más tarde pasó a órdenes del Libertador, bajo cuya égida alcanzó pronto el sitial de honor. A tanto llegaban sus merecimientos, que las dos más delicadas campañas –la del Ecuador y la que medió entre Junín y Ayacucho– a él le fueron confiadas mientras el General Presidente mantenía sobre sus hombros las máximas responsabilidades.

Cuando presidente de Bolivia, Sucre fue víctima de un atentado, del que salió con una herida. Preso uno de los que intentaron asesinarlo, no sólo recibió perdón total, sino dinero para

que pudiese cambiar de país. Cuando danzaba una noche en una fiesta que le ofrecieron en Guayaquil, la condecoración que llevaba al pecho se enredó en los encajes del vestido de la dama con quien bailaba; sin titubeo, la valiosa medalla fue a prenderse para siempre del pecho de aquella dama.

Sucre, caballeroso y de alma grande, muy grande, tiene en la historia el nombre de "el más recto, el más noble".[16]

La determinación de Bolívar es reponerse un tanto y partir luego a Jamaica o a Inglaterra. En Bogotá vendió lo que tenía en platería y algunas joyas; luego se le entregaron unos ocho mil pesos correspondientes a parte del sueldo que le había fijado el Congreso de 1823. Cuando recibió el pasaporte oficial para salir al exterior sintió una mezcla de tristeza y de sosiego imposibles de definir.

Entretanto en Bogotá se agitaba, cada día con mayor violencia, la campaña contra todo lo que recordaba a Bolívar. Llegada la fiesta del Corpus –aún no se conocía allí el crimen de Berruecos–, se realizó un programa público de gran brillo, en el que se incluía para la noche la quema de fuegos artificiales. Fue el acto preparado por los antibolivarianos para hacer mofa pública del Libertador y de su amante, Manuela:

> El gran castillo quedó inmediato a la pila que había en la mitad de la plaza y figuraba una fortaleza aspillerada, con claraboyas, en dos de las cuales se veían pintadas grotescas caricaturas que representaban el "despotismo" en el Libertador y la "tiranía" en doña Manuela Sáenz. Como es de suponer las dos figuras estaban condenadas al fuego, en medio del escarnio y la hilaridad popular que el hecho debía producir. Conocida la entereza y el valor personal de doña Manuela, tuvieron buen cuidado los autores de tan indigna como indecorosa burla de hacer custodiar el castillo con soldados armados.

Llega a saberlo Manuela. Monta a caballo inmediatamente; se hace acompañar de sus fieles negras Jonatás y Nathán, a caballo

[16] RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO. *Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*. Madrid: Aguilar, 1962.

también, y las tres en traje de hombre. Atraviesan la plaza al galope, atropellan la guardia y hacen pedazos las dos grotescas caricaturas, ante el desconcierto de la multitud. Van a parar a la cárcel las dos negras, a las cuales se les tomó por soldados; a Manuela no se atreve a tocarla nadie. Y cuando el periódico *Aurora* la insulta por causa de este hecho, ella responde con una enérgica hoja volante, en que estampa estas expresiones de gran orgullo y lealtad:

> Mis enemigos, los enemigos de S. E. el Libertador, pueden hacer todo, pueden disponer alevosamente de mi existencia, menos hacerme retrogradar ni una línea en el respeto, amistad y gratitud al general Bolívar. El odio y la venganza no son las armas con que yo combato.

No podía quedar allí la acción de un temperamento tan vigoroso como el de Manuela. Conspira contra el Gobierno, y lo hace con eficacia.

Un día visita a Bolívar en Cartagena el general Montilla y se hace este diálogo entre los dos:

–¿A dónde vais, señor, con unos seis u ocho mil pesos que os quedan? ¿Vais a presentaros cuasi indigente en un país extranjero?

–Si no me muero en el viaje, los ingleses no me dejarán morir de hambre.

–Esa es una afrenta para Colombia.

–Ella lo quiere así; pero no es Colombia la que lo quiere, es Venezuela... ¡Venezuela!

Al Libertador le quedaba cada día menos dinero, porque todos los militares arruinados que acudían a él recibían algo siempre.

La ingratitud de Venezuela no es sino ingratitud de unos cuantos. Tampoco allá el pueblo, en ejemplar ecuanimidad ha dejado de amar al héroe. Apenas se conoce el viaje de Bolívar rumbo a la costa, aparece en muchos puntos la insurrección contra el Gobierno y el Congreso de Caracas; claman por el retorno del Libertador a su patria como única fórmula salvadora. Lo comunica su propia hermana María Antonia, quien, por tremendo sarcasmo de la suerte, comienza su carta con estas palabras: “Me alegraré que estés en buena salud”.

La reacción de los venezolanos a favor del genio, ya casi moribundo, es la misma que se produce en Bogotá, dirigida por el general Rafael Urdaneta, con la cooperación de varios oficiales del personal del batallón *Callao* y de Manuela Sáenz. Los sucesos se precipitan. Ya se halla en la presidencia el titular don Joaquín Mosquera, quien, informado de los detalles de una posible conspiración, manda que el batallón referido parta inmediatamente a Tunja. El batallón obedece, y a cincuenta kilómetros de la capital se declara en revolución, proclamando su fe en Bolívar. Recibe en seguida el apoyo de los pueblos circunvecinos y derrota a las primeras fuerzas enviadas por el Gobierno para someterlo. Manuela Sáenz es expulsada de Bogotá; se une a los sublevados. Viene luego un proceso de conferencias que finaliza con una batalla encarnizada, en la cual las tropas del Gobierno fracasan y huyen. Intenta el Presidente Mosquera un armisticio. Los rebeldes responden que se someterán únicamente en el caso de que llame en seguida al Libertador para que asuma el poder y que se expulse de Colombia a todos los comprometidos en la conspiración septembrina. La revolución es apoyada por numerosísimas poblaciones del país; la masa es bolivariana, y antes de treinta días el Presidente Mosquera y el vicepresidente Caicedo se ven forzados a entregar el poder al general Urdaneta, que se hace cargo de él únicamente hasta que llegue de Cartagena a Bogotá el Libertador. En la propia Cartagena se había firmado ya un acta de los padres de familia para pedir el retorno de Bolívar a la presidencia; pedían, además, la persecución a los asesinos de Sucre.

Cuando llegan a Cartagena los comisionados del Gobierno para invitarle a viajar a Bogotá, el Libertador expresa que está dispuesto a servir siempre a Colombia, pero que no acepta el poder.

> Mi gloria se compromete si acepto el mando, haciéndome cómplice de una revolución que no puede dar buenos resultados. Yo he sido calumniado por simples sospechas, ¿cuánto más no lo seré recogiendo por unos días el fruto de una transformación que no durará, pues someter por la fuerza los departamentos de Venezuela y el Ecuador es imposible.

El admirable compañero de viaje de Bolívar desde Bogotá, general Posada Gutiérrez, dice que la respuesta del Libertador causó alarma, desesperación y hasta enojo. Los padres de familia de Cartagena se reúnen nuevamente y presentan a Bolívar un pliego con estas memorables palabras:

> Señor, meditad bien vuestra resolución; considerad que Colombia y la América, la Europa y el mundo aguardan de vos un acto sublime de consagración; la Historia misma os contempla ahora para fallar sobre vuestro mérito según la conducta que adoptéis en esta ocasión. Ella no os dará el título de Grande Hombre si vuestro sucesor en Colombia es una anarquía perdurable.

Bolívar contesta que su propósito de no volver al mando es irrevocable.

El Gobierno de Bolivia, sabedor de que el genio se disponía a partir a Europa, le nombra su ministro plenipotenciario ante la Santa Sede; el Congreso del Ecuador le proclama Padre de la Patria; de la Nueva Granada, sólo cuatro provincias no se pronunciaron a su favor.

La negativa de Bolívar a retornar a la presidencia sólo fue explicada, un mes más tarde, al Presidente provisional, general Urdaneta, en una carta que prueba que el cerebro del coloso continuaba con una visión prodigiosa de la realidad:

> En todas las guerras civiles ha vencido siempre el más feroz o el más enérgico. Al partido de usted no le queda otro recurso que optar entre dejar el país o deshacerse de sus enemigos, porque la vuelta de éstos sería espantosa. Por no colocarme yo en tan cruel alternativa no me he atrevido a tomar parte en esta reacción, pues estoy persuadido que nuestra autoridad y nuestras vidas no se pueden conservar sino a costa de sangre de nuestros contrarios sin que por este sacrificio se logren la paz ni la felicidad; mucho menos el honor.

A Bolívar le faltaron fuerzas para fusilar, única fórmula con que hubiera podido imponerse en Colombia en aquellos caóticos días. La camarilla de sus enemigos era poderosa y audaz. Sólo podía ser acallada en un cadalso. Y Bolívar no podía llegar a ese extremo jamás.

Al saberse en Bogotá la respuesta del Libertador, por propio consejo suyo se la ocultó convenientemente, para no debilitar al Gobierno. Se publicó, en cambio, una proclama suya que decía con extraordinaria vaguedad:

> Yo os prometo, penetrado de la más pura gratitud, corresponder en cuanto dependa de mis facultades a la confianza con que me honráis. Toca a vosotros reuniros en torno del Gobierno que el peligro común ha puesto a vuestra cabeza.

De Cartagena prosigue hacia el Oriente, a la pequeña aldea de Soledad, vecina de Barranquilla, y de allí a la propia Barranquilla, en busca de mejores climas para su dolencia. Cree que el clima puede mejorarlo. Y escribe cartas y cartas en todas direcciones, a militares, a funcionarios, a amigos, para tratar toda suerte de cuestiones. Es hombre que no puede callar. Analiza situaciones y hechos con una franqueza que no se encuentra en los períodos anteriores de su vida. Las cartas más importantes son para el general Urdaneta, que ocupa el poder; le da consejos. También se refiere a cuestiones militares de Colombia, relativas al problema de determinadas insurrecciones locales de carácter político; enfoca las relaciones internacionales o el panorama americano, y hasta se cartea con la viuda del mariscal Sucre. Como siempre, su espíritu no puede detenerse.

Pero la presión de la enfermedad influye en sus ideas y le muestra fríamente pesimista:

> He mandado veinte años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: primero, la América es ingobernable para nosotros; segundo, el que sirve una revolución ara en el mar; tercero, la única cosa que se

> puede hacer en América es emigrar; cuarto, este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas; quinto, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; sexto, si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América. Todo el mundo va a entregarse al torrente de la demagogia.

En Barranquilla se queda los meses de octubre y noviembre de ese año. Los barranquilleros le ven pasar las tardes, después de la una, por cerca de la iglesia de San Nicolás, en dirección a las afueras, donde se queda hasta casi el crepúsculo. Anda lentamente, habla poco con quienes le acompañan y sus ojos, generalmente clavados en tierra, carecen ya de luz. Da la impresión exacta de un esqueleto que camina. José Vallarino, que le visita por entonces, halla que "su cuello estaba un poco hundido entre sus hombros; la espalda, un poco cargada; el pecho, un poco fatigado; una tos tenue, pero bastante frecuente". Acompaña al enfermo su sobrino Fernando, aparte de que le rodean numerosos oficiales y civiles. En una comida advierte "que las lentejas estaban preparadas con aceite", y se manifiesta enojado contra el cocinero y exclama: "Usted notará, amigo Vallarino, que estoy algo impertinente. Que quiere usted, no aciertan a complacerme y mi estado de salud me hace intolerante".

Al mismo Vallarino le dice otra tarde: "De este temporal que está corriendo en Colombia tiene la culpa el señor Joaquín Mosquera. Si él hubiera tenido más carácter, si no se hubiera dejado dominar por el partido demagogo y me hubiera nombrado generalísimo del ejército y se hubiera unido a mí, civiles y militares habrían estado contentos y todo habría marchado maravillosamente. Venezuela pronto habría cambiado, y la integridad nacional se hubiera conseguido en el tiempo de su administración, circunstancia que le haría eterno honor, pero se han figurado que me pueden arrancar impunemente mi prestigio y todo se lo lleva el diablo".

"Lo peor es que Bolívar cree que no está enfermo y se molesta cuando le preguntan por el estado de su salud". Sin embargo, la

gravedad se acentúa. Y en medio de ella, el Libertador continúa dictando, seguro de que se restablecerá pronto. El tuberculoso nunca pierde la ilusión de mejorarse y sanarse. Por la noche juega a los naipes.

Lleva dentro del alma muchas espinas. Una de ellas, el empréstito que consiguió Colombia en el exterior, y que fue causa de grandes recriminaciones. Sobre él se expresa así:

> Si yo fuera el señor Hurtado, me habría vuelto a Europa a disfrutar las riquezas que adquirió con el negocio de ese fatal empréstito, que despertó la codicia de todos y que ha sido la causa más influyente para nuestro actual estado. Este es uno de los bienes que le debe Colombia a la administración de Santander, y todavía el empréstito no habría sido nada si hubieran tenido siquiera la delicadeza de manejarlo con honradez y hubieran nombrado a otra clase de hombres para negociarlo. Hurtado está tan rico, que puede comprar a la pobre Colombia.

Luego explica con descarnada crudeza su enemistad con Santander:

> Mi enojo con Santander proviene de la perfidia que usó conmigo cuando estuve en Venezuela, pues en vez de cooperar al restablecimiento del orden, se empleó en atizar la discordia, prodigándome mil y mil injurias en ese maldito papel que se titulaba *El Conductor*, que escribían entre él, Azuero y Soto, y, sin embargo de esta conducta tan vil, me continuaba escribiendo en sentido de mi mayor amigo, hasta que me incomodé y le puse una carta diciéndole que no me molestara más con su correspondencia, pues no quería tener por amigo a un hombre tan pérfido.

Por aquellos días el general Santander se encontraba en Europa.

Como no mejora, decide seguir hacia Santa Marta, donde le espera la tumba.

******

> La posteridad me hará justicia, y esta esperanza es cuanto poseo para mi felicidad.
>
> BOLÍVAR.

Vive en Santa Marta el acaudalado empresario Joaquín de Mier, español avecindado en aquella población desde hace más de veinte años y casado con una neogranadina originaria del Cauca. Lleva estrecha amistad con el general de la independencia, Mariano Montilla, gracias a cuya intervención toma contacto con el Libertador. Ofrécele a éste un bergantín para el viaje y llega Bolívar en él a Santa Marta el día primero de diciembre, acompañado de quienes habían de ser los testigos de su muerte: generales Mariano Montilla, José María Carreño y Laurencio Silva; el doctor Manuel Pérez de Recuero, auditor de guerra; el coronel José de la Cruz Paredes, los edecanes Belford Wilson y Andrés Ibarra; el comandante Juan Glen; el capitán de la guardia personal del Libertador Lucas Meléndez, el teniente José María Molina, y el sobrino de Bolívar, teniente Fernando Bolívar. El desembarco, a las siete y media de la noche, parece más bien una marcha fúnebre; le bajan del bergantín en silla de mano y conducen a una casa particular en medio de nutrida multitud en cuyo ánimo hay la profunda angustia de ver a un titán que se extingue; apenas si éste sonríe suavemente ante un pueblo que lo quiere de veras.

Se hace cargo del enfermo el médico francés Alejandro Próspero Révérend, mucho más joven que el Libertador.

El mismo día en que Bolívar tomaba el barco hacia Santa Marta salía de Bogotá el general L. Pérou de Lacroix, comisionado por Manuela Sáenz para convencer al Libertador de que debía retornar a Bogotá cuanto antes para hacerse cargo del Poder. La voz de Manuela tenía ese alto imperio en el ánimo de Bolívar. El

emisario viaja con la mayor celeridad posible, pero la distancia es muy grande.

Una visita del general Sardá trae a la memoria del Libertador, dos días después de llegado a Santa Marta, el recuerdo de Manuela. La escena no tuvo trascendencia. Sardá, después de haber saludado toma un asiento cerca de la hamaca en donde está acostado el Libertador. Este dice:

–General, aparte un poco su asiento... Un poco más... Más todavía.

–Permítame V. E., que no creo oler mal.

–No tal; es que usted hiede a diablos.

–¿Cómo a diablos?

–Quiero decir a cachimba.

–¡Ah!, mi general, tiempo hubo en que V. E. no tenía tal repugnancia, cuando doña Manuela Sáenz...

–Sí, eran otros tiempos, amigo mío.

Este fue el último recuerdo del Libertador para su amante. En lo poquísimo que le queda de vida, ya no pensará más en ella, ni en ninguna otra mujer.[17]

El más preocupado con la salud de Bolívar es el general Montilla, que llama al médico francés y le pregunta categóricamente:

–Tengo el mayor interés en saber de usted, doctor, cuál es su concepto sobre la enfermedad del Libertador; dígame la verdad francamente y sin rodeos.

–Señor general, con el más profundo sentimiento participo a V. S. que la enfermedad del Libertador no tiene remedio, pues en mi concepto, como facultativo, la considero como tisis pulmonar llegada a su último grado, y ésta no perdona.

Las lágrimas brotaron de los ojos del general Montilla. Al otro día se dispone el traslado de Bolívar a la quinta del señor De Mier, en San Pedro Alejandrino, a corta distancia de la ciudad, donde había un clima más apropiado para prolongar en cuanto fuese posible la existencia del grande hombre. El señor De Mier llevaba a Bolívar en su coche hacia la quinta, y al pasar frente a su casa en la ciudad se baja para despedirse de su esposa, doña Isabel Rovira.

[17] Mucho después de su muerte se hizo circular una carta de Bolívar a Fanny du Villars; carta que es apócrifa.

–Detente un momento –le dice la señora en francés– y tráenos al Libertador para que conversemos con él.

–Imposible. ¿No ves su estado? ¡No puede dar un paso!

Bolívar interrumpe el diálogo con estas galantes palabras:

–Señora, aún me quedan alientos para ir a besar a usted las manos.

Doña Isabel sonríe agradecida y sube al coche para acompañar también al personaje.

> Al entrar Bolívar en la modesta casa que iba a sustituir los palacios de Lima, Bogotá y las suntuosas mansiones de Magdalena y Caracas, se dirige a la pequeña biblioteca que ve en la sala y pregunta:
> –¿Qué obras tiene usted aquí, señor Mier?
> –Mi biblioteca es muy pobre, general –contesta don Joaquín.
> Bolívar echa una ojeada a los anaqueles y exclama:
> –¡Cómo! ¡Si aquí tiene usted la Historia de la Humanidad! Aquí está Gil Blas, el hombre tal cual es; aquí tiene usted el Quijote, el hombre como debiera ser.

Y cuando una tarde, agobiado de pesar, en medio de sus fieles compañeros en el patio de la quinta, bajo la sombra amiga de los dos frondosos tamarindos, que aún existen, aquel gran corazón siente ya cerca el hielo de la muerte, exclama amargamente:

–¡Jesucristo, don Quijote y yo hemos sido los más insignes majaderos de este mundo!...

Esta es la última frase genial del Libertador.

Una mañana le pregunta sorpresivamente Bolívar a su médico:

–Y usted, ¿qué vino a buscar a estas tierras?

–La libertad.

–Y, ¿usted la encontró?

–Sí, mi general.

–Usted es más afortunado que yo, pues todavía no la he encontrado. Con todo, vuélvase usted a su bella Francia, en donde

está ya flameando la gloriosa bandera tricolor, pues no se puede vivir aquí, en este país, en donde hay muchos canallas.

Una noche, en los delirios de la fiebre, el enfermo habla estas palabras entrecortadas: "Vámonos, vámonos...; esta gente no nos quiere en esta tierra... Vamos, muchachos..., lleven mi equipaje a bordo de la fragata".

En otra ocasión le pregunta el Libertador al médico:

–¿Qué cosa está usted leyendo?

–Noticias de Francia, mi general.

–¿Serán acaso referentes a la revolución de julio?

–Sí, señor.

–¿Gustaría usted ir a Francia?

–De todo corazón.

–Pues bien, póngame usted bueno, doctor, e iremos juntos a Francia. Es un bello país, que, además de la tranquilidad que tanto necesita mi espíritu, me ofrece muchas comodidades propias para que yo descanse de esta vida de soldado que llevo hace tanto tiempo.

El día 10 fue decisivo. El doctor Révérend considera que hay peligro de muerte y se lo comunica al general Montilla, quien dice nerviosamente:

–Ya que el Libertador está en peligro, sería menester que usted le avisase de su mal estado para que arreglase sus cosas espirituales y temporales.

–Sírvase, señor general, dispensarme; si yo hiciera tal cosa, ni un momento me quedaría aquí; eso no es asunto del médico, sino del sacerdote.

–¿Qué haremos, pues?

–Lo mejor para salir del apuro será llamar al señor obispo de Santa Marta.

–Ahí tiene el caballo del Libertador; en un salto avise al doctor Estévez, a fin de que se sirva llegarse para acá lo más pronto posible.

Viaja el obispo sin demora y conferencia a solas con el Libertador, a poco de lo cual sale del aposento.

El Libertador le pregunta al médico:

–¿Qué es esto? ¿Estaré tan malo para que se me hable de testamento y de confesarme?

–No hay tal cosa, señor, tranquilícese... Varias veces he visto enfermos de gravedad practicar estas diligencias y después ponerse buenos. Por mi parte, confío que, después de haber cumplido V. E. con estos deberes de cristiano, cobrará más tranquilidad y confianza, a la par que allanará las tareas del médico.

–¿Cómo saldré yo de este laberinto?

Y Bolívar se queda meditativo, a solas con su conciencia, hasta que llega la noche. El cura de la aldea de Mamatoco –Hermenegildo Barranco–, cerca de San Pedro, acompañado de sus acólitos y unos pobres indígenas, vino de noche, a pie, llevando el viático. Estábamos todos los circunstantes impresionados por la gravedad de tan imponente acto. Al Libertador se le administraron los últimos sacramentos, luego de firmado un sencillo testamento.

Terminado el acto religioso, el notario Catalino Noguera da lectura a la última proclama dirigida por Bolívar a los colombianos:

> Habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado: mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.
>
> Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos, obedeciendo al actual Gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo, y los militares, empleando su espada en defender las garantías sociales.
>
> ¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilamente al sepulcro.

Cuando se terminó la lectura, dijo Bolívar con voz ronca:

–Si, el sepulcro... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos..., pero les perdono. Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos.

"De los ojos de los presentes brotaron las lágrimas", dice Révérend.

Al otro día, a las tres de la tarde, dicta el Libertador la última carta de su vida. Va dirigida al general Briceño:

> En los últimos momentos de mi vida le escribo ésta para rogarle, como la única prueba que le resta por darme de su afecto y consideración, que se reconcilie de buena fe con el general Urdaneta y que se reúna en torno del actual Gobierno para sostenerlo. Mi corazón me asegura que usted no me negará este último homenaje a la amistad y al deber. Reciba el último adiós y el corazón de su amigo.

Inútilmente el médico francés pide, por medio del general Montilla, la ayuda de médicos colombianos; todos se excusan con uno u otro subterfugio.

La llegada del general de Lacroix, procedente de Bogotá y emisario especial de Manuela Sáenz, nada significa en el ánimo del Libertador, a quien no se le informa siquiera de la misión de Lacroix; ya todo es inútil. Cuatro días más tarde, el general francés recibe orden de trasladarse a Santa Marta, donde tiene que cumplir una misión importante e imprevista. Era que acababa de llegar a la ciudad el doctor Ezequiel Rojas, que tomó parte en la conspiración septembrina y que había sido desterrado a Europa. Sabedor en París de la dejación del poder por parte de Bolívar, había resuelto volver a su patria. Y al desembarcar en Santa Marta se alojó en casa del obispo Estévez, que había sido su profesor.

El general Lacroix es el encargado de apresar al doctor Rojas; rodean la manzana de la casa episcopal con tropas, le apresan y embarcan al otro día rumbo a Cartagena. Este hecho disgusta profundamente al obispo.

Desde Santa Marta, y cumplida la ingrata misión, informa el general francés a Manuela Sáenz sobre lo que ha visto en San Pedro Alejandrino en esta impresionante carta:

> Llegué a Santa Marta el día 12, y al mismo momento me fui para la hacienda de San Pedro, donde se hallaba el Libertador. S. E. estaba ya en un estado cruel y peligroso de enfermedad, pues desde el día 10 había hecho su testamento y dado una proclama a los pueblos, en la que se está despidiendo para el sepulcro. Permanecí en San Pedro hasta el día 16, que me marché para esta ciudad, dejando a S. E. en estado de agonía, que hacía llorar a todos los amigos que lo rodeaban. A su lado estaban los generales Montilla, Silva, Portocarrero, Carreño, Infante y yo, y los coroneles Cruz Paredes, Wilson, capitán Ibarra, teniente Fernando Bolívar y algunos otros amigos. Sí, mi desgraciada señora; el grande hombre estaba para abandonar esta tierra de la ingratitud y pasar a la mansión de los muertos a tomar asiento en el templo de la posteridad y de la inmortalidad al lado de los héroes que más han figurado en esta tierra de miseria. Lo repito a usted, con el sentimiento del más vivo dolor, con el corazón lleno de amargura, dejé al Libertador el día 16 en los brazos de la muerte; en una agonía tranquila, pero que no podía durar mucho. Por momentos estoy aguardando la fatal noticia, y mientras tanto, lleno de agitación, de tristeza, lloro ya la muerte del Padre de la Patria, del infeliz y grande Bolívar, matado por la perversidad y por la ingratitud de los que todo le debían, que todo habían recibido de su generosidad.

El día 17 –undécimo aniversario de la creación de Colombia–, apenas pasada la una de la tarde, expira el Libertador. "Sus facciones expresaban una perfecta serenidad; ningún dolor o seña de padecimientos se reflejaba sobre su noble rostro".

> Después de la autopsia y embalsamiento del cadáver de Bolívar [escribe el médico francés], el señor Manuel Ujueta, jefe político, me hizo presente que nadie en la casa era capaz para vestir el cadáver, y a fuerza de empeños me comprometió a desempeñar esta triste función. Entre las diferentes prendas del vestido que trajeron, me presentaron una camisa, que ya iba a

> ponerle cuando advertí que estaba rota. No pude contener mi despecho, y tirando la camisa, exclamé: Bolívar, aun cadáver, no viste ropa rasgada; si no hay otra, voy a mandar por una de las mías. Entonces fue cuando me trajeron una camisa del general Laurencio Silva, que vivía en la misma casa.

Tres cañonazos disparados desde la vieja fortaleza del Morro de Santa Marta, anunciaron al espacio que el genio había desaparecido.

A las ocho de la noche fue llevado el féretro a Santa Marta y puesto en velación. Dos días más tarde, el cadáver del Libertador fue guardado en una de las bóvedas del templo, de donde le trasladaron a Caracas en 1842.

¿Después? El Libertador comenzó a erguirse poco a poco, lentamente, irrevocablemente, en su gloriosa tumba. Y le vieron las generaciones crecer, desorbitarse y alumbrar con su palabra desde una altura que domina todo el hemisferio. Fue entonces cuando los hombres de América empezaron a escucharle de veras y a poner en ejecución la sabiduría de sus grandes normas: democracia, unidad continental, fe en la paz. Bolívar continúa de Libertador del Nuevo Mundo.

Cronología

1783	Nacimiento, en Caracas (24 de julio).
1786	Fallece su padre (19 de enero).
1792	Fallece su madre (6 de junio).
1793	Subteniente.
1799	Viaja a España.
1802	Se casa (26 de mayo).
1802	Regresa a Venezuela.
1803	Enviuda (22 de enero).
1803	Viaja a España (23 de octubre).
1804	Presencia, en París, la coronación de Napoleón.
1805	Viaja a Italia, y hace el juramento del Monte Sacro, en Roma (15 de agosto).
1805	Regresa a París (diciembre).
1806	Regresa a Venezuela, pasando por los Estados Unidos.
1810	Sale, en misión diplomática, hacia Londres, a nombre de la Junta de Gobierno de Venezuela (6 de junio).
1810	Encuentro con Miranda, en Londres.
1810	Regresa a Caracas (5 de diciembre).
1811	Discurso en la Sociedad Patriótica (4 de julio).
1811	Interviene en la toma de Valencia.
1812	Se encarga del mando de Puerto Cabello.
1812	Abandona Puerto Cabello.
1812	Apresa a Miranda (30 de julio).
1812	Se embarca para Curazao.
1812	Llega a Cartagena (27 de noviembre).
1812	Inicia por su cuenta la "Campaña admirable".
1813	Triunfa en Cúcuta (28 de febrero).
1813	Le aclaman Libertador, en Mérida (23 de mayo).
1813	Decreta la "guerra a muerte", en Trujillo (15 de junio).
1813	Triunfa en Taguanes (31 de julio).
1813	Entra en Caracas (7 de agosto).
1813	Victoria en Bárbula (30 de septiembre).
1813	La Municipalidad de Caracas le aclama capitán general de los ejércitos de Venezuela y le da el nombre de Libertador.

1813	Derrotado en Barquisimeto; triunfos en Vigrima y Araure.
1814	Asamblea popular en Caracas.
1814	Intensas batallas en San Mateo (febrero y marzo).
1814	Liberación de Valencia (3 de abril).
1814	Primer triunfo en Carabobo.
1814	Derrota en la Puerta (15 de junio).
1814	Asamblea popular en Caracas.
1814	Emigración en masa hacia el oriente de Venezuela.
1814	Derrota en Villa de Aragua de Barcelona.
1814	Abandono del país, por Carúpano, rumbo a Cartagena (8 de septiembre).
1814	Se presenta en Tunja, al Congreso de la Nueva Granada (24 de noviembre).
1814	Toma de Bogotá.
1815	Asedio de Cartagena (24 de marzo).
1815	Abandona el país, rumbo a Jamaica.
1815	Escribe la célebre “Carta de Jamaica”. Intentan asesinarlo.
1815	Desembarca en Los Cayos de San Luis y conferencia con el Presidente de Haití, Alejandro Pétion.
1816	Sale con una expedición libertadora, rumbo a la isla venezolana de Margarita (21 de marzo).
1816	Triunfo naval en Los Frailes.
1816	Desembarca en Margarita (3 de mayo).
1816	Toma de Carúpano, en la costa venezolana.
1816	Desembarca en Ocumare de la Costa (6 de julio).
1816	Derrota en Los Aguacates.
1816	Reembarque en Ocumare y desembarco en Güiria.
1816	Reembarque hacia Los Cayos (Haití) (22 de agosto).
1816	Segunda expedición libertadora, rumbo a Margarita (21 de diciembre).
1816	Llega a Margarita.
1816	Desembarco en Barcelona (31 de diciembre).
1817	Combates en Clarines y Barcelona.
1817	Arribo al río Orinoco (3 de abril).
1817	Toma de Angostura (17 de julio).

1817	Aclamado Jefe supremo (24 de julio).
1817	Fusilamiento del general Piar (16 de octubre).
1817	Creación del Consejo de Estado.
1817	Apertura de la campaña del Guárico (31 de diciembre).
1818	Sorpresa de Calabozo y combate en El Sombrero.
1818	Segunda derrota en La Puerta.
1818	Derrota en Ortiz (26 de marzo).
1818	Sorpresa y peligro de muerte en Rincón de los Toros.
1818	Regreso a Angostura.
1818	Convocatoria del Congreso de Venezuela.
1819	Instalación del Congreso en Angostura (15 de febrero).
1819	Apertura de la campaña, rumbo a Nueva Granada (27 de febrero).
1819	Paso de los Andes por el Páramo de Pisba (5 de julio).
1819	Victoria en Pantano de Vargas (25 de julio).
1819	Triunfo en Boyacá (7 de agosto).
1819	Liberación de Bogotá (10 de agosto).
1819	Llegada a Angostura (11 de diciembre).
1819	Creación de Colombia en el Congreso de Angostura. Es elegido Presidente (17 de diciembre).
1819	Sale de Angostura, rumbo a la Nueva Granada (24 de diciembre).
1820	Entra en Bogotá (5 de marzo).
1820	Sale de Bogotá, rumbo a Venezuela (22 de marzo).
1820	Residencia de cuatro meses en la frontera con Venezuela (abril-agosto).
1820	Llega a Turbaco, para el asedio de Cartagena.
1820	Retorno a la frontera (21 de septiembre).
1820	Apertura de la campaña de Venezuela (27 de septiembre).
1820	Tratado de armisticio (26 de noviembre).
1820	Triunfo diplomático sobre el general Morillo en la entrevista de Santa Ana (27 de noviembre).
1820	Retorno a la frontera.
1821	Regresa a Bogotá (10 de enero).
1821	Apertura de la nueva campaña sobre Venezuela (1 de marzo).

1821 Triunfo en la segunda batalla de Carabobo (24 de junio).
1821 Entra en Caracas (29 de junio).
1821 Ofrece ejércitos para la liberación del Perú.
1821 Asiste al Congreso del Rosario de Cúcuta, que le da facultades extraordinarias (29 de septiembre).
1821 Parte para la campaña del Sur.
1822 Triunfo en Bomboná (7 de abril).
1822 Victoria en Pichincha (éxito de Sucre) (24 de mayo).
1822 Capitulación de Pasto.
1822 Llega a Quito. Conoce a Manuela Sáenz (16 de junio).
1822 Llega a Guayaquil. Esta provincia se incorpora a Colombia (13 de julio).
1822 Triunfo diplomático en la conferencia, en Guayaquil, con el general San Martín (26-27 de julio).
1823 Bolívar, en Pasto (3 de enero).
1823 Llega a Guayaquil, y envía una expedición de seis mil hombres al Perú (marzo-abril).
1823 Llega a Lima (2 de septiembre).
1823 Marcha a someter a Riva Agüero.
1824 El Congreso del Perú le nombra Dictador (1 de febrero).
1824 Peligro de muerte en Pativilca (marzo).
1824 Apertura de la campaña del Perú. Atraviesa la cordillera de los Andes (junio).
1824 Triunfo en Junín (6 de agosto).
1824 Liberación de Lima (noviembre).
1824 Invitación para el Congreso Interamericano de Panamá (7 de diciembre).
1824 Victoria en Ayacucho (éxito de Sucre) (9 de diciembre).
1825 Reunión del Congreso Peruano en Lima, el cual decreta honores y recompensa pecuniaria para Bolívar (febrero).
1825 Visita a los departamentos del sur del Perú (abril).
1825 Creación de Bolivia (16 de mayo).
1825 Llega al Cuzco (25 de junio).
1825 Conferencia, en Potosí, con enviados oficiales del Río de la Plata.

1826	Llega a Lima y da a conocer su proyecto de Constitución para Bolivia (febrero-mayo).
1826	Se instala el Congreso de Panamá (22 de junio).
1826	Bolívar, declarado Presidente vitalicio del Perú y adopción de la Constitución Boliviana (agosto-noviembre).
1826	Llega a Guayaquil (12 de septiembre).
1826	Entra en Bogotá (14 de noviembre).
1826	Parte para Venezuela (25 de noviembre).
1827	Llega a Caracas (12 de enero).
1827	Arribo a Cartagena (9 de julio).
1827	Llega a Bogotá (10 de septiembre).
1828	Llega a Bucaramanga, donde permanece mientras se celebra la Convención de Ocaña.
1828	La Junta Popular de Bogotá le proclama Dictador de Colombia (13 de junio).
1828	Llega a Bogotá y convoca a elecciones para enero de 1830 (24 de junio).
1828	Intento de asesinato (25 de septiembre).
1828	Parte para el Sur a hacer frente a la invasión de tropas peruanas (28 de diciembre).
1829	Llega a Quito (los peruanos han sido derrotados por Sucre, en Tarqui, el 27 de febrero) (18 de marzo).
1829	Armisticio con el Perú (27 de junio).
1829	Enfermo de gravedad en Guayaquil (agosto).
1829	Tratado de paz con el Perú (22 de septiembre).
1830	Llega a Bogotá (15 de enero).
1830	Instalación del Congreso (20 de enero).
1830	Renuncia al Poder (27 de abril).
1830	Entrega el Poder al Vicepresidente.
1830	Parte para Cartagena (8 de mayo).
1830	Recibe la noticia, en Cartagena, del asesinato de Sucre (1 de julio).
1830	Llega a Santa Marta (1 de diciembre).
1830	Llega a la quinta de San Pedro Alejandrino.
1830	Última proclama y testamento (10 de diciembre).
1830	Muerte (17 de diciembre).

Bibliografía

La documentación relativa a Simón Bolívar es inmensa, extraordinaria; crece todos los días, especialmente en lo que atañe a la parte interpretativa de su personalidad. De modo, que en la subsiguiente anotación biográfica sólo se incluyen las más importantes publicaciones consultadas. Y por lo que hace a la narración, se han intercalado textos sangrados en algunos casos y entrecomillados en otros, sin señalar el origen de los mismos, porque las citas se harían interminables y entorpecerían el relato. Eso sí, todo cuanto consta en la presente obra es rigurosamente histórico y puede comprobarse, incluidos los diálogos.

ABREU Y LIMA, J. J. DE. *Resumen histórico de la última Dictadura del Libertador, Simón Bolívar*. Río de Janeiro, 1922.

ALDAO, C. *Miranda y los orígenes de la Independencia americana*. Buenos Aires, 1928.

ÁLVAREZ F., MERCEDES M. *Simón Rodríguez tal cual fue*. Caracas, 1966.

ANDRÉ, MARIUS. *Bolívar y la Democracia*. Barcelona, 1924.

ARCE, L. A. DE. *Bonaparte y Bolívar*. La Habana, 1940.

Archivo Santander. *Academia Nacional de Historia*. (Bogotá), (1913) (25 volúmenes).

ARGUEDAS, ALCIDES. *Historia de Bolivia*. Madrid.

AROCHA, MANUEL. *Iconografía del Libertador*. Quito, 1943.

AROCHA MORENO, J. *Bolívar, juzgado por el General San Martín*. Caracas, 1930.

BARALT, R. M. y DÍAZ, R. *Resumen de la Historia de Venezuela*. Brugge, 1939 (dos volúmenes).

BARBAGELATA, HUGO DAVID. *Bolívar y San Martín*. París, 1911.

BARRERA, ISAAC J. *Rocafuerte*. Quito, 1911.

BATLLORI, S. J., MIGUEL. *El abate Viscardo. Historia y mito de la independencia de Hispanoamérica*. Caracas, 1953.

BAYO, CIRO. *Examen de próceres americanos*. Madrid, 1916.

BECERRA, RICARDO. *Vida de don Francisco de Miranda*. Madrid (dos volúmenes).

BERMÚDEZ DE CASTRO, L. *Boves*. Madrid, 1934.

BERNAL MEDINA, RAFAEL. *Ruta de Bolívar*. Bogotá, 1949.

BLANCO, EDUARDO. *Venezuela heroica*. México, 1952.

BLANCO FOMBONA, RUFINO. *Mocedades de Bolívar*. Buenos Aires: Editora InterAmericana, 1941.

__________. *Bolívar y la guerra a muerte*. Caracas, 1942.

Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Caracas (varios tomos).

Boletín de la Academia Nacional de Historia. Quito (varios tomos).

BOLÍVAR, SIMÓN. *Obras completas*. Compilación y notas de Vicente Lecuna, con la colaboración de la señorita Esther Barret de Nazaris. La Habana: Editorial Lex, 1950 (tres volúmenes).

BOUSSINGAULT, J. B. *Memorias*. París, 1903.

BRICEÑO, MARIANO DE. *Historia de la isla Margarita*. Caracas, 1885.

BULNES, GONZALO. *Bolívar, en el Perú*. Madrid, 1919 (dos volúmenes).

CALLE, MANUEL J. *Leyendas del tiempo heroico*. Guayaquil, 1905.

CARBONELL, DIEGO. *1830*. París, 1931.

CEVALLOS, PEDRO FERMÍN. *Resumen de la Historia del Ecuador*. Lima, 1870 (cinco volúmenes).

COLOMBRES MÁRMOL, E. *San Martín y Bolívar, en la entrevista de Guayaquil*. Buenos Aires, 1940.

CONTE BERMÚDEZ, HÉCTOR. *La creación de Bolivia y la Constitución boliviana en el istmo de Panamá*. 1930.

CORDOVÉZ MOURE, J. M. *Reminiscencias*. Bogotá, 1900.

CORREDOR, RUBÉN. *La Gran Colombia*. Mérida, 1930.

CORTÉS VARGAS, CARLOS. *Participación de Colombia en la libertad del Perú*. Bogotá, 1924.

COVA, J. A. *El Superhombre*. Caracas.

__________. *Don Simón Rodríguez*. Buenos Aires: Editorial Venezuela, 1947.

CUERVO, LUIS AUGUSTO. *Ensayos históricos*. Bogotá, 1947.

CHIRIBOGA, ÁNGEL ISAAC. *Tarqui documentado*. Quito, 1928.

CHURION, JUAN JOSÉ. *El humorismo del Libertador*. Caracas, 1916.

DALENCOUR, FRANÇOIS. *Alexandre Pétion*. Puerto Príncipe, 1928.

DÁVILA, V. *Bolívar, intelectual y galante*. México, 1942.

DELGADO, LUIS H. *Bolívar, Perú y Bolivia*. Lima, 1942.

DESTRUGE, CAMILO. *Historia de la Revolución de Octubre y campaña libertadora de 1820-22*. Guayaquil, 1920.

DOUSDEBÉS, P. J. *Trayectoria militar de Santander*. Bucaramanga, 1935.

ESPEJO, JERÓNIMO. *Recuerdos Históricos*. Buenos Aires, 1873.

FALCÓN BRICEÑO, MARCOS. *Teresa, la confidente de Bolívar*. Caracas, 1955.

FINOT, ENRIQUE. *Bolívar, pacifista*. New York, 1936.

GIL FORTOUL, JOSÉ. *Historia Constitucional de Venezuela*. Caracas.

GONZÁLEZ, FLORENTINO. *Memorias de*…. Buenos Aires: José Camacho Carreño Editor, 1933.

__________. *Los conjurados del 25 de septiembre*. Bogotá, 1853.

GONZÁLEZ SUÁREZ, FEDERICO. *Historia General de la República del Ecuador*. Quito, 1890 (siete volúmenes).

GRISANTI, ÁNGEL. *Miranda, precursor del Congreso de Panamá y del Panamericanismo.* Caracas, 1954.

GROOT, JOSÉ MANUEL. *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada.* Bogotá, 1889 (cinco volúmenes).

GUERRA, J. J. *La Convención de Ocaña*. Bogotá, 1908.

GUEVARA, ARTURO. *Historia clínica del Libertador*. Caracas, 1948.

GUZMÁN, ANTONIO LEOCADIO. *La guerra a muerte*. Caracas, 1876.

HENAO, JESÚS MARÍA. *La grandeza de Bolívar*. Bogotá, 1930.

HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO. *La misión de Bolívar a Londres en 1810*. Bogotá, 1930.

HERRERA, L. A. *La Revolución Francesa y Sudamérica*. París, 1910.

HISPANO, CORNELIO. *El Libro de Oro de Bolívar*. París, 1925.

JÁUREGUI ROSQUELLAS, A. *Antonio José de Sucre*. La Paz, 1928.

LARRAZÁBAL, FELIPE. *La vida de Bolívar*. Nueva York, 1883.

LECUNA, VICENTE. *La entrevista de Guayaquil*. Caracas, 1948.

__________. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. Nueva York: The Colonial Press Inc., 1950 (tres volúmenes).

LIÉVANO AGUIRRE, INDALECIO. *Bolívar*. Caracas, 1974.

LÓPEZ, JOSÉ HILARIO. *Memorias de*…. Bogotá, 1942.

LÓPEZ CONTRERAS, ELEAZAR. *El Callao histórico*. Caracas, 1926.

LOZANO Y LOZANO, FABIO. *El maestro del Libertador*. París, 1913.

LUDWIG, EMIL. *Bolívar, caballero de la Gloria y de la Libertad*. Buenos Aires, 1942.

MACHADO, JOSÉ EUSTAQUIO. *El estandarte de Pizarro y la espada de Bolívar*. Caracas, 1924.

MADARIAGA, SALVADOR DE. *Bolívar*. México, 1952.

MANCINI, JULIO. *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas*. Bogotá, 1944.

MARTÍNEZ, MARIANO R. *Simón Bolívar íntimo*. París, 1912.

MASUR, GERHARD. *Simón Bolívar*. Edición en inglés de la Universidad de Nuevo México, 1948.

MEDINA, P. A. *Campaña de Casanare*. Bogotá, 1916.

MÉNDEZ, JOSÉ IGNACIO. *El ocaso de Bolívar*. Bogotá, 1951.

MENDOZA LÓPEZ, V. *El Congreso de Bolívar y el Panamericanismo*. Buenos Aires, 1926.

MIRAMÓN, ALBERTO. *Los Septembrinos*. Bogotá, 1939.

MITRE, JOSÉ MANUEL. *Historia de San Martín y de la emancipación americana*. Buenos Aires, 1889 (cuatro volúmenes).

MOSQUERA, TOMÁS CIPRIANO. *Memorias del General*…. Bogotá, 1940.

NAVARRO, N. E. *La política religiosa del Libertador*. Caracas, 1933.

NUCETE SARDI, JOSÉ. *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*. Caracas.

O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias del General*…. Caracas, 1879-1888 (32 volúmenes).

OLIVAS ESCUDERO, FIDEL. *Apuntes para la Historia de Ayacucho*. Ayacucho, 1924.

ORTEGA RICAURTE, E. *Documentos sobre la conspiración del 25 de septiembre*. Bogotá, 1942.

OSPINA, JOAQUÍN. *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia*. Bogotá, 1927 (tres volúmenes).

PÁEZ, JOSÉ ANTONIO. *Autobiografía del general…* Nueva York, 1865.

PALMA, RICARDO. *Bolívar en las tradiciones peruanas*. Madrid, 1930.

PARRA PÉREZ, C. *Historia de la Primera República de Venezuela*. Caracas, 1939 (dos volúmenes).

PEREYRA CARLOS. *Humboldt, en América*. Madrid, 1917.

__________. *Historia de la América Española*. Madrid, 1920 (ocho volúmenes).

__________. *Bolívar y el General San Martín*. Madrid: Aguilar, 1932.

PÉREZ DÍAZ, L. L. *La batalla de Boyacá*. Caracas, 1919.

PÉROU DE LACROIX, LOUIS. *Diario de Bucaramanga*. Introducción y notas por Cornelio Hispano. Bogotá: Librería Colombiana, 1945.

PETRE, FRANCIS LORAINE. *Simón Bolívar, el Libertador*. Londres, 1910.

PINILLA, SABINO. *La creación de Bolivia*. Madrid: Editorial América.

PONTE, A. F. *La Revolución de Caracas y sus próceres*. Caracas, 1918.

PONTE, ANDRÉS. *Árbol genealógico del Libertador, Simón Bolívar*. Caracas, 1911.

PORRAS BARRENECHEA, R. *El Congreso de Panamá*. Lima, 1930.

POSADA, E. *La Patria boba*. Bogotá, 1902.

__________. *Biografía de Córdoba*. Bogotá, 1914.

POSADA GUTIÉRREZ, JOAQUÍN. *Memorias histórico-políticas*. Bogotá, 1865.

RENDÓN, VÍCTOR MANUEL. *Olmedo*. París, 1904.

RESTREPO, JOSÉ MANUEL. *Historia de la Revolución de la República de Colombia*. Editorial Besanzón, 1858 (cuatro volúmenes).

Revista Bolivariana, órgano de la Sociedad Bolivariana de Colombia (varios tomos).

Revista de la Sociedad Boliviana de Venezuela. Caracas (varios tomos).

RÉVÉREND, ALEJANDRO PRÓSPERO. *La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú, por su médico de cabecera*. París, 1866.

ROBERTSON, W. SPENCE. *Francisco de Miranda y la Revolución de América Española*. Bogotá, 1918.

RODRÍGUEZ VILLA, ANTONIO. *El Teniente General don Pablo Morillo*. Madrid, 1920 (dos volúmenes).

ROJAS, ARÍSTIDES. *Leyendas históricas de Venezuela*. Caracas, 1890.

ROJAS, ARMANDO. *Bolívar paradigma de la estirpe*. Caracas, 1991.

ROJAS, JOAQUÍN. *El santo de la espada*. Buenos Aires, 1940.

RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO. *Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*. Buenos Aires, 1945.

__________. *O'Leary, edecán del Libertador*. Caracas, 1979.

SALCEDO BASTARDO, J. L. *Bolívar un continente y un destino*. Caracas, 1972.

SALDARRIAGA, R. BOTERO. *El Libertador, Presidente*. Bogotá, 1928.

SAMPER, JOSÉ MARÍA. *Apuntamientos para la Historia Política y Social de la Nueva Granada desde 1810*. Bogotá, 1853.

SANTANA, ARTURO. *La campaña de Carabobo*. Caracas, 1921.

SAÑUDO, JOSÉ RAFAEL. *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Pasto, 1931.

TAMAYO, J. *La Gran Colombia*. Bogotá, 1941.

TAVERA ACOSTA, BARTOLOMÉ. *Anales de Guayana*. Ciudad Bolívar, 1913 (dos volúmenes).

__________. *Historia de Carúpano*. Caracas, 1930.

TORO RUIZ, ISAÍAS. *Más Próceres de la Independencia*. Latacunga, 1934.

TORRENTE, MARIANO. *Historia de la Revolución Hispano-Americana*. Madrid, 1829 (tres volúmenes).

URDANETA, RAFAEL. *Memorias del General…*. Madrid, 1916.
__________. *Bolívar y Urdaneta*. Caracas, 1941.

URRUTIA, FRANCISCO JOSÉ. *El ideal internacional de Bolívar*. Quito, 1911.

USLAR PIETRI, ARTURO. *Las lanzas coloradas*. Caracas.

VALLENILLA LANZ, LAUREANO. *Cesarismo democrático*. Caracas, 1919.

VASCONCELOS, J. *Bolivarismo y monroismo*. Santiago de Chile, 1935.

VELARDE, F. *El Congreso de Panamá en 1826*. Panamá, 1922.

VEJARANO, JORGE RICARDO. *Bolívar*. Bogotá, 1952 (dos volúmenes).

VILLANUEVA, CARLOS A. *Fernando VII y los nuevos Estados*. París, 1912.

VILLANUEVA, LAUREANO. *Vida de don Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho.* París.

VILLA URRUTIA, WENCESLAO RAMÍREZ DE. *La Reina María Luisa y Bolívar*. Madrid, 1928.

VILLAUME, H. LAFAYETTE y DUCOUDRAY-HOLSTEIN. *Memoirs of Simón Bolívar*. Londres, 1830 (dos volúmenes).

Índice